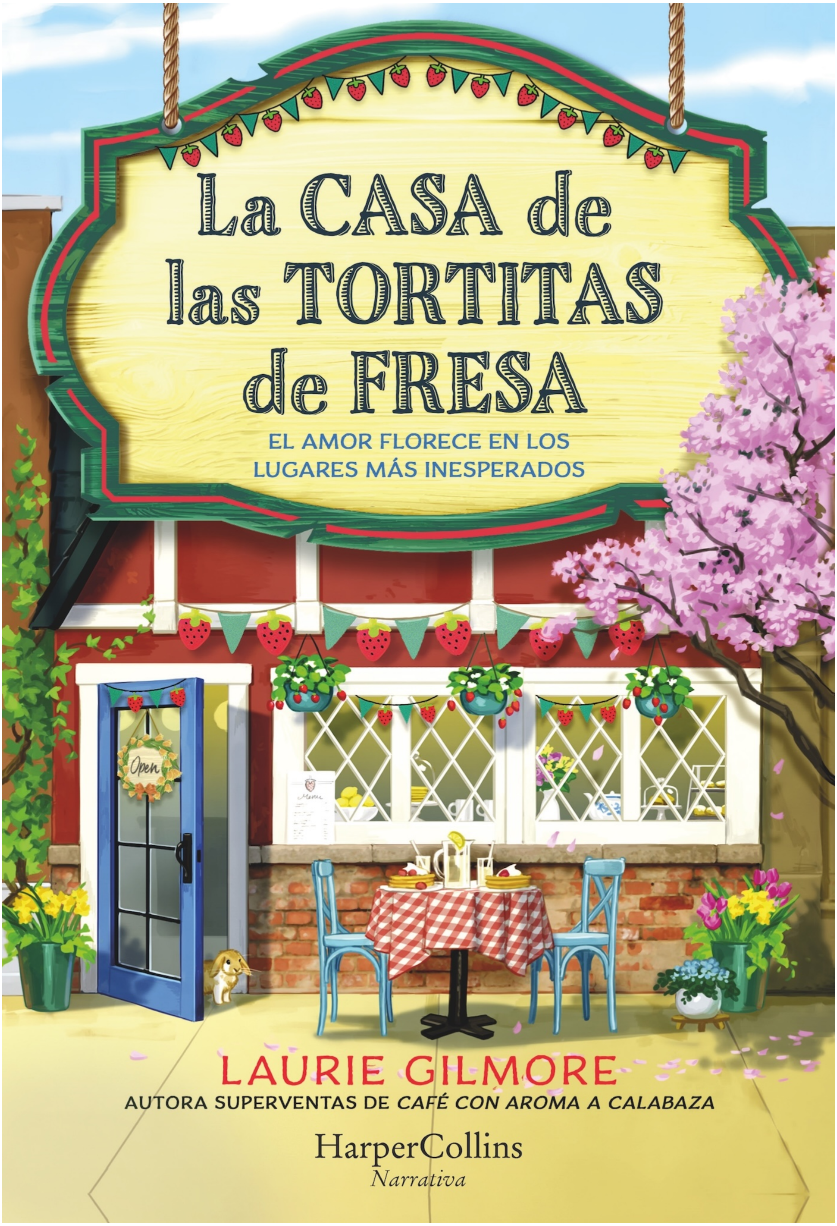

La CASA de las TORTITAS de FRESA
EL AMOR FLORECE EN LOS LUGARES MÁS INESPERADOS
Open
Menu
LAURIE GILMORE
AUTORA SUPERVENTAS DE *CAFÉ CON AROMA A CALABAZA*
HarperCollins
Narrativa

La CASA de las TORTITAS de FRESA

LAURIE GILMORE

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

La Casa de las Tortitas de Fresa
Título original: The Strawberry Patch Pancake House
© Laurie Gilmore 2025
© 2025, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.
Publicado por HarperCollins Publishers Limited, UK
© De la traducción del inglés, Carlos Ramos Malavé

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers Limited, UK.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.

Diseño de cubierta: Lucy Bennett/HarperCollinsPublishers Ltd
Ilustración de cubierta: © Kelley McMorris/Shannon Associates
Ilustración del mapa del interior: © Laura Hall

ISBN: 9788419809797

Conversión y maquetación digital por MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Sobre la autora
Dedicatoria
Playlist
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo
Agradecimientos

LAURIE GILMORE, autora *best seller* número uno del *Sunday Times* y del *USA Today*, escribe novelas ambientadas en pueblos pequeños y encantadores. Su primera novela, *Café con aroma a calabaza,* ha sido galardonada con el Premio al Libro del Año en TikTok 2024. Su serie *Dream Harbor* está llena de vecinos extravagantes, lugares acogedores e historias de amor que quitan el hipo. Le encanta leer libros que combinan a la perfección los momentos dulces con un toque picante, y aspira a conseguir eso mismo cuando escribe.

www.thelauriegilmore.com

instagram.com/lauriegilmore_author
facebook.com/lauriegilmoreofficial

A F, por hacerme madre, y a V, por mantenerme alerta desde entonces.

Este libro todavía no os está permitido leerlo, pero gracias por lo mucho que me inspiráis.

Playlist

Beautiful Things – Benson Boone♥
Bed Chem – Sabrina Carpenter♥
Enchanted – Taylor Swift♥
Beautiful As You – Thomas Rhett♥
enough for you – Olivia Rodrigo♥
Feels Like – Gracie Abrams♥
Everywhere, Everything – Noah Kahan♥
Call Me Lover – Sam Fender♥
Love Me Anyway – Chappell Roan♥
You Are In Love – Taylor Swift♥
Grace – Lewis Capaldi♥
What Was I Made For? – Billie Eilish♥
Pancakes for Dinner – Lizzy McAlpine♥
The Night We Met – Lord Huron♥
Out Of That Truck – Carrie Underwood♥
Break My Heart Again – FINNEAS♥
Forever – Noah Kahan♥
Sleep Tight – Holly Humberstone♥
Perfect – Ed Sheeran♥
You've Got The Love – Florence + The Machine♥
Fast Car – Luke Combs♥
Young and Beautiful – Lana Del Rey♥
Nice To Meet You – Myles Smith♥

Capítulo 1

Archer Baer acababa de ser padre de la forma más inimaginable. Aunque tampoco es que se lo hubiera imaginado jamás. ¿Qué hacía con una hija un chef adicto al trabajo y soltero convencido como él? Si ni siquiera tenía plantas en casa porque no disponía de tiempo para mantenerlas con vida. Y estaba bastante seguro de que los niños requerían mucha más atención que un ficus.

Sin embargo, según la abogada que lo había llamado hacía una semana y había puesto su existencia del revés, Archer tenía una hija. Una niña pequeña a la que no conocía, ni de la que había oído hablar en los cinco años que llevaba viva. Su madre, Cate, había muerto en un accidente de tráfico y él nunca podría preguntarle por qué no le había contado lo de la niña, pero, en cambio, lo había registrado como padre en el certificado de nacimiento.

Aún le parecía una locura cuando se paraba a pensarlo. Incluso mientras paseaba por la calle principal de aquel curioso pueblecito donde había crecido Cate, le parecía imposible. ¿Él, padre? No tenía ningún sentido. Sacudió la cabeza, frustrado, tratando en vano de despertarse. Necesitaba café. Hacía años que no se levantaba tan temprano. El trabajo en las cocinas de París lo había convertido en un ser prácticamente nocturno. Rara vez llegaba a casa antes de la una de la madrugada. ¿Cómo demonios iba a poder cuidar de una niña?

La abogada se había mostrado convencida de que su hija estaría mucho mejor con él que con su anciana abuela, pero Archer no estaba tan seguro.

«¿No sería mejor que la cuidase alguien que supiera

cómo?», se preguntaba.

Volvió a pensar en Cate. Pese a no haber hablado con ella en cinco años, no podía creerse que hubiera muerto y que ahora ya no pudiera hacerle los cientos de preguntas que deseaba.

Cate Carpenter. La había conocido cuando trabajaba en un prestigioso restaurante de Boston. Ella se encargaba de la atención al público, él era aprendiz de chef. Ella era guapa y divertida. Se habían acostado unas pocas veces. Él iba a marcharse de todos modos, ponía rumbo a Europa para perseguir su descabellado sueño de convertirse en cocinero con estrella Michelin. ¿Sería ese el motivo por el cual no le habría contado lo del bebé? A lo largo de los años, podría habérselo dicho en un millón de ocasiones, ¿por qué había elegido no hacerlo?

¿Y qué habría hecho él? ¿Renunciar a todo? A su sueño. A su trabajo perfecto. A su empeño por ser el mejor. ¿Habría acabado antes en aquel pueblecito de Nueva Inglaterra? ¿Se habría casado con ella?

¿Le habría reprochado a Cate el haber descarrilado el plan que tan meticulosamente había trazado para sí mismo?

Se le formó un nudo en la garganta. Ya nada de aquello importaba, porque ella había muerto. Dios, Cate había muerto y él había ido allí a conocer a su hija. Era todo tremendamente trágico. Y Archer se sentía incapaz de hacer frente a la situación antes de haberse tomado un café.

Aquella era la primera vez desde su llegada que se aventuraba a entrar en el centro del pueblo. Era… pintoresco, parecía sacado de una postal antigua. Pintoresco e increíblemente pequeño. La calle bordeada de árboles consistía en un puñado de tiendas y se extendía nada más que dos manzanas. Y eso era todo. La zona comercial enseguida se volvía residencial. Carecía de la energía vibrante de París. Sus esperanzas de hacerse con una taza de café decente iban mermando a toda velocidad.

El día era gélido, sobre todo a esa hora tan intempestiva de la mañana. El frío del invierno aún no había dado tregua y, pese a estar aún en la primera semana de marzo, todas las tiendas mostraban una corona de flores o tulipanes artificiales en el escaparate. Todas ellas lucían un cartel donde se

anunciaba una inminente búsqueda de huevos de Pascua. Le resultaba todo excesivamente… almibarado para su gusto. ¿De verdad iba a vivir allí? Si parecía un anuncio publicitario del encanto de Nueva Inglaterra. No sabía si sería capaz de soportarlo. Prefería llevar una vida un poco más oscura que no se redujese a adornos florales y búsquedas de huevos de Pascua.

Los propietarios de los establecimientos estaban empezando a abrir sus puertas, y cada vez más gente iba llenando la calle, hasta entonces desierta. Y, a no ser que Archer se hubiese vuelto totalmente paranoico, estaba bastante seguro de que casi todos lo miraban.

Fantástico. Era justo lo que necesitaba. Pueblerinos cotillas metiendo las narices en sus asuntos, cuando lo único que deseaba era resolver las cosas con su hija y regresar a París, a su cocina, a su vida real. Aquella extraña calle, con su exagerada decoración primaveral y su curiosa población, no era para él. Ya echaba de menos el anonimato de la ciudad.

Pasó de largo una tienda de mascotas, ignorando los conejitos del escaparate, así como el amable saludo del propietario. No se detuvo en la floristería ni en la heladería. ¡En aquel lugar tenía que haber una maldita cafetería!

¡Allí, por fin! Más adelante distinguió un letrero: PUMPKIN SPICE CAFÉ. Frunció el ceño. Más valía que tuvieran algo más que cafés de temporada con montones de edulcorante. Cruzó la calle y reparó en el *pub* situado junto al café. Podría resultarle útil mientras estuviera allí.

La pizarra de la entrada del establecimiento anunciaba un nuevo *smoothie* de kale y bollos de limón y arándanos. Del interior emergía el rico aroma del café recién tostado y Archer notó que se le despertaba el cuerpo. Gracias a Dios. No podía conocer a su hija, ¡su hija! —aún no se acostumbraba a esa palabra—, estando medio dormido.

Echó mano al picaporte de la entrada, sin prestar mucha atención, dándole vueltas a esa palabra y a esa responsabilidad, y a si deseaba o no comerse un bollo, cuando de pronto la puerta del café se abrió y a punto estuvo de estampársele en la cara.

—Pero qué narices… —Sus palabras se vieron ahogadas por el grito de la mujer, como si fuera él quien hubiese salido de

la cafetería sin mirar y sin pensar en los demás.

—¡Ay, no! —gritó ella, aunque ya era demasiado tarde.

La bandeja de *smoothies* que llevaba en las manos se catapultó hacia él, el cuerpo de ella chocó contra el suyo, su melena pelirroja se alborotó y Archer la sujetó por los brazos instintivamente para evitar que se cayera.

—¡Mierda! —se quejó la desconocida, contemplando el espacio entre ambos donde el *smoothie* le goteaba a Archer por la pechera de la camisa, mientras que ella lucía tan solo pequeñas salpicaduras verdes en la ropa.

Archer estuvo a punto de soltar un gruñido. ¡Maldita sea! No tenía tiempo para aquello. No tenía tiempo para volver a la absurda casita que había alquilado para cambiarse de ropa. No podía llegar tarde a conocer a su… a su… a su hija. No había contado con verse arrollado por un ciclón humano cargado de *smoothies* de kale.

Debió de escapársele el gruñido de todos modos, pues la mujer abrió mucho los ojos en señal de alarma y de inmediato se le sonrosaron las mejillas.

—Lo siento muchísimo —se excusó—. Iba con prisa porque llego tarde y no veía por dónde iba y…

—No pasa nada —le espetó él, aunque desde luego que pasaba.

Iba a presentarse a la reunión más importante de su vida con la camisa empapada de *smoothie*. Un padre manchado de *smoothie* no era la clase de padre que inspiraba confianza. Y estaba tratando de recuperar parte de su habitual seguridad en sí mismo.

—Claro que pasa. Deja que te ayude.

Fue entonces cuando Archer se dio cuenta de que seguía teniendo a la mujer sujeta por los brazos y se hallaba demasiado cerca de ella. Dejó caer las manos, dio un paso atrás y golpeó con la espalda la puerta ya cerrada del café.

—No necesito ayuda —le dijo él, desviando la mirada hacia el mostrador y la larga fila de clientes que hacían cola.

Probablemente ya ni siquiera le diese tiempo a tomarse el café. Conocería a su hija con la camisa manchada y dolor de cabeza por falta de cafeína. Perfecto. Sencillamente perfecto.

—Deja por lo menos que te limpie la peor parte.

La mujer había cogido un puñado de servilletas de la mesa

más cercana y las apretó contra su pecho.

—De algo servirá. Empaparemos el exceso y así quizá con un poco de jabón en el baño o algo así… —Hablaba mientras se afanaba con las servilletas, una cháchara incesante que le resultó extrañamente tranquilizadora.

La presión de sus manos, moviéndose sobre su torso, y la suave curva de sus labios mientras hablaba le distrajeron lo suficiente para disipar su rabia. De hecho, se dio cuenta de que deseaba dejarse tocar. Deseaba seguir hablando con aquella mujer frenética. Deseaba preguntarle por qué llevaba tantas bebidas. ¿Para quiénes eran? Parecía vestida más para hacer deporte que para ir a la oficina, con unos *leggings* ajustados que se ceñían a la curva de sus muslos y una camiseta deportiva diminuta que dejaba ver una franja de piel en torno a su vientre, una piel manchada ahora con salpicaduras de *smoothie*. Una piel que probablemente debería dejar de mirar.

Dios, ¿qué narices le pasaba? Debía centrar todas sus energías en el encuentro con su hija, no en intentar ligar con una mujer, hermosa, todo había que decirlo, en el café del pueblo.

Archer suspiró, apartó la mirada de aquella peligrosa franja de piel y volvió a mirar su rostro preocupado. Sus labios dibujaban un puchero.

«Maldita sea, Archer. Tampoco te fijes en sus labios».

«¡Céntrate en lo que estás!».

—¡No os preocupéis por el suelo! —gritó una mujer desde detrás del mostrador, distrayéndole por un momento, lo que hizo que dejara de mirar a la desconocida y de martirizarse por ello—. ¡Joe ya va a por la fregona!

—Vale, gracias, Jeanie —respondió la mujer que seguía frotándole el pecho—. Siento mucho el estropicio. —Continuaba asaltando su cuerpo con las manos.

Se hallaba demasiado cerca. Alcanzaba a oler su champú. ¿De fresas? Ay, Dios. Tenía que marcharse cuanto antes.

—Estas cosas pasan —repuso Jeanie encogiéndose de hombros.

Una pareja mayor sorteó con cuidado el charco del suelo y a Archer.

—Tienes que ir más despacio, Iris, cielo.

—Ya lo sé, Estelle —contestó con un suspiro la pelirroja, Iris, al parecer. Se enderezó y por fin cejó en su empeño de limpiarle la camisa—. Tienes razón.

—Eres una buena chica —le dijo Estelle, luego le dio una palmadita a Iris en la mejilla.

El hombre canoso que la acompañaba dirigió a Archer una sonrisa divertida.

—¿Una mañana dura? —preguntó.

—Por momentos, sí.

—Confiemos en que la cosa mejore —comentó el anciano con una risotada.

—Venga, Henry —dijo Estelle, agarrando al hombre del brazo antes de dar un sorbo al *smoothie* que llevaba en la mano—. Parece que hoy voy a llegar a clase antes que Iris. Menos mal que me he comprado mi propia bebida. —Se rio mientras salían.

Iris se carcajeó también en respuesta, hasta que su mirada recaló en el rostro de Archer y, de inmediato, se puso seria.

—En fin, creo que no puedo arreglarlo. —Ambos se quedaron mirando la mancha verde brillante que ensuciaba su camisa blanca.

—Desde luego que no —confirmó él. Suspiró.

Aquello no servía de nada. Estaba totalmente aturdido antes del encuentro con su hija y lo último que necesitaba era andar babeando detrás de la monitora de yoga del pueblo, o lo que fuera.

—Lo siento mucho —se lamentó Iris con una mueca pesarosa—. ¿Y si te invito a la bebida? ¿Qué vas a tomar?

Archer volvió a mirar hacia la cola y a todas las personas que fingían no estar mirándolo con un sinfín de preguntas dibujadas en el rostro, aunque se les daba fatal disimular. Era demasiado pedir pasar por aquel pueblo sin llamar mucho la atención. Devolvió la mirada a Iris, a su ceño fruncido y a la mueca de arrepentimiento que se adivinaba en su boca. La sudadera de cremallera con capucha que llevaba puesta encima de la ropa de deporte se le había resbalado por un hombro y dejaba al descubierto más piel que no debería quedarse mirando.

Tenía que marcharse.

Aquel día no podría responder a las preguntas de nadie. Y

tampoco podría quedarse más tiempo en presencia de aquella mujer que ya había puesto su día patas arriba.

—No tengo tiempo —respondió de mala gana, luego les dio la espalda a la tal Iris y su expresión de perplejidad y a la fila de entrometidos bebedores de café.

No había ido allí a hacer amigos. Había ido allí a arreglar las cosas con su hija. Aunque no estaba nada convencido de que estuviese en condiciones de arreglar nada.

—¡Monstruo! —La niña se fijó en el manchurrón verde de la pechera de su camisa, soltó un grito de pánico y corrió a esconderse detrás del sofá.

El primer encuentro con su hija empezaba tan bien como se había imaginado.

—No es un monstruo, mi amor. Es tu papá —dijo Paula, la madre de Cate, sonriendo con cariño hacia el lugar por donde había desaparecido la niña detrás del sofá.

Archer no había conocido a Paula hasta aquel momento, otra prueba más de que lo que había tenido con Cate fue algo fugaz y sin ataduras.

Paula respiraba con ayuda de una bombona de oxígeno y el tubo que le salía de la nariz dejaba claro que necesitaba ayuda con aquella niña. Con su hija. La niña a la que solo había podido ver un instante antes de que desapareciera.

—¿Y por qué le sale ese moco verde de dentro? —preguntó la pequeña, aún sin salir de su escondite.

Archer se miró la camisa. No se equivocaba. La mancha del *smoothie* se parecía sospechosamente al moco de un monstruo.

—Solo es… *smoothie* —le dijo, y Paula asintió.

—¿Lo has oído, Olive? Es una mancha de *smoothie*, nada más.

—No pienso salir —dijo Olive, su hija Olive.

—Vale, cariño. Pues quédate ahí de momento. —Paula sonrió a Archer—: Por favor, siéntese. Olive puede ser un poco tímida al principio.

—No soy tímida —respondió la vocecilla—. Es que no me gustan los monstruos.

—Lo siento muchísimo —se disculpó Archer con pesar,

mirando a Paula—. Esta mañana he tenido un pequeño incidente con un *smoothie* de kale y no me ha dado tiempo a cambiarme.

—Claro, no se preocupe —respondió la anciana, aunque su propio rostro sonriente hubiese adquirido cierto gesto de preocupación—. Estoy segura de que todo saldrá bien.

Entonces Archer se dio cuenta. Aquello tenía que salir bien. Aquella mujer había perdido a su hija y ahora no se encontraba en condiciones de cuidar de su nieta.

No se trataba solo de él y de su vida, de sus propias necesidades egoístas.

Mierda.

Se aclaró la garganta:

—Desde luego. Claro que saldrá bien. Estoy seguro de que Olive y yo nos acostumbraremos el uno al otro en un santiamén.

A juzgar por la cara de Paula, no le impresionaba gran cosa el plan de Archer de «acostumbrarse» a su nieta, pero, francamente, en aquel momento era lo máximo que podía prometer. Ya solo pronunciar su nombre, Olive, suponía para él un gran paso. Lo había evitado hasta entonces, como si no decirlo en voz alta hiciera que el asunto no fuese real.

Pero sí que lo era. Ella era real. Y le tenía pánico.

Maldita mujer del café. Si no le hubiese tirado encima aquel mejunje verde, nada de eso habría ocurrido. Luego se había puesto a toquetearlo con las manos, como si aquellas endebles servilletas de papel fuesen a servir de algo. No era que siguiera pensando en las manos de Iris sobre su pecho (aunque tal vez pensara en ellas más tarde). En aquel momento, tenía problemas más importantes.

Y no tenía ni idea de qué hacer al respecto.

El principal era cómo lograr sacar a su hija de detrás del sofá.

Seguía escondida media hora después mientras su abuela y él charlaban de asuntos insustanciales y la abogada revisaba el papeleo.

—Qué bien, París —comentó Paula—. ¿Le gustaba vivir allí?

—Sí que me gusta, sí —admitió él, enfatizando el tiempo presente. No pensaba mudarse a aquel pueblo de forma

permanente—. Me encanta.

Aun a pesar de declarar aquello, las palabras le sonaron falsas. ¿Cómo podía encantarle un lugar que apenas había experimentado? Su vida consistía en la cocina del Beau Rêve, donde trabajaba como jefe de cocina, algunos pocos bares que los empleados y él frecuentaban después del trabajo y su apartamento. ¿Le encantaba París, o le encantaba la idea de ser el mejor allí, en un lugar reverenciado por su cocina? Daba igual. París formaba parte del plan. Dream Harbor, desde luego, no.

Lo cierto era que no tenía idea de cómo saldrían las cosas ahora que Olive se había convertido en un factor a tener en cuenta, pero ya lo averiguaría. Quizá su vida se hubiera visto temporalmente desnortada por aquella situación, pero no sería algo permanente. Si todos los implicados decidían que Olive debería vivir con él, y aquello seguía pareciéndole algo muy hipotético, entonces la niña se iría con él.

Se negaba a pensar en el hecho de que ni siquiera hubiera logrado sacarla de detrás del sofá, mucho menos llevársela a vivir a Francia. Pero cada cosa a su tiempo.

—De acuerdo, señor Baer. —Kaori Kim, abogada encargada de la custodia, desvió la atención de los papeles y la centró en él—. Veo que ha alquilado una casa en el pueblo.

—Sí. Y Olive tendrá su propia habitación.

Había alquilado una casita de campo en una calle tranquila. Se había instalado, había deshecho las maletas y montado un dormitorio para una niña pequeña, cosa que no estaba en absoluto cualificado para hacer, de modo que se había limitado a comprar todas las cosas rosas que encontró. Una idea bastante cutre de lo que era un hogar, pero abrigaba la esperanza de que a Olive la hiciese sentir a gusto.

—¿Y qué me dice del trabajo? —preguntó la abogada.

El trabajo. A Archer le dio un vuelco el corazón. Claro, necesitaría un trabajo mientras estuviera allí. Y había buscado. Había pasado sus primeros días en el pueblo explorando las zonas cercanas en busca de algún puesto de cocinero, pero se había ido con las manos vacías. Su área de búsqueda era demasiado limitada, pero no sabía qué haría con Olive mientras trabajaba. No podía invertir demasiado tiempo en ir y volver del trabajo, y tampoco hacer horas

extra. Así que, de momento, tendrían que quedarse en el pueblo. Habían acordado que la transición sería más fácil para Olive si se quedaba cerca de su abuela, de sus amigas y del colegio. Tenía sentido, aunque eso dejaba a Archer atrapado allí y sin muchas opciones laborales.

—¡Se me ocurre el sitio perfecto! —intervino Paula—. Gladys está buscando nuevo cocinero. —Lo miró entusiasmada.

—¿Nuevo cocinero? —repitió él en voz baja.

—¡Sí, para su cafetería! —A Paula se le iluminó el rostro como si aquella fuese la mejor idea del mundo.

—¿Una cafetería?

La anciana asintió.

—Estupendo —dijo la señorita Kim cerrando su carpeta—. Entonces, queda zanjado el acuerdo de custodia temporal. Señor Bauer, usted será el principal cuidador de Olive durante los próximos seis meses, y Paula Carpenter conservará sus derechos de visita. Cuando termine el periodo de prueba, volveremos a hablar y tomaremos una decisión basándonos en lo más beneficioso para la niña.

Archer se limitó a asentir, sin poder hacer mucho más. Sentía la cara dormida. ¿Cocinero en una cafetería? ¿Aquella era su vida ahora? Padre de provincias y cocinero en una cafetería. Le entraron náuseas. ¿Cómo demonios iba a conseguir su estrella Michelin trabajando en una cafetería?

Kaori se asomó por detrás del sofá.

—¿Le parece a usted bien, señorita Olive? Va a vivir con su papá durante un tiempo y él cuidará muy bien de usted. Todos nos aseguraremos de ello. —Con aquella frase amenazante, Kaori le lanzó a Archer una mirada severa que venía a decir que el pueblo entero estaría atento.

Como si no le hubiera quedado ya claro aquella mañana en el Pumpkin Spice Café.

No alcanzó a distinguir la respuesta de Olive, pero no debió de ser buena, porque Kaori dejó a un lado su semblante de abogada profesional y adoptó un gesto de amiga preocupada.

—Ya lo sé, cielo —susurró, inclinada por encima de los cojines del sofá—. Pero a veces hay que ser valiente.

Kaori y Paula tenían lágrimas en los ojos y, una vez más, Archer se sintió como un imbécil por preocuparse por su

propia vida cuando ellas acababan de perder a un ser querido. Habían pasado tan solo un par de meses desde que Olive perdiera a su madre. Y ahora tenía que irse a vivir con él.

Archer se levantó del asiento y se arrodilló en el sofá junto a Kaori. Se asomó por encima del respaldo y encontró a Olive mirándolo con unos grandes ojos marrones. Iguales a los de Cate. El corazón le dio un vuelco.

—Hola, Olive.

La niña siguió mirándolo sin decir nada, pero al menos no giró la cabeza, lo cual ya era un avance.

Archer se aclaró la garganta:

—Sé que es un poco raro, y sé que acabamos de conocernos, pero vamos a intentarlo al menos, ¿vale?

La niña arrugó la frente.

—Creo que a tu madre le habría gustado que fuéramos… amigos —sugirió.

—Desde luego que sí —convino Kaori—. Yo conocía a tu mamá, y le habría encantado que pasaras algo de tiempo con tu papá.

«¿De verdad?», quiso preguntar Archer. Si fuera así, ¿por qué no le habría contado lo de Olive? Pero aquel no era un buen momento para preguntarlo. No cuando Olive lo miraba de aquella forma, como si estuviera perdida y asustada, y él no tenía ni idea de cómo ayudarla.

Sin embargo, Archer no se rendía. Y no fracasaba.

Si había logrado sobrevivir como aprendiz en algunas de las cocinas más exigentes del mundo, sin duda podría apañarse con una niña pequeña.

Le tendió la mano y, durante varios segundos tensos que se le hicieron eternos, Olive se quedó mirándola. Pero luego, al fin, colocó en ella su manita.

Era un comienzo.

Capítulo 2

Iris mojó un trozo de tortita en el denso sirope de arce de imitación que cubría su plato mientras hacía de nuevo los cálculos en su cabeza. Pero, por muchas vueltas que le diera, el resultado era siempre el mismo: no iba a poder pagar el alquiler. Otra vez. Y, si bien su casera se había mostrado increíblemente paciente respecto a los últimos tres retrasos en el pago, Iris estaba bastante segura de que no sería tan amable esta vez. Sobre todo porque el mes anterior le había dicho: «¡Iris, esta es la última vez! Necesito el dinero del alquiler». El mensaje estaba bastante claro. Iris estaría perdida si no lograba reunir el dinero del alquiler en los próximos dos días.

Suspiró y se quedó mirando a través del enorme escaparate de la cafetería situado junto a su mesa. Las gotas de lluvia que resbalaban por el cristal no contribuían a levantarle el ánimo. Gladys, una de sus mejores alumnas de yoga y propietaria del establecimiento, se sentó en el banco frente a ella.

—¿Por qué estás tan apagada hoy, cielo?

—Ya sabes, lo típico —respondió Iris encogiéndose de hombros—. No llego a fin de mes teniendo que trabajar en la actual economía de contratos temporales.

A la avanzada edad de veintiséis años, Iris tendría que buscarse uno de esos trabajos de los que todo el mundo hablaba. De esos que incluían planes de jubilación y sueldos. De esos en los que a una le pagaban con dólares y no con clases ilimitadas en la Asociación y con flores gratis todos los meses. Aunque había de reconocer que le encantaban las flores gratis.

Gladys frunció el ceño.

—Pero no te preocupes —la tranquilizó Iris con una sonrisa forzada—. Ya se me ocurrirá algo. Siempre se me ocurre. —Siempre se le ocurría.

Otro nuevo empleo, otro apartamento barato, otra compañera de piso cuestionable. Iris llevaba ya mucho tiempo viviendo por su cuenta. Desde que su madre se fuese a vivir a Florida con su último novio, Iris había estado prácticamente sola en Dream Harbor. Bueno, salvo por su prima, Rebecca, pero no podría volver a quedarse a dormir en el sofá de Bex. La mujer tenía tres gatos y tocaba la trompeta hasta bien entrada la noche. La situación no era compatible con tener compañera de piso. Iris no soportaba escucharla practicar sus piezas de *jazz* hasta la medianoche y después dormir como mínimo con dos gatos encima de la cara. No podría volver a hacerlo.

Un golpe, seguido de una retahíla de palabrotas procedentes de la cocina, la sacó de su ensimismamiento.

—¿Qué ha sido eso?

—El nuevo chef —le dijo Gladys con una sonrisa adusta.

—¿Un chef? ¿Para la… cafetería? —Iris contempló los desgastados bancos tapizados de las mesas y los viejos suelos de linóleo. Le encantaba la cafetería, aunque no era precisamente lo que una llamaría un lugar de alto copete.

—Estamos modernizando el local —explicó Gladys, que se enderezó en el asiento—. Y necesitamos una nueva carta.

Iris se metió en la boca el último trozo de tortita.

—No irás a quitar las tortitas a cualquier hora, ¿verdad?

—¡Ni hablar!

—Menos mal. —Sonrió a la mujer por encima de su taza de café malo.

—De hecho… —Gladys pareció tener una idea—, se me está ocurriendo una solución a tu problema.

—Bueno…, podría hacer algún turno de camarera…

—No me refiero a eso —contestó Gladys, descartando su sugerencia con un gesto de la mano. Al parecer, tras haber roto múltiples platos en cada turno y haberse comido su peso en tortitas, Iris no era la aspirante ideal para un puesto de camarera—. Se me ocurre una idea mejor —prosiguió—. ¿Y si trabajas de niñera?

Iris se echó hacia atrás en el banco y sacudió las manos frente a ella como si quisiera esquivar físicamente la sugerencia de Gladys.

—¿Niñera yo? Ni hablar.

—¿Por qué no? Tienes mucha energía y eres una profesora maravillosa. Se te daría genial.

—Se me da genial dar clases a adultos. Los adultos son capaces de mantener una comunicación humana de verdad. Los niños son otra cosa.

Gladys enarcó las cejas como si no se creyera la profunda desconfianza de Iris hacia los niños.

—Los niños sí son capaces de comunicarse —argumentó.

—Son impredecibles —respondió Iris sacudiendo la cabeza—, y me da la impresión de que siempre andan tramando algo. ¿Y por qué están siempre tan pegajosos?

Gladys se rio, meneando la cabeza:

—Los niños son personas sin más. No creo que una niña pequeña te suponga mucho problema.

¿Personas sin más? Personas pequeñas e incoherentes empeñadas en destruirlo todo. Iris había pasado gran parte de su infancia con adultos. Bueno, con adultos y con Bex, pero Bex y ella tenían casi la misma edad. Iris no tenía hermanos pequeños, tampoco primos pequeños. Nunca había hecho de canguro con los niños del vecindario. Y jamás había mostrado interés por los muñecos.

Su mejor amiga cuando era pequeña era la cariñosa vecina de arriba, Josie, quien por entonces tenía setenta años. Solía cuidar a Iris después de clase cuando su madre trabajaba, y ella la adoraba. Contaba unos cuentos fantásticos y preparaba unos espaguetis deliciosos. Incluso ahora, los domingos no le parecían domingos si no había una olla de salsa de tomate calentándose al fuego. Josie le había enseñado eso.

Los ancianos eran fuentes de conocimiento. Los niños pequeños eran… unos salvajes.

—¿Para quién trabajaría? —preguntó, aunque no tenía intención alguna de aceptar aquel trabajo absurdo, pero le había picado la curiosidad.

Gladys desvió la mirada hacia la cocina.

—Bueno…

Otro golpe y un grito.

—¡¿El hombre que está gritándoles ahora mismo a tus empleados tiene una niña pequeña?! —preguntó Iris con los ojos como platos.

—¿Te enteraste de lo de Cate Carpenter?

—Por supuesto.

Todo el mundo se había enterado. Fue una tragedia. Iris había ido al colegio con Cate, aunque nunca habían sido amigas íntimas. Aun así, siempre era terrible enterarse de que algo semejante le había sucedido a alguien tan joven, la clase de historia que te hacía cuestionarte qué estabas haciendo con tu vida.

—Bueno, según parece, han localizado al padre de la niña.

—¿Y el padre es el maniaco de tu cocina?

—No es un maniaco —repuso Gladys con un suspiro de exasperación—. Es un chef de fama internacional y está dándole un buen lavado de cara a mi restaurante.

—Mmm.

—Necesitaba un trabajo para mantener a su hija —explicó Gladys encogiéndose de hombros—. Y nosotros éramos los únicos que buscaban cocinero.

—Así que ahora tienes un chef…

—Un chef de fama internacional.

—¿Un chef de fama internacional haciendo tortitas?

—Va a renovar toda la carta —dijo Gladys con una sonrisa.

—¿Y qué opina Lionel al respecto? —A Iris le habría encantado estar presente cuando Gladys le contó a su marido que ahora la cafetería iba a dirigirla un chef sabelotodo y engreído.

La mirada de Gladys confirmó que la cosa había ido tal y como ella se imaginaba.

—Ya entrará en razón —contestó, y cruzó las manos sobre la mesa—. En fin, ¿qué te parece el trabajo?

—Gladys, me encantaría ayudar, en serio, pero no tengo ninguna cualificación para ser niñera.

—¡Qué tontería! Estás certificada para hacer la RCP, eres creativa, enérgica, divertida, responsable… —Gladys fue enumerando sus cualidades con los dedos—. Y, lo más importante, estás disponible.

—Ni hablar —insistió Iris sacudiendo la cabeza—. Lo siento.

—¿Qué otras opciones tienes?

—Pues seguramente… podría…

El gesto de Gladys se iba tornando petulante por momentos conforme Iris vacilaba.

—Ya se me ocurrirá algo. —Podría trabajar algunos turnos en Mac's, o tal vez Jeanie necesitase una barista en el Pumpkin Spice Café, o a lo mejor podía vender un riñón o algo.

Cualquier cosa menos pasarse el día con una niña pequeña. Kira ya había prometido volver a contratarla para las fiestas, así que solo tenía que aguantar otros ocho meses más. Pan comido.

—No digas tonterías. ¿Te he dicho que sería un puesto de interna?

—¿Te refieres a que no tendría que pagar alquiler?

—Exacto —confirmó Gladys con aquella sonrisa de suficiencia—. Nada de alquiler. Y la niña va al jardín de infancia. Ni siquiera estará en casa gran parte del día. Podrías seguir dando tus clases.

Los cálculos iban cambiando a toda velocidad. Si no tuviera que pagar alquiler y pudiera seguir impartiendo sus clases y además le pagaran por su trabajo como niñera, tal vez pudiera, por una vez en su vida, mejorar su situación económica. Quizá al fin lograra terminar el mes sin estrecheces.

Qué lista Gladys con sus buenas ideas.

—¿Y qué tendría que hacer?

—Pues me imagino que tendrías que prepararla para ir al cole y después recogerla. Por las tardes estarías al mando, antes de que vuelva a casa su padre, pero seguro que puedes hacerlo, Iris.

—¿Por qué insistes tanto?

El pueblo entero estaba lleno de metomentodos, entrometidos y cotillas bienintencionados que se morían por meterse en los asuntos de los demás, aunque por lo general Gladys no era de las que interferían. Tenía a su marido, a sus dos hijas, tantos nietos que Iris había perdido la cuenta y, además, aquella cafetería que dirigir. No le quedaba tiempo para inmiscuirse en vidas ajenas.

—Están pasando apuros y tú también —contestó Gladys

más suave—. ¿Por qué no ayudaros mutuamente?

Iris estuvo a punto de decirle que ella no estaba pasando apuros, pero la mirada de Gladys le cerró la boca. Claro que estaba pasando apuros.

—Esa niñita ha perdido a su madre y el hombre de ahí dentro está haciéndolo lo mejor que puede…

Otro estruendo procedente de la cocina interrumpió las palabras de Gladys, pero su intención de tocarle la hiperdesarrollada fibra sensible a Iris surtió el mismo efecto. ¿Qué iba a decirle? ¿Que no quería ayudar a una pobre niña que había perdido a su madre? Eso sería terrible.

Eso, sumado a la amenaza de pasarse la noche oyendo a su prima practicar con la trompeta, la llevó a decir:

—Vale, de acuerdo. Lo haré.

—¡Fantástico! —exclamó, radiante, Gladys—. Se lo diré a Archer. Ay, aquí viene. —Desvió la mirada hacia la puerta de la cocina cuando esta se abrió de golpe.

Era él. El hombre más enfadado que Iris había visto jamás emergió del caos reinante en la cocina. Si acaso era posible fruncir el ceño empleando el cuerpo entero, eso era justo lo que estaba haciendo. Ni siquiera su distinguida chaquetilla blanca de chef lograba suavizar el brillo iracundo de sus ojos oscuros. El cabello rubio oscuro le bailaba sobre la frente como si hubiera estado tirándose de los pelos y finalmente se hubiera rendido. Tenía el entrecejo arrugado y su boca dibujaba una mueca de desaprobación que le cruzaba el rostro. Desprendía una tensión palpable. Era el mismo hombre que había dado impresión de querer asesinarla por bañarlo con *smoothie* de kale. Distaba mucho de la imagen del padre cariñoso.

—¡Archer! —exclamó Gladys, y su voz transmitió la alegría que le provocaba su triunfo—. ¡Te he encontrado a la niñera perfecta!

Archer desvió su tormentosa mirada hacia Iris.

Esta le dedicó a su hipotético jefe una leve sonrisa y un saludo con la mano.

Si acaso la reconoció del incidente con el *smoothie*, no dio muestras de ello.

—Envía tu currículum —gruñó, se dio la vuelta y volvió a entrar hecho una furia en la cocina.

¿Dónde acababa de meterse Iris?

Capítulo 3

Eran solo las seis menos cuarto cuando Archer se montó en su coche, situado en el aparcamiento de atrás. La cafetería abría temprano para servir desayunos y comidas, pero a las tres ya estaba cerrada. De modo que, incluso después de limpiar y asegurarse de que todo estuviese preparado para el día siguiente, regresaba a casa más temprano que en los últimos años.

Un signo más de lo alterada que estaba su vida desde que se había trasladado a aquel extraño pueblo. Antes, a esa hora, solía marcharse a trabajar, en lugar de volver a casa a compartir otra silenciosa cena con su hija.

Su hija.

Dios, seguía costándole pensar en ella en semejantes términos. ¿Sería eso terrible? ¿Debería haberse encariñado de ella de inmediato? No lo sabía. No sabía qué era normal y qué no. ¿Era habitual que la gente se enamorase al instante de sus recién nacidos chillones y con la cara enrojecida? Lo mismo sí. Tal vez debería haber sentido una especie de unión biológica con Olive, pero hasta el momento la situación había sido de lo más incómoda.

Resopló frustrado mientras conducía por la calle principal, pasando de largo todas aquellas tiendecitas con encanto. Gladys tenía razón. La cafetería necesitaba renovar su imagen si quería mantenerse a la altura de aquel pintoresco enclave.

Enfiló la calle bordeada de árboles donde había alquilado la casa. Jamás en su vida habría deseado vivir en una calle así. Jamás se habría imaginado regresando en coche a una casa con jardín y cerca de madera. A una casa con su familia.

Aquello era agradable para algunos, pero no para Archer.

Él estaba destinado a ser chef. A alta cocina para personas que la apreciaran. No a preparar tortitas en un pueblecito estadounidense.

Puaj. Apoyó la cabeza en el volante cuando se detuvo en el camino de acceso a la casa. Necesitaba unos minutos antes de meterse en aquella vida que no era la suya. En aquella casa que no era su hogar. Con aquella niña que era una desconocida.

Soltó un gemido.

El adulto era él.

Tenía que hacer las cosas bien por Olive.

Confiaba en que en algún momento empezara a dirigirle la palabra.

Sí, claro que lo haría. No había transcurrido ni siquiera una semana desde el traslado. Solo necesitaba un poco más de tiempo para acostumbrarse. Y él también. Se levantó del asiento del conductor y atravesó el jardín delantero en dirección a la puerta. Tuvo el absurdo impulso de llamar a aquella puerta que no le parecía la suya. Pero era la suya, al menos por el momento, así que entró.

—Señor Baer, ya está en casa. —Kimmy, la niñera, se levantó de un brinco del suelo, donde había estado jugando con Olive al *Candy Land*—. Nos vemos, peque. —Le revolvió el pelo a Olive antes de coger el bolso y reunirse con Archer junto a la puerta.

—Gracias, Kimmy.

—No hay de qué. Puede pagarme con el móvil.

—Claro, descuida.

—¿Me necesita mañana? Porque tengo ensayo del club de teatro. Me han dado la protagonista en *El duque y yo*. Me parece increíble.

Lo que a Archer le parecía increíble era que un instituto pudiera representar una novela de *Bridgerton*, pero esa era otra cuestión.

—Estoy en trámites de contratar a una niñera, así que no te necesitaremos tanto.

—Ah, genial. Nos vemos, Olive.

La niña vio salir a Kimmy, siguiendo con sus enormes ojos marrones los movimientos de la joven. La primera vez que Archer la vio, su similitud con Cate lo había sobresaltado. Era

como una versión en miniatura de la mujer a la que una vez conoció, hacía media década. Cabello oscuro que enmarcaba su rostro redondeado y le llegaba justo por debajo de la barbilla, con un flequillo que le acariciaba la frente y unos ojos grandes que lo miraban y, de inmediato, parecían sacarle defectos. Aunque ese rasgo era exclusivo de Olive. A Cate había parecido gustarle todo de él en términos generales.

—Bueno… —dijo, adentrándose en el pequeño salón—. ¿Te apetece que juegue contigo? Eh…, al *Candy Land,* quiero decir. —Señaló torpemente el tablero del juego. —Olive parpadeó—. O podríamos hacer otra cosa. ¿Quieres que ponga una peli o algo? O podríamos colorear.

¿Colorear? No había tenido una cera de colores entre los dedos desde que tenía ocho años. Pero, llegado ese punto, haría casi cualquier cosa antes que quedarse mirándose el uno al otro. Desde aquel primer y desastroso encuentro, le daba la impresión de que Olive toleraba su presencia, de que no estaba en absoluto convencida de su capacidad para encarar aquella tarea. A él le pasaba lo mismo.

Olive sacudió la cabeza y se sentó en el sofá. Se tapó con su vieja manta raída. Su abuela le había explicado a Archer que era su mantita de cuando era un bebé y que bajo ninguna circunstancia debería guardarla o lavarla, y que, si alguna vez se perdía, ni Olive ni él volverían a pegar ojo. Pero sin presiones.

Olive se abrazó a su wómbat de peluche, cogió el mando a distancia y puso lo que más le gustaba ver en la tele: concursos de repostería.

Algo se le encendió a Archer dentro del pecho.

Tal vez sí fuera hija suya al fin y al cabo.

Llamaron a la puerta y eso le concedió algo que hacer, además de quedarse mirando a Olive. Fue a abrir, pensando que a Kimmy se le habría olvidado algo, pero resultó que no era ella. Debería haberlo imaginado.

—¡Hola, Archer! —En su puerta estaban Nancy, su mujer Linda, y Kaori, la abogada encargada de la custodia.

La primera vez que había sucedido aquello, se asustó al pensar que ya se había metido en algún tipo de lío; sin embargo, aquella era la tercera vez en cuatro días que esas tres mujeres se presentaban en su casa. Y, el único día que no

aparecieron, Estelle, a quien había conocido brevemente en el Pumpkin Spice Café, y Gladys se habían pasado por allí «porque estaban por el barrio».

Archer había descubierto que Nancy era una maestra de educación infantil jubilada que, al parecer, se tomaba como una responsabilidad personal el bienestar de todos los niños del pueblo, incluidos sus antiguos alumnos. Linda parecía apuntarse a la visita principalmente para señalar los pocos avances que había hecho con respecto a Olive. Si a eso se sumaba la mujer responsable del caso de la custodia, formaban las tres un simpático comité de bienvenida.

En esa ocasión, Nancy llevaba en brazos un estofado de proporciones épicas. ¿A cuánta gente se creía que tenía que dar de comer?

—Os he traído algo de cena —explicó, plantándole la cazuela en los brazos.

Anteriormente, Archer había sido incapaz de convencerlas de que era chef profesional y tenía capacidad más que de sobra para preparar la cena, por eso esta vez se limitó a darle las gracias.

—¿Cómo está Olive? —Kaori miró hacia el interior de la casa.

—Está bien.

—Sigue sin dirigirte la palabra, ¿no? —conjeturó Linda, y se abrió paso para entrar.

—Ya lo hará —comentó Nancy, dándole una palmadita en el brazo mientras también se autoinvitaba a pasar a su casa.

Él no se resistió. Ya había descubierto que era mejor permitirles entrar, para demostrarles que Olive seguía con vida, y después se irían.

Suspiró y vio cómo las dos mujeres mayores se mostraban embobadas con Olive; se sintió absurdamente celoso de que la niña les sonriera y respondiera de inmediato cuando le preguntaron qué tal le había ido el día, sincerándose con ellas en cuanto la flanquearon en el sofá.

—Estamos de tu parte —le dijo Kaori a Archer.

—Sí —respondió él con un resoplido y una risa sarcástica—. Se ve a la legua que tenéis muchísima fe en mí. No ha habido un solo día desde que Olive se trasladó aquí en el que no haya venido alguien a ver cómo estaba.

Kaori se quedó mirándolo como si le faltaran neuronas.

—Por supuesto —sentenció—. Adoramos a esa niña y, francamente, no sabemos gran cosa sobre ti.

—Me parece justo.

—Pero, aparentemente, a Cate le pareciste bien, por eso voy a concederte el beneficio de la duda.

Archer apoyó la cabeza contra el marco de la puerta y sintió en el rostro el calor del sol de última hora.

—¿Le parecí bien?

—A decir verdad, jamás hablaba de ti.

—Vaya —contestó él con una mueca de pesar.

—Lo único que sí que dijo fue que pensaba que estabas destinado a cosas más importantes —respondió Kaori con un encogimiento de hombros—. No quería interponerse en tu camino. Olive era su sueño. No quería echar a perder el tuyo.

Vio las lágrimas en sus ojos cuando volvió a mirarla.

—Lo siento muchísimo —le dijo.

Kaori se sorbió la nariz y se frotó los ojos con el dorso de la mano.

—Era una persona maravillosa, Archer. Y Olive es maravillosa también.

—Lo sé —respondió él tras aclararse la garganta para disimular la emoción—. Lo estoy… intentando.

Kaori lo estudió con atención antes de darle una palmada en el hombro.

—Hace falta un pueblo para criar a un niño y nosotros somos ese pueblo. —Le sostuvo la mirada—. Y te estamos observando.

—Muy tranquilizador —comentó él secamente.

—Debería serlo —le aseguró Kaori con una sonrisa—. Miramos por el bien de Olive. Y también por el tuyo. Acepta la ayuda, Archer. Así será todo mucho más fácil. —Lo pasó de largo y recibió un gran abrazo por parte de Olive.

Archer cerró la puerta y se fue a la cocina a buscar un hueco entre los demás guisos del congelador en el que meter aquella última incorporación.

Aceptar ayuda no era precisamente su punto fuerte, pero, por Olive, lo intentaría. Aunque tampoco le quedaba mucha alternativa. Estaba bastante seguro de que aquellas mujeres podrían acabar con él si fuera necesario. Así que intentaría

asegurarse de que no fuese necesario.

Encontró un hueco en el abarrotado congelador, metió allí el guiso y cerró la puerta.

Ya estaba. Había aceptado la ayuda.

Capítulo 4

Al día siguiente, Iris se presentó en casa de Archer a la hora exacta que él le había dicho. Diez minutos arriba o abajo. Pero, a juzgar por el odio con que la miró, cualquiera diría que llegaba una hora tarde.

—Llegas tarde —le dijo, cruzándose de brazos.

Él bloqueaba el umbral de la puerta como si tal vez aquella transgresión de diez minutos bastase para despedirla —o no contratarla— a la primera de cambio. Iris solo había accedido a acudir esa tarde para conocerlos a Olive y a él. Ni siquiera había accedido realmente a aceptar el trabajo todavía. No estaba tan desesperada como para irse a vivir con un hombre al que no conocía. Otra vez no, al menos. La última vez fue con un tío al que encontró en un anuncio en la cafetería. En teoría el tipo buscaba compañero de piso, pero lo que de verdad quería era robarle la ropa interior mientras ella estaba en el trabajo.

No andaba buscando otro ladrón de ropa interior.

—Lo siento, se ha alargado mi clase. —Apenas había tenido tiempo de quitarse el bañador y llegar hasta allí.

El pelo aún le goteaba por la espalda, recogido en una trenza mojada, y la brisa de principios de primavera le erizaba el vello de los brazos desnudos. Se le había olvidado la sudadera en el gimnasio. Otra vez.

Se pasó la trenza por encima del hombro y se la escurrió sobre el escalón de la entrada. Al levantar la mirada, Archer seguía mirándola con odio. A lo mejor seguía enfadado por lo del *smoothie*.

—A Olive hay que recogerla del colegio a las dos y media.

Iris le devolvió la mirada con el mismo odio.

—Bueno, si acepto el trabajo, cambiaré el horario de mi clase para adaptarlo al de Olive. —Levantó la barbilla y esperó. ¿Iba a dejarla entrar en casa o la entrevista al completo tendría lugar en el escalón de la entrada?

Archer se quedó mirándola a los ojos unos segundos más antes de desviar la mirada hacia la mancha de humedad que estaba dejándole el pelo en la camiseta, justo encima del pecho izquierdo. Iris habría pensado que era un pervertido hasta que lo vio fruncir los labios en clara señal de desaprobación. Al parecer, su uniforme de *leggings*, camiseta de tirantes y cabello permanentemente húmedo no cumplía con sus requisitos. En el café había ocurrido lo mismo. Le había parecido que se quedaba mirándola, luego ella se ofreció a pagarle la bebida; aun así, el tipo había salido huyendo.

Menos mal que no había sucedido nada más, teniendo en cuenta que estaba a punto de pasar a convertirse en su jefe. Tal vez.

Volvió a mirarla a la cara con dureza y reprobación. Dios, se lo imaginaba en una cocina gritándoles a sus pobres ayudantes como todos esos chefs a los que había visto en las películas. Exigiendo perfección. Exigiendo precisión. Un leve escalofrío le recorrió la piel al pensar qué sería complacer a un hombre como él.

Ignoró ese pensamiento totalmente inútil. Si esperaba perfección por su parte, le supondría una tremenda decepción. Iris era caótica, no estricta. Siempre llegaba tarde, salvo cuando daba clases (no les haría eso a sus alumnas). Tenía un larguísimo historial de pasatiempos a medio terminar y libros a medio leer. Era buena, pero no perfecta. Además, si mantenía su tendencia habitual, no conservaría aquel trabajo más de seis meses. Quizá debería marcharse y ahorrarles tiempo a ambos.

Sin embargo, Archer por fin dejó de evaluar su apariencia con la mirada y se hizo a un lado. Ella lo siguió con reticencia por un estrecho pasillo que daba directamente a un saloncito acogedor donde había una niña pequeña sentada en el sofá viendo lo que parecía ser un programa de repostería. Iris dejó las chanclas al lado de la puerta, junto con los demás zapatos. Vio un par de deportivas especialmente pequeñas que le

provocaron un cosquilleo nervioso en la tripa. ¿Cómo iba a responsabilizarse de alguien tan pequeño?

Sin duda era una mala idea.

El padre era un imbécil. La niña era demasiado pequeña. Y a ella le faltaban demasiadas cualificaciones.

Tendría que arriesgarse a volver a vivir con Bex.

Abrió la boca para anunciar su decisión cuando vio cómo Archer observaba a su hija. Parecía completamente… perplejo. Como un hombre perdido en un laberinto sin tener ni idea de cómo salir. Parecía triste y un poco asustado. Parecía, sin duda, necesitado de ayuda.

La pilló mirándolo, por lo que enseguida volvió a subir la guardia y adoptó aquella actitud de jefe duro:

—Primero, hablemos en la cocina, luego conocerás a Olive.

—Sí, claro.

Olive ni siquiera apartó los ojos de la tele cuando pasaron junto a ella. La cocina y el salón eran, en esencia, una sola estancia con una pequeña isla entre medias. Iris se sentó en ella y Archer se quedó de pie mirándola, con las manos sobre la encimera. Tenía la camisa remangada, dejando ver sus antebrazos desnudos.

—¿No deberías tener una espátula o algo así tatuado en los brazos? —le preguntó ella.

—¿Que debería tener qué? —respondió él enarcando las cejas—. ¿Por qué razón?

—No sé —dijo Iris y se encogió de hombros—. ¿No es típico de los chefs? Tener muchos tatuajes de utensilios de cocina, carne y cosas así.

—¿Carne y cosas así? —Archer torció la boca, casi como si le hiciera gracia, pero se negara a demostrarlo.

—No finjas que no sabes de qué estoy hablando. El típico *look* de chico malo que llevan los chefs. A no ser que tengas los tatuajes en otra parte… —Le señaló el cuerpo y dejó la mano congelada en el aire al ver su mirada de horror.

Dios, ¿qué estaba diciendo?

—Ay…, perdón. Da igual.

—¿Y si hablamos del trabajo?

De nuevo Iris advirtió esa mueca casi divertida en los labios de Archer.

Asintió, aliviada de poder pensar en algo que no fuera si él

era en efecto un chef chico malo y si tenía el ancho torso cubierto de tinta, o tal vez la espalda…

—¿Iris?

—¿Sí? —Parpadeó para volver a la realidad.

La realidad en la que Archer estaba haciéndole preguntas acerca de cómo cuidaría de su hija. La realidad que no tenía nada que ver con su cuerpo. Aunque a ella su cuerpo le daba igual. No era que siguiera pensando en el tacto de su torso firme bajo sus manos mientras le limpiaba el *smoothie* de la camisa. Su cuerpo era del todo irrelevante. Igual que su cara. Y esas manos grandes que seguían extendidas sobre la encimera delante de ella. Dios, qué dedos tan largos. Unos dedos capaces probablemente de toda clase de trucos…

Iris se aclaró entonces la garganta:

—Perdona, no te he escuchado.

Archer estaba mirándola de nuevo con la expresión habitual, como si le decepcionara incluso el hecho de haberla invitado a entrar. Debía de estar tan desesperado como ella. Tan desesperado como le había dicho Gladys, si ella era su mejor opción.

—Te he preguntado si has trabajado antes con niños.

—Eh… Pues… no exactamente.

—¿No exactamente niños?

—Bueno, trabajo mucho con ancianos, que también son población vulnerable —explicó, repitiendo con una sonrisa tensa la frase que había ensayado con Bex la noche anterior.

Archer asintió sucintamente, como si no supiera si debía creerse sus mentiras. Aunque no eran mentiras absolutas, solo las típicas cosas que se dicen en una entrevista. Estaba convencida de que a sus ancianos les encantaría que los comparase con una niña, pero, por mucho que le fastidiara reconocerlo, le iría muy bien aquel trabajo.

—Doy clases en la Asociación del pueblo. —Lo de las clases pareció llamar la atención de Archer, así que continuó—: Estoy certificada para hacer la RCP y realizar primeros auxilios y…, pues…, soy creativa y… —¿Qué más cualidades había enumerado Gladys?—. Y estoy disponible. —¿Por qué se sonrojó al decir aquello?—. Me refiero a que estoy disponible para empezar a trabajar de inmediato. —Sonrió de nuevo y le sostuvo la mirada.

Por un breve instante, él suavizó la expresión y a Iris le pareció que había pasado la prueba. Hasta que Archer apartó la mirada y su boca adoptó de nuevo un rictus adusto.

—¿Café? —preguntó.

—Claro.

Él le dio la espalda para servirle una taza, indultándola por unos instantes del severo escrutinio de su mirada.

—¿Cómo lo tomas?

—Con leche y azúcar, por favor.

Lo dispuso todo sobre la encimera y, mientras Iris removía la leche y el azúcar, se fijó en que él lo tomaba solo. Con la intensidad que destilaba aquel hombre, le pareció que sería mucho más apropiado que se tomara una taza de manzanilla, aunque probablemente no le correspondiera a ella decirlo.

—Quizá podríamos repasar las responsabilidades del puesto —sugirió antes de dar un sorbo a su café.

—Claro, desde luego. —Archer dejó su taza y desvió la mirada hacia el lugar donde estaba sentada Olive en el sofá, antes de volver a mirar a Iris—: Por las mañanas tendré que irme antes de las cinco, razón por la cual sería conveniente que vivieras aquí, si te parece bien. Luego te responsabilizarás de levantar a Olive, prepararla y llevarla al colegio. Como ya te he dicho, hay que recogerla a las dos y media. En punto. Por lo general yo vuelvo a casa sobre las seis. —Volvió a mirar a Olive y bajó entonces la voz—: No habla.

—¿Cómo que no habla?

Se adivinó en su rostro una expresión mezcla de vergüenza y frustración.

—Sabe hablar, lo que pasa es que a mí no me habla. —Se pasó la mano por el pelo—. Va a terapia, y está claro que esto es muy duro y traumático, pero me gustaría que… —De nuevo volvió a dar la impresión de querer gritar sus frustraciones a los cuatro vientos, pero tragó saliva—: Me gustaría que tuviera cierta estabilidad. Quiero que haya alguien aquí con ella cuando yo no esté. Por eso pensé que sería mejor que vivieras…, que la niñera viviera con nosotros… Pero, si te supone un problema…

Prácticamente estaba susurrando y ambos se inclinaron sobre la encimera. Iris se acercó tanto que alcanzó a ver la preocupación en sus ojos, las arrugas de su entrecejo, su pelo

encrespado por pasarse el día echándoselo hacia atrás con las manos. Entonces, al verlo tan preocupado, cansado y asustado, se le activó en la tripa algo cálido y afectuoso.

Y Iris siempre hacía caso a su tripa.

—Lo conseguirás —le dijo, y dibujó una sonrisa suave y amable en un intento por lograr lo mismo de él. Lo máximo que obtuvo fue una leve relajación alrededor de los hombros, pero se conformaría con eso por el momento—. Estoy de acuerdo en que, si vivo aquí, resultará más fácil que Olive se sienta cómoda conmigo. Encima, no podré llegar tarde al trabajo.

Archer dejó escapar una carcajada de sorpresa.

Iris había triunfado. Y sonrió.

—Gracias. Es que… —Archer se aclaró la garganta—. Ha sido una semana difícil.

—Ya me imagino.

Estaba mirándola de nuevo, pero esta vez había algo un poco más suave en su mirada. De hecho, ahora que sus ojos se habían despojado del odio, resultaban ser de un agradable y cálido color marrón. Y, cuando no estaba echándoselo hacia atrás, el cabello le caía con suavidad sobre la frente. Se imaginó aquella boca más suave aún, sonriente, iluminándole el rostro. Y ahí se dio cuenta.

Archer Baer, su hipotético nuevo jefe, estaba buenísimo.

Y eso planteaba un problema serio.

¡No podía sentirse atraída por su jefe! Eso estaba mal. «Muy mal, Iris».

Archer levantó las comisuras de los labios, ofreciéndole el más leve atisbo de sonrisa, pero aquello fue suficiente. Suficiente para mostrarle la sutil marca de un hoyuelo en lo alto de su mejilla izquierda.

¡NO! ¿Por qué? Acababa de acceder a irse a vivir con aquel hombre y ahora resultaba que tenía un hoyuelo. Y ojos tiernos. Y un pelo que daban ganas de acariciar. Y un número indeterminado de tatuajes escondidos a la espera de ser descubiertos.

Estaba claro que había cometido un grave error.

Se echó hacia atrás abruptamente sobre el taburete.

—¿Estás bien? —preguntó Archer, que se enderezó de nuevo.

—Sí. Claro. Bien. Estupenda.

Había vuelto a mirarla como si estuviera loca, lo cual la ayudó un poco a serenarse, pero entonces Archer miró por encima de ella y puso los ojos como platos.

Iris se dio la vuelta para ver qué le había causado tanto estupor.

Y vio que el sofá estaba vacío y la puerta de la entrada abierta de par en par.

Olive se había marchado.

Capítulo 5

Sin saber cómo, el desastroso día que estaba teniendo Archer había empeorado en un abrir y cerrar de ojos. Estaba intentando por todos los medios lograr que la nueva niñera no le resultara encantadora y, de pronto, su hija había desaparecido. Otra vez. Llevaba allí una semana y ni siquiera era capaz de controlar los movimientos de la maldita cría.

—¡Dios mío! ¿Dónde se ha metido? —La voz preocupada de Iris interrumpió sus pensamientos.

Se habría asustado mucho más si aquella no fuera la tercera vez que ocurría lo mismo desde que se habían ido a vivir allí.

—Me lo puedo imaginar —respondió él.

Archer la pasó de largo y salió de la casa, pero notó que ella lo seguía. Con suerte, seguiría queriendo el trabajo después de presenciar aquella demostración de lo que le esperaba.

Cuando Gladys le dijo que le ayudaría a encontrar a la niñera perfecta, había dado por hecho que se refería a alguien como ella. Alguien mayor y dulce, con ese aire de abuela. No alguien como Iris Fraser. Alguien joven y guapa que se presentaba a una entrevista de trabajo vestida con *leggings,* un top mojado y chanclas. Alguien que ya lo había toqueteado tras bañarlo de *smoothie*. Alguien que olía a fresas.

No sabía si debía mostrarse enfadado o excitado. No, eso no era cierto. Sabía al cien por cien que no debía excitarse con la niñera. De hecho, estaba bastante convencido de que aquella era la regla número uno a la hora de tener niñera. Pero esa regla habría sido mucho más fácil de cumplir si Iris se hubiera parecido más a la señora Doubtfire y menos a…, bueno, a ella misma.

Se pasó la mano por el pelo mientras atravesaba el jardín hacia la casa del vecino, seguido muy de cerca por la inoportunamente atractiva niñera. Lo más probable era que no debiera contratarla. Debería buscarse a otra persona. Alguien más apta. Sin embargo, estaba desesperado. La cafetería había funcionado con el piloto automático sin él, pero tenía que empezar a trabajar allí a jornada completa si quería transformarla.

Últimamente, la cocina era el único lugar donde se sentía, aunque fuera un poco, competente. Tenía que volver y necesitaba ayuda con aquella niña.

Se detuvo en seco.

Iris se chocó contra su espalda.

—¡Ay! —gritó—. Perdona.

Archer miró por encima del hombro y la vio sonreír débilmente.

—No esperaba que fueses a pararte tan de golpe. ¿Qué sucede?

Archer sacudió la cabeza y escuchó con atención. Era un sonido que solo había oído de lejos desde que se trasladara ahí. El sonido de la risa de su hija.

Procedía del jardín trasero del vecino, de modo que atravesó el camino de acceso a la vivienda y llamó a su valla de madera.

—Ah, hola, Archer. Estaba a punto de llevar a su casa a la señorita Olive. —Noah, su nuevo vecino, le dedicó una sonrisa.

La niña iba sentada sobre sus hombros, y la sonrisa que Archer habría jurado que se dibujaba en su rostro segundos antes se había esfumado por completo.

—Gracias, Noah.

—No hay de qué. —Él se asomó por un lado de su hombro —. Hola, Iris. ¿Qué estás haciendo aquí?

Archer debería haber supuesto que se conocían. Todos en aquel pueblo se conocían. Resultaba inquietante.

—Qué hay, Noah. Pues… —Miró a Archer y después otra vez a Olive.

Probablemente estaría calculando lo difícil que iba a ser aquel trabajo. Archer estaba convencido de que no habría contemplado tener que lidiar con una fuga silenciosa.

—Tenía una entrevista para el puesto de niñera.

—Vaya, Olive. ¿Has oído? —Noah le dio una palmada en la pierna que colgaba por encima de su hombro—. Puede que Iris sea tu niñera. Sería genial. Iris es supergenial.

—Hola, Olive —dijo Iris con una sonrisa. La saludó con la mano, pero Olive siguió mirándola con la cabeza ladeada, como si estuviera dando vueltas a aquella idea.

Archer se preguntó qué opinaría su hija acerca de Iris. Seguramente debería tener eso en cuenta. No iba a contratar a alguien que a ella no le cayera bien.

—¿Qué hace una niñera? —preguntó Olive, y el sonido de su voz le heló hasta el último músculo del cuerpo.

No parpadeó. No respiró por miedo a que la niña recordara que estaba allí y volviese a cerrar la boca.

—Pues supongo que haremos cosas juntas —respondió Iris, encogiéndose de hombros—. A lo mejor podemos ir a sitios divertidos. Sabes conducir, ¿verdad?

Olive negó con la cabeza, y regresó entonces la risita que Archer había oído antes. Notó cierta incomodidad en el pecho, como si, de pronto, el corazón no le cupiese dentro.

—Soy demasiado pequeña para conducir.

Iris frunció el ceño como si no la creyera y Archer tuvo que morderse la lengua para no sonreír.

—¿Estás segura? Si debes de medir por lo menos un metro noventa y cinco. —Iris la señaló, sentada a hombros del vecino, y Olive volvió a reírse.

—¡Estoy subida a hombros de Noah! —Le dio una palmada al hombre en la cabeza y este sonrió.

—¡Ah! Tienes razón. Perdona, me había equivocado. Entonces, supongo que seré yo quien te lleve a esos sitios divertidos.

—¿Qué clase de sitios?

—¿Te gusta nadar?

—No sé nadar.

—Entonces, te enseñaré.

Archer estuvo a punto de intervenir para decir que no habían acordado nada sobre clases de natación, pero a Olive se le iluminó la cara con la sugerencia y a él prácticamente se le derritió el corazón al verlo. Iris podría enseñarle a hacer paracaidismo si eso la ponía contenta.

—¡¿De verdad?!

—Claro. Bueno, si a tu padre le parece bien. —Iris se volvió a mirarlo por primera vez desde que comenzara aquella interacción y fue como si la diversión se evaporase de inmediato.

A Olive se le borró la sonrisa de la cara.

Archer se aclaró la garganta y dijo:

—Seguro que se nos ocurre alguna solución.

Iris volvió a mirar a Olive con una sonrisa.

—Esa es la manera que tiene un padre de decir: si me lo preguntas muchas veces, al final me rendiré y te dejaré hacerlo —explicó guiñándole un ojo, y Olive puso los ojos como platos.

—¿Por qué no volvemos a casa y lo hablamos? —sugirió Archer, y su hija asintió, lo cual, a decir verdad, era todo un avance.

Noah la bajó al suelo y Archer decidió no sentirse celoso cuando la niña le dio un fuerte abrazo de despedida.

—Venga, chica. Vamos a conocernos mejor. —Iris enfiló el camino de acceso y Olive la siguió.

Nada más verlas caminar juntas, una al lado de la otra, como si tal cosa, Archer supo que estaba contratada. Con suerte, aún desearía el puesto.

—Gracias de nuevo, Noah. Siento que siga presentándose aquí.

—No nos importa —respondió el vecino, sonriente—. Yo siento que no deje de darte sustos.

Archer resopló frustrado y Noah le dio una palmada en el brazo.

—Lo estás haciendo lo mejor que puedes. No tardará en acostumbrarse a la nueva situación.

—Sí. Gracias de nuevo.

Noah desapareció hacia el interior del jardín que compartía con Hazel, su novia. Cuando escogió la casa, Archer no sabía que Hazel conociera a Cate, pero se alegraba de que Olive tuviera una cara conocida en la casa de al lado. Siempre y cuando dejara de escabullirse constantemente para ir a buscarla.

Esperaba que nunca se alejara más allá.

Llevaba tan solo una semana siendo padre y no creía que

fuese a aguantarle el corazón.

Capítulo 6

—¿Así que vas a irte a vivir con ese tío y su hija? —preguntó Bex, echada sobre la cama de Iris, entre la mitad de su ropa; la otra mitad ya estaba guardada en una bolsa de viaje.

—Básicamente sí —respondió Iris, acercándose al pecho un viejo jersey—. ¿Me lo quedo, lo dono, o lo tiro?

—Lo tiras —dijeron Bex y Kira al unísono.

El trabajo de Iris en la granja de árboles de Navidad ya se había terminado aquella temporada, pero había conservado a Kira como amiga.

—No sometas a los menos afortunados a esa tortura —comentó Kira con una carcajada, girando sobre la silla del escritorio de Iris.

Iris lanzó el jersey al montón para tirar.

—Explícame otra vez cómo es posible que una mujer a la que le aterrorizan los niños haya conseguido un trabajo de niñera —dijo Kira sin dejar de dar vueltas.

—No me aterrorizan.

—¡Esa fue la palabra exacta que utilizaste! Creo que dijiste que te «aterrorizaban, eran impredecibles y siempre estaban pegajosos».

—Qué asco —intervino Bex con el ceño fruncido—. ¿Siempre pegajosos?

—Pues es la verdad —se defendió Iris, que añadió al montón para tirar un top lleno de agujeros—. Pegajosos, así es. Pero Olive solo es una niña. Seguro que puedo con ella. No me da nada de miedo —mintió.

Le preocupaba bastante aquel nuevo empleo, aunque no pensaba decírselo a sus amigas. Porque entonces la

disuadirían, y ella necesitaba aquel trabajo desesperadamente. Así como el alojamiento gratis que incluía el puesto.

Kira dejó de dar vueltas en la silla para poder dedicarle una mirada de incredulidad.

—¿No crees que pueda manejar a una niña? —le preguntó Iris, echándose la trenza hacia atrás por encima del hombro.

—Claro que sí. Pero ya te dije que puedes quedarte conmigo si no puedes pagar el alquiler. Tenemos espacio.

Iris frunció el ceño. Agradecía el ofrecimiento de su amiga. De verdad que sí. Pero quedarse con Kira y Bennett en su nidito de amor no le resultaba muy atrayente. Kira estaba encantada desde que Bennett se había mudado a vivir con ella, pero Iris no tenía ninguna intención de convertirse en la sujetavelas de su relación. Ni en testigo de las constantes relaciones sexuales que sin duda tendrían, a juzgar por lo mucho que sonreía Kira últimamente.

—No es que vayamos por la casa en pelotas ni nada de eso —le dijo su amiga como si le hubiera leído el pensamiento.

Bex resopló.

—En pelotas o vestidos, me sentiría incómoda. Aunque te agradezco el ofrecimiento —contestó Iris.

—Oye, que yo también te lo ofrecí. —Bex le lanzó otro jersey que no recordaba haber comprado. Al montón de las donaciones.

—Y te lo agradecí también, pero ya sabes que nuestros… horarios no encajan. —Fue la manera más educada que se le ocurrió de decirle que no toleraría estar escuchando escalas de trompeta a la una de la madrugada. Era así de rara.

—Mirad, os quiero a las dos y es una suerte contar con tantas opciones, pero creo que esta es la mejor.

—¿Porque está bueno? —Kira enarcó con picardía una de sus oscuras cejas.

—¿Lo está? —preguntó Iris, aunque el súbito tono agudo de su voz la delató—. Pues no me había fijado.

Kira se rio.

—Todas las mujeres, y la mitad de los hombres, de Dream Harbor se han fijado —comentó.

Iris se encogió de hombros como si tal cosa, como si no hubiera estado pensando en el inconveniente atractivo de

Archer desde que tuviera la entrevista dos días atrás.

—Bueno, pues yo no me había fijado. Supongo que no es mi tipo.

—Sí, ya, seguro. Ya me conozco yo esa mentira —respondió Kira con una sonrisa de suficiencia. Ella había dicho lo mismo acerca de Bennett y no había más que ver cómo habían acabado. Ahora prácticamente no se quitaban las manos de encima.

—¿No tienes flores que plantar o algo así? —le dijo Iris.

—Ahora mismo no, pero gracias por preguntar.

—Cuidado, Kira —intervino Bex entre risas—. Creo que has metido el dedo en la llaga. —Se incorporó sobre la cama y empezó a doblar lo que quedaba de ropa.

Iris había crecido con su prima casi como si fueran hermanas. Habían vivido puerta con puerta, cada una con su respectiva madre. Las cuatro lo habían hecho prácticamente todo juntas. De modo que no tenía reparos a la hora de decirle a Bex que cerrara el pico.

Pero su prima había ido allí a ayudarla con las maletas, así que decidió ser amable:

—No ha metido el dedo en la llaga. Estoy muy satisfecha con mi decisión.

Su amiga y su prima se quedaron mirándola con la misma expresión de incredulidad.

—¡Que sí! Ya os he dicho que puedo hacerlo.

—Pero ¿quieres hacerlo? —preguntó Kira suavizando su expresión—. ¿Seguro que quieres ser niñera?

Iris resistió la tentación de encogerse de hombros; en su lugar, afirmó para tratar de fingir seguridad en sí misma:

—Sí, seguro. Os repito que va a ser fácil. La niña se pasa casi todo el día en el colegio. ¡Y tendré una habitación propia! Pensad en todo el dinero que me voy a ahorrar. He pensado estar así hasta que lleguen las vacaciones de verano y terminen las clases; entonces, le diré a Archer que tendrá que buscar otra solución. A mí me parece un buen plan.

Era un buen plan. Lo había reflexionado mucho. Les echaría una mano a Archer y a Olive durante unos meses, hasta que se acostumbraran a su nueva vida en común, ahorraría algo de dinero y después seguiría con su vida. Como hacía siempre. Incluso ayudaría a Archer a buscar a una

sustituta cuando llegara el momento.

Hasta ella podía hacerse cargo de una niña durante unos pocos meses.

No podía ser tan difícil. Cierto, Olive era propensa a escaparse, y sí, aún no quería dirigirle la palabra a su padre, pero ahora Iris ya sabía adónde se escapaba y con ella sí que hablaba, así que no supondría un problema.

Además, había mucha gente a la que no le gustaba su trabajo. Aquello era algo que tenía que hacer para lograr llegar a fin de mes. Solo una temporada. Solo para pagar algunas facturas, para ahorrarse el primer y el último mes de alquiler y buscarse un apartamento mejor, para tapar los agujeros en la cuenta bancaria que le dejaban sus demás trabajos.

Era más que capaz de vestir a una niña para llevarla al colegio y recogerla después cada día. Tampoco era que tuviera que ser su madre, algo que, en general, a Iris no le interesaba en absoluto. El de madre no era un trabajo que tuviera planeado desempeñar. Sin embargo, niñera no era lo mismo que madre. Bastaría con mantener a Olive sana y salva durante unas pocas horas al día.

Sería sencillo.

Ese era su nuevo lema, y se ceñiría a él.

—Vale, si tú lo dices. Solo quiero asegurarme de que no estés tomando decisiones precipitadas —le dijo Kira.

—¿Me estás hablando en serio? —le preguntó Iris riéndose.

Kira no pudo contener la risa por más tiempo.

—¡Intentaba hablar en serio! —Se levantó de la silla y le dio un abrazo—. Pero no compres ninguna propiedad inmobiliaria sin haberla visto antes.

—No todas tenemos fondos fiduciarios, chica.

—Ya no —respondió Kira con una sonrisa—. Eso se acabó hace tiempo.

—Gracias por ayudarme a hacer las maletas —le dijo Iris entre risas.

—No hay de qué. Pero tengo que irme. ¡La vida de granja me está llamando!

—Desde luego que sí. ¿Te veo en yoga esta noche?

—¡No me lo perdería por nada! —gritó Kira mientras se alejaba por el pasillo y salía del apartamento.

Iris devolvió la atención a su prima, pensando que esta seguiría buscándole lagunas a su plan, pero Bex se limitó a guardar la última camiseta en la bolsa.

—Ten cuidado con ese tío —le dijo levantándose de la cama.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que tengas cuidado. Te encuentras en una situación vulnerable, Iris. No permitas que se aproveche de ti.

—¿Aprovecharse de mí? Bex…

—Hablo en serio —insistió su prima levantando las manos —. El chef sabelotodo está acostumbrado a llevar la batuta, a conseguir lo que quiere de sus empleados… Las cosas se pueden torcer muy deprisa.

Iris abrió la boca para responderle, pero volvió a cerrarla. Pensó en las miradas de desaprobación de Archer, en los gritos y golpes que había oído procedentes de la cocina de la cafetería, en su insistencia en que fuera puntual. ¿Llevaría razón Bex? ¿Sería la clase de tío que piensa que puede tomarse libertades con la niñera? ¿Acorralaría a ingenuas camareras? ¿Utilizaría su intimidatoria presencia para obtener de la gente lo que le viniera en gana?

Y, además, iba a vivir en su casa.

No había departamento de recursos humanos al que denunciar la situación si las cosas se ponían raras entre ellos.

—Lo he buscado en Google —dijo—. No hay una sola queja, rumor o denuncia que indique que haya hecho algo malo en su vida. Su historial es impecable, Bex. No pasa nada.

—Mmm. —Su prima parecía desconfiar—. Es impecable o a lo mejor es especialista en que no le pillen siendo un cabrón.

—Bex…

—Quédate con esto. Así me sentiré mejor.

—¿Qué es? ¿Espray de pimienta?

—Sí —confirmó Bex con una sonrisa—. Por si acaso intenta propasarse.

—¿Propasarse? ¿De pronto eres una señora de ochenta y cinco años?

—Tal vez deba dejar de ir a tus clases para la tercera edad —dijo su prima encogiéndose de hombros.

—Tal vez.

—Pero me gustan.

—A mí también. Y no te preocupes, si Archer intenta algo conmigo, podrás liderar la horda de ancianas furibundas que acabarán con él.

—Perfecto —zanjó Bex con una sonrisa radiante.

Iris lanzó el espray de pimienta sobre la cama, algo asustada de tenerlo entre las manos, y le dio un abrazo a Bex.

—Gracias por velar por mi seguridad.

—Alguien tiene que hacerlo, ahora que tu madre se ha fugado a Florida.

—No se ha fugado. Se ha mudado para estar con…

—Gabriel —concluyó Bex con gesto adusto.

—Eso, Gabriel —repitió Iris. Ni siquiera se había molestado en memorizar el nombre.

Gabriel era el último de la larga lista de novios efímeros de su madre, pero era el hombre que actualmente la hacía feliz, así que ¿quién era ella para juzgarla? A su madre le encantaba enamorarse. El problema era que no se le daba muy bien aguantar enamorada. Iris y Bex habían apostado a ver cuánto le duraba aquel. Iris calculaba que lo despacharía antes de acabar el año.

—¿Crees que volverá cuando hayan roto? —le preguntó Bex, apartándose de ella.

—No lo sé. Le gusta el clima cálido, así que no me sorprendería que se quedara. ¿Qué tal tu madre?

—Como siempre.

La tía Heather, madre de Bex, había seguido un camino totalmente distinto, había renegado de los hombres y ahora vivía en un *ashram* de Calabasas que Iris no estaba del todo convencida de que no fuera una secta.

—Salúdala de mi parte.

—Lo haré.

—Gracias, Bex.

—Lo que sea por mi prima pequeña.

—Soy dos meses menor que tú.

—Me da igual. —Bex cogió su chubasquero del respaldo de la silla y se encaminó hacia la puerta—. ¡Te quiero, adiós!

—¡Adiós!

Iris se quedó de pie en medio de su apartamento medio vacío y no pudo evitar sonreír. Tenía gente que la quería y un nuevo plan. Y si algo le gustaba era empezar de nuevo. Tal

vez por eso cambiara de trabajo con tanta frecuencia. Le gustaba hacer borrón y cuenta nueva y la primavera le parecía el momento perfecto para ello. Estaba lista para florecer igual que todos esos brotes de los árboles que aún se protegían del frío.

Fuera cual fuera la razón —desde luego, no el atractivo de su nuevo jefe—, le emocionaba emprender algo nuevo —o al menos era lo que pensaba seguir repitiéndose a sí misma—.

Capítulo 7

Archer estaba de pie en mitad de la cocina de la cafetería y contemplaba a sus empleados. Maribel, Jess y Cyrus se hallaban en posición de firmes frente a él. Dos camareras y un cocinero. Maribel rondaría los treinta y tantos, era una madre de dos hijos a la que probablemente debería prestar atención si quería entender aquello de la paternidad, aunque hasta la fecha la mujer se había mostrado muy callada y cumplía sus órdenes sin rechistar. Jess parecía recién salida del instituto. Hablaba demasiado, era torpe, pero a los clientes parecía caerles bien. Y Cyrus, bueno, Cyrus trabajaba allí desde siempre.

Aquella mañana habían cerrado la cafetería a fin de llevar a cabo una muy necesaria limpieza y organización. El espacio seguía sin estar a la altura de sus expectativas y el trío de empleados parecían agotados. Pero la cocina seguía hecha un desastre.

Archer maldijo para sus adentros y se frotó la nuca. ¿Cómo lograría convertir aquella cafetería en algo parecido a un lugar del que sentirse orgulloso? ¿Cómo podría referirse jamás a aquella como su cocina?

No podría.

Y no quería. Lo de la cafetería era un empleo temporal hasta que encontrara algo mejor. O hasta que se solucionara el asunto de la custodia y pudiera volver a su carrera como chef en París. Intentó expulsar de su cabeza los recuerdos de la prístina cocina de su antiguo restaurante. Llorar delante de su equipo no lo ayudaría en nada.

Habían pasado casi dos semanas desde que se trasladara allí, y Olive le había dedicado solo unas diez palabras. Él solo

podía pensar en que lo odiaba y en que había sido todo un fracaso.

Pero fracasar no era una opción. Nunca lo había sido para él.

Cuando en secundaria no logró entrar en el equipo de fútbol americano, estuvo practicando todas las noches hasta que ya no había luz suficiente para ver la pelota, y se aseguró de entrar al año siguiente. Cuando sacó un suficiente en Geometría de segundo, convenció al profesor para que le diera suficientes puntos extra para subirle la nota a un sobresaliente cuando terminó el cuatrimestre. Y, cuando decidió que quería ser chef, estudió cuatro largos y extenuantes años en la Escuela de Cocina; después trabajó durante años en cocinas haciendo cualquier insignificante tarea que hubiera disponible: fregar platos, preparar verduras, ascendiendo lentamente en el escalafón. No tenía tiempo para nada más. Cocinaba y dormía.

Pero, desde luego, no fracasó.

Cuando aceptó aquel absurdo puesto en la cafetería, la dueña, Gladys, le prometió que podría reinventar la carta y dirigir la cocina a su antojo. La cocina que era un completo desastre. Siendo sincero, Archer no sabía cómo aquel establecimiento había logrado pasar las inspecciones de sanidad durante todos esos años.

Pero ahora estaba al mando. Dejaría aquella cafetería en buenas condiciones para trabajar. Conseguiría que su hija le dirigiera la palabra. Y, cuando hubiera convencido a los abogados de que era un padre capaz y obtuviera la custodia total, se la llevaría a Francia consigo y retomaría el camino que se había trazado años atrás.

—Mañana nos centraremos en limpiar el congelador —anunció, y los tres dejaron caer los hombros, aunque ninguno protestó—. Y tenemos que preparar más comida antes de la hora de apertura. Así, el servicio de desayunos será más sencillo.

Cyrus asintió. El tipo llevaba trabajando allí como cocinero desde que el establecimiento había abierto sus puertas en la década de los setenta. Y, con ese grado de experiencia, se había pasado el día entero rebatiendo las ideas de Archer.

—Oiga, jefe.

—¿Sí, Cyrus? —Archer se secó el sudor de la frente con el antebrazo.

—Gladys dice que vamos a cambiar la carta.

—Eso es.

Cyrus sacudió la cabeza con una risotada y dijo:

—Al pueblo no le va a gustar.

—Al pueblo le gustará —repuso Archer con el ceño fruncido—. Comida reconfortante elevada. ¿Qué tiene eso de malo?

—Lo de elevada —explicó Cyrus con una carcajada.

Jess estuvo a punto de reírse también, pero se contuvo y se llevó una mano a la boca. Era posible que Archer hubiera levantado la voz más de lo normal aquel día.

—A la gente le gustará. Confiad en mí. Sé lo que hago. —Puede que no tuviera ni idea sobre cómo educar a una niña, pero desde luego sabía de comida. Sabía que la carta sería deliciosa. A la gente le gustaría—. He trabajado en restaurantes de toda Europa. Creo que puedo hacerle frente a la nueva carta de una cafetería.

Cyrus enarcó sus pobladas cejas blancas.

—Puede que sepa lo que les gusta a esos europeos, pero yo conozco Dream Harbor. Si retira las populares tortitas que tanto gustan, sobre todo al alcalde, pues… —Dejó inacabada la amenaza para limitarse a sacudir la cabeza en señal de compasión por el hombre que se atreviera a quitarle al pueblo sus tortitas.

Archer resopló. Eran tortitas de cafetería. ¿Qué tendrían de especial?

—La carta déjamela a mí.

—Será su funeral —respondió el anciano, que se encogió de hombros.

Jess volvió a soltar una risilla, incluso Maribel esbozó una sonrisa.

—Podéis marcharos.

Cyrus le hizo el saludo militar a modo de broma y las mujeres se alejaron a recoger sus cosas, charlando entre ellas en voz baja. Archer echó un último vistazo a la cocina antes de apagar las luces y cerrar.

—¿Cómo que han devuelto las tortitas? —le gruñó Archer a Maribel, aunque sabía que no era culpa suya. Aunque aquello le convirtiese en un imbécil. Aunque Cyrus llevase razón y él no tuviera intención de admitirlo en un futuro próximo.

—Al cliente no le han gustado las tortitas —repitió la camarera en voz algo más baja que antes.

Archer se pasó furioso una mano por el pelo, con tanta fuerza que se hizo daño. Estaban en mitad del turno de desayunos y aquella era la tercera vez a lo largo de la mañana que alguien se quejaba de las tortitas. De sus nuevas tortitas. Las que había preparado con requesón, espolvoreado con azúcar glas y coronado con una cremosa salsa de limón. Las que, objetivamente, estaban deliciosas. Era el único cambio en la carta que había introducido hasta el momento, y se las habían devuelto tres veces. ¡Tres veces!

Ignoró la expresión arrogante de Cyrus mientras se secaba las manos con un trapo de cocina y lo lanzaba sobre la encimera.

—¿Quién? —preguntó, caminando ya hacia el comedor.

Maribel lo siguió de cerca.

—Mesa dos. El alcalde. Ya le advertí que…

Archer empujó las puertas batientes y dirigió sus pasos furibundos hacia la mesa dos. Un hombre con gafas y una corbata feísima le sonrió.

—¿Algún problema con la comida, señor? —preguntó Archer; hizo un gran esfuerzo para no gritar a aquel alcalde que, al parecer, era una especie de entendido de las tortitas.

—¡Ah, hola! —saludó el alcalde tendiéndole la mano—. Debe de ser usted el nuevo chef. Soy el alcalde de este bonito pueblo. Pete Kelly.

—Archer Baer. —Le estrechó la mano y trató de controlar sus rasgos faciales para dejar de fruncir el ceño.

—Y esta es Hazel, mi hija.

—Hola, Archer.

Archer parpadeó. ¿Su vecina era la hija del alcalde?

—Ah…, hola.

—¿Qué tal está Olive? Noah me comentó que había vuelto a pasarse por casa.

«Pasarse por casa», como si su hija estuviese haciéndoles una visita de cortesía en lugar de intentar escapar de él

constantemente.

—Sí, perdona.

Hazel le quitó importancia con un gesto de la mano.

—No te preocupes. Nos encanta Olive.

A sus vecinos les encantaba Olive. A él debería encantarle también. Era su hija, por amor de Dios. Desterró esa idea de su mente. El comedor de su nuevo restaurante —se negaba a llamarlo cafetería incluso en su cabeza, o de lo contrario le daría un ataque— no era el lugar indicado para dar rienda suelta a la ansiedad que le provocaba su incapacidad para relacionarse con su hija.

—Claro. Bueno, muchas gracias. —Se volvió de nuevo hacia el alcalde—: ¿Las tortitas no han sido de su agrado?

—Soy un hombre sencillo, Archie —respondió el alcalde con una sonrisa compasiva—. ¿Puedo llamarte Archie? —Siguió hablando antes de que Archer pudiera decirle que de ninguna manera— Soy un hombre sencillo, Archie, y creo que prefería las tortitas antiguas. ¿Seguís teniéndolas?

Archer contuvo un suspiro de frustración. Con las demás quejas había sido igual. Les gustaban más las viejas tortitas y querían saber si podía preparárselas.

Y la respuesta debería ser no. No podía prepararles tortitas cutres porque ahora aquella era su cocina y no iba a prepararles tortitas que sabían a baldosines cubiertos con jarabe de maíz con sabor a arce.

Pero la verdadera razón por la que tenía que decir que no era que no tenía la receta de las viejas tortitas. Y, por alguna razón, nadie más la tenía. Lo cual, a todas luces, era mentira, pero Archer no lograba sacarle la receta a ningún miembro de su personal.

Cyrus juraba y perjuraba que Martha, la antigua cocinera, siempre se encargaba de las tortitas y que él estaba a cargo de las tortillas francesas. Le había señalado a Archer la vieja carpeta llena de recetas antiguas de la cafetería, pero Archer no había tenido tiempo de revisarla aún.

Así que, en el caso de las otras quejas, había preparado una sencilla masa de tortitas y las había servido. Los clientes no se habían atrevido a volver a quejarse, pero había observado que los platos volvían a la cocina con bastantes tortitas. Al parecer, tampoco estaban a la altura de las expectativas de

Dream Harbor. Lo cual era una locura. ¡Si eran unas simples tortitas! Archer podía prepararles un suflé con los ojos cerrados si querían, ¿y sin embargo una receta a base de harina, bicarbonato, huevos y leche no era lo bastante buena para ellos?

Era como una de esas pesadillas en las que estabas en el colegio, pero no recordabas cómo abrir tu taquilla o atarte los cordones. Lo único que siempre se le había dado bien, que siempre había sabido hacer, por alguna razón ya no le salía.

Se aclaró la garganta:

—Puedo prepararle unas tortitas más sencillas. Y se las traigo enseguida.

—¡Muchas gracias! —Pete le puso una mano en el hombro antes de que pudiera marcharse—: Estamos encantados de contar en el pueblo con un chef de tanto talento. Estoy seguro de que no tardará en pillarle el ritmo.

Archer esbozó una sonrisa forzada antes de volver a la cocina. ¿Pillarle el ritmo? Era un chef reconocido mundialmente, por amor de Dios. Tenía su propio ritmo. Su ritmo era genial. Un ritmo reconocido mundialmente.

—Cyrus —gruñó al entrar hecho una furia en la cocina. El viejo cocinero levantó la cabeza con una mueca de suficiencia —. Prepárame otra masa simple de tortitas.

Cyrus enarcó una ceja, pero no hizo ningún comentario salvo:

—Sí, chef.

—Y, Maribel, al alcalde le invita la casa.

—Sí, chef.

«Sí, chef». Esas palabras antes significaban algo. Antes significaban que era el capitán del barco, que estaba al mando, que tenía el control de la situación. Y ahora el barco entero se iba a pique.

Capítulo 8

Se había olvidado por completo de que la niñera se mudaba aquel día hasta que aparcó en el camino de acceso a la casa y la vio metiendo por la puerta delantera dos bolsas de basura llenas de sus pertenencias. Resistió la tentación de dar marcha atrás y largarse a cualquier otro lugar.

Aquella era su vida.

Su casa.

Su hija.

Cerró los ojos y se frotó las sienes como para aliviar la tensión con el masaje. Ya no vivía en París. Literalmente no tenía casa allí por el momento. Le había subarrendado el apartamento al amigo de un amigo durante el resto del año. Ahora solo le quedaba aquello. Ya no pasaba su tiempo cocinando, fumando y acostándose con camareras. Ahora vivía allí, a las afueras de un pueblo, llegaba a casa a una hora razonable y utilizaba sus nóminas de la cafetería para mantener a su hija y no para comprar cigarrillos y vino caro.

Era lo correcto.

Por el momento. Solo tendría que hacerlo por el momento. A los seis meses, si todo iba bien, Olive y él podrían volver a Francia.

Con esa idea tan útil en la cabeza, salió del coche y dirigió sus pasos hacia la puerta, donde Iris se hallaba atrapada con sus bolsas.

—¿Necesitas ayuda?

Ella se volvió abruptamente. La había asustado.

—Ah, hola. —Parecía avergonzada, con varios mechones de pelo que se le habían escapado de la trenza.

Aquel día lo llevaba seco, y se dio cuenta de que tenía un

tono entre rubio y pelirrojo, un color entre rosa y dorado que no había visto antes y que… se había quedado mirando.

Se aclaró la garganta y le cogió una de las bolsas.

—Gracias —dijo ella, haciendo pasar la otra por la puerta —. No te das cuenta de la cantidad de cosas que tienes hasta que te toca moverlas.

De hecho, él había tenido el problema contrario, pues había tenido que comprar muebles y otras cosas para llenar la casa que había alquilado, para que fuera un hogar. O algo mínimamente parecido. Pero no le dijo nada de aquello. La siguió hacia el interior de la vivienda, donde había algunas bolsas más y cajas apiladas en el salón. Gladys estaba en el sofá con Olive.

—Hola —dijo al verlo—. ¿Qué tal mi cafetería?

¿Quería una respuesta sincera? A la gente no le gustaba su primera incorporación a la carta, no encontraba la receta mágica de las tortitas que a todos parecían encantarles, el personal lo odiaba y aún no había conseguido que la cocina alcanzara su nivel habitual de limpieza y organización. Estaba fracasando, pero Gladys no tenía por qué saberlo.

—Va bien.

—¡Fantástico! —exclamó Gladys, radiante—. Lo sabía.

—Hola, Olive —le dijo a su hija—. ¿Qué tal en el cole?

El silencio que se hizo a continuación no hizo sino empeorar a causa de las miradas de pena que le lanzaron ambas mujeres.

—Así de bien, ¿eh? —comentó, tratando de aliviar la tensión.

—Olive, ¿por qué no le cuentas a tu padre la historia tan divertida que has leído en la biblioteca? ¿Te acuerdas? —Gladys le dio a la niña un empujoncito cariñoso, pero Olive sacudió la cabeza.

—No pasa nada —dijo Archer—. Ya me la contará más tarde, si quiere. —Se tragó la frustración y la decepción que crecían en su pecho. Aquel día era un fracaso tras otro.

—¿Te apetece que te enseñe tu habitación? —le propuso a Iris, pero esquivando la compasión de su mirada.

No necesitaba su compasión, pese a que eso mismo la hubiese convencido para aceptar el trabajo en un primer momento. Él necesitaba a alguien de confianza que cuidara

de Olive. Tampoco era que el hecho de que trasladara sus cosas en bolsas de basura le transmitiera mucha confianza, pero no podía seguir dejando el cuidado de su hija en manos de niñeras del pueblo y jubiladas, y Iris era lo mejor que tenía en aquel momento.

La terapeuta decía que Olive necesitaba rutina. Y eso era lo que iba a darle. Hasta que se encontrara mejor, entonces la alejaría de todo lo que conocía y recuperaría su vida en el extranjero.

Dios santo.

Estaba jodido. Estaba condenado a vivir allí para siempre debido a un accidente.

¿«Accidente»? La palabra le rebotó en el cerebro y, de inmediato, se sintió un miserable por pensar así. ¿Qué demonios le pasaba? Notaba los ojos de Olive clavados en él desde el sofá, como si supiera que acababa de considerarla un accidente, como si supiera que el destino le había dado al peor padre del mundo.

—Sígueme —dijo a regañadientes, agarrando una de las bolsas de Iris, en su afán por escapar de la mirada fija de Olive y de la preocupación bienintencionada que se adivinaba en el rostro de Gladys—. Esta es la habitación de Olive. —Señaló la primera puerta a la izquierda del estrecho pasillo donde se ubicaban los tres dormitorios.

—Muy rosa —comentó Iris, asomando la cabeza para mirar.

—No sabía cómo iba a ser —confesó Archer, pasando apresurado a la siguiente estancia—. El cuarto de baño.

Iris se acercó por detrás y miró en su interior.

—¿Solo hay uno? —preguntó, visiblemente preocupada.

¿Por qué hasta entonces no se le había ocurrido pensar que sería incómodo tener solo un cuarto de baño? Hasta aquel preciso instante no se había parado a pensar que Iris y él estarían desnudos en la misma ducha a diario. Joder, y ahora no podía dejar de imaginársela desnuda.

—Le pondré un pestillo cuanto antes.

No miró atrás, siguió avanzando por el pasillo, de pronto necesitaba que la visita acabara rápido.

—Esta es tu habitación. —Señaló la última puerta a la izquierda.

—¿Y esa es la tuya? —preguntó Iris señalando la que había

enfrente.

¡Justo enfrente! ¿Por qué era tan pequeña la casa? ¿Y por qué no se había dado cuenta hasta entonces?

—Eh…, sí. —Dejó escapar un suspiro derrotado. Aquello no iba a salir bien—. Mira, Iris, lo siento. Entiendo que no puedas aceptar el trabajo. Esto no es… No lo… No lo había pensado bien.

Estaban ambos en lados opuestos del pasillo, pero este era tan estrecho que se hallaban demasiado cerca. Y así estarían todo el tiempo si se mudaba allí. Apretujados en aquella casita. Durmiendo uno frente al otro. Duchándose en la misma habitación.

Iris estaba observándolo, estudiándolo. Pensando.

¿Sabría lo que estaba pensando él? ¿Que ya estaba comportándose como un jefe libidinoso? Iba a ser su jefe. Jamás podría tocarla. Nunca obtendría la custodia permanente de su hija si lo pillaban tirándose a la niñera. Apretó instintivamente los puños, como si sus dedos lamentaran la pérdida de algo que nunca habían tenido.

Era la peor idea que había tenido en su vida.

Por suerte, seguramente Iris estuviera a punto de echarse atrás. De ninguna manera seguiría queriendo el trabajo después de haber visto cómo viviría…

—Sigo queriendo el trabajo.

Un momento. ¿Cómo?

—¿De verdad?

—Necesito un trabajo —respondió ella, encogiéndose de hombros—, y este está bien pagado e incluye un lugar donde vivir. Así que sí, aún quiero el puesto.

Mierda. ¿Podría despedirla? Podría despedirla allí mismo. No podía permitirse tenerla bajo el mismo techo, con ese aspecto.

Ese aspecto suave y adorable, con el pelo rizado alrededor de las orejas y unos ojos enormes que lo miraban. Aquel día llevaba ropa de verdad, unos vaqueros y un jersey, pero aún la recordaba con esos *leggings* que resaltaban todas las delicadas curvas de su cuerpo.

Oh, no, no, no…, ¡abortar misión! Archer se había acostado con las suficientes compañeras de trabajo como para saber que era muy mala idea, y eso cuando tenían su propia casa a

la que poder marcharse después. Y aun así siempre le había salido mal. No lo había vuelto a hacer desde que se convirtió en cocinero jefe. Se había tomado muy a pecho lo de no abusar de su poder. Y aquella dinámica, la de niñera y jefe…, ¿había acaso una relación laboral más propensa a malentendidos?

—El trabajo aún es mío, ¿verdad? —preguntó Iris, y sus palabras interrumpieron su torrente de pensamientos—. Porque ya he dejado mi apartamento y ahora mismo no tengo dinero para buscarme otro. Tengo la casa de mi prima, pero se pasa la noche tocando la trompeta, y luego está Kira, pero no quiero tener que escucharla cuando se acuesta con Bennett a todas horas, porque eso enrarece la amistad, ¿sabes?

No lo sabía, no. Ya no sabía nada de nada. No sabía preparar tortitas, ni criar a una niña, y desde luego no sabía cómo decirle que no a Iris Fraser.

—Por supuesto. —Se pasó la mano por el pelo y apoyó la espalda en la pared—. Sí, por supuesto que el trabajo sigue siendo tuyo.

—¡Gracias! —exclamó ella, radiante, antes de volver a ponerse seria—: Pero que sepas que llevo un espray de pimienta.

—¿Espray de pimienta?

—Por si intentas propasarte —le explicó, cogió la bolsa y entró en su nueva habitación.

¿Por si intentaba propasarse? Dios, pero ¿dónde se había metido?

Capítulo 9

Iris se incorporó sobresaltada en la cama. En una cama desconocida, en una habitación desconocida. Se frotó los ojos y se apartó el cabello de la cara. La estancia no se hallaba del todo a oscuras, gracias a la luz de la farola que entraba desde la calle. Las paredes estaban desnudas, la colcha era de un azul marino genérico. Había una única mesilla de noche con una única lamparita. Y nada más.

Si no hubiera sabido que era imposible, habría pensado que se encontraba en algún tipo de monasterio. ¿O convento? ¿O claustro? En realidad no sabía qué palabra buscaba y, teniendo en cuenta que era…, miró su teléfono…, la una de la madrugada, el cerebro no le funcionaba con normalidad, pero sin duda parecía tratarse de la habitación de alguien que hubiera hecho voto de castidad, o un voto de decoración tristísima.

Al final recordó que se hallaba en su nueva habitación, en su nuevo trabajo, y que tendría que levantarse dentro de cinco horas y cuidar de la pequeña, a la que apenas conocía. Pero eso estaba bien.

Sin embargo, el golpetazo que oyó le pareció menos bien.

Sacó las piernas de la cama, evitando la pila de bolsas que no había tenido tiempo de vaciar aún, y avanzó hacia la puerta. No sabía si su puesto como niñera incluía proteger a Olive frente a intrusos nocturnos, aunque supuso que debería ir a investigar de todos modos. Por si acaso.

El pasillo estaba a oscuras cuando salió de su cuarto, pero había una luz nocturna encendida en el cuarto de baño. Se detuvo al oír más ruidos en la cocina. ¿Había alguien cocinando en mitad de la noche? Teniendo en cuenta que la

puerta del dormitorio de Archer estaba abierta, se imaginó de quién se trataba, pero sentía curiosidad por ver en acción al famoso chef, así que recorrió de puntillas el resto del pasillo y asomó la cabeza.

Archer se encontraba en la cocina americana batiendo con rabia algo en un cuenco metálico. Tenía el ceño fruncido por la concentración y flexionaba los antebrazos con el movimiento. A Iris se le quedó la boca seca. El tipo llevaba una camiseta interior blanca y ajustada y unos pantalones de chándal grises, lo cual, en lo que a ella respectaba, era igual a que una mujer cocinara en lencería. Debería regresar a la cama. Lo que aquel excéntrico chef hiciera en mitad de la noche no era asunto suyo.

Espiarlo mientras cocinaba con todos sus músculos de chef sexi a la vista no formaba parte de sus responsabilidades como niñera. Tampoco era muy aconsejable. Estaba claro que no podía acercarse a él. Para empezar, era su jefe, pero además vivía con él y cuidaba de su hija. Bex no estaba del todo equivocada, aquella situación era un tanto delicada y no podía complicarla más pensando que podría tener algo con él.

Cierto. Así que debía volver a la cama.

Y tenía toda la intención de marcharse, de verdad que sí, pero, justo cuando iba a darse la vuelta, Archer levantó la cabeza.

El cuenco aterrizó sobre la encimera y una especie de masa le salpicó la camiseta.

—¡Joder! —murmuró, llevándose la mano al pecho—. ¿Qué coño estás haciendo?

—¡Perdón! ¡Ay, Dios, lo siento mucho! —Iris salió de su escondite y buscó con la mirada el papel de cocina—. He oído un ruido y he pensado venir a ver, por si había alguien tratando de secuestrar a Olive, y no sabía que estabas… que estabas… —Le señaló el pecho y los brazos y, joder, volvió a quedarse mirándolo. ¿Dónde narices estaba el papel de cocina?

—¿Secuestrar a Olive?

Iris percibió la incredulidad en la voz de él, pero ya no estaba mirándolo; en cambio, se había agachado hacia las baldas situadas debajo de la isla de la cocina para buscar el papel.

—¡Aquí está! —Se incorporó con el rollo entre las manos y vio que Archer la miraba como si se hubiera vuelto loca. Cosa que era cierta—. Eh…, aquí tienes.

Archer aceptó el rollo de papel y se limpió la ropa. Ella, que no quería complicar más la situación, iba y lo dejaba todo pringoso.

¡Mejor no empezar a imaginarse a su jefe pringoso!

—¿Hay algún motivo por el que creas que Olive corre peligro de que la secuestren? —le preguntó él con una ceja levantada cuando volvió a mirarla a los ojos.

—No, que yo sepa, pero, bueno, se oyen tantas cosas en los pódcast de *true crime* que una empieza a volverse paranoica. —Se arrepintió de decir aquello.

Tal vez Archer no quisiera que una persona paranoica cuidara de su hija. Tenía que andarse con más cuidado con esa tendencia suya a contarle a la gente todo sobre ella. No era el momento ni el lugar.

No con Archer así vestido, con la masa empapando la camiseta y volviéndola casi transparente en algunas zonas, y ella con su pijama. Ay, Dios, justo entonces recordó lo que llevaba puesto. O, mejor dicho, lo que no llevaba puesto.

En aquel momento iba vestida con una camiseta holgada y unas bragas. Y nada más. Iba SIN PANTALONES delante de su jefe. Dios, ¿por qué? Se tiró del dobladillo de la camiseta hacia abajo como si eso fuese a mejorar la situación, cuando lo único que hizo fue atraer la mirada de Archer hacia sus piernas desnudas.

Un segundo y después dos. Notó el calor en las extremidades. Archer, su nuevo jefe, un fabuloso y atractivo chef, se había quedado mirándole las piernas, en su cocina, en mitad de la noche. ¿Era aquella una situación digna de espray de pimienta? ¿Era digna de espray de pimienta si a ella le gustaba que su nuevo jefe se quedara mirándole las piernas?

Tal vez debiera echarse el espray a sí misma.

Archer se aclaró la garganta y apartó los ojos. En su rostro se dibujaba ahora una expresión nueva. Lejos quedaba ya el chef profesional, el hombre que controlaba la situación. En su lugar había allí un hombre descompuesto, aunque fuera por un segundo, un instante antes de recuperar el control de sus gestos, antes de volver a apretar los labios, antes de que la

decepción sustituyese al… ¿deseo?

Iris tragó saliva.

—Creo que es mejor que te pongas algo de ropa —le dijo él, con la voz rasgada pero severa—. O que vuelvas a la cama.

A ella se le encendieron las mejillas, pero no supo si era por la vergüenza o por el deseo.

—Claro, perdón. Ya me marcho. —Se bajó la camiseta, que llevaba por encima del trasero, y salió de allí veloz.

Pero tardó mucho tiempo en volver a quedarse dormida.

Archer se había marchado para cuando Iris tuvo que levantar a Olive para llevarla al colegio, de modo que desayunaron las dos solas. Y menos mal, porque Iris no se encontraba con energía para mirar a Archer a la cara después de su incidente sin pantalones de la noche anterior. La expresión de su rostro mientras la miraba, como si quisiera comérsela, la había atormentado durante horas. Seguía atormentándola, a decir verdad, y, si no hubiera tenido que ocuparse de una niña, tal vez se hubiera permitido regodearse en ella un ratito más. Sin embargo, aquel día no había tiempo para eso.

Olive estaba sentada a la isla de la cocina, con las piernecitas colgando del alto taburete, y, dibujada en su cara, una evidente falta de fe en las capacidades de Iris como cuidadora.

—Bueno —le dijo Iris, poniendo una sonrisa con la que pretendía transmitir el mensaje de «soy una niñera muy profesional y me encanta pasar el tiempo con niños»—, ¿qué te apetece desayunar?

—No tengo hambre —respondió la pequeña con el ceño fruncido.

Vaya, su primera hora en el puesto de trabajo y ya tenía un dilema. ¿Debía obligarla a que comiera?

—Bueno, pero necesitarás energía para el cole, ¿a que sí? No querrás quedarte dormida en mitad de la clase de matemáticas.

Aquello pareció hacer pensar a Olive. Arrugó la naricilla mientras lo consideraba. Y Iris hubo de admitir que era bastante mona. Hablando objetivamente. Como un cachorro.

Las cosas pequeñas siempre eran monas.

—No me gusta lo que tiene.

Iris tardó unos instantes en analizar lo que estaba diciendo Olive.

—¿No te gusta lo que compra tu padre para desayunar?

La niña asintió con la cabeza.

—Probablemente podrías habérselo dicho —señaló Iris antes de volver por el pasillo hacia su habitación—. Espera un momento.

Regresó un minuto más tarde con una caja de Pop-Tarts de fresa. Nunca se mudaba sin ellas. Eran el desayuno de emergencia perfecto.

—¿Te apetece una de estas?

—Nunca las he probado —respondió Olive con los ojos como platos.

—¿Nunca las has probado? ¿Y qué te daban de comer tus padres?

Olive se quedó paralizada. Iris también. Pero ¿qué le pasaba? ¿Acaso se había olvidado de por qué estaba allí?

—No debería haber dicho eso. Lo siento, Olive. Sé que tu madre era la mejor. Seguro que te daba toda clase de cosas ricas para comer.

Olive se limitó a toquetear el envoltorio plateado de las Pop-Tarts con el ceño ligeramente fruncido. A decir verdad, Iris no sabía cómo procesaba el dolor una niña de cinco años, ni hasta qué punto entendía lo que le había sucedido a su madre o por qué de pronto tenía que vivir con personas a las que ni siquiera conocía.

De pronto, se le encogió el corazón.

—Bueno, voy a calentarte una, ¿vale? Así la pruebas y luego podemos hablar de tu madre, si quieres, o no tenemos por qué. ¿Vale, Olive?

Ella asintió, pero no dijo nada, se quedó mirando a Iris mientras esta daba vueltas por la cocina. No sabía cómo ayudar a una niña a procesar la reciente muerte de su madre, pero se le daba muy bien crear distracciones.

—Primero, desenvolvemos el pastelito —canturreó intentando imitar a Julia Child—. Luego, lo metemos en el tostador durante dos minutos, ¡ni uno más! —Metió la Pop-Tart en la rendija del tostador con un gesto grandilocuente y

fue recompensada con una risita—. Y ahora —prosiguió con una sonrisa, volviéndose hacia el frigorífico—, ¡un poco de zumo!

Siguió así, narrando el proceso de preparación del desayuno como si estuviera en un programa de cocina, encantada cada vez que Olive se reía con el espectáculo.

Tal vez sí que se le diera bien eso de cuidar niños.

Un exceso de seguridad por su parte la hizo llegar diez minutos tarde a dejar a Olive en el cole, y con la niña calzada con unas pantuflas de unicornio, pero Iris lo consideró una victoria.

Había hecho reír a Olive. Nada mal para ser su primer día como niñera.

Capítulo 10

Otro día para olvidar en el trabajo. Otra mañana de platos devueltos, de quejas de clientes, de la mueca arrogante de Cyrus. A Archer no se le había dado tan mal su trabajo desde que fuera cocinero en la universidad, cuando le gritaban a todas horas por su forma irregular de cortar las verduras.

Y era deprimente.

Archer había perdido su santuario. Había perdido el único lugar donde sentía que tenía verdaderamente el control. Ahora no controlaba nada. Se quedó de pie frente a los escalones de su entrada, contemplando la puerta de su casa, y se pasó las manos por el pelo, reuniendo el valor para entrar. Si alguno de sus vecinos presenciara aquel ritual diario, es probable que pensara que se había vuelto loco.

Abrió la puerta y se encontró con… nada. Ni niña malhumorada en el sofá, ni televisión a todo volumen con un concurso de repostería, ni niñera nueva paseándose por la casa sin pantalones.

Se le entrecortó la respiración al acordarse de aquello. Una imagen que había estado esforzándose por reprimir desde que tuviera lugar tres días atrás. Iris vestida solo con una camiseta de manga corta, con el cabello revuelto por el sueño y los ojos brillantes mientras divagaba sobre pódcast de asesinatos. Llevaban solo unas pocas noches con aquella nueva situación, y entre su necesidad de perfeccionar su receta de tortitas y su niñera medio desnuda, habría dormido quizá dos horas por noche.

Dejó caer su bolsa junto a la puerta y se quitó la chaquetilla de chef. Era absurdo que siguiera llevándola. A nadie que comiera en una cafetería le importaba que el tipo que les

preparaba las tortitas hubiera estudiado cuatro años en la Escuela de Cocina, que hubiera sido aprendiz de algunos de los mejores chefs de toda Europa, que hubiera dirigido su propia cocina durante los últimos años. La gente acudía a una cafetería en busca de rutina, de comida reconfortante. A buscar la misma comida que habían estado degustando los últimos veinte años. Por esa razón las nuevas recetas de Archer estaban levantando ampollas.

Unas risitas procedentes del pasillo lo distrajeron por un momento de sus pensamientos deprimentes. Encontró a Iris y a Olive en el dormitorio de la niña, sentadas en el suelo con las piernas cruzadas. Con ellas había un círculo compuesto por animales de peluche.

—¡Meñiques arriba! —exclamó Iris con el peor acento británico que Archer hubiera oído jamás. Levantó una tacita de té diminuta con el meñique estirado.

Olive hizo lo mismo, con una enorme sonrisa dibujada en la cara.

—¿Por qué tenemos que estirar los meñiques? —preguntó, aún sin haber reparado en la presencia de Archer en el umbral.

Iris se encogió de hombros como tenía por costumbre, como si la vida fuese un juego al que estuviese jugando.

—Es más elegante así —explicó—. Por la misma razón que llevamos estos preciosos sombreros. —Se echó hacia atrás el sombrero que llevaba, algo confeccionado con paja que había sido cubierto con enormes flores de papel, y reparó entonces en Archer—. ¡Anda, mira, Olive! —exclamó con excesivo entusiasmo—. ¡Ha llegado tu padre! Podríamos invitarlo a tomar el té.

Como de costumbre cada vez que entraba en la habitación, notó que la alegría salía despavorida del cuerpo de Olive. La sonrisa se esfumó. La risa se evaporó. Su capacidad de hablar brilló por su ausencia.

—Ah, no pasa nada. No quiero interrumpir vuestra diversión —se excusó él.

Iris descruzó las piernas, se acercó hasta él y lo cogió de la mano.

—Qué va, insisto. Tienes que sumarte a nosotras. El té es excelente. —Volvió a adoptar ese terrible acento, pero parecía

funcionar. A Olive le estaba costando contener la sonrisa.

Iris lo arrastró al suelo y, antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, se halló sentado junto a un narval a rayas arcoíris y un oso con un solo ojo. Olive lo miró desde debajo de su sombrero.

—Bueno, gracias por la invitación —dijo él, ofreciéndole a su hija una sonrisa tentativa. Olive no se la devolvió, pero tampoco desvió la mirada—. Me vendría bien una taza de té.

Iris le sonrió mientras le servía una taza imaginaria.

—Aquí tienes, querido —dijo—. Olive estaba contándome cómo le ha ido el día. Continúa, Olive.

Y tal vez Iris fuese un genio o tal vez estuviese loca, pero entre su absurdo acento, el té de mentira, los animales de peluche invitados a la merienda y los sombreros, Olive se relajó lo suficiente para hablar en su presencia. A él le dieron ganas de derramar unas cuantas lágrimas sobre su té imaginario.

—Nos han asignado asientos en la cafetería del colegio porque hacíamos demasiado ruido —explicó—. Pero no es justo porque yo no hago ruido.

—Claro que no haces ruido —intervino Archer con brusquedad, irracionalmente molesto por aquella injusticia—. ¿Qué clase de colegio es ese? ¿Por qué iban a castigarte si no has hecho nada malo? Debería ir a hablar con ellos.

Iris se había quedado mirándolo con una extraña sonrisa en la cara, como si tal vez pensara que el loco era él, pero también como si tal vez estuviera orgullosa de él o algo así.

—Cálmate, papá oso —le dijo, dándole una palmadita en la rodilla—. Por el momento, vamos a abstenernos de atacar el colegio de primaria.

—Pero es que no es justo —se quejó Archer, y una leve sonrisa se dibujó en los labios de Olive.

—Hay muchas cosas que no son justas —convino Iris riéndose—. Puede que te hayas dado cuenta.

¿Como que una niña perdiese a su madre a los cinco años y se viese obligada a vivir con el padre al que no conocía? Sí, se había dado cuenta, pero ninguno de ellos lo mencionó en voz alta.

Iris se volvió hacia Olive:

—Mira, chica, a veces suceden cosas de mierda… —Se

detuvo y se inclinó hacia Archer—. ¿Puedo decir esa palabra? —le preguntó en un susurro.

—No lo sé. —Lo cierto era que no había tenido tiempo de formarse una opinión paterna sobre las palabrotas.

Iris se encogió de hombros y continuó:

—A veces suceden cosas de mierda, aunque no hayas hecho nada malo.

Olive lo miró con intención, como para dejarle claro que él era la cosa de mierda, y Archer se limitó a asentir porque, en el fondo, así era.

—Pero —continuó Iris, levantando su taza de té— tenemos que seguir adelante y encontrar las cosas buenas. Como tomar el té con amigos. ¿No es así, señor Higgenbottom? —le preguntó a la rana de gafas que tenía sentada al lado.

—No se llama así —se rio Olive.

—Claro que sí. Me lo ha dicho.

—¡No! —Más risas—. Se llama Saltarín.

—¿Saltarín? —Iris frunció el ceño—. ¡Es un nombre objetivamente horrible para una rana!

—A mí me parece un buen nombre —intervino Archer, y Iris le dedicó una sonrisa divertida.

—¿Ah, sí?

—Claro. Porque da brincos, ¿a que sí?

—¡Sí! —exclamó Olive—. Es una rana y da saltos.

Y tal vez no estuviera hablándole directamente a él, y tal vez aquel no fuese el momento de conexión que a él le parecía, pero estaba hablando con él, cerca de él, y desde luego aquello suponía un gran paso.

—Vale, vale. —Iris levantó las manos en gesto de rendición —. Vosotros ganáis. Pero, entonces, ¿cómo vamos a llamar a este de aquí? —Señaló al conejo azul—. ¿También Saltarín?

Olive frunció el ceño, concentrada, y Archer tuvo que morderse la lengua para no sonreír.

—¿Qué tal señor Azul? —sugirió, y a su hija se le iluminó la cara. ¡Mirándolo a él!

—Sí. Señor Azul.

Iris puso los ojos en blanco, pero a ella también le costaba contener la sonrisa.

—Esto se os da de pena —comentó.

Olive se puso en pie, demasiado emocionada para seguir

sentada.

—No. Se nos da muy bien —declaró.

Hablando en plural, como si fuesen un equipo.

Iris le sacó la lengua y Olive le devolvió el gesto.

—Pues esta damisela de aquí está claro que se llama Prunella —dijo Iris levantando un cerdo que llevaba puesto un delantal.

—¡No! —chilló Olive con regocijo—. Prunella no.

—¿Y Pinky? —sugirió Archer.

—Creo que se llama… —Olive se golpeó la nariz con el dedo mientras pensaba—. ¡Se llama Polly! Polly Pig.

—Muy bueno —convino Archer, y su hija sonrió radiante. Le sonrió a él.

Y Iris adoptó un gesto de lo más engreído viendo lo bien que había salido su pequeña merienda con té. Entre el acento y el sombrero, Archer se preguntaba si tal vez tuviese más de Mary Poppins de lo que había creído en un principio.

Pero entonces se acordó de su culo por debajo de la camiseta y pensó que tal vez no.

Capítulo 11

Esta vez sí oyó las pisadas de Iris, así que estaba preparado para verla aparecer en la cocina y no quedó en ridículo derramándose la masa de tortitas por la camiseta.

—¿Te he despertado? —le preguntó mientras ella se acomodaba en el taburete situado frente a él en la isla.

Esa noche llevaba unos *shorts* por debajo de la camiseta, gracias a Dios.

—No, es que me estaba costando quedarme dormida.

—¿No es cómoda tu habitación? Porque podría…

—Qué va, la habitación está bien. Es muy cómoda. —Se encogió de hombros—. No sé, es que no me dormía.

—Mmm. —Archer siguió tamizando la harina en el cuenco. A lo mejor las tortitas no eran lo suficientemente esponjosas.

—¿Qué estás preparando?

—Tortitas.

—¿Estás haciendo tortitas a medianoche?

—Sí.

—¿Por qué?

Archer dejó escapar un suspiro exasperado, pero vio que Iris le sonreía cuando levantó la mirada. Era muy guapa cuando sonreía.

No. No le estaba permitida.

—Los clientes de la cafetería no están contentos con los cambios que he introducido en la carta.

—Ah, sí, no me sorprende. Este pueblo puede ser muy cuadriculado con sus costumbres.

—Mmm.

—¿Y por qué no vuelves a la receta antigua?

—Porque no sé cuál es —gruñó, más frustrado cuanto más

hablaban del tema.

—Pero si eres chef.

—Sí.

—¿Y no sabes averiguar cómo hacer tortitas?

Archer dejó caer con brusquedad dentro del cuenco las varillas que estaba utilizando y Iris se estremeció.

—Claro que sé hacer tortitas.

—Entonces, el problema es…

—El problema es que la gente de este pueblo quiere que sepan exactamente igual que sabían antes, y no tengo la receta; la antigua cocinera se ha ido y el resto del personal no coopera, y tengo que averiguar cómo hacerlo…

Apoyó las manos extendidas sobre la encimera y dejó caer la cabeza entre los hombros. Iris colocó la mano sobre la suya, frenando en seco sus pensamientos erráticos. Tenía los dedos fríos y eso le tranquilizaba. Le apretó levemente la mano antes de volver a apartarla.

—Estoy segura de que lo averiguarás.

—¿Por qué estás tan segura? —le preguntó él, porque de verdad deseaba saberlo.

¿Por qué narices iba a estar segura Iris de que pudiera hacer algo? Desde que había llegado allí, no había hecho nada más que fracasar estrepitosamente.

Iris se encogió de hombros y su larga trenza le resbaló por encima del hombro.

—Tienes pinta de saber averiguar las cosas. Ya sabes. —Lo señaló con la mano y la movió en su dirección, como ya hiciera cuando elucubrara sobre sus tatuajes.

Archer notó relajarse su cuerpo, como si de verdad lo hubiera tocado.

—Eres muy competente y tal.

—Sí —dijo él con una carcajada irónica—. De lo más competente, vaya. Un chef que no sabe preparar tortitas y un padre que no consigue que su hija le hable.

—Hoy te ha hablado.

—Solo porque la has engañado —respondió con el ceño fruncido.

—Me da la impresión de que gran parte de tratar con niños consiste en engañarlos para que hagan cosas.

Archer no pudo evitar soltar una carcajada. Tal vez debiera

preocuparle más el hecho de que su niñera hablase de engañar a su hija, pero, llegado a ese punto, agradecía tanto que Olive y él hubieran tenido una interacción agradable que no iba a ponerse a cuestionar los métodos de Iris.

—Creo que te tiene un poco de miedo —comentó ella.

—¿Miedo a mí? ¿Por qué iba a tenerme miedo?

¿Era cierto? Se había esforzado mucho en mostrarse tierno con Olive. Se había ofrecido a colorear con ella, por el amor de Dios. ¿Qué más tenía que hacer, cantarle nanas?

En esa ocasión fue Iris quien suspiró frustrada:

—Porque Olive ha pasado toda su vida con su madre y ahora aparece este hombre grande e intimidatorio y tiene que vivir con él.

—No soy intimidatorio.

—Ya, lo que tú digas. —Iris puso los ojos en blanco.

—Pero no he… Me refiero a que estoy intentando… No le he gritado ni nada.

—No hace falta que grites, es más la energía que transmites.

—¿Mi energía?

—Sí —dijo ella con otro suspiro—. Una energía muy intensa. Por ejemplo, ahora mismo me estás mirando como si pudieras verme hasta los huesos. Es inquietante.

Archer parpadeó y apartó la mirada. No se había dado cuenta de que se hubiera quedado mirándola.

—Me cuesta creer que no supieras nada de esto. Te pasas el día dando órdenes en tu cocina, ¿no? ¿No te muestras intimidatorio a propósito?

—Aquí, en casa, no. Es que… —Suspiró—. No sé cómo hacerlo.

—Estoy segura de que lo averiguarás.

—¿Como las tortitas?

Iris le dedicó una tierna sonrisa capaz de hacerle olvidar lo mal que se sentía en aquel momento, dejándole con una sensación de paz.

—Como las tortitas.

Archer volvió a desviar la mirada y se entretuvo incorporando los ingredientes húmedos a los secos.

—¿Quieres ser mi catadora? —le preguntó cuando hubo terminado la masa, y Iris seguía sentada en el taburete,

observándolo.

—¿Que si quiero comer tortitas en mitad de la noche? Uy, sí, por favor.

Archer no pudo evitar sonreír. La actitud relajada de Iris tenía algo contagioso. No debería haberla alentado a acompañarlo en mitad de la noche. Debería haberle dicho que volviera a la cama, establecer un límite entre ambos. No eran amantes, ni siquiera amigos. Trabajaba para él. No debería contarle todos sus problemas y, desde luego, no debería dejar que lo consolara.

Pero, por muy disciplinado que fuera en la cocina, con las mujeres siempre había sido incorregible. No podía evitarlo. Le gustaban las mujeres. Le gustaba su suavidad. En demasiadas ocasiones se había metido en la cama con la mujer equivocada solo porque necesitaba un lugar suave donde descansar.

Archer tomaba malas decisiones respecto a las mujeres. Así que derritió la mantequilla en la sartén y vertió masa suficiente para hacer una tortita gigante.

—¿Vas a darle la vuelta al estilo zis zas?

—¿Al estilo zis zas? —le preguntó él con una ceja enarcada; trataba, sin conseguirlo, de no emocionarse porque Iris deseara verlo trabajar.

Por primera vez en dos semanas, sentía que sabía lo que estaba haciendo, que tenía el control. Como si estuviera recuperando su verdadera identidad.

—Lo de darle la vuelta con un movimiento brusco de la sartén en lugar de utilizar la espátula.

Archer le dedicó una sonrisa de suficiencia y dio la vuelta a la tortita con un leve golpe de muñeca. Iris aplaudió y él se sintió capaz de hacer cualquier cosa.

Deslizó la tortita sobre un plato situado en la encimera, entre ambos, y le ofreció a Iris un tenedor. Ella lo miró a los ojos antes de dar un bocado. Tal vez Archer estuviera fracasando en todo últimamente, pero aún sabía reconocer cuándo una mujer se sentía atraída por él, y el deseo en los ojos de Iris era irrefutable.

Masticó despacio y dejó escapar de sus labios un leve suspiro de felicidad. Archer la observó con atención, a la espera del veredicto.

—Está deliciosa —declaró antes de dar otro bocado—. Pero no es la misma.

Archer estaba ahora apoyado en la encimera, con los codos sobre la lisa superficie. Cogió también un trozo de tortita.

—¿Qué tiene de malo?

Iris se encogió de hombros y dijo:

—¿Suena raro si digo que está demasiado buena?

—¿Demasiado buena?

—Sabe demasiado bien. Está demasiado esponjosa. Creo que las antiguas tortitas de la cafetería eran más densas.

Vale, así que descartaba lo de tamizar la harina.

—¿Has probado con las de bolsa? —le preguntó ella dando otro bocado—. Con las de Aunt Jemima o alguna por el estilo.

—¿Quieres que prepare tortitas utilizando una premezcla?

—Guau —se rio Iris—. Parece que te va a dar una apoplejía. Solo era una sugerencia.

Archer trató de suavizar la expresión de horror que debía de tener dibujada en la cara, pero, en serio, ¿tortitas de bolsa? Ni por asomo iba a servir a los clientes comida hecha con una premezcla. Era inaceptable.

—Retocaré otra vez la receta, pero no voy a usar premezcla.

Iris le sonrió mientras se terminaba la tortita:

—Así que esto se te da realmente bien, ¿eh?

—¿La cocina? Sí, al menos eso espero, llegados a este punto. —Sonrió con arrogancia y tomó más malas decisiones —. Cena en casa mañana por la noche y te prepararé comida de verdad.

Durante sus primeras noches en la casa, Iris había ido a cenar con su prima, pero de pronto Archer quiso verle la cara cuando le diera a probar algo más que aquella decepcionante tortita.

«Una idea peligrosa, Archer —pensó—. No es tu novia como para que tengas que hacerle la cena».

Pero, cuando todo lo demás le parecía un fracaso, la sonrisa de Iris era como un triunfo. Deseaba verla más.

—Vale —respondió ella, agrandando la sonrisa—. Dejaré que me prepares la cena. —Se bajó entonces del taburete—. Buenas noches, Archer.

Solo cuando Iris hubo abandonado la cocina, Archer se dio

cuenta de que había vuelto a quedarse mirándola.

Capítulo 12

—¿Te va a preparar la cena? ¿Qué está pasando, Iris?

—Cálmate, Bex. —Iris iba de camino en el coche a su clase de aeróbic de las diez de la mañana mientras Olive estaba en el colegio.

Aquel día habían logrado llegar a la hora y se sentía bastante bien con respecto a eso hasta que su prima la llamó para aguarle la fiesta. Tal vez no debería haber mencionado la charla nocturna y la cata de tortitas, así como la posterior invitación a cenar, pero tampoco es que fuera una cita o algo por el estilo.

—Va a preparar la cena para Olive y para él, y solo me ha invitado a cenar con ellos. Tiene sentido. Vivimos en la misma casa, no puedo irme siempre que él esté allí.

El largo y sufrido suspiro de su prima se oyó con claridad a través del altavoz.

—Tienes que mantener muy claro el límite entre ambos, Iris. Es tu jefe.

—Soy muy consciente de ello, gracias. ¡Y además no ha ocurrido nada!

Salvo lo de habérselo comido con los ojos mientras cocinaba, pero era humana, al fin y al cabo. Resultaba imposible no fijarse en lo atractivo que era su nuevo jefe. Pero, pese a lo que pensaba Bex, era capaz de reprimirse. El hecho de que el tipo le pareciera sexi no significaba que fuese a echársele encima de inmediato. Entendía las barreras, pero no iba a rechazar una comida deliciosa (y gratis).

—Bueno, ¿vas a venir hoy a clase o no?

—No, hoy no puedo. Me he apuntado a más clases de trompeta.

—Vale, te escribo más tarde.

—Pero ten cuidado, Iris. Si las cosas se tuercen con ese tío, te quedas sin trabajo y sin sitio para vivir. A no ser que quieras reconsiderar mi oferta…

—¡Te quiero, Bex! ¡Tengo que colgar! —Iris finalizó la llamada antes de que su prima le echara otro sermón.

Cuando eran pequeñas, habían visto a muchos hombres entrar y salir de la vida de sus madres y eso había hecho que Bex desconfiara de todos ellos. Iris, por otra parte, tal vez se pareciera más a su madre de lo que le gustaba admitir. Al igual que su vida laboral, su vida sentimental no reflejaba precisamente longevidad. Le gustaban las relaciones igual que las alitas de pollo: calientes y rápidas.

Si algo había aprendido de su madre, consistía en que el amor romántico era algo fugaz, pero que el sexo era divertido mientras duraba. Y, si bien su madre nunca parecía especialmente triste cuando la cosa se acababa, era la joven Iris la que al final echaba de menos a la última víctima de las fugaces atenciones de su progenitora. Con el tiempo, dejó de confiar en que el último novio de su madre pudiera convertirse algún día en su nuevo padrastro, aunque estaba claro que alguna secuela le había dejado aquello, pues la Iris adulta no se molestaba en acercarse demasiado a ningún hombre.

Le parecía menos peligroso de ese modo.

Además, no era tan imprudente como para acostarse con su jefe.

Detuvo el coche en el aparcamiento de la Asociación, cogió la bolsa del gimnasio y entró. Las mujeres ya estaban congregadas en torno a la piscina cuando llegó. El ambiente era caluroso y húmedo, con un muy presente olor a cloro. Se sentía como en casa.

Dar clases de gimnasia a mayores era el único trabajo que había conservado a lo largo de los años. Jamás abandonaría a sus alumnas.

—¡Buenos días, chicas! —exclamó, llamando la atención de todas.

—¡Buenos días, Iris! —canturrearon las mujeres.

Iris sonrió. Aquella era su gente. Personas plenamente formadas y capaces de decirle con exactitud qué deseaban y

necesitaban. No tenía que adivinar en qué estaban pensando ni preocuparse de que fueran a morirse de hambre. Todas parecían bien comidas y contentas aquella mañana.

—¿Qué tal el trabajo nuevo? —le preguntó Carol, una de sus alumnas más fieles, mientras Iris iba tachándolas una a una de su lista.

—Va bien.

—Ah. ¿Y cómo está Olive?

Iris estuvo a punto de reírse. Como si aquellas mujeres no supieran ya cómo estaba Olive. Como si no se turnaran constantemente para «pasarse por allí» porque «daba la casualidad de que estaban por el barrio». Archer tenía el congelador lleno de guisos para preguntar «¿qué tal está Olive?».

—Todo lo bien que podría esperarse, supongo.

—Claro, pobrecita mía.

Las mujeres se morían de ganas de preguntar más, Iris lo sabía. Vibraban de curiosidad. Pero no pensaba airear la vida privada de Archer para que el pueblo entero la diseccionara.

—Y lo de vivir allí… —se aventuró a decir Janet—. ¿Eso también va bien?

Estelle resopló y dijo:

—Lo único que quieres saber es cómo es eso de vivir con un chef tan guapo.

Janet se puso roja, casi a juego con las gigantescas flores tropicales que estampaban su traje de baño.

—Yo no he dicho eso.

—Estaba implícito.

—Señoras, por favor, vamos a comenzar la clase —dijo Iris, tratando de hacerse con el control de la sala.

Tal vez eso de saber exactamente lo que querían no siempre fuese una bendición. Aquellas mujeres querían detalles.

—¿Ahora vas a andarte con remilgos con nosotras, Iris? El verano pasado nos lo contaste todo sobre aquel tipo que conociste en el festival de música.

—Y el del retiro de yoga.

—Y ese al que conociste en la sección de productos agrícolas del supermercado.

—Sí, bueno —intervino Iris rápidamente, antes de que Marissa pudiera explicar los detalles del tórrido fin de semana

que había pasado con Pablo. Tenía que aprender a mantener la boca cerrada—. Eso fue diferente. Esto no es más que un trabajo y Archer es mi jefe, y de momento va todo bien.

La decepción fue palpable en todo el grupo.

—Venga, todas al agua, vamos a empezar —dijo alegremente, conduciéndolas hacia la piscina.

—Es que es muy atractivo —oyó que Carol le susurraba a Janet.

—Desde luego que sí, pero ¿has ido a la cafetería últimamente? Está poniendo el local patas arriba.

—Con ese cuerpo, puede hacer lo que le venga en gana.

Las mujeres se carcajearon y Iris saltó a la piscina y deseó poder quedarse bajo el agua el tiempo suficiente para no oír a sus alumnas de setenta y ochenta años entusiasmarse hablando de los musculosos brazos de Archer y de su ancho torso. Sin embargo, por desgracia, su capacidad pulmonar no era tan buena. En su lugar, puso su lista de reproducción para entrenar y empezó a gritar órdenes.

Al final, todo el mundo obedeció. Todo el mundo salvo el cerebro de Iris, que alegremente reproducía en bucle su propia lista, rememorando cómo flexionaba Archer los brazos cuando cocinaba.

«No me ayudas, cerebro —pensó—. No me ayudas en absoluto».

Olive había vuelto a casa de mal humor después del colegio, así que estaban viendo programas de repostería cuando Archer regresó aquella tarde. Iris se había mostrado un tanto escéptica respecto al que estaban viendo, pero ahora se moría de ganas de saber si aquel bolso de marca estaba realmente hecho de bizcocho.

—Hola, bienvenido a casa —le dijo cuando entró, pero ni Olive ni ella apartaron los ojos de la pantalla.

—Hola —respondió Archer mientras se quitaba la chaquetilla de chef y la lanzaba sobre la silla.

—¡Es de bizcocho! No me lo puedo creer. —Iris se dio una palmada en la rodilla. Habría jurado que la tarta bolso era de verdad.

—Ya te lo dije —murmuró Olive, aunque su pequeña

victoria no había logrado mejorarle mucho el ánimo.

—¿Qué está comiendo? —preguntó Archer, mirando a Olive.

—Una Pop-Tart —respondió Iris, y observó el intenso gesto de decepción de su rostro.

Dios, y el tío se preguntaba por qué su hija no le hablaba. Con esa cara, ¿cómo iba a hablarle? Si parecía esculpido con la piedra más decepcionada del mundo.

—¿Sabes lo procesadas que son esas cosas?

—Lo que sé es que están ricas y que son una de las dos cosas que he conseguido que se comiera.

—¿Y cuál es la otra? —preguntó él con el ceño fruncido.

¡Ajá! El todopoderoso esnob de la cocina tampoco sabía qué le gustaba comer a Olive.

—Fresas.

—Mmm. —Se marchó ofendido a la cocina.

—Tú cómete la Pop-Tart —le susurró Iris a Olive—. Yo me encargo del gruñón de tu padre.

Olive dio otro bocado desafiante.

—Buena chica. —Iris le acarició la cabeza.

Todavía llevaba las coletas trenzadas que le había hecho esa mañana, aunque se le habían rizado un poco a lo largo del día. Parecía apagada y somnolienta, y Iris hubo de admitir que le había tomado cariño a la criaturita.

Siguió a Archer hasta la cocina.

—¿Un mal día? —le preguntó.

Él frunció el ceño y se sirvió una copa.

—Ha estado bien.

—No me especificaste qué querías que le diese de comer. Si hay algún menú concreto, lo voy a necesitar.

—No, perdona —repuso Archer con un suspiro, dejando caer los hombros—. Es que…

—Es que quieres que coma y está comiendo. Ya le enseñarás más adelante a disfrutar con tu comida francesa finolis, ¿vale? Vamos a ir paso a paso.

Su mirada fue inescrutable hasta que asintió sucintamente:

—Tienes razón. Siempre y cuando coma algo…

—Exacto. Yo, por otra parte, me apunto a comer algo que no sean Pop-Tarts. —Se fijó en las bolsas que Archer había depositado sobre la encimera y empezó a vaciarlas—. ¿Qué

vas a preparar?

En realidad no sabía si resultaba apropiado que estuviese en la cocina charlando con él, pero tampoco es que Olive necesitara supervisión para ver la tele. Sobre todo desde que Archer instalara candados infantiles en las puertas para que no pudiera seguir escapándose de casa.

—Filete con patatas fritas —respondió, sacando de una de las bolsas unas patatas, además de una botella de vino—. ¿Una copa?

¿Beber con su jefe? Los límites comenzaban a desdibujarse. Pero ¿qué otra cosa iba a hacer? ¿Esconderse en su habitación hasta que la cena estuviese lista? Había pasado sus primeras noches allí saliendo a cenar con tal de evitar aquella situación, pero eso era insostenible. Vivía allí. No habría problema por tomarse una copa de vino con la cena.

—Claro, gracias.

—¿Tinto te parece bien? Este marida muy bien con la carne.

—Suena bien.

Lo observó servir el vino, también sacar el resto de los ingredientes de la bolsa, y se imaginó cómo debía de ser antes de llegar allí. Competente, con talento. Un hombre seguro de sus habilidades. Y había renunciado a todo eso.

Estaba pelando patatas más rápido de lo que Iris había visto en su vida cuando, de pronto, ella soltó:

—Es asombroso que hayas renunciado a todo esto.

Sus manos se detuvieron. Un gesto ceñudo cruzó su rostro, haciendo que Iris se arrepintiera de sus palabras.

—No me refiero a que hayas renunciado para siempre, pero es asombroso que hayas dejado tu antigua vida para venir aquí, a Dream Harbor, con la cafetería y todo eso… Debe de ser muy… diferente.

Archer emitió aquel resoplido irónico que Iris suponía que hacía las veces de risa y siguió con las patatas, cortándolas en láminas precisas. Como una máquina. Estaba en lo cierto con esas manos. Eran capaces de toda clase de trucos.

—Decir diferente es quedarse corto. —Desvió la atención hacia Olive, que estaba sentada en el sofá, y consiguió no rebanarse los dedos—. Pero no podría abandonarla.

—Mucha gente lo hace.

Archer dejó de cortar y su intensa mirada recayó de nuevo en ella, que de pronto sintió que hacía demasiado calor en la cocina.

Iris se aclaró la garganta:

—A mi padre no le costó mucho esfuerzo largarse, y eso que sabía de mi existencia. Así que… —Se encogió de hombros—. Es realmente significativo que hayas vuelto por ella.

Se negaba a identificarse como alguien con traumas infantiles, no permitía que el hombre que dejó embarazada a su madre tuviera esa clase de control sobre su vida, pero sí que era muy significativo que Archer hubiera venido. Podría haber mirado hacia otra parte y seguir con la vida que tenía montada. En cambio no lo hizo. Estaba allí. Y lo estaba intentando.

Seguía mirándola, pero no tanto como si estuviera decepcionado, sino más bien como si tal vez no se arrepintiera de haberla contratado.

—Oye, Olive —gritó Iris en dirección al salón, pues necesitaba aliviar la tensión—. Deberías venir. Tu padre está haciendo un programa de cocina en directo. —Observó a Archer cuando lo dijo y disfrutó de aquella sonrisa que iluminó brevemente su rostro antes de contenerla y seguir cortando.

Olive apareció junto a ella antes de que pudiera intentar sacarle otra sonrisa a su padre. Más tarde. Volvería a intentarlo más tarde, porque ahora que había visto una deseaba ver más.

—¿Qué está preparando? —preguntó Olive, subiéndose al taburete que tenía al lado.

—Patatas fritas.

—Me gustan las patatas fritas.

Archer seguía concentrado en la preparación de la cena, pero sus labios se curvaron hacia arriba.

—A mí también —convino Iris—. Espero que no la fastidie —susurró en voz alta, y Olive soltó una risita.

—Puedo preparar un filete con patatas con los ojos cerrados. No voy a fastidiar nada —se defendió Archer con esa mueca de suficiencia que le había dedicado la noche anterior cuando estaba preparando tortitas.

Y Iris supo que estaba viendo al auténtico Archer.

—¡Cocinar con los ojos cerrados! Eso sí que sería un programa de cocina interesante, ¿eh, Olive?

La niña arrugó la frente.

—Suena peligroso —comentó.

—Te prometo que no cerraré los ojos —le aseguró Archer con una carcajada.

Echó las patatas cortadas en un cuenco de agua fría y luego empezó a sacar la carne de su envoltorio de papel marrón.

—Eso no lo quiero —dijo Olive, retrocediendo de inmediato, horrorizada, al ver el pedazo de ternera cruda.

—¿La has probado alguna vez? —preguntó Archer con voz serena y cariñosa, como si estuviera intentando no asustarla, como si hubiera hecho caso a Iris—. Puede que te guste si la pruebas.

La niña sacudió la cabeza.

—Vale —respondió él encogiéndose de hombros—. A más tocamos Iris y yo.

—¿Iris se la va a comer? —preguntó Olive, mirándola.

—Desde luego que sí. Será un placer comerme tu parte.

Olive frunció el ceño.

—Primero tengo que cocinarla —le dijo Archer—. Con mantequilla y romero.

—¿Qué es romero?

—Una hierba. Toma, huele. —Le ofreció una ramita de romero a Olive y esta la cogió entre los dedos. Se la acercó a la nariz y olfateó con cautela.

Los labios de Archer habían vuelto a esbozar una leve sonrisa y Iris no supo quién resultaba más mono: si Olive con el romero bajo la naricilla o Archer observándola.

—Huele bien —dijo la niña.

—Pues ya está. A lo mejor quieres probar un trozo.

—Un trocito chiquitito —le retó Olive.

—Un trocito chiquitísimo. Un bocadito de ratón.

Eso pareció gustarle a la niña. Se le iluminó el rostro.

—Un bocadito chiquitísimo de ratoncito —canturreó.

—¡Oye, un momento! Entonces, ¿no puedo comerme tu parte? —preguntó Iris fingiendo escandalizarse, y Olive se rio encantada.

—Tú tienes tu propio trozo —le dijo, apoyando los codos

en la encimera—. ¿Y qué estás haciendo ahora? —le preguntó a Archer, ignorando el resoplido indignado de Iris por ver reducida su porción.

—Voy a sazonar la carne. ¿Quieres ayudarme?

—¡Sí! —respondió Olive con los ojos como platos.

Archer pareció estar a punto de salir flotando de pura sorpresa y felicidad, pero se contuvo y le acercó a Olive el platito de la sal.

—Necesitamos un buen pellizco de sal. ¿Puedes darme un buen pellizco?

Olive dio un pellizco al aire con los dedos.

—¿Así?

—Más grande. —Archer cogió un generoso pellizco de sal y lo espolvoreó sobre la carne—. Así. Ahora tú.

—¿Así?

—¡Perfecto! Muy bien.

Olive sonrió radiante a su padre y, al ver sus hoyuelos idénticos, Iris estuvo a punto de derretirse. Dio otro sorbo al vino y contempló al dúo preparar la cena, con Archer explicando todo paso a paso y Olive pletórica con sus atenciones. Para cuando cenaron, a Iris le sorprendió que fuera capaz de tragarse la comida a pesar del nudo de emoción que tenía en la garganta.

Se alegró de haber confiado en su instinto. Aquellas dos personas la necesitaban y se necesitaban, y estaba contribuyendo a unirlas. Y, al igual que Mary Poppins, cuando ya no la necesitaran, sacaría su paraguas y se iría volando de allí.

Pero, tras la demostración culinaria de aquella noche, ya no estaba tan segura de que fuera a resultarle tan fácil como había imaginado en un principio.

Capítulo 13

Algunas noches más tarde, Iris regresaba a su habitación después de ir al cuarto de baño cuando estuvo a punto de chocarse con Olive en el oscuro pasillo.

—¡Olive! ¿Qué haces levantada?

La niña no respondió; siguió caminando por el pasillo arrastrando su mantita. Lucía una mirada perdida que a Iris le recordó demasiado a una película de terror. Se preguntó si estaría a punto de darle la vuelta la cabeza.

—Olive, ¿qué estás haciendo? —La siguió hasta el salón.

Archer estaba limpiando la cocina y levantó la mirada cuando entraron.

—¿Qué ocurre?

—No sé —respondió Iris encogiéndose de hombros—. Espero que no sea un *poltergeist.* —Dios, tenía mucha razón. Los niños daban miedo. Justo cuando pensaba que se había hecho con esa, va y la posee el demonio. O algo parecido.

—¿Un qué? —Archer sacudió la cabeza—. Olive, deberías estar en la cama.

La niña no le respondió ni lo miró, se limitó a seguir su camino hasta la puerta de la entrada, donde empezó a toquetear el picaporte. Iris y Archer se miraron confundidos el uno al otro.

—¿Qué demonios está haciendo? —susurró Archer.

—¿Tratando de escapar? ¿En sueños? —sugirió Iris.

—¿Crees que es sonámbula?

—Francamente, eso es lo que menos miedo me daría en estos momentos.

Archer se acercó a la niña por detrás y Iris lo siguió. Era el padre de Olive. Que lo asesinaran a él primero.

—Oye, Olive —le dijo con suavidad—. Vamos a la cama. —Le puso las manos sobre los hombros y trató de apartarla de la puerta.

—Ten cuidado —susurró Iris—. Dicen que no se debe despertar a un sonámbulo.

—Yo qué sé —murmuró él—. ¿Y qué ocurre si lo hago?

—¡No lo sé! —A Iris se le había puesto la piel de gallina. Entre la casa a oscuras y la mirada ausente de Olive, estaba muerta de miedo.

—No pasa nada —susurró Archer con voz firme y serena. Era un sonido tranquilizador en medio de la oscuridad—. Vamos, cariño, volvamos a la cama —insistió, conduciendo con cuidado a Olive hacia su dormitorio, y por suerte la niña siguió arrastrando los pies en esa dirección.

Archer fue con ella y la arropó en su cama mientras Iris aguardaba en el recibidor. Por si acaso.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó cuando regresó, cerrando la puerta suavemente tras él.

—Eso creo. Pero me ha dado un susto de muerte. —Se dejó caer contra la pared que tenía detrás.

—A mí también. Qué siniestra.

—¿Siniestra? —repitió él.

—¡Parecía la niña de una película de miedo!

—Empiezo a cuestionar seriamente los productos mediáticos que consumes. ¿Pódcast de *true crime* y películas de terror?

¿Estaría burlándose de ella?

—Ya estaba a punto de llamar a un sacerdote joven y a otro anciano.

Archer se rio. Su risa sonó grave e intensa en la casa silenciosa. Iris se apoyó contra la pared y se deslizó hasta el suelo. Archer la miró como si fuera a regresar a la cocina y a dejarla allí sola, pero, en su lugar, se deslizó por su pared también, imitando su postura.

—No sé cómo voy a poder dormir ahora, preguntándome si va a salir de la casa. —Su gesto burlón había desaparecido y ahora parecía cansado y preocupado.

De nuevo, Iris pensó en lo mucho que había dejado atrás para estar allí, en lo mucho que había sacrificado ya por su hija.

—Instalaste los candados. No creo que pueda escaparse.

Archer asintió con la cabeza, aunque seguía sin parecer convencido, como si racionalmente supiese que a la niña no podía pasarle nada, pero a una parte de él siempre le preocupase que sí fuera a pasarle.

Así era la paternidad, un constante quebradero de cabeza.

—Supongo que así es como va a ser —comentó con voz ausente, como si ya no estuviera hablando con ella. Le rozó el pie con el suyo, buscando el consuelo del contacto—. Una cosa detrás de otra. Acabábamos de conseguir que comiera y ahora va e intenta escaparse en sueños.

Fue un momento serio. Estaba preocupado por su hija, pero a Iris lo absurdo de la situación le resultaba gracioso.

Dejó escapar una risita y se tapó la boca con la mano. Archer levantó la cabeza sorprendido.

—¿Te estás riendo?

Iris agitaba los hombros por el esfuerzo que suponía aguantar la risa.

—¿Sí? —dijo con un chillido—. Lo siento, pero es que es gracioso. Nos ha dejado a los dos muertos de miedo.

Archer sacudió la cabeza, pero aquella sonrisa volvió a esbozarse en su rostro.

—Creo que es uno de esos momentos de reír o llorar —dijo ella entre risas—. Ahora mismo estamos los dos superados por la situación. —Probablemente no debiera admitirle eso a su jefe, pero le parecía mejor así, transmitirle que estaban juntos en eso, que iban a averiguar juntos cómo lidiar con Olive.

Por el momento.

Estarían juntos hasta que Iris estuviera segura de que Archer era capaz de gestionar solo la situación, entonces se marcharía, porque aquel… aquel grado de preocupación, de agotamiento y… y de total impotencia era algo a lo que no quería tener que enfrentarse a largo plazo.

La maternidad no era para ella.

—¿Y de verdad no sabías nada acerca de ella? —Iris hizo la pregunta que había estado deseando hacer desde que aceptara el trabajo.

—No tenía ni idea.

—Su madre y tú no estabais…

—Trabajábamos en el mismo restaurante, nos acostamos

unas pocas veces y luego me marché a Europa. No volví a saber nada de ella después.

—Increíble.

—Sí —contestó él con un suspiro.

Iris no se imaginaba lo que debía de ser recibir una noticia así de un día para otro.

—¿Tú quieres tener hijos? —le preguntó Archer.

—No, por Dios —le soltó sin pensar, y de inmediato se sintió fatal por su reacción—. Perdona. Me refiero a que los niños son maravillosos, pero nunca me he imaginado siendo madre… ¿Y tú? —continuó, envalentonándose en la oscuridad—. ¿Siempre quisiste ser padre?

—No, por Dios —la imitó con una sonrisa amarga, mirándola a los ojos desde el otro lado del pasillo—. Pero aquí estoy.

Ella le sonrió.

—Supongo que tu antigua vida no era muy compatible con tener un hijo.

—Desde luego que no. Trabajaba hasta tarde muchas noches, había que hacer muchas horas extra. No sé cómo consigue la gente conciliar la vida familiar con ese estilo de vida.

—Pero aquí estás —le susurró Iris.

Iris no sabía si Archer se lo habría reconocido ya a sí mismo, pero sí sabía que estaba totalmente comprometido. Era el padre de Olive y no iba a irse a ninguna parte. Haría lo que fuera mejor para su hija. Ella se daba cuenta, incluso en la oscuridad, incluso aunque Archer pareciera necesitar una semana durmiendo. Lo supiera él o no, era un buen padre.

Archer volvió a golpearle el pie con el suyo.

—Gracias —le dijo.

—¿Por qué? ¿Por creer que tu hija estaba poseída?

Su carcajada fue como una caricia en la oscuridad.

—No, por… por animarme, supongo.

Estaba mirándola, recorriendo su rostro con la mirada, bajando hasta su hombro desnudo antes de volver a subir. Iris sabía que había estado flirteando con él desde que se instaló, y también sabía que no debería flirtear con él en absoluto.

Entre ellos no podía pasar nada.

Obviamente.

Era su jefe, ella necesitaba el trabajo, y desde luego lo último que necesitaba era liarse con un tío que tuviera una hija. Además, él no podía ser la clase de tío que tenía un lío con la niñera. Eso, sin duda, entraría en conflicto con su plan de «hacer lo mejor para Olive».

Iris podría marcharse en cualquier momento si era solo su niñera, pero si se convertía en algo más…

Sacudió la cabeza.

De un modo u otro, tampoco había nada más sobre la mesa, pero ¿qué tenía de malo un poco de flirteo? A ella le costaba resistirse. Siempre le había gustado flirtear. Le gustaban las bromas, las charlas, los pequeños roces. ¿Tan horrible era? No siempre tenía que llevar a alguna parte.

De hecho, era algo inofensivo.

Salvo que, cuando volvió a mirar a Archer a los ojos, incluso en la oscuridad del pasillo, incluso aunque solo estuvieran rozándose los pies, ya sabía que nada de aquello volvería a ser inofensivo.

Archer tenía un aspecto peligroso en la oscuridad. Tenía el pelo revuelto otra vez por haber estado tocándoselo de esa forma que a Iris le daba ganas de sustituir sus dedos por los de ella, y una barba de tres días le cubría la mandíbula. La arañaría. Si la besara, aquella barba incipiente le arañaría la piel. Y un escalofrío le recorrió el cuerpo al pensar en ello.

Pensó en la dedicación y en los sacrificios que había hecho para lograr lo que tenía. En lo bien que se le daba su trabajo. En realidad, ella nunca se había entregado plenamente a nada. Pasaba de un trabajo a otro, de un hombre a otro.

No era de fiar.

Resultaba evidente que a Archer le parecía atractiva. Y él a ella. Sin embargo, jamás encajarían. Ella lo volvería loco con su falta de atención, con su incapacidad de ceñirse a nada.

Y supo que estaba metida en un buen lío cuando incluso aquel rechazo imaginario hirió sus sentimientos.

—Debería volver a la cama —anunció—. Esta vez de verdad.

—Sí, claro.

Iris se puso en pie, pero Archer se quedó donde estaba, como un centinela junto a la puerta de Olive.

—¿Vas a quedarte ahí toda la noche?

—Qué va —respondió negando con la cabeza—. Solo un poco más.

Iris se quedó mirándolo un momento desde arriba, se fijó en la preocupación dibujada aún en su rostro, en el agotamiento de su mirada, y quiso ayudarlo. Hacer algo para que regresara aquella sonrisa.

Pero, como bien le había dicho, se sentía superada por la situación. No estaba cualificada para ser niñera. No estaba cualificada para nada excepto ser la empleada de aquel hombre.

Así que le dedicó un leve asentimiento de cabeza y se fue a la cama.

Tardó mucho en quedarse dormida, preguntándose si Archer seguiría allí fuera, montando guardia.

Capítulo 14

—¡Hola, Arch! ¿Cómo va todo?

—Hola, papá. —La cara de su padre inundó la pantalla, y su enorme sonrisa casi logró animarlo.

No sabía bien cuándo había sucedido, pero, en algún momento, su padre se había convertido en su mejor amigo. Eso en sí mismo era un claro indicativo de lo que había estado haciendo Archer los últimos diez años. En el ámbito de los amigos, solo le quedaba su padre, y probablemente solo se debiera a que, legalmente, estaba obligado a preocuparse por sus problemas.

Y aquel día creía necesitar esa manera tan franca que tenía su padre de abordar la vida, a fin de poner en perspectiva esos problemas.

Archer estaba sentado fuera, detrás de la cafetería, en un viejo banco que, suponía, habría sido empleado para salir a fumar a lo largo del último siglo. Brillaba el sol y el aire aún era frío, pero necesitaba un descanso. Y un cigarrillo. Por desgracia, ya no se permitía fumarse uno de esos, así que tuvo que conformarse con el aire fresco.

Por el momento, había renunciado a encontrar la receta clásica de las tortitas. En su lugar, había puesto aquel día en la carta una tortita de limón y semillas de amapola coronada con *crème fraîche,* y ya desde primera hora de la mañana había tenido que hacer frente a un intento de amotinamiento.

Al final había logrado convencer a algunos clientes para que las probaran, y Tim y Tammy incluso se habían terminado el plato. Estaba intentando considerarlo una victoria, aunque, tras pasar una larga noche durmiendo apoyado en la pared del pasillo, le dolía la cabeza y

necesitaba echarse una siesta.

—Tienes muy mala cara.

—Gracias, papá. Muy amable por tu parte.

Su padre se rio y preguntó:

—¿Cómo va la cosa con Olive?

No habían querido abrumar a Olive presentándole de golpe a un puñado de nuevos miembros de la familia, así que su padre aún no la conocía, ni siquiera por teléfono, pero Archer había estado poniéndole al día casi a diario.

—Anoche se levantó sonámbula.

—¿Sonámbula? Vaya, esa es nueva.

Archer se pasó una mano por la cara. Su barba incipiente era ya una barba completa y tenía que afeitarse. Y probablemente cortarse el pelo. Pero arreglarse aquel día no le había parecido importante tras pasarse la noche aterrorizado ante la idea de que su hija pudiera salir sonámbula a la calle.

—Sí. Ya puse candados infantiles en la puerta, pero aun así me asusté. He dormido en el pasillo —admitió con una mueca de dolor.

—¿En el pasillo? Te pareces a mí cuando eras un bebé. —Su padre esbozó la típica sonrisa cariñosa que se le ponía a la gente cuando rememoraba las peripecias de sus hijos, incluso cuando contaban las anécdotas más atroces de noches en vela y emergencias de pañales, como si hubiera sido algo mágico a la par que horrendo.

Hasta entonces, Archer no le encontraba sentido a esa sonrisa; en cambio ahora casi podía imaginarse contando algún día la anécdota del sonambulismo con esa misma sonrisa. Pero hoy no. Hoy se sentía triste y agotado.

—¿En serio?

—Pues claro. Estaba muy preocupado por ti cuando te trajimos a casa. ¡Eras tan pequeño! Y yo era responsable de ti. Era todo muy intenso.

«Intenso». Eso era. Todo le parecía intenso desde que se había enterado de la existencia de Olive, de pronto iba por la vida con una especie de peso a cuestas, cuando hasta entonces se había movido por el mundo sin ataduras. No sabía si podría con todo.

Apareció en su mente la imagen de Iris, con su sonrisa en la

oscuridad y el pie apoyado contra el suyo. Ella había conseguido que todo pareciera más ligero. Aunque solo fuera por un momento.

Pero ayudarle a soportar sus cargas no formaba parte del trabajo de Iris.

—¿Y cómo lo gestionaste? —le preguntó a su padre.

—No sé si lo hice —respondió este, agrandando la sonrisa hasta acabar carcajeándose—. Sigo preocupándome por ti a todas horas.

—No tienes que preocuparte por mí, papá.

—Sí, claro —dijo su padre con un resoplido—. Voy a parar ahora, después de todo este tiempo.

—¿Así que estoy condenado a preocuparme hasta la eternidad?

—Más o menos.

—Gracias, ha sido maravilloso hablar contigo.

Su padre volvió a reírse:

—Todo mejorará, Arch. No vas a dormir todas las noches en el pasillo. Eso te lo prometo.

—Pues menudo consuelo. —Y el sarcasmo sonó intensificado por el cansancio.

Su padre lo ignoró y preguntó:

—¿Qué tal con la niñera? ¿Cómo se llama? ¿Lilly? ¿Rose?

—Iris.

—Eso, sabía que era el nombre de una flor. ¿Y qué tal con Iris?

A Archer nunca se le había dado particularmente bien mentir a su padre, lo cual dio lugar a una interesante relación cuando era adolescente y muy a menudo acababa confesando lo que fuera que hubiera estado haciendo con sus amigos los viernes por la noche.

Pero, no sabía bien cómo, había logrado omitir el hecho de que Iris no era en realidad una dulce ancianita, sino una atractiva monitora de yoga con un armario de prendas demasiado ajustadas y diminutas, y que esa mañana se había descubierto olfateando su champú en la ducha como si fuera un adolescente enamorado.

—Bien —respondió con la voz entrecortada—. Va todo bien.

—¿Bien? —Su padre entornó los ojos tras los cristales de

las gafas como si no se creyera sus palabras.

—Sí. Bien. A Olive le gusta, y eso es lo único que importa.

—Mmm. Y lo de vivir juntos ¿cómo va?

¿Lo de vivir juntos cuando Iris se paseaba por la casa en mitad de la noche con una camiseta de manga corta que se le resbalaba por el hombro, cuando le sonreía en la oscuridad y lo hacía reír aun cuando no quería? ¿A eso se refería su padre?

—Bien —respondió tras tragar saliva.

—Mmm. —Su padre estaba estudiándolo, pero por suerte a Archer lo salvó su madrastra, Cathi.

—¿Es Archer? —preguntó ella, y su cara eclipsó a la de su padre en la pantalla—. ¡Hola, Arch! ¿Cómo está Olive? ¿Cuándo podremos conocerla?

Sus padres se habían separado estando él en el instituto, y, cuando su padre volvió a casarse, eligió a una mujer que era justo lo contrario a la madre de Archer en casi todos los aspectos. Mientras que nunca había visto a su madre maquillarse con nada que no fuera un poco de bálsamo labial de vez en cuando, Cathi nunca salía de casa sin ir totalmente maquillada y con la decolorada melena bien peinada, como si fuese a hacer algo mucho más elegante que jugar al golf con su padre. La madre de Archer era científica, siempre estaba viajando por el mundo para estudiar los efectos del cambio climático sobre la migración de las aves; en cambio, Cathi hacía la manicura en el balneario local y siempre estaba en casa para pasar tiempo con su padre; eran casi inseparables desde que se casaran en el ayuntamiento con Archer de testigo.

Archer quería mucho a su madre, pero entendía que su padre amase a Cathi. Siempre se había mostrado amable con él, jamás había intentado convertirse en su nueva madre, pero había estado a su lado cuando su madre no podía estarlo.

—Hola, Cathi. Pronto. Primero quiero que se sienta un poco más cómoda.

—Claro, tiene mucho sentido. Ya eres un padre buenísimo, Arch. Estamos muy orgullosos de ti. —Le sonrió radiante a través del teléfono, y tal vez fuera por la falta de sueño, pero casi deseó estar allí con ellos, aunque no soportase el golf ni los fortísimos abrazos de su madrastra.

—Gracias. —No creía que Cathi supiera de qué estaba hablando en relación con eso, pero aun así le resultó agradable de oír.

—Bueno, Arch, tenemos que colgar. —La voz de su padre le llegó desde detrás de la melena de Cathi.

—¡Ay, es verdad! Tenemos hora a la una para jugar al golf —explicó Cathi, y le lanzó un beso a Archer antes de desaparecer de la pantalla—. ¡Adiós, cielo!

—Adiós.

—Aguanta, chaval.

—Gracias, papá.

—Y la próxima vez quiero que me cuentes lo de la niñera. —La cara de su padre presentaba la misma expresión franca y severa que aquella vez en que Archer le confesó que sus amigos y él se habían saltado las clases para irse a fumar al bosque de detrás del colegio.

Archer se tragó la culpa y respondió:

—Ah, sí. Claro. No hay mucho que contar.

Su padre frunció el ceño.

Archer le devolvió el gesto.

—Hablamos mañana —le dijo su padre—. Te quiero, Arch.

—Yo también te quiero —respondió él con un suspiro.

Al colgar, se quedó mirando el teléfono. No creía que jamás fuese a estar a la altura de su padre. Era como si este hubiera nacido sabiendo lo que tenía que hacer. Aunque Archer era demasiado pequeño entonces para recordar si su padre se había mostrado inseguro o si se había equivocado en algún momento. ¿Los cinco años serían una edad demasiado temprana? ¿O acaso Olive recordaría todas sus meteduras de pata para poder contárselas a su futuro psicólogo?

¡Dios, ya se imaginaba las cosas que le contaría a su actual psicólogo!

Dejó escapar un quejido y se llevó las manos a la cabeza.

—Eh…, ¿chef? —Maribel se había asomado por la puerta de atrás y lo miraba preocupada.

—¿Sí? —Se incorporó y se apoyó en la pared de ladrillo que tenía detrás, tratando de aparentar un mínimo de profesionalidad.

—Cyrus dice que nos hemos quedado sin calabacín para los sándwiches.

—¿Cómo es posible?

—Han pedido muchos sándwiches vegetarianos a mediodía —repuso Maribel con una leve sonrisa.

—Ah. —Algo parecido al orgullo le inundó el pecho. Recordó lo agradable que era—. Dile que hoy lo sustituya con calabaza de verano.

—Entendido. —Estaba a punto de darse la vuelta para volver a entrar, pero le lanzó otra mirada—. ¿Ocurre algo?

Archer estuvo a punto de sacudir la cabeza y negar que ocurriese algo, pero Maribel tenía hijos y sabía de lo que hablaba.

—Anoche Olive se levantó sonámbula. Me preocupa que se escape en mitad de la noche.

—Ah, yo tuve un sonámbulo.

—¿En serio? Por favor, dime que no tuviste que dormir frente a su puerta hasta que cumplió los trece años.

—No, no —respondió Maribel entre risas—. Le pusimos campanillas en la puerta.

—¿Campanillas?

—Sí. Quitamos parte de los adornos de Navidad y los atamos al pomo. De esa forma, si intentaba abrir, lo oíamos.

—Qué genialidad.

—La paternidad te vuelve ingenioso.

—Espero que me ocurra pronto, entonces.

Maribel le dedicó otra sonrisa compasiva, pero no como si le tuviera pena, sino como si entendiera lo que estaba pasando.

—Si hace que te sientas mejor —le dijo—, mi hijo nunca intentó irse a ninguna parte. Lo encontrábamos en el sofá, o a veces en la habitación de su hermana. En una ocasión, se acurrucó en la cama del perro y volvió a quedarse dormido.

Archer se carcajeó.

—La verdad es que sí que hace que me sienta mejor. Gracias.

—No hay de qué, chef. Aquí estoy si necesitas cualquier cosa. —Agachó la cabeza con otra amable sonrisa y volvió a entrar en la cafetería.

Y, al igual que la noche anterior con Iris, se sintió un poco más ligero.

Capítulo 15

Dos días más tarde, Archer tenía el día libre, obligado por Gladys, quien insistía en que debía conciliar el trabajo con su nueva vida familiar. Tras verlo deambular por la casa durante la primera mitad del día, Iris sugirió que fueran al mercado de productores de primavera, principalmente porque estaba sacándola de quicio. Archer se animó con esa idea, y, aunque se notaba que tenía planeado comprar productos para la cafetería, Iris supuso que seguiría contando como día libre. Sobre todo porque los acompañaba Olive.

Iris la llevaba bien sujeta de la mano mientras recorrían los puestos. Si hubiera tenido una correa, sin duda la habría utilizado. No se fiaba de aquella niña ni por un segundo. Menos aún después del episodio del sonambulismo.

—¿Podemos comprar fresas? —preguntó la niña.

—Aún no es la época —respondió Archer, y Olive frunció el ceño.

—Compraremos otra cosa igual de rica —le aseguró Iris, aunque al mirar a su alrededor vio principalmente lechugas y otras verduras que sin duda Olive rechazaría de inmediato.

—Una selección bastante buena —dijo Archer, estudiando cada puesto según caminaban.

—Puede que no estemos en París, pero sabemos organizar un mercado de productores —respondió Iris con sarcasmo, y Archer puso los ojos en blanco—. ¿Qué vas a comprar?

—Primero quiero dar una vuelta y ver qué ofrece cada uno.

—Claro, tiene sentido —contestó ella, y saludó con la mano a algunas de sus alumnas.

—La rúcula tiene buena pinta —comentó Archer, arrugando la frente en actitud pensativa.

Se asemejaba a verlo cocinar. Estaba en modo chef. Iris tuvo que morderse la lengua para no sonreír. Aquel día había por allí demasiados vecinos, y lo último que quería era desatar rumores mirando a su jefe con una sonrisa embobada.

—¡¡CACHORROS!! —Iris se detuvo al oír el chillido de Olive y a punto estuvo de darle un infarto. Levantó la mirada y vio a Kira, a Bennett y a la mitad de su manada—. ¡¡Vamos a verlos!! —Olive tiró de ella a través de la multitud.

—¿Has traído a Elizabeth y a Benny al mercado? —le preguntó Iris a su amiga al acercarse.

Kira sonrió y les acarició la cabeza a los perros.

—Están muy bien educados —respondió.

—Sí —añadió Bennett con una risotada—. Benny solo ha robado una galleta de mantequilla de cacahuete del puesto de Annie.

—Ha sido un malentendido —explicó Kira—. Y además la hemos pagado.

—¿Puedo acariciar a los cachorros? —preguntó Olive con los ojos como platos.

Elizabeth, la más grande de los perros de Bennett, tenía casi su misma altura y la miró con la lengua colgando.

—Claro —respondió Kira, acuclillándose para ponerse a su altura—. Le gusta que la rasquen justo aquí. —Se lo demostró rascándola entre las orejas, y Olive la imitó y se le iluminó la cara cuando la perra se le acercó más.

Iris sonrió y levantó la cabeza para mirar a Archer, pero al parecer lo habían perdido.

—Iba a presentarte a Archer —dijo—, pero se ha largado.

Bennett se rio y preguntó:

—¿Cómo van las cosas con el nuevo trabajo?

—Van bien —respondió encogiéndose de hombros.

—¿Y qué tal la vida con el chef? —preguntó Kira, incorporándose con una sonrisa cómplice.

—Bien también.

Si no tenía en cuenta la cantidad de tiempo que se pasaba pensando en lo bien que estaba el chef en cuestión.

La sonrisa cómplice de Kira se hizo más visible.

Pero, por suerte, Olive había empezado a acariciar a Benny, que se dedicaba a darle lametones en la cara, y las risas de alegría de la niña llamaron la atención de Kira.

—¡Anda, qué bien le caes! —exclamó, y Olive sonrió radiante.

—Seguro que sabe a sirope de arce —comentó Iris con una carcajada.

—Esa es la manera de conquistar a Benny.

—Iris, ¿podemos tener un perro?

—Esa pregunta debes hacérsela a tu padre.

—¿Y dónde está? —preguntó Olive—. Tengo que preguntárselo ahora mismo.

—Me gusta tu espíritu, chica —le dijo Kira entre risas.

—¿Por qué no nos quedamos aquí con Olive mientras tú vas a buscarlo? —sugirió Bennett con una sonrisa nada inocente, como si supiera que lo último que debería hacer Iris era pasar tiempo a solas con su atractivo jefe. Empezaba a encajar demasiado bien en aquel pueblo. Tanto Kira como él.

—¡Sí! —Olive interrumpió cualquier respuesta que fuese a dar—. Yo me quedo con los perros y tú vas a buscar a mi padre y luego se lo preguntamos.

Iris miró alternativamente las sonrisas maliciosas de Bennett y Kira y suspiró derrotada:

—Está bien. Iré a buscarlo. Pero no tardaré.

—¡Diviértete! —le dijo Kira guiñándole un ojo.

—No le quitéis los ojos de encima —respondió Iris, ignorando aquel comentario—. Tiene tendencia a escaparse.

—Si crees que esta niña va a alejarse voluntariamente de los perros, es que te has vuelto loca, pero la tendremos vigilada. Te lo prometo. —Kira se llevó la mano al corazón con gesto solemne y Iris le dedicó una mirada de odio antes de irse a buscar a Archer.

No le resultó difícil. Estaba rodeado de media docena de septuagenarias y la mitad del club de lectura.

—¡Yo tuve un sonámbulo! —estaba diciéndole Marissa cuando Iris se acercó—. El pequeñajo siempre acababa en los lugares más recónditos. Una mañana lo encontré en la casita del árbol del jardín. —Se rio como si fuera tronchante, pero Archer parecía horrorizado.

—¿Fuera? —preguntó él con un hilo de voz.

—No te preocupes, con el tiempo se les pasa.

—Claro. Muy… tranquilizador.

—¿Has probado los *ziti* al horno que te dejé la semana

pasada? —preguntó Carol, apartando a su amiga de un codazo para acercarse más a Archer. Iris contuvo la risa—. Me encantaría contar con la opinión de un chef.

—Siempre te quedan un poco secos, creo yo —murmuró Estelle, y Iris no pudo aguantar la risa por más tiempo.

—Eh…, pues… —Archer estaba sin palabras.

Iris sabía de sobra que casi todas las comidas que le habían llevado los vecinos del pueblo seguían congeladas. El alivio de Archer fue más que evidente cuando la vio acercarse, como si supiera que iba a ahorrarle tener que explicar que eran solo tres personas y que no podrían consumir tantísima comida. También, que era un esnob de la cocina.

—Venga, señoras, se acabó el tiempo para acosar al recién llegado. Dispérsense.

—Ay, Iris, qué aguafiestas —exclamó Marissa con una risita.

—Nos vemos en clase, chicas.

—Adiós, cielo. —Carol le dio un beso rápido en la mejilla, seguido de más abrazos, palmaditas en el hombro y «hasta luegos» de las demás mujeres.

—¿Tus admiradoras incondicionales? —le preguntó Archer cuando las mujeres se dispersaron.

—De las muchas que tengo —contestó ella con una sonrisa.

—¿Dónde está Olive?

—Con Kira, Bennett y sus perros. Ah, y te voy avisando de que ahora quiere uno.

—Ay, Dios. ¿Tengo que dejarle tener un perro? —El pánico era más que palpable en su voz.

Iris se rio y sacudió la cabeza.

—No tienes por qué —le dijo.

—Vale, bien. No creo que podamos ahora con un perro.

Iris ignoró la alusión al plural, un plural del que no estaba segura de querer formar parte, y empezó a husmear en el interior de la bolsa de tela que llevaba Archer colgada del brazo.

—¿Qué has comprado?

—Sobre todo hierbas aromáticas frescas, un poco de lechuga, rúcula…

—Es todo verde.

—La temporada no ha hecho más que empezar.

Iris frunció el ceño.

—Ven conmigo —le dijo. Entrelazó el brazo con el suyo y tiró de él por entre la multitud—. Hola, Annie, hola, George —saludó cuando llegaron al puesto de la pastelería—. Este es el mejor puesto del mercado —le dijo a Archer—. Y la repostería siempre está de temporada.

Archer sonrió, dejando ver el hoyuelo de su mejilla; Iris tuvo que apartar la mirada por miedo a hacer algo inapropiado en mitad del mercado del pueblo como lamerle la cara a su jefe.

—Hola, Iris, hola, Archer, ¿qué os pongo? —preguntó Annie.

Iris desterró de su mente esos pensamientos inapropiados y centró su atención en el expositor lleno de delicias. Ante ellos había galletas de mantequilla, lacitos de cardamomo, galletas de azúcar en forma de conejitos y pollitos, dónuts de chocolate y bizcocho de limón. Aquella semana, Annie se había superado.

—Ponnos dos trozos de bizcocho y… —Se volvió hacia Archer—: ¿Qué crees que le gustará a Olive?

Archer frunció el ceño, concentrado, pensando en qué podría querer Olive, y fue esa consideración la que casi mató a Iris. Era increíblemente considerado en lo tocante a su hija.

—La galleta en forma de conejito.

—Excelente elección —comentó Annie, metiendo los dulces en una bolsa antes de aceptar la tarjeta de Iris para cobrarles—. ¿Te gusta el mercado? —le preguntó a Archer.

—La verdad es que sí.

—Parece que te sorprende —respondió Annie con una carcajada.

—Perdón —se disculpó él, sonriente—. No pretendía ser un imbécil.

—A veces ocurre —concluyó Iris dándole una palmada en el brazo—. ¡Gracias, Annie! —exclamó mientras se lo llevaba del brazo hacia su siguiente parada—. Una cosa más antes de volver con Olive.

Mantuvo el brazo entrelazado con el suyo, con la mano apoyada en la curva de su bíceps. Era agradable caminar junto a él. De hecho, era agradable ya solo el hecho de haber salido de casa.

Sabía que no podría ser nada más que una visita amistosa al mercado de productores, pero no tenía prohibido disfrutar del tacto de su brazo bajo la mano ni del roce ocasional de su cadera. Claro que no lo tenía prohibido.

Lo único peligroso del asunto era que, tras pasar aquel agradable día juntos, tuviera ganas de hacerlo más a menudo.

—Ya hemos llegado. —Se detuvieron frente al puesto de la floristería—. Aquí hay un montón de colores. —Le sonrió y, cuando él le devolvió la sonrisa, notó un vuelco en el estómago y rubor en las mejillas.

—Una preciosidad —comentó Archer sin dejar de mirarla a la cara, y ella pensó en lo guapo que estaba a plena luz del día.

Tanto aire fresco hacía que le diera vueltas la cabeza.

Lupita, que era aquel día la encargada del puesto, se aclaró la garganta y Iris apartó la mirada de los ojos de Archer.

—Hola, Lu.

—Hola, Iris. —Lupita los miró alternativamente con complicidad, pero Iris ya no podía más con otra persona entrometida.

—Un ramo de tulipanes amarillos y otro ramo de los rosas, por favor —dijo antes de que la mujer pudiera hacer preguntas sobre Archer, Olive, la situación en casa o el historial familiar de Archer.

—Aquí tienes. —Lupita le entregó dos ramos de flores envueltos en papel marrón y Archer le tendió su tarjeta antes de que Iris pudiera sacar la suya.

—Gracias, Lu. Nos vemos el martes en clase de coronas de primavera —se despidió Iris antes de alejarse—. No era mi intención obligarte a comprarme flores —le comentó a Archer, en broma, pero descubrió que había vuelto a quedarse mirándola con intensidad.

—No me importa comprarte flores.

—En términos profesionales, desde luego —respondió ella, y no pudo evitar sonreír con picardía.

—Desde luego —convino él, también con una leve sonrisa.

Había acercado la cabeza a su oreja y el calor de sus palabras le acarició la mejilla. Deslizó la mano hacia la parte baja de su espalda y la guio entre la multitud. La presión de sus dedos contra su cuerpo le provocó un escalofrío en la

columna a Iris.

Pero más potente aún que la sensación de tener la mano grande y cálida de Archer sobre su piel era la sensación de tener al pueblo entero mirándolos. Y ella conocía aquel pueblo. Sabía cómo pensaban y cómo hablaban. Y, si pensaban que entre ellos había algo inadecuado, ¿cómo afectaría eso al acuerdo de la custodia?

Probablemente el pueblo se mostrase encantado si estuvieran juntos, pero Archer no podía pasar como la clase de hombre que tenía aventuras sin compromiso a diestro y siniestro. ¿Qué clase de ambiente sería ese para una niña pequeña? Daba igual que fuese el mismo ambiente en el que se había criado ella, y había salido bien, salvo quizá por sus problemillas con el compromiso.

Pero eso no importaba. Archer tenía que transmitir la imagen del padre responsable que era.

Y ella no podía meterse en medio.

—Tendríamos que ir a buscar a Olive —anunció, y giró bruscamente a la derecha tras pasar el último puesto hacia la explanada de césped donde había dejado a Olive y a Kira.

Archer apartó la mano de su espalda y ella se negó a ponerse triste por su ausencia. Una cosa era flirtear con él en la intimidad de su propio hogar, pero en público debían andarse con cuidado.

Debía andarse con cuidado con aquel hombre tan considerado y su niña pequeña. Lo último que deseaba era causarles problemas.

Capítulo 16

—Tengo una idea genial —anunció Iris al entrar apresurada en la cocina.

Había tenido una clase de yoga esa noche, de modo que Archer no la había visto durante la cena con Olive. Había sido una cena silenciosa e incómoda, pero su hija se había comido dos platos de pasta con una copiosa cantidad de mantequilla y parmesano por encima, así que no iba a presionarla también para que hablara. Cada cosa a su tiempo.

—¿Ah, sí? —le preguntó.

—Una reunión municipal —anunció ella triunfal, como si aquello fuese a tener algún sentido para él.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ah, sí, se me olvidaba que eres de fuera —respondió Iris con una sonrisa burlona—. Dream Harbor celebra reuniones municipales cada dos semanas en las que la gente plantea cualquier asunto pertinente a la comunidad.

—Vale…

Iris dejó escapar un suspiro frustrado y él intentó no fijarse en lo guapa que se ponía cuando se emocionaba. Aunque era imposible. Le resultaba adorable. Le había sido imposible no fijarse el día anterior mientras lo guiaba a través del mercado de productores y le era imposible ahora, cuando se subió de un salto a su taburete habitual, con la mirada encendida a causa de su idea genial.

—He pensado que podríamos ir y preguntar si alguien tiene alguna sugerencia sobre la receta de las tortitas.

Archer se secó las manos en el trapo que llevaba colgado al hombro y se cruzó de brazos. No adoptó esa postura para que Iris desviara la mirada hacia sus bíceps, simplemente se sentía

cómodo así. Y, si Iris se fijaba en sus brazos, en fin, no era culpa suya.

—A ver si lo entiendo —le dijo—. ¿Quieres que intente obtener el consenso del pueblo respecto a la receta de las tortitas?

—Me han dicho que la semana pasada pusiste semillas de amapola en las tortitas, Archer. —Arqueó una ceja en un gesto acusatorio.

—Así es.

—A la gente no le gustó.

—Ya lo sé.

—Vale, pues creo que podría ser una buena forma de obtener ideas para probar alternativas.

—Yo no lo creo.

A Iris le cambió la cara y Archer quiso fustigarse, pero complacerla no era algo que debiera estar en su lista de prioridades. Sus prioridades eran mantener a flote la cafetería y a Olive con vida. No ver sonreír a la niñera.

—Ahora es mi cafetería y soy yo el que está a cargo de la carta. Haré lo que considere que es mejor.

Observó algo nuevo en los ojos de Iris cuando volvió a mirarlo, algo que no le había visto antes. Parecía… enfadada.

—¿Qué se siente? —le preguntó con un pequeño resoplido.

—¿Cómo que qué se siente?

—Al ser tan seguro de ti mismo, al pensar que sabes siempre qué es lo mejor en cada situación.

—Yo no…

—No, es que me da mucha curiosidad, porque yo nunca me he sentido así con nada, en serio. Nunca he sabido lo que quería ser o lo que quería hacer, digamos que me he dejado llevar, pero tú… —De nuevo ese resoplido—. Tú sabes exactamente lo que deseas hacer. Eres un chef importante y famoso, eres el experto, así que…

—No lo soy —respondió Archer, cortante, interrumpiendo su pequeño discurso—. Ya no. Si apenas sé cómo coño sigo aquí, Iris.

Ella le sostuvo la mirada, detectando con aquellos ojos verdes todas sus inseguridades. Levantó a continuación la barbilla.

—Yo he vivido aquí toda mi vida —le dijo—. Y muchas

cosas han cambiado porque las cosas siempre cambian, pero esas tortitas han sido las mismas toda mi vida. Eso produce cierta tranquilidad, Archer. A la gente le gustan. Las necesitan. Igual que yo.

—¿Tú?

Iris se encogió de hombros, como si le hubiera permitido ver más de lo que pretendía cuando había iniciado la conversación.

—La cafetería es uno de los pocos lugares que quedan en el pueblo al que los mayores recuerdan haber ido cuando eran pequeños. Para ellos es importante, así que es importante para mí.

—No creo que sea cierto.

—¿El qué?

—Que no sepas lo que quieres hacer con tu vida, que no seas segura de ti misma. Iris, lo que haces se te da de maravilla. Todo lo que haces.

Aún no la había visto fracasar en nada. En su opinión, Iris no se dejaba llevar, sino que flotaba. Flotaba y bailaba y se reía y hacía que la vida de todos fuera mejor. Hacía que su vida fuera mejor. Incluso cuando sentía que todo se iba a pique.

—Qué va —respondió ella, restando importancia a su cumplido con un gesto de la mano—. Ya sabes lo que dicen: «Aprendiz de todo, maestro de nada», o algo por el estilo.

—Nadie es maestro de nada. Mírame a mí. Si ni siquiera sé preparar tortitas. —Señaló el desastre que había sobre la encimera, deseando que lo perdonara, que viera su verdad.

Finalmente Iris cedió y le dedicó una leve sonrisa, y la suave luz de la cocina se reflejó en el dorado de su cabello. Le pareció tan…

Tentadora.

—¿Cómo te hiciste eso? —preguntó de pronto.

Había bajado la mirada y estaba señalando una de las cicatrices que tenía en el brazo, una larga que recorría la parte superior de su antebrazo y le pasaba por encima de la muñeca.

—Con el horno.

Iba demasiado rápido, desesperado por impresionar a su profesor, y se había golpeado el brazo con la rejilla caliente

del horno al sacar una tanda de cruasanes recién hechos. Los bollos salieron fatal, para colmo de males, y su profesor incluso llegó a escupir un trozo delante de toda la clase de pastelería. Archer no había pegado ojo el resto de la semana. Comía y respiraba cruasanes, cocinando una tanda detrás de otra hasta que le quedaron perfectos. Porque él no fracasaba.

O al menos no lo hacía en su antigua vida.

Se notó agotado solo de pensar en ello.

—¿Y esta? —Iris dejó el dedo suspendido encima de su brazo, señalando otra cicatriz.

—Una sartén de hierro fundido.

—¿Y esta? —Deslizó un dedo sobre la cicatriz que tenía en la parte interior de la muñeca y su caricia le provocó chispas en la piel. Estaba mirándolo de nuevo, con la cabeza ladeada y curiosidad en los ojos.

Y, de pronto, su antigua vida dejó de existir.

Lo único que existía realmente era aquella cocina. Aquella cocina y la punta del dedo de Iris dejándole un sendero de vello erizado sobre el brazo.

Deseó llevársela a la cama.

Deseó arroparla.

Deseó…

—Un cristal roto —respondió, con la voz rasgada por todo aquello que deseaba hacerle.

Y que no podría hacerle.

Había demasiadas cosas que no podía hacer en aquel momento. Tantas que le dieron ganas de gritar, frustrado como estaba.

—No sabía que la cocina era un trabajo tan peligroso. —Seguía teniendo el dedo sobre su brazo, recorriendo la cicatriz arriba y abajo.

—Las cocinas de los restaurantes pueden ser sitios muy intensos —murmuró él, tratando de recuperar el control—. Movimientos muy rápidos. Si a eso le añades el calor y los objetos afilados, a veces la cosa se pone peligrosa.

Iris retiró la mano y él tuvo que contener el entrecortado suspiro que le subía por el pecho. Desde el principio supo que sería mala idea contratar a Iris como niñera. Sabía que se sentía atraído por ella. Sabía lo complicado que era tener a una mujer soltera viviendo bajo el mismo techo, complicado

para ambos.

Pero aquello era mucho peor de lo que había imaginado.

Si Iris iba a mirarlo así y a tocarlo así…

¿Qué podía hacer él?

No había fumado desde que se había mudado a vivir allí, pero de pronto deseó no haberlo dejado.

—¿Cuáles estás probando esta noche?

Archer parpadeó. Tortitas. Estaba hablando de tortitas mientras que él pensaba en llevársela a la cama.

—Con suero de mantequilla.

—Qué ricas. —Pasó el dedo por el borde del cuenco, donde la masa había goteado, y se lo llevó a la boca. Archer la agarró de la muñeca—. ¡Oye!

—¿Qué haces? —le preguntó, inclinándose hacia ella.

¿Qué hacía él? ¿Por qué la tocaba? ¿Por qué se inclinaba hacia ella sobre la encimera? ¿Por qué no podía dejar de mirarle la boca? Estaba claro que había perdido la cabeza, pero ella lo atraía con esos malditos ojos verdes y esa sonrisa pícara. Había vuelto a sonreír y él quería que siguiera así. No le gustaba haberla enfadado, haber sacado a relucir su antigua actitud arrogante. Se dio cuenta de que ya no deseaba ser ese tío. Al menos, no con Iris.

—Lamer la masa.

La palabra «lamer» le provocó a Archer un fuego en la sangre y un millón de pensamientos inapropiados.

—No deberías comer masa cruda. —Seguía agarrándola por la muñeca y notó su pulso acelerado bajo los dedos.

Iris sacó la lengua y la deslizó por el labio inferior, y él estuvo a punto de soltar un gemido.

—Solo iba a comer un poco. —La masa le chorreaba por el dedo.

—Probablemente debería probarla yo primero para asegurarme de que está buena. —Su voz sonó grave y rasgada, estaban demasiado cerca, ella tenía el pulso acelerado, aquello era una mala idea y…

Aun así, Archer se quedó con la mente en blanco, se metió su dedo en la boca y lo lamió. Deslizó la lengua a lo largo de aquel dedo que acababa de acariciarle la piel y le dio un mordisquito en la punta antes de soltarlo con un leve pop.

Ella puso los ojos como platos, pero no se apartó. En su

lugar, dejó escapar un suave gimoteo. Dios, deseó subirla a la encimera y lamerla por completo. La idea le arrolló con fuerza. Fue un deseo visceral, una exigencia que nacía de cada centímetro de su cuerpo.

¡Daba igual que la cabeza le dijera que debía parar! ¡Darse la vuelta y encontrar ese límite que, en teoría, no debía sobrepasar!

Pero ya no oía esa voz.

Solo oía la respiración de Iris, mezclada con la suya, como si ambos hubieran corrido para llegar allí. La acercó más a él, con su muñeca aún agarrada y el sabor de la masa de tortitas aún en la lengua.

Iris bajó la mirada hasta su boca y la detuvo ahí. Se relamió entonces como si estuviera pensando en lo que le gustaría hacerle a él.

—Archer —susurró, y su nombre sonó como un ruego.

—Dime que pare —le pidió él, casi una súplica. Si le decía que parase, pararía. Se apartaría y podrían fingir que no había hecho aquello, que no le había lamido el dedo—. Dime que pare, Iris, y vete a tu habitación.

Otro leve gimoteo por parte de ella.

Archer estaba tan cerca ahora que podría acariciarle la piel suave de la mejilla con la nariz. Iba a besarla. Iba a besar a su niñera y a echarlo todo a perder, pero no podía evitarlo, no podía apartarse. Además, no quería.

Hasta que oyó el tintineo lejano de… ¿las campanillas de Navidad?

—¿Qué…? —La voz de Iris sonó lejana, como en un sueño.

Le había dado la espalda y él quiso recuperarla, pero Iris se soltó de su mano, se bajó del taburete y caminó hacia la puerta.

Hacia la puerta principal, donde, una vez más, Olive estaba intentando salir sonámbula. Las campanillas navideñas sonaban cada vez que lo intentaba.

Dios.

Archer dejó escapar el aire de los pulmones, dejó que la cocina y el salón volvieran a instalarse en su consciencia, dejó que su cuerpo se sacudiera de encima la sensación de tener a Iris sujeta.

Había estado a punto de besarla.

Había estado a punto de echarlo todo a perder.

—Vamos, pequeña —susurró Iris, y condujo a Olive de vuelta por el pasillo—. Hora de irse a la cama.

Archer dejó que la arropara y esperó en la cocina.

Pero Iris no regresó.

Capítulo 17

Pocos días más tarde, Iris estaba sentada en el diminuto comedor de Hazel dando sorbos a una taza de té.

—Entonces, ¿no se acuerda? —preguntó Hazel, que miraba hacia donde estaba Olive jugando a las damas con Noah sobre la mesita del café.

Sus sobrinas, Ivy y Cece, estaban tiradas en la alfombra junto a ellos, coloreando en sus cuadernos. Hazel había tenido la brillante idea de crear cuadernos de colorear del Pumpkin Spice Café para vender a los turistas, pero a los vecinos del pueblo les encantaban también. La propia Iris tenía uno y además le había enviado uno a su madre por Navidad. Aquel mes, ya se habían quedado sin existencias en dos ocasiones. Las niñas se hallaban en aquel momento trabajando en una versión muy creativa del Pumpkin Spice Café, con calabazas moradas y un Casper rosa en el escaparate.

La distribución de la casa de Hazel se asemejaba a la de Archer, salvo porque la cocina era independiente del salón, aunque ella había incorporado un rincón del salón para dejar sitio a una mesa de comedor. Desde donde se encontraba, Iris alcanzó a ver cómo Olive le comía tres damas a Noah. La niña sonrió triunfal cuando él se quejó.

—No. Se lo pregunté y me miró como si estuviera loca.

—Mmm. —Hazel frunció el ceño y dio otro sorbo al té.

—El caso es que pensé que, si veníamos aquí durante el día, tal vez dejara de intentar escaparse por las noches.

—Vale la pena intentarlo —convino Hazel—. Además, has elegido el momento perfecto, porque Ivy y Cece van a pasar aquí el fin de semana.

—¡Sí, nos cae bien Olive! —gritó Ivy desde el salón, y Olive esbozó una sonrisa tímida.

Las niñas se habían conocido hacía una hora, pero las primas estaban encantadas de dejar que Olive jugara también con su tío favorito. Incluso habían confeccionado ya pulseras de la amistad a juego para los cuatro.

—Sí, a nosotros también nos cae bien Olive —dijo Hazel.

—¿Cate y tú estabais muy unidas? —preguntó Iris.

—No mucho. Pero traía a Olive a la librería.

Iris deseó haber conocido mejor a Cate. Tal vez así aquello le hubiera resultado a Olive más fácil de asimilar. Aunque el doctor Bloomfield, el terapeuta de Olive, le había asegurado que los niños eran resilientes, Iris no se imaginaba lo que debía de ser perder a su madre a una edad tan temprana. Y tampoco siendo adulta, ya puestos.

—Noah, por favor, dime que la estás dejando ganar —dijo Iris, sacudiéndose de encima la melancolía que sentía por Olive.

Si la niña era capaz de reírse de la pésima habilidad de Noah jugando a las damas, ella también sería capaz.

—Ojalá pudiera —respondió él—. Pero es una profesional.

—Olive es la mejor jugando a las damas —declaró Cece, acercándose a la mesita del café.

—Sí, la más mejor jugando a las damas —repitió Ivy, y su prima la miró como diciendo que no le gustaba que la imitaran, pero que lo toleraría con tal de elogiar a su nueva amiga.

—Buena chica, Olive —dijo Hazel—. No tengas piedad de él.

—Gracias, cariño.

Hazel le sonrió y él le guiñó un ojo.

—¿Qué tal va el viaje que estáis planeando? —preguntó Iris.

—Me sigue preocupando dejar la tienda, pero Noah me tiene ya casi convencida para irnos.

—Nos vamos a ir —gritó él, y Hazel puso los ojos en blanco.

—Ya veremos —dijo.

Iris sonrió. Entendía que Olive quisiera colarse allí a todas horas. Era un lugar agradable, acogedor. Se notaba que la

gente que vivía allí se quería. La casa de Archer, en cambio, aún olía a pintura y a muebles de Ikea.

—Oye, Olive —dijo Iris al ocurrírsele una idea—. ¿Cuál es tu color favorito?

—El amarillo —respondió la niña sin dudar un instante.

Si ella pudiera mostrar la misma seguridad que una niña pequeña al declarar su color favorito, lo tendría todo resuelto.

—Deberíamos pintar tu habitación.

Olive giró la cabeza tan rápido para mirarla que Iris volvió a temer que fuese un caso de *poltergeist*.

—¿En serio? ¿Pintarla de amarillo?

—Claro —respondió ella, encogiéndose de hombros.

—¡Sí! —Olive se levantó y empezó a dar brincos; las otras dos se sumaron a sus gritos—. ¡Amarillo! ¡Amarillo! —Y olvidada quedó la partida de damas.

—¿No deberías consultarlo con Archer? —sugirió Hazel, con una expresión divertida al ver que Noah se sumaba al baile.

—Es probable. Pero no creo que le importe. —En realidad no tenía ni idea, aunque, después de que Archer le chupara el dedo dos noches atrás, había estado evitándolo.

No tenía ganas de mantener una charla sobre decoración. Menos aún cuando había estado a punto de tirarse por encima aquel cuenco de masa de tortitas con tal de que él la lamiese entera.

Le parecía más sensato mantenerse alejada.

—¿Qué opinas sobre acostarte con tu jefe? —soltó de golpe, y Noah se quedó helado en mitad del baile.

—¡Eh, chicas! —gritó—. ¿Y si seguimos bailando fuera?

—¡Sí! —gritaron todas al unísono.

Siguió a las chicas por la puerta lateral y le lanzó a Iris una sonrisa divertida antes de salir.

Hazel se volvió para mirarla y enarcó una ceja:

—¿Qué está pasando ahí, Iris?

Ella suspiró con todo el dramatismo que sentía en aquel instante, que era mucho.

—Estuvo a punto de besarme.

—¡¿Cómo?! —Hazel puso cara de odio—. Eso es inaceptable. Totalmente inapropiado.

—Hazel…

—¿Cómo se atreve? ¿No se da cuenta de que él tiene el poder?

—Hazel…

—En serio, aprovecharse así de la situación.

—¡Hazel!

Su amiga parpadeó sorprendida.

—¿Qué?

—Yo quería que lo hiciera, al cien por cien.

—Ah. —Hazel abrió mucho los ojos por detrás de sus gafas —. Ya veo.

—Sí, lo sé.

—¿Y qué vas a hacer?

—¡No lo sé! —respondió Iris con un quejido—. Objetivamente, sé que es muy mala idea. Necesito este trabajo; además, incluso me he encariñado de Olive y no quiero fastidiarla… ni que afecte a su proceso de duelo. Y encima es genial tener un sitio gratis para vivir. Tengo dinero en la cuenta del banco por primera vez desde… ni me acuerdo.

—Vale, bien —dijo Hazel con gesto afirmativo—. Pues creo que ahí tienes tu respuesta.

Pero a ella no le gustaba aquella respuesta.

—Por otra parte —prosiguió, y Hazel cerró los ojos y suspiró—. ¡Escúchame! Por otra parte, ¡está buenísimo! —Vale, cierto que no era su mejor razonamiento.

—Iris, hay mucha gente que está buenísima. Vete a buscar a otra persona.

Iris se quejó de nuevo. No quería buscarse a otra persona, y tal vez eso debería alarmarla más que nada, pero de momento su misión era convencer a Hazel de que era buena idea. Como si Hazel fuese su tutora, y, con su permiso, pudiese tirarse al chef buenorro sin sentirse culpable.

—¡No es solo eso! —Además, era un hombre entregado, persistente, atractivo, con unos antebrazos que inundaban sus fantasías y… estaba perdiendo el hilo.

Había vuelto por su hija. Era honrado y dulce, cuando quería serlo; también tenía talento, mucho talento. ¿Acaso Hazel no sabía lo que era la pornografía de aptitudes? Viendo a ese hombre cortar verduras, Iris se había puesto más cachonda que en toda su vida.

—Hay cierta tensión entre nosotros —agregó, en lugar de enumerar todos los atributos de Archer—. A lo mejor tenemos que quitárnoslo de en medio y ya está. —Además, nadie tenía por qué enterarse. Salvo, al parecer, Hazel.

Su amiga la miró por encima del borde de su taza como si fuese la persona más tonta del planeta. Puede que lo fuera.

—¿De verdad crees que eso le ha salido bien a alguien en la historia de la humanidad? —preguntó ella—. ¿Desde cuándo el sexo facilita las cosas a la hora de dejarlo?

—¿Cuando el sexo es malo? —sugirió Iris.

—Así que quieres acostarte con Archer porque crees que será muy malo en la cama y así podrás seguir con tu vida y trabajar para él como si nada hubiera ocurrido.

Maldita Hazel con sus malditos argumentos. Iris debería haber hablado con otra persona. ¿Tendría Kira algo que hacer aquel día? Ella tomaba decisiones cuestionables a todas horas.

—No —confesó Iris—. No creo que vaya a ser malo en la cama.

El roce de la lengua de Archer sobre su dedo cuando le lamió la masa reverberó por todo su cuerpo, y el recuerdo fue casi tan fuerte como el hecho en sí. No, ¡qué iba a ser malo! Si aquella lengua era capaz de provocarle eso solo con chuparle el dedo, no quería ni imaginarse lo que le haría si le chupara…

—Vale, pues creo que el sexo no debería ser una opción que esté sobre la mesa.

O podrían hacerlo sobre la mesa…

Iris sacudió la cabeza.

—Claro. Sí, desde luego. Tienes toda la razón —le dijo.

No era estúpida. Sabía lo que estaba haciendo cada vez que salía de su habitación para ir a hablar con él a la luz cálida de la cocina, para babear mirándole los brazos, para flirtear con él, dejando que la camiseta le resbalara por el brazo, dejando ver sus *shorts*. Lo que había hecho era echar abajo sus defensas.

Y lo único que él estaba intentando hacer era demostrarse a sí mismo, a su hija y al pueblo entero que era un buen padre. Dejarse seducir por la niñera no iba a serle de mucha ayuda.

Dios, era lo peor.

Noah y las niñas volvieron a entrar corriendo en la casa.

—¿Hay peligro? —preguntó, sacudiéndose agua del pelo—. Ha empezado a llover.

Cogió una toalla del armario de la entrada y se la tiró a Olive encima de la cabeza. Ella se rio desde debajo.

—No lo hay —confirmó Iris, y Hazel enarcó una ceja—. ¡No lo hay! Tienes razón. De ahora en adelante, tendremos una relación estrictamente profesional.

Hazel seguía pareciendo escéptica, y así era justo como se sentía Iris, pero ahora estaba decidida. Se acabó lo de flirtear con el jefe. Se acabaron las miradas sexis y las sonrisas sugerentes. Fin. Sería todo profesionalidad.

¡Y un cuerno! Iris nunca había destacado por ser todo profesionalidad, pero lo haría. Se levantó y fue a ayudar a Olive a secarse. Le frotó la cabeza con la toalla, disfrutando de sus risas de júbilo. Si estropeaba la situación con Archer, tendría que marcharse. Y, curiosamente, no quería abandonar a esa niña. No quería pensar en cómo se sentiría Olive si se marchara.

No es que creyera que a Olive le cayese muy bien, pero al menos la toleraba. Hablaba con ella y, a veces, incluso comía la comida que Iris le daba. A decir verdad, eso le parecía un gran avance. No quería que Olive tuviera que acostumbrarse a tener a otro adulto en su vida. Todavía no.

—¿Ya estás seca del todo? —le preguntó, retirándole la toalla.

Olive tenía el pelo revuelto. Ivy y Cece seguían dando vueltas a su alrededor cubiertas con toallas, fingiendo ser zombis o fantasmas. No estaba claro. Olive se rio de ellas antes de volverse hacia Iris.

—¿Podemos cenar helado? —le preguntó.

—No tientes a la suerte, chica. Todavía tenemos que decirle a tu padre que vamos a repintar esa horrible habitación rosa.

Olive frunció el ceño.

—Ay, déjalo ya. Tu padre es un buen cocinero. Puede que hoy también te deje ayudarlo.

Eso consiguió animar ligeramente a la niña.

—Toma, llevaos un paraguas —les dijo Hazel, acercándose con ellas a la puerta—. Está diluviando.

—Gracias. Y gracias también por la charla.

—No hay de qué.

—Y gracias por la partida de damas, Noah.

—Quiero la revancha —respondió él, lanzándole a Olive una falsa mirada de odio.

Olive sonrió.

—Veré lo que puedo hacer —contestó Iris entre risas—. Pero durante el día y con permiso, ¿vale, Olive?

Como respuesta obtuvo un gesto ceñudo, pero lo ignoró y salió con Olive.

—¡Adiós, Olive! —gritaron Ivy y Cece desde el umbral.

—¡Adiós, chicas! —Iris arrastró bajo el paraguas a Olive, que había salido corriendo bajo la lluvia para despedirse de sus nuevas amigas.

Era hora de volver a casa y enfrentarse a Archer.

Y comportarse como si no fuera más que su jefe.

Capítulo 18

—¿Por qué huele aquí a pintura? —Archer frenó en seco frente a la puerta del cuarto de Olive y frunció el ceño.

Ah, claro, Iris se había olvidado de mencionar la idea de pintar la habitación.

—Estamos redecorando —dijo con una mueca.

—¿Redecorando?

—¡Sí! Y esta noche voy a dormir en la habitación de Iris mientras se seca —le informó Olive mirándolo por encima del hombro mientras deslizaba su pequeño rodillo por la pared.

Iris había preparado la habitación mientras la niña estaba en el colegio y luego habían pasado toda la tarde pintando, aunque en realidad Olive no ejercía mucha fuerza con aquel diminuto rodillo y Iris tenía los brazos cansados. Se retiró un mechón de pelo de la cara con el antebrazo, con cuidado de no usar los dedos manchados de pintura. No era una pintora limpia. Tenía casi todo el peto y el setenta y cinco por ciento de la piel cubiertos de salpicaduras de pintura amarilla.

—Espero que no te importe —le dijo con un sonrisa arrepentida.

Desde la puerta, Archer la miró con odio y dijo:

—¿Puedo hablar un momento contigo?

Iris miró a Olive, y la niña se encogió de hombros como diciendo que se había quedado sola ante el peligro.

—Muchas gracias, chica —murmuró mientras seguía a Archer por el pasillo en dirección a la cocina, preparada para recibir su reprimenda por no haberle consultado primero lo de la pintura.

Debería haberlo hecho. Lo sabía. Pero era difícil consultárselo cuando estaba evitándolo como a una plaga.

Una plaga muy sexi.

—Creo que te debo una disculpa —le dijo Archer.

—¿En serio? —preguntó ella, perpleja. Desde luego, no era eso lo que se esperaba.

—Pues sí. Por lo de la otra noche…

Ah, eso. Eso en lo que Iris se había propuesto no pensar bajo ningún concepto. En la lengua de Archer sobre su piel, en toda esa energía intensa centrada en ella, como si deseara sentarla en la encimera y utilizar esa misma lengua para otras cosas más interesantes. Desde luego, no se había masturbado esa mañana en la ducha pensando en ello.

Eso habría sido del todo inapropiado.

—No debería haberlo hecho. Fue… Fue… No sé en qué estaba pensando. Te pido disculpas.

—Ah.

Archer se pasó bruscamente la mano por el pelo, como si estuviera frustrado consigo mismo.

—Puede que esto no esté funcionando. No quiero hacer que te sientas incómoda, y es evidente que te incomodé…

—¡Estoy cómoda! Muy cómoda. En serio, no tienes que disculparte.

—Iris.

—Estoy bien.

—Iris, te lamí.

Ay, Dios, ¿por qué lo decía en voz alta? El verbo «lamer» sonaba tremendamente obsceno en su boca.

—No fue para tanto. O no tiene por qué serlo. Podemos olvidarlo. —Se retiró el pelo de la cara con un soplido y deseó no estar manchada de amarillo para mantener aquella conversación.

El ceño fruncido de Archer no había hecho sino intensificarse con sus protestas.

—Mira, Archer. No fue solo cosa tuya. —Notó entonces el rubor que le trepaba por las mejillas. No había planeado abordar el tema tan directamente, pero allí estaba—. Yo también estaba flirteando contigo. Fue algo mutuo.

Vio que se le tensaba un músculo en la mandíbula, como si estuviera rechinando los dientes de atrás.

—Pero tenías razón —prosiguió ella—. Tenemos que comportarnos de manera profesional. Cosa que yo tengo

intención de hacer. De ahora en adelante. ¿De acuerdo? —No quería que la despidiera.

Menos ahora, cuando las cosas empezaban a ir bien con Olive y tenía algo de dinero extra, y además no quería tener que buscarse otro sitio donde vivir.

Archer se relajó ligeramente, manteniéndola presa de su mirada. Al fin, cedió:

—Vale, de acuerdo.

—Genial —respondió ella con un suspiro de alivio.

—Pero, Iris…

—Dime.

—Antes de redecorar mi casa, debes consultármelo.

—Claro. Lo siento.

Archer suavizó más aún el tono y relajó el ceño fruncido:

—Pero me alegra que estés haciendo más acogedora la habitación de Olive.

—De nada —le dijo ella, sonriente.

—Bueno, pues voy a darme una ducha antes de cenar, pero puedes quedarte.

—¿Qué vas a preparar? —le preguntó Iris.

—Esta noche, nada complicado. Ensalada nizarda con pan de masa madre.

—¿Nada complicado? Ostras, si antes de mudarme aquí cenaba cereales cinco noches por semana.

Pareció horrorizado por semejante declaración y Iris no pudo evitar reírse.

—Cenamos a las siete. —Se fue al cuarto de baño y Iris trató de no imaginárselo desnudándose antes de ducharse.

No había tiempo para eso. Tenía que terminar de pintar una habitación.

—¿No has terminado mientras no estaba? —gritó con fingido desconsuelo al regresar al cuarto de Olive—. ¿Para qué te he contratado?

—¡No llego arriba del todo! —respondió Olive riéndose.

—Ah, claro. Eres bajita. —Iris la miró con el ceño fruncido y la niña se rio con más fuerza aún—. Se me había olvidado.

—¡Soy una niña!

—Eso explica muchas cosas. —Le revolvió el pelo—. Venga, vamos a terminar antes de cenar. Tu padre va a preparar algo rico.

—¿Rico para ti o rico para mí? —preguntó Olive con la nariz arrugada.

—No puedes sobrevivir a base de Pop-Tarts, chica. Créeme, lo he intentado.

—Vaya. —Olive ya no pintaba. De hecho, ni siquiera estaba en pie.

—Tienes pintura en el pelo —le dijo Iris.

—Me da igual.

Iris pasó por encima de su cuerpo tendido.

—Tú misma.

—Iris.

—Dime.

—¿Mi madre todavía me ve?

Puf. Empezaron a sonar las alarmas en su cabeza. No estaba cualificada para mantener aquella conversación. Pero Olive la miraba con sus ojos enormes y una tristeza honda. Una tristeza que una niña de cinco años no debería tener que experimentar. A Iris le dieron ganas de cogerla en brazos y envolverla en algo suave para que estuviera a salvo.

—La verdad es que no lo sé —respondió con un suspiro.

—La abuela dice que sí.

—Las abuelas son muy sabias, así que seguro que tiene razón. —Se sentó sobre la cobertura de plástico junto a ella—. Creo que la gente a la que queremos nunca nos abandona del todo.

—Entonces, ¿puede verme?

No le parecía el momento indicado para conceptos abstractos y filosóficos sobre lo que ocurría después de la muerte. Aquella niña echaba de menos a su madre. Llegado ese punto, Iris habría dicho casi cualquier cosa con tal de que se sintiera mejor.

—Sí, claro que puede verte.

—¿Y crees que le gustará mi nueva habitación? —preguntó Olive con una sonrisa.

Iris tragó saliva para aliviar el nudo de emociones que crecía en su garganta.

—Creo que le encantará.

Olive había empezado a acariciarle la pierna, y Iris se preguntó si se daría cuenta de que estaba haciéndolo. Era la primera vez que se decidía a tocarla.

—Yo tenía una vecina que murió cuando era pequeña —le contó, pensando en Josie y en las silenciosas tardes que pasaban juntas.

Por entonces, para ella carecía de sentido que Josie simplemente dejara de existir. Seguía viéndola en sus telenovelas favoritas, en su salsa de tomate especial los domingos. Se negaba a creer que se hubiera ido.

—Pero sé que está conmigo cuando como determinados platos o veo un colibrí en el jardín. Le encantaban los colibrís.

Olive se quedó callada largo rato, moviendo todavía su manita sobre su pierna, recorriendo la costura de su peto.

—Antes teníamos jardín —dijo transcurridos unos minutos.

—¿Quieres que plantemos uno? Seguro que a tu madre le gustaría que volvieras a tener uno.

Olive asintió y la miró a los ojos con solemnidad.

—Vale, trato hecho —dijo Iris, tratando aún de llevar la conversación hacia un punto que no le diera ganas de llorar.

—Nunca antes había tenido un padre —comentó Olive, saltando de un tema al otro, como Iris había descubierto que hacían los niños a su edad.

—Yo tampoco.

El ruido de pisadas por el pasillo llamó su atención. Archer se había detenido frente a la puerta de Olive después de ducharse. Enarcó una ceja en gesto inquisitivo al verlas a ambas en el suelo, pero Iris sonrió para hacerle saber que todo iba bien. O casi bien.

—Pero ahora tengo uno —dijo Olive, sin reparar en la presencia de su padre.

—Así es. Tienes mucha suerte.

—¿De verdad?

—Pues claro. Tu padre vino enseguida cuando se enteró de que lo necesitabas. Eso lo convierte en un buen padre. —Fijó la mirada en Archer, en su cara, en la sonrisa que asomaba a sus labios.

—¿En serio?

—¡Claro que sí! Mejor que no te toque uno de esos padres que nunca están cuando se los necesita, créeme.

Olive parecía estar reflexionando sobre aquello, con la nariz arrugada y la boca torcida hacia un lado.

—Pero ¿dónde estaba antes?

—Pues estaba en… —Iris no sabía qué quería Archer que pensara Olive acerca de por qué no había estado con su madre desde el principio.

—Fuiste una sorpresa —intervino él, sorprendiéndolas a ambas.

—¿Una sorpresa? —preguntó Olive, incorporándose.

—Sí. Tu madre estaba haciendo tan buen trabajo que no necesitabas un padre al principio. Pero, cuando tu madre…, bueno… —Miró a Iris con el pánico dibujado en el rostro, como si deseara no haberse inmiscuido en la conversación.

—Tu madre sabía que tu padre cuidaría muy bien de ti cuando ella no estuviera —intervino Iris.

Olive frunció el ceño.

—Fuiste una magnífica sorpresa, Olive —le aseguró él con la voz rasgada—. La mejor del mundo.

Iris no sabía hasta qué punto lo decía en serio, pero sin duda sonaba creíble.

—¿De verdad? —preguntó Olive, más animada.

—Sí.

—¿Y qué pasa con Iris? —preguntó, devolviendo su atención a Iris—. ¿A ti también te sorprendí?

—Por supuesto.

—¿En serio? —Era evidente que a Olive le encantaba ir sorprendiendo a la gente a diestro y siniestro.

—Claro. No pensé que fueras a caerme bien.

—Guau, Iris —resopló Archer, pero Olive echó la cabeza hacia atrás y se carcajeó.

—De hecho, pensé que me caerías fatal —prosiguió Iris—. Pensé que serías pegajosa y rara.

—¡No soy rara!

—Uy, claro que sí, pero yo también, así que me gusta.

Olive se había levantado y empezó dar saltos de un pie al otro.

—He sorprendido a todos.

—Desde luego que sí —convino Archer con una sonrisa, mostrando otra vez el hoyuelo de su mejilla.

Iris apartó la mirada.

—Bueno, chica, dejemos de vaguear. Tenemos que terminar de pintar.

—Yo os ayudo —se ofreció Archer.

—Si acabas de ducharte.

—No todo el mundo acaba perdido de pintura cuando pinta una habitación —respondió él con una sonrisa burlona, recorriendo con la mirada su cuerpo salpicado de amarillo.

—Pues entonces es que no te lo pasas ni la mitad de bien —dijo Iris con un resoplido. Le sacó la lengua y le vio sonreír.

Y, de pronto, la conversación que acababan de tener en la cocina le pareció cosa del pasado, algo del todo irrelevante.

Capítulo 19

Sin saber cómo, entre que alimentaba sus fantasías y pintaba el cuarto de su hija, Iris había convencido a Archer para asistir a una reunión municipal de Dream Harbor. Seguía sin creer que fuese a ser de ayuda alguna, pero llevaba tres semanas como jefe de cocina de la cafetería y aún recibía quejas acerca de las tortitas. Y, si bien algunas de sus incorporaciones a la carta, como el sándwich vegetal y la sopa de cebolla francesa, habían gustado, no lograba dejar de pensar en lo que le había dicho Iris. La gente acudía a la cafetería en busca de algo reconfortante. No comida elevada reconfortante, sino el confort de un lugar familiar con comida familiar. Y quizá mereciera la pena darles eso.

—No, no, no. ¡No podemos sentarnos ahí! —Iris le tiró del brazo y lo alejó del lugar donde había estado a punto de sentarse.

—¿Por qué no?

—Ahí es donde se sienta el club de lectura.

—¿Y?

Iris lo miró con un suspiro de fastidio:

—Pues que no podemos robarles su sitio.

—Pero si ni siquiera han llegado.

—Pero llegarán, y no pienso ser yo la que les quite el sitio.

—¿Están asignados o algo así?

Otro suspiro de fastidio acompañado de un movimiento de ojos hacia arriba:

—No. Es que… Es que así son las cosas. Se sientan ahí.

Claro. Así eran las cosas. Los mismos asientos. Las mismas tortitas. De pronto, Archer estaba menos convencido aún sobre aquel plan. Tenía la impresión de que los residentes de

Dream Harbor estaban a punto de comérselo vivo.

—¡Eh! —Una mujer de pelo oscuro a la que Archer reconoció del mercado de productores corrió hacia Iris y le dio un beso rápido en la mejilla.

Aquel día no habían tenido tiempo de presentarse, porque a Iris le había entrado la prisa por volver a casa.

—No sabía que venías —le dijo a Iris la mujer.

—Lo hemos decidido en el último momento.

—Ah. —La mujer desvió su mirada astuta hacia la cara de Archer—: Hola, qué hay.

—Kira, te presento a Archer. Archer, te presento a mi amiga Kira.

—Te recuerdo. Eres la razón por la que mi hija ahora quiere un perro.

Kira esbozó una sonrisa lenta:

—Lo siento, pero me alegro de conocerte oficialmente. He oído hablar mucho de ti.

—No es verdad —intervino Iris, apresurada—. ¿Y qué haces tú aquí, por cierto? ¿También ha venido Bennett?

—Está allí guardándonos el sitio. Vamos.

Iris siguió a Kira entre la multitud y Archer fue detrás. Jamás habría imaginado que la reunión municipal quincenal de un pequeño pueblo tendría tanta afluencia, aunque tal vez debería haberlo sabido. Si se preocupaban tanto por la carta de la cafetería, debían de preocuparse también por todo lo demás. De nuevo, volvió a cuestionar la sensatez de ponerse a merced de aquella gente.

Eran su cocina, su carta y su reputación las que estaban en la cuerda floja. Y, si bien sus antiguos sueños habían muerto, no tenía intención de fracasar con aquel otro. Nunca antes había elaborado una receta a partir de sugerencias populares. Pero, desde que Iris le regañara por ser arrogante, había estado tratando de acostumbrarse. Creyó que Cyrus iba a caerse de culo cuando le pidió su opinión acerca de los nuevos platos con huevos que estaba elaborando. Gracias a la recomendación de Maribel, había contratado a un estudiante de cocina para ayudar con la preparación por las mañanas, y el servicio de desayunos había marchado mucho mejor gracias a ello.

Las mujeres se detuvieron frente a una hilera de sillas

plegables situadas a un lado del espacio de reuniones. Un hombre de pelo oscuro que guardaba un sorprendente parecido con Superman se levantó para saludarlas.

—Hola, Iris.

—Hola, Bennett. Te presento a Archer. —Señaló hacia donde se encontraba él, situado a su espalda.

—Qué hay, tío, encantado de conocerte. —Bennett le tendió la mano y Archer se la estrechó—. Bienvenido a la reunión municipal.

—Sí, gracias. No sabía que estaría tan… concurrida —comentó Archer, mirando a su alrededor mientras la gente comenzaba a ocupar sus asientos.

—Es todo un acontecimiento —respondió Bennett entre risas.

—¿Y a qué habéis venido? —preguntó Kira mientras recorrían la hilera de sillas hacia sus asientos.

—Archer va a pedir sugerencias para las tortitas —explicó Iris.

Kira enarcó las cejas hasta que quedaron ocultas bajo su flequillo.

—Guau —murmuró.

—¿Guau? —repitió Archer, y ella le sonrió con gesto agorero.

—Estoy segura de que tendrán muchas sugerencias que hacerte.

Iris le lanzó una mirada amenazante.

—Exacto —dijo—. Ese es el objetivo. Será algo bueno. —Le dio una palmadita en la rodilla, seguramente para tranquilizarlo, aunque lo único que registró su cerebro fue que Iris estaba tocándole la pierna—. Obtendrás muchas nuevas ideas y seguro que una de ellas es la correcta.

—La antigua —murmuró él.

—La que a todo el mundo le gusta —replicó ella con una sonrisa de suficiencia cuando la miró.

Llevaba el pelo recogido en su habitual trenza, color canela con un toque rojizo, un tono que destacaba por su belleza, incluso bajo las estridentes luces de la sala de reuniones. Algunos mechones de pelo habían escapado de la trenza y le enmarcaban el rostro, sus ojos lucían un brillo travieso y sus labios dibujaban una sonrisa juguetona. Como si estuviese

siempre tomándole el pelo por algo.

Los últimos días habían sido algo incómodos entre ambos, pues ninguno sabía cómo comportarse. La cómoda familiaridad que habían compartido al principio se había roto a causa de sus actos y de su patética disculpa, y ahora se limitaban a utilizar a Olive como barrera la mayoría de las veces.

Pero en este momento Olive estaba en casa con Kimmy leyendo en el fuerte hecho con mantas que había construido con Iris aquella mañana. Y no había nada entre Iris y él. Nada entre la mano de ella y la rodilla de él.

—Vamos a empezar —dijo un hombre al micrófono situado en el podio, y el acople ensordeció a la concurrencia—. Perdón —lamentó con una mueca—. Pero por lo menos he llamado vuestra atención. —Sonrió pese a los quejidos de los asistentes.

Archer se dio cuenta de que era el alcalde. Había vuelto a la cafetería en varias ocasiones desde que él llegó, siempre pedía la versión más reciente de las tortitas y siempre le ponía alguna pega.

—Esta tarde tenemos algo muy emocionante en el orden del día —continuó el alcalde.

—¿Se trata del mayo sin cortacésped?[1] —gritó alguien entre el público—. Porque no lo entiendo.

—Pues no…

—¡Es por los polinizadores! —respondió otra persona, ignorando las protestas del alcalde.

—¿Tengo que tener el jardín hecho un desastre durante un mes entero para ayudar a las abejas? —La primera voz no parecía muy contenta con la idea.

—¡Sí, es por las abejas! Sin polinizadores, no hay comida —intervino una anciana vestida con una camiseta de estampado floral.

—Me parece una exageración —agregó un hombre mayor con brusquedad.

—No nos vayamos del tema, por favor —pidió el alcalde, tratando de recuperar el control de la reunión.

Sin embargo, la concurrencia se había enfrascado en una discusión acerca de si los dientes de león eran malas hierbas o flores, según creyó entender Archer, y acerca de si el hecho

de no cortar el césped del jardín durante un mes realmente ayudaba en algo a la tierra.

—Esto es bastante habitual —le susurró Iris, inclinándose hacia él—. No te preocupes, dentro de un minuto o dos se habrán cansado.

—Mmm. —Frunció el ceño y, para su sorpresa, Iris levantó la mano y presionó con dos dedos entre sus cejas—. ¿Qué haces?

—Tratando de borrarte las agresivas arrugas de la frente.

—¿Por qué?

—Creo que la cosa irá mucho mejor si no tienes pinta de ir a asesinar a alguien. —Retiró los dedos y él deseó que siguiera tocándolo. Deseó que los enredara en su pelo, que los deslizara por su espalda.

—Mi cara es así.

—No —respondió ella, que sacudía la cabeza—. Te he visto con caras diferentes. Como cuando miras a Olive y te pones blandito.

—No me pongo «blandito».

—Desde luego que sí. Puede que aún no lo sepas, pero esa niña te tiene comiendo de su mano.

—¿A mí? Eres tú la que le repinta la habitación y se pasa el día construyendo fuertes.

—Forma parte de mi trabajo.

—Ya, claro. —¿A quién querían engañar?

Olive los tenía a ambos comiendo de su mano. ¿Cómo iba a ser de otro modo? Los necesitaba. Y a Archer nunca antes lo habían necesitado. Al menos no de esa forma.

El barullo había cesado a su alrededor, lo que devolvió su atención a la reunión.

—Lo que iba a decir —prosiguió el alcalde Kelly, mirando fijamente a la multitud— es que tenemos que hablar del nuevo e inminente Festival de la Fresa. Ni siquiera le hemos puesto nombre aún.

—¿No se llama «Festival de la Fresa»? —le susurró Archer a Iris.

Ella puso los ojos en blanco como si hubiera dicho una estupidez:

—Eso aquí no es un nombre en condiciones. En Dream Harbor nos gustan los nombres un poco más… elaborados.

—Pero —continuó el alcalde—, antes de ponernos con eso, hoy recibimos a un chef de reconocido prestigio internacional que tiene algo que decir.

—¿Va a disculparse por esa parodia de tortitas que me sirvió el otro día? —gritó un hombre desde las primeras filas.

—Relaja esa cara de asesino —le susurró Iris, y Archer trató por todos los medios de suavizar su ceño fruncido.

—Archer, ¿por qué no subes aquí? —sugirió el alcalde con un efusivo gesto en dirección al podio.

—Buena suerte —susurró Kira cuando Archer se puso en pie y salió entre los asientos.

A juzgar por las caras de desaprobación que vio de camino al podio, iba a necesitarla.

—Bienvenido, chef —le dijo el alcalde con una sonrisa y un apretón de manos—. Tienes la palabra.

Archer contempló a la ecléctica concurrencia. Le dio la impresión de que aquella tarde se habían dado cita allí representantes de todas las franjas de edad y comunidades culturales del pueblo, y todos lo miraban expectantes. Cuadró los hombros. Podía hacerlo. A lo largo de su carrera, había gestionado el turno de cenas en tantos restaurantes que ya había perdido la cuenta. Una pequeña reunión municipal no podría ser tan complicada.

Ya que tenía que quedarse en aquel pueblo, en aquella cafetería, ofrecería lo mejor que tuviera, como siempre hacía.

—Bueno —dijo—. Soy consciente de lo que piensa el pueblo acerca de las tortitas.

—¡Son una basura! —gritó una anciana menuda desde la parte de atrás. Probablemente una amiga de Iris.

Archer se aclaró la garganta y continuó:

—Soy consciente de que no son a lo que estáis acostumbrados, pero estoy trabajando en la receta. —Ahí fue cuando tuvo que reprimir su impulso de olvidarlo todo y hacer lo que considerase más oportuno—. He pensado en venir a preguntar si alguien puede ofrecer alguna idea sobre el sabor de las tortitas originales. Cualquier cosa que me ayude a acertar con la receta.

Kaori Kim se puso en pie:

—Hola, chef. Soy Kaori, presidenta del club de lectura.

Algunas personas se quejaron, pero Kaori las mandó callar.

—Ya nos conocemos —le recordó Archer, esperando su sugerencia.

—¿Alguien ha probado a llamar a Martha? —preguntó ella, ignorando el comentario de Archer—. ¿No tendrá ella la receta?

—Pues…

—Está ilocalizable —intervino Noah, con un gesto de camaradería hacia Archer—. Y creo que las tortitas deberían llevar arándanos.

—No le hagas caso —dijo un anciano canoso—. Si ni siquiera es de por aquí. Y estamos intentando recuperar las antiguas tortitas, ¡no añadir otras nuevas con fruta!

—Gracias por aclarármelo, Norm —se rio Noah.

El anciano lo miró con el ceño fruncido.

—Si vamos a añadir ideas nuevas, yo quiero pepitas de chocolate —declaró una mujer de la tercera fila.

Archer recordó que era la mujer que le había encontrado la casa. Barbara no sé qué.

Se pasó una mano por el pelo en señal de frustración. ¡No hacía falta que le dijeran que los arándanos y las pepitas de chocolate eran ingredientes populares que añadir a las tortitas! ¿Acaso aquella gente no se había enterado de lo que era un chef? Sabía cocinar, por el amor de Dios. Solo necesitaba saber qué narices llevaban las malditas tortitas originales de la cafetería.

—Creo que estaría bien ponerles un toque de canela —agregó otra mujer, Jeanie, a la que conocía del café.

—Las originales llevaban más vainilla, sin duda —argumentó Annie.

—Un momento, ¿podemos volver a lo de Martha? —preguntó la mujer sentada junto a Kaori—. ¿Cómo que está ilocalizable?

—Ah, hola, Isabel —dijo Noah—. Se largó con un piloto de helicóptero brasileño. La mayoría del tiempo no tiene cobertura en el móvil.

—¿Y eso cómo lo sabes? —preguntó Kaori.

—Me lo dijo Gladys —respondió Noah, encogiéndose de hombros.

—Es cierto —anunció Gladys, que se puso en pie al fondo de la sala—. Y el tipo tiene tan solo cuarenta y cinco años.

¿Os lo podéis imaginar? Si Martha tiene casi setenta.

—¡Bien por ella! —gritó alguien, y Archer volvió a perder la atención de la concurrencia.

En esa ocasión, el debate abarcó temas como lo que se consideraba una diferencia de edad apropiada en una relación, la seguridad de volar en helicóptero o si tenía sentido ponerle fruta a una tortita.

Archer se sentía incapaz de intervenir.

Encontró a Iris entre la multitud. Estaba riéndose, con el rostro iluminado por el regocijo. Notó que él también sonreía. Resultaba todo demasiado absurdo para no reírse. Y, comparado con la presión de tener que preparar el plato perfecto, de impresionar a los críticos, de llevar la cocina noche tras noche, era agradable dejarse llevar durante un rato por aquella situación tan… tonta. Era como si le hubieran quitado la tapa a la olla a presión en que se había convertido su vida y ahora estuviese saliendo lentamente todo el vapor. Notó que la tensión abandonaba su cuerpo con cada comentario absurdo y broma por parte de los asistentes.

Finalmente, la conversación sobre la vida amorosa de Martha y su cobertura móvil se fue apagando y Archer consiguió algunas sugerencias para la receta. Casi todos los vecinos coincidían en que las tortitas deberían ser más densas que esponjosas, probablemente cocinadas con mantequilla en vez de aceite, y desde luego no llevaban ni yogur griego, ni requesón ni, por supuesto, algo más «sofisticado» —palabras textuales— que el suero de mantequilla. Al parecer, lo más cerca que había estado de acertar había sido con la tanda que preparó el martes anterior, así que tendría que revisar sus notas sobre los pasos que siguió aquel día.

Para cuando regresó a su asiento, la mayoría de los asistentes le sonreían con aprobación. Incluso aunque no llegara a encontrar la receta, tal vez aquello no hubiera sido tan mala idea. Al menos ahora los vecinos habían gozado de la oportunidad de verbalizar sus opiniones acerca de las tortitas. Algo que Archer jamás hubiera pensado que fuese a importarle lo más mínimo.

Pero allí estaba. En su nueva vida, en su nuevo pueblo. Y, por primera vez desde su llegada, no se sentía tan destrozado por ello. Como chef, su trabajo era dar de comer a la gente, y

aquella gente quería tortitas.

Ocupó su asiento junto a Iris y esta le dedicó una amplia sonrisa.

—Buen trabajo —le susurró—. Has apaciguado a la muchedumbre. Probablemente ahora se muestren más amables contigo.

—¿Probablemente? —respondió él con otro susurro, aprovechando la oportunidad para acercarse más.

—No puedo prometerte nada. Si vuelves a servir esas tortitas de trigo sarraceno, te colgarán en la plaza del pueblo.

Archer se rio con más fuerza de la que pretendía, pero por suerte su risa quedó ahogada por lo que fuera que estuviera debatiendo la multitud en aquel momento, algo acerca de una Reina de la Fresa, de si los concursos de belleza eran eventos empoderantes o reliquias de un pasado patriarcal y de si necesitaban celebrar uno en el marco del Festival de la Fresa. Iris le sonrió con brillo en los ojos.

—Deberías venir a tomar algo con nosotras —le dijo, sosteniéndole la mirada.

—No me parece buena idea.

—Te prometo que no se lo diré a los de recursos humanos. —Le dedicó una sonrisa traviesa y a él le dieron ganas de besarla.

¿Cómo lo hacía? ¿Cómo conseguía convertirlo todo en un juego?

—Iris…

—Venga, Archer. Llevas ya tres semanas dedicado a la vida de padre.

—Cuatro, a decir verdad. Desde que me mudé aquí.

—¡Cuatro! Un mes entero. ¿Lo ves? Te mereces una noche de relajación.

—No podemos salir juntos, Iris. Eso nos confundiría más aún.

Ella sacudió la cabeza y la trenza le resbaló por encima del hombro. Archer deseó quitarle la goma del pelo y deslizar los dedos por sus ondulados mechones dorados, asirla del cabello y acercarla a él. Razón por la cual debería irse directo a casa y darse una ducha fría.

—No pasa nada —insistió ella—. Vamos varios. Será una simple noche de fiesta con amigos. ¿No quieres hacer amigos

aquí, Archer?

¿Quería hacer amigos allí? ¿Tenía amigos en París? Trabajaba tanto que las únicas personas a las que veía eran los empleados del restaurante. Cierto, muchas noches salían a tomar algo después del trabajo y por ese motivo muchos de ellos acababan acostándose juntos, pero eso mismo era lo que lo convertía en algo un poco tóxico.

¿Cómo sería tener amigos normales? Amigos con los que pudiera salir cuando quisiera, no gente con la que se veía obligado a estar en una cocina durante catorce horas al día y después irse a beber con ellos porque no había nadie más en su vida.

Podría ser agradable.

—De acuerdo —accedió, y Iris soltó un grito de júbilo susurrado.

Kira giró el cuello para mirarlo y le sonrió.

—Va a estar divertido —murmuró, y Bennett se limitó a menear la cabeza.

Cabía la posibilidad de que Archer hubiera cometido un error.

---

[1] En inglés, *No Mow May*, campaña anual que anima a los propietarios a no cortar el césped de sus jardines durante un mes para dejar que crezcan las flores silvestres y ayudar a la reproducción de los polinizadores. *(N. del T.)*.

Capítulo 20

Mac's estaba abarrotado. Algo típico las noches de reunión municipal. Después de esos eventos, todo el mundo necesitaba una copa.

Iris estaba en la puerta con Archer, escudriñando a la multitud del *pub* en busca de Kira y Bennett, que habían prometido conseguir una mesa. En su lugar, vio primero a Noah, que destacaba entre la clientela por su altura y su melena. La saludó con la mano y ella le devolvió el saludo.

—Están allí. Vamos. —Cogió a Archer de la mano y empezó a tirar de él a través de la gente.

Era lo que habría hecho con cualquier otra persona con la que estuviera, cogerla de la mano, pero ahora que tenía los dedos de Archer entrelazados con los suyos, no podía pensar en otra cosa. Tenía unas manos grandes y ásperas, con callos en las palmas. Fuertes. Capaces. Unas manos talentosas.

Por suerte, llegaron a la mesa esquinera que habían conseguido sus amigos antes de que Iris pudiera empezar a pensar en todos los lugares donde querría que la tocaran esas manos. Le soltó la mano antes de que Kira pudiera decir alguna de las múltiples cosas que sabía que estaría pensando. Iris le lanzó una mirada como diciendo «ni te atrevas», y su amiga se limitó a sonreír con picardía.

—¡Habéis venido! —Annie estaba de pie junto a la mesa con Kira y los saludó con cariñosos abrazos.

La expresión de perplejidad de Archer mientras Annie lo abrazaba hizo reír a Iris.

—Claro que sí —contestó ella—. Las copas de después son la mejor parte de las reuniones municipales.

—Brindo por eso —dijo Logan desde su asiento, alzando su

pinta de cerveza en dirección a Iris. Estaba bastante segura de que ni siquiera había llegado a acudir a la reunión.

—Ha sido otro ejemplo más de las rarezas y peculiaridades de Dream Harbor —declaró Kira.

—Pero si te encanta —le dijo Annie dándole un empujón con la cadera, y Iris les dedicó una sonrisa a sus amigas.

Apretujados ya en torno a la mesa con Logan estaban Hazel, Jeanie y George. Noah estaba tomándoles nota para pasar el pedido a la barra, así que Iris pidió una sidra y Archer una cerveza local.

Los del club de lectura tenían ocupados casi todos los taburetes de la barra, los padres del AMPA estaban montando jaleo en el rincón del fondo, y varias de las alumnas favoritas de aeróbic de Iris se hallaban tomando vino y devorando una enorme cesta de patatas fritas en dos de las mesas altas situadas en el centro del *pub*. El establecimiento era oscuro y acogedor, como debían serlo todos los buenos *pubs*. Madera oscura, muebles oscuros, iluminación tenue. El lugar perfecto donde refugiarse una lluviosa noche de abril.

Detrás de la barra, Isaac y Amber estaban desbordados atendiendo los pedidos de bebida, y Noah acabó ocupándose no solo de su propia mesa. Iris lo vio tomar nota por todo el salón.

—Así que has traído al chef —comentó Annie, desviando la mirada hacia Archer, que seguía en pie justo detrás de Iris.

—Sí. Necesitaba relajarse un poco por una noche.

—Espero que no os importe que os arruine la noche —comentó él, y el eco profundo de su voz le provocó a Iris un escalofrío por la espalda.

El gentío le obligaba a pegarse mucho a ella y, cuando hablaba, su aliento le hacía cosquillas en la oreja.

—¡Cielo, si está aquí la mitad del pueblo! —gritó Kira para que la oyera por encima del alboroto que formaban el gentío y la música que salía por los altavoces—. ¡No has arruinado nada! —Se inclinó, un poco borracha, hacia Iris.

—¿Ya has estado bebiendo? —le preguntó Iris, y su amiga le guiñó un ojo.

—Hemos tenido que llegar temprano para conseguir mesa —explicó—. Y puede que nos hayamos tomado un par de chupitos para pasar el rato.

—Vale, ¿dónde está Bennett? —preguntó Iris, escudriñando la barra.

Lo primero que perdía Kira cuando se ponía piripi eran los filtros. Y, en esos momentos, Iris necesitaba desesperadamente que mantuviese el control.

—En el baño. Enseguida vuelve. —Kira centró de nuevo su atención en Archer—. Bueno —le dijo, inclinando la cabeza mientras lo examinaba.

Dios santo, ya empezaba.

—Archie —continuó Kira, y Iris imaginó que Archer la corregiría, pero, en su lugar, su carcajada le acarició la nuca —. Aclárame una cuestión.

—Vale…

—Las gachas de maíz y la polenta no son lo mismo, ¿verdad?

Iris dejó escapar un suspiro de alivio. ¿Una pregunta de comida? Muy bien. Preguntarle a Archer qué demonios hacía chupándole el dedo a su empleada era una cuestión bien distinta y, claro está, Iris ya se lo había contado a Kira. Ella no necesitaba beber nada para perder los filtros.

—Desde luego. Ambas se preparan con maíz, pero la textura es totalmente diferente. Por lo general, la polenta es más basta. Y se preparan de un modo diferente.

—¡Gracias! ¡Justo lo que yo decía! —gritó Kira—. ¿Dónde está Bennett? Ya le dije que no eran lo mismo. —Con esa batalla ganada, se alejó en dirección a los baños.

—Quiero presentarte a alguien —dijo Annie, rompiendo el extraño silencio que había dejado Kira y tirando a Archer de la manga.

Él miró a Iris encogiéndose de hombros mientras se dejaba guiar por Annie hacia la barra, de modo que los siguió. No podía confiar en que aquellas personas no fuesen a empeorar las cosas entre su jefe y ella.

—Archer, te presento a Mac. Mac, Archer —dijo Annie, señalando a ambos hombres—. Básicamente, Mac es tu única competencia en este pueblo.

—¿Ah, sí? —preguntó Archer—. ¿Competencia en qué?

—En comida —repuso Annie, apoyándose contra la barra.

Mac no había dejado de mirarla desde que se acercaron.

—¿Estás diciendo que mi comida es buena, Annie? —

preguntó.

Annie desvió la mirada hacia él y suspiró:

—Nunca diría eso y lo sabes.

Mac sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa arrogante.

—Mac es cocinero —explicó Annie, prescindiendo claramente de cualquier evaluación hacia dicho cocinero—. Así que pensé que debíais conoceros.

—¿Seguro que no estabas buscando una excusa para acercarte a hablar conmigo? —preguntó Mac, inclinándose más hacia Annie por encima de la barra. Sus miradas se encontraron e incluso Iris alcanzó a sentir el calor.

—Solo intentaba ser amable —masculló Annie.

—Desde luego que sí, cariño.

—No. Me. Llames. Cariño.

Mac sonrió.

Se sostuvieron la mirada durante tanto tiempo que Iris se planteó marcharse con Archer antes de que empezaran a besarse o alguien resultara apuñalado, pero al final fue Annie la primera en romper el contacto visual.

—¿Queréis un minuto para…? —¿Enrollaros? ¿Asesinaros? —. ¿Hablar? —preguntó Iris.

—Claro que no —repuso Annie abruptamente, como si no acabaran de ser testigos de una especie de preliminares con tanto aguantarse la mirada—. Pero pensaba que estos dos tendrían algo en común.

Mac se incorporó detrás de la barra y saludó a Archer con la cabeza.

—Sí, claro. Yo no soy un chef de reconocimiento internacional —comentó, estrechándole la mano a Archer por encima de la barra—. Pero me alegro de conocerte.

—La buena comida es buena comida —contestó Archer—. Y, en estos momentos, no creo que este pueblo crea que mi comida es buena.

—No te preocupes por eso —dijo Mac con un resoplido—. En este lugar les encanta tocar los cojones. Ya se calmarán, con el tiempo.

—No les encanta tocar los cojones —se defendió Annie—. Solamente quieren proteger lo que hace especial a Dream Harbor.

—¿Y las tortitas cutres de la cafetería hacen de Dream

Harbor un lugar especial? —preguntó Mac.

—¡No hables mal de las tortitas! —dijo Iris entre dientes—. ¡Te van a oír! —Contempló a la muchedumbre que la rodeaba y Mac se rio.

—Lo siento, Iris. Y no te ofendas, tío.

—No me ofendo —replicó Archer—. De todas formas, no me salen bien.

—Ya te saldrán —le aseguró Iris, deslizándole la mano por el brazo, y solo cuando llegó a la muñeca se dio cuenta de que había estado acariciando esos músculos que tanto le gustaba mirar. Apartó la mano de inmediato—. Estoy segura de que se te ocurrirá algo.

Archer la miró y ella notó que se le sonrojaban las mejillas.

Annie se aclaró la garganta y dijo:

—¿Queréis un minuto para…? —Enarcó una ceja y le dedicó a Iris una sonrisa cómplice.

—No. No queremos un minuto para nada —repuso ella.

Mac se limitó a sacudir la cabeza:

—Tengo que seguir trabajando. Me alegro de conocerte, chef.

—Lo mismo digo.

—Ay, ¿esos son Jacob y Darius? Tengo que ajustar cuentas con ellos. ¡Jacob! —gritó Annie, y se alejó, dejando solos a Archer y a Iris.

O todo lo solos que podían estar en mitad de un bar lleno de gente y al lado de una mesa llena de amigos. Pero aun así.

Al menos Noah les había llevado las bebidas, así que Iris dio un trago a su sidra.

—Bueno —dijo, mirando a Archer a la cara.

Aquella noche estaba tan guapo como siempre, un poco desaliñado, con la barba incipiente y el cabello despeinado, que le caía en mechones ondulados sobre la frente. Para ser alguien que dirigía una cocina inmaculada (por lo que Maribel le había dicho en yoga, Iris tenía razón. Archer exigía perfección a sus empleados y, últimamente, la cafetería estaba impoluta), su aspecto físico siempre parecía un poco descuidado. Como si invirtiera todos sus esfuerzos en el trabajo y eso no le dejara energía para ocuparse de sí mismo.

La manera en que ella llevaba su casa debía de volverle loco. Rara vez, o nunca, estaba limpia cuando volvía por las

tardes del trabajo. Olive siempre estaba viva, pero no siempre limpia, simpática o contenta. La mayoría de los días, Iris seguía sin entender realmente qué incluía su trabajo, pero Olive no había faltado ni un solo día al colegio desde que llegara, y Iris solo se había olvidado de meterle la comida en la mochila en dos ocasiones (aunque había ido a dejársela más tarde, claro). Pero nada de lo que hacía por Archer y por Olive era perfecto, impoluto o inmaculado.

Era todo un poco desastroso.

Pero Archer no había dicho ni una palabra al respecto.

—Creo que ha ido bien —continuó—. La reunión, digo. —No se refería al curioso intercambio que acababan de presenciar entre Annie y Mac.

Iris ya tenía a su propio chef que la miraba como si quisiera devorarla, así que no podía hacerse cargo también de los problemas de Annie.

—Todo lo bien que podría esperarse, supongo. —Archer señaló una mesa alta vacía y se trasladaron a ella.

Los taburetes los habían cogido los de otra mesa, pero por lo menos tenían un lugar donde apoyar las bebidas y los codos.

—Me alegra que hayas venido.

—Sí, a mí también —respondió él tras dar otro trago a su cerveza—. Hacía mucho tiempo. De hecho, ni me acuerdo de la última vez que salí a las nueve de la noche.

Por un segundo, Iris pensó que se refería a que le gustaba acostarse temprano, pero luego se dio cuenta de que, por lo general, se hallaba trabajando a esas horas de la noche.

—¿Eras básicamente nocturno?

La sonrisa fugaz que esbozaron los labios de Archer le provocó un escalofrío por todo el cuerpo.

—Básicamente.

—¿Y te resulta agradable poder ver el sol ahora?

—No hay manera de saberlo. Ha estado lloviendo a todas horas desde que llegué.

—Ya despejará —respondió Iris encogiéndose de hombros.

Estaba estudiándola por encima del borde de su vaso y Iris jugueteó con la lengüeta de su lata de sidra. De pronto, la intimidad del *pub* le pareció demasiado agobiante. Deseó que la diminuta mesa que los separaba fuese más grande.

¿Cómo iba a mantener una actitud profesional y cercana cuando el tipo la miraba de esa forma? Con toda esa oscura intensidad dirigida hacia ella. Le daban ganas de decir «¡Sí, chef!», y hacer lo que le pidiera.

Ay, no. ¡Peligro, Iris! ¡Peligro!

Era justo ese tipo de actitud lo que la había llevado a compartir dos noches tórridas en la tienda de campaña de un desconocido durante un festival de música, y lo que hacía que su madre cambiara de novio de un año para otro. En ese sentido, su madre y ella eran iguales, persiguiendo siempre esa chispa, prendándose de hombres ardientes a los que enseguida se les apagaba la llama.

¿Se le apagaría la llama a Archer?

—¿Cómo lo haces? —le preguntó él.

Iris parpadeó. ¿Hacer qué? ¿Convertir mentalmente una mirada en una relación entera? Fácil. Bastaba con una imaginación muy activa. Aunque no creía que fuese eso lo que le había preguntado.

—¿Hacer qué?

—Siempre eres muy… positiva con todo.

—Ah, eso. —Se encogió de hombros—. Es un arma de doble filo. También por eso llego siempre tarde. Las personas optimistas son demasiado optimistas respecto a su capacidad para llegar a los sitios en hora. Y por lo general se equivocan.

Archer agrandó la sonrisa y ahí apareció de nuevo el maldito hoyuelo.

—¿Tú no eres una persona positiva? —le preguntó ella.

La sonrisa de Archer se transformó en un gesto ceñudo.

—No estoy seguro. Durante mucho tiempo, me ponía un objetivo y lo cumplía. No me paraba a pensar en si saldría bien o no. —Su carcajada sonó un poco áspera, un poco amarga—. Durante un tiempo, pensaba que controlaba las cosas que pasaban. —Sacudió entonces la cabeza.

—Le dijiste a Olive que fue la mejor sorpresa. ¿Hablabas en serio?

Se quedó callado un instante y Iris pensó que se había pasado de la raya, pero allí, en el *pub,* la situación le parecía diferente. Eran solo dos personas tomando una copa. No un jefe y su empleada, no un padre y la niñera. Además, estaban rodeados de personas, en lugar de encontrarse a solas en la

cocina. ¿Qué problema iba a haber?

—Hablaba en serio. Olive es… No sé… —Resopló con frustración—. Me cuesta explicarlo. Al principio, me sentí mal por no haberme encariñado con ella al instante, ya sabes, la típica reacción paterna inmediata, pero ahora, no sé, cuando me mira con esos ojos enormes…

—Te entiendo. Con esos ojos te desarma.

Archer se rio como si le aliviara que Iris le diera la razón respecto a sus sentimientos confusos acerca de Olive.

—Sí. Es cierto. Y además es tan… vulnerable. Nos necesita de verdad, Iris.

Ella tragó saliva. El hecho de que la hubiera incluido de esa forma en sus planes le provocó por dentro algo muy preocupante. ¿Le gustaba aquello? ¿Deseaba que Archer los considerase una pequeña familia, o sería aquella una idea descabellada y aterradora?

Se sacudió esa idea de encima. En cualquier caso, no era eso lo que había dicho Archer. Se había limitado a explicar los hechos. Olive, una menor de edad que era literalmente incapaz de alimentarse sola, necesitaba a su padre y a la mujer contratada por este para cuidarla durante el día. Correcto. Era eso y nada más. No había por qué sentir mariposas en el estómago por algo así.

—Y además es muy graciosa —prosiguió Archer—. Ay, Dios, y cuando quiere cocinar conmigo, se me derrite el corazón.

—¿Lo ves? —le dijo Iris con una sonrisa—. Eres un blando.

—Supongo que sí —convino él riéndose, antes de encogerse de hombros—. El caso es que sí, creo que hablaba en serio. Fue la mejor sorpresa. Pese a que aún extraño mi antigua vida. Mucho. Y la cafetería me está volviendo loco. Y este pueblo…

—Sí, sí —le dijo ella, quitando importancia a sus palabras con un gesto de la mano—. Lo pillo. Te estás encariñando con la niña. Con lo demás, no tanto.

—Hay otras cosas con las que me estoy encariñando también —respondió él con una sonrisa de suficiencia.

¡Ajá! Tenía razón. El flirteo volvía a ser una opción ahora que estaban en público. Allí se encontraban a salvo.

—¿Ah, sí? ¿Como qué?

—Como los pelos largos y rojos que me atascan el sumidero de la ducha.

A Iris le sorprendió tanto su propia risa que estuvo a punto de escupir la sidra.

—¡Oye!

—¡Es que hay muchísimos! —Lo dijo como si fuera un problema, pero, a juzgar por cómo le miraba la trenza, le dio por pensar que tal vez no lo fuera en absoluto.

—No es rojo, por cierto —le dijo, sonriente—. Es rubio rojizo.

—Oh, discúlpeme usted por no saber el color exacto del pelo que me atasca las cañerías.

—¡Mira que eres exagerado!

—Puede que un poco —admitió él riéndose. Recorrió su cuerpo con los ojos antes de posar la mirada en su rostro.

—Pero, oye, está bien saber que piensas en mí cuando estás en la ducha —bromeó Iris.

—Ay, Iris, no tienes ni idea. —Las palabras le salieron en un murmullo, en voz baja, casi como si no quisiera que ella las oyera.

Pero las había oído. Y la idea de que Archer pensara en ella cuando estaba en la ducha le provocó un cosquilleo por todo el cuerpo, ardiente y peligroso.

Se inclinó sobre la mesa, como una polilla muy estúpida atraída hacia la luz más sexi del mundo.

—¿Piensas en mí en la ducha, Archer?

Él le sostuvo la mirada y entonces se sintió atrapada.

—Iris —murmuró en tono de advertencia.

Ella sabía que estaba tentando la suerte. Aquello era del todo inapropiado, pero ¿acaso eso no lo hacía más excitante aún?

—Cuéntamelo —le dijo, y le vio apretar el músculo de la mandíbula y oscurecer la mirada.

Desde luego que sí, lo hacía más excitante aún. Pero estaban a salvo en mitad del bar. No era más que un flirteo inofensivo.

«Puedes engañarte todo lo que quieras, Iris».

—Las noches esas en las que vienes a la cocina…

—¿Sí?

—Después, no logro sacarte de mi cabeza. Tu boca, tu pelo

y ese puñetero hombro que parece que siempre llevas al aire. Me apetece arañártelo con los dientes.

A Iris se le entrecortó la respiración, se olvidó de dónde estaban, se olvidó de que se hallaban rodeados por medio pueblo. Apretó los muslos. Si estuvieran en casa, habría saltado ya por encima de la mesa para echársele encima. Pero no estaban en casa.

—Y luego ¿qué? —Su voz sonó serena, sin aliento, ahogada casi por el bullicio del *pub,* pero Archer sabía leerle los labios.

—Me meto en esa ducha que huele a ti, a tu champú, a tu crema y… a ti. Y pienso en que ese mismo día has estado desnuda allí. Y pienso en lo que ocurriría si me hubiera metido allí contigo.

Iris dejó escapar un gemido involuntario, aunque había tanto ruido que nadie la oyó. De hecho, el resto de los clientes estaban absortos en sus propias conversaciones, totalmente ajenos al hecho de que ellos estuvieran tonteando y seduciéndose con descaro.

Archer sonrió y le mostró aquel hoyuelo que parecía burlarse de ella.

—¿Qué harías si te metieras conmigo en la ducha? —le preguntó; no quería ser la primera en parpadear en aquel juego sexi de desafíos.

Archer se encogió de hombros y dio otro trago a su cerveza:

—Depende de la noche —respondió—. A veces solo con imaginarte desnuda y enjabonada me basta para excitarme.

Iris notó el intenso calor en la cara y entre las piernas al mismo tiempo.

—Otras noches… —Se encogió otra vez de hombros y a Iris le dieron ganas de gritar. «Otras noches ¿qué? ¿En qué piensas esas otras noches?»—. Otras noches pienso en sujetarte con la mano esa melena rubio rojizo y, en fin…

«¿Y qué? Descríbemelo con detalle, chef».

Pero empezaba a ser otra vez consciente del entorno. ¿Qué estaban haciendo en mitad del bar?

Al parecer, Archer se había dado cuenta un segundo antes que ella. Se les había ido completamente de las manos.

—Tenemos que dejar de hablar de esto, Iris, o me va a resultar muy incómodo alejarme de esta mesa.

—Claro —dijo ella riéndose como una loca—. Tienes razón.

Perdona, no sé qué me ha pasado. —«¡Sí que lo sabes! Él es lo que te ha pasado corriendo por encima. ¡Y no pienses en correrte!».

—Ha sido culpa mía. Ha estado fuera de lugar —respondió él.

—Qué va. Yo te he dado pie.

—No se nos da muy bien esto, Iris —dijo Archer con una carcajada.

—¿El qué? ¿Ser muy profesionales el uno con el otro?

—Sí, eso.

—Lo sé. Lo siento, pero en mi defensa diré que estás muy bueno.

—¿En serio? —le preguntó él, agrandando la sonrisa.

—No finjas que no lo sabes. Eso lo empeora.

—Pues en mi defensa diré que tú también estás muy buena.

—Gracias —respondió Iris con una sonrisa.

Archer volvió a reírse y a ella le encantó. Deseó devorar aquella risa con una cuchara.

—Pero no quiero complicarle las cosas a Olive —agregó él, de pronto más serio de lo que había estado en toda la noche—. Ha pasado por una situación trágica, le caes bien y no quiero que nada lo estropee. Me he acostado con suficientes compañeras de trabajo como para saber que nunca acaba bien.

—Desde luego. Tienes razón. —Iris se terminó la sidra y le entraron ganas de tomarse otra cuanto antes—. No te preocupes. Dejaré las manos quietas.

—Agradezco todo lo que has hecho por ella. Ha avanzado mucho.

Iris no creía que fuese para tanto permitir que la niña comiera alimentos procesados y tirar unas sábanas por encima de las sillas del comedor para construir un fuerte, pero, si Archer deseaba elogiarla, ¿quién era ella para impedírselo?

—Gracias. Me alegra que estés satisfecho con cómo van las cosas.

Por mucho que estuviese de acuerdo en que tener una aventura con Archer era incompatible con conservar su trabajo, el hecho de que la conversación hubiera pasado del coqueteo y la excitación a una evaluación sobre su

rendimiento laboral le parecía bastante patético.

—Voy a por otra copa —le dijo—. ¿Quieres que te traiga una?

Antes de que Archer pudiera responder, Kira, Annie y Noah aterrizaron en su mesa con una bandeja de chupitos.

—Por aquí estáis demasiado serios —anunció Annie con una sonrisa perversa—. ¡Pero tenemos el antídoto!

—¿Chupitos? ¿En serio? —preguntó Iris. Las copas de después de la reunión municipal no solían incluir chupitos, pero, al parecer, aquella noche iban a por todo.

—Iris, estamos en el decimocuarto mes consecutivo de invierno —dijo Kira—. Tenemos que beber.

—Para mí tiene sentido —convino Archer, cogió un chupito y se lo bebió.

Kira y Annie aplaudieron.

Iris cogió un chupito.

Y, en aquel punto, la noche se volvió borrosa.

—¿Puedes cocinar borracho? —preguntó Iris, encantada con la idea.

Estaban de vuelta en casa y unas tortitas le parecían el plan perfecto para rematar la noche. Se moría de hambre después de la competición de baile con las alumnas de aeróbic.

—Claro que puedo —respondió Archer, todavía arrogante incluso yendo ebrio. Lucía un aspecto aún más desaliñado que de costumbre, con el pelo revuelto sobre la frente y la mirada somnolienta. Pero ahora le costaba menos sonreír, y eso a Iris le gustaba muchísimo.

—Tienes un hoyuelo —le dijo mientras él mezclaba la masa.

—Lo sé.

—Es mono.

—Lo sé —repitió Archer agrandando la sonrisa.

—¡Dios! ¡Qué arrogante eres!

Él se rio, con demasiada energía para esas horas de la noche. Iris lo mandó callar.

—¡Vas a despertar a Olive! En teoría uno de los dos debería estar sobrio. Por si hay una urgencia, ¿no?

Archer dejó de mezclar y se paró a pensarlo:

—Creo que soy muy mal padre.

Por alguna razón, seguramente relacionada con el tequila, a Iris aquello le resultó divertidísimo. Archer se quedó mirándola sorprendido, pero entonces empezó a reírse de nuevo.

—Perdona —dijo ella entre risas—. ¡No creo que seas mal padre en absoluto! Pero, sin duda, yo soy una niñera pésima. Deberías despedirme.

—Es posible. Así por fin podría follarte.

Iris se quedó de piedra.

Archer también.

Se miraron el uno al otro hasta que Iris empezó a reírse nuevamente:

—Dios mío, Archer. ¿De verdad acabas de decir eso? —Había ido subiéndole un rubor por el cuello.

—No —respondió—. Finjamos que no.

—Vale, fingiremos que no te pongo cachondo.

—Yo también te pongo cachonda a ti —le dijo Archer, vertiendo la masa de tortitas en la sartén.

—Entonces, a lo mejor debería renunciar yo para poder follarte a ti.

—Joder, Iris. ¡No digas esas cosas! —Parecía estar sufriendo de verdad y Iris no podía parar de reírse.

—¡Lo siento, pero es que esto es cada vez más ridículo!

Archer dio la vuelta a la tortita con un golpe de muñeca y ella soltó un grito ahogado:

—¡También puedes hacerlo borracho!

Él le guiñó un ojo, lo que hizo que estuviera a punto de caerse del taburete por un ataque de risa.

—El desayuno está servido —anunció, deslizando dos tortitas sobre su plato con un gesto grandilocuente.

Iris se lanzó a por ellas sin esperar.

—Creo que son las mejores tortitas que he probado en la vida —declaró con la boca llena.

Archer sonrió, ella estiró la mano y le metió el meñique en el hoyuelo. Él giró la cabeza hacia su mano y le dio un beso en la palma. Iris notó el calor que recorría todo su cuerpo.

—¿Vas a volver a lamerme el dedo? —preguntó, tratando de bromear, pero la voz le salió grave y ahogada.

Él negó con la cabeza antes de deslizar los labios sobre su

piel hasta llegar a la muñeca. Le dio un beso allí y siguió bajando hacia el codo, besándola y lamiéndola a su paso.

—Qué suave eres —murmuró—. Salada y dulce. Perfecta.

Iris se quedó muy quieta, salvo por el latir desbocado de su corazón. Le daba miedo moverse, hablar o parpadear, por si acaso él paraba. Y no quería que parase nunca.

—Iris —murmuró Archer. Estaba ahora inclinado sobre la isla, tirando de ella hacia él. Tenía los labios en su bíceps e iba recorriendo las curvas del músculo.

—Sí —susurró Iris.

Archer le posó los labios sobre el hombro. Ella notó la calidez de su aliento en el cuello. La mareaba su cercanía, estaba más borracha que en el bar. Borracha de deseo. Ebria de expectativa.

—Deberíamos parar —dijo él, rozándole con los dientes la piel de la garganta.

—O… —susurró ella— podríamos seguir.

—Estamos los dos borrachos —respondió él con un quejido.

—Hay quien diría que eso facilita las cosas.

—Iris. —Su nombre sonó como un quejido arrancado de la garganta de Archer.

Él seguía besándole el cuello, con urgencia y suavidad al mismo tiempo. Y ella lo sentía hasta en los dedos de los pies.

—Ya lo sé. Tienes razón.

Archer levantó la cabeza; tenía los labios hinchados y las pupilas dilatadas. Dios, Iris nunca había sido propensa a resistir la tentación, ¡y ahora tenía a un hombre hermoso justo delante! Para ella sola, si así lo quería. Y, por lo general, lo querría.

Pero él se arrepentiría.

Aquella idea fue como un jarro de agua fría. Archer se arrepentiría de aquello. Lo interpretaría como otra prueba más de que era un mal padre. Y ella no podía hacerle eso.

—Vámonos a dormir, ¿vale? —sugirió, aunque el resto de su cuerpo le gritaba «¡Vámonos a dormir juntos!».

—Sí —convino Archer, volviendo en sí—. Buena idea.

Iris se bajó del taburete y le estrechó la mano.

—Asegúrate de que has apagado el fuego —le dijo, antes de guiarlo por el pasillo hacia la cama.

Por la mañana, culparía al tequila de haberla conducido

hacia la habitación de él y no hacia la suya. Pero, siendo sincera, eso era justo lo que la Iris sobria había querido hacer desde el principio.

Capítulo 21

Cuando a Archer le sonó la alarma a las cuatro de la mañana, le dolía la cabeza, tenía la boca increíblemente seca y un brazo acomodado sobre su torso desnudo. No era su brazo. Era un brazo muy femenino, delgado y suave. Tenía, además, una media erección y el recuerdo vago de haber saboreado esa piel. De haber deslizado los labios por la delicada muñeca de Iris, de haberle besado la cara interna del brazo, de haberle mordisqueado el cuello.

Mierda.

Giró la cabeza para mirar y encontró a Iris bocabajo sobre sus almohadas, profundamente dormida.

No, no, no.

Aquello no podía estar pasando. No podía llevarse a la niñera a la cama. Había estado luchando contra aquel desenlace concreto desde el maldito primer día. ¿Cómo había ocurrido aquello? ¿Y qué era exactamente lo que había ocurrido?

Le consoló darse cuenta de que seguía llevando puestos los pantalones y, por lo que alcanzaba a ver, Iris llevaba puesta al menos una camiseta. Eso tenía que ser una buena señal, sin duda. O, por lo menos, señal de que las cosas no habían llegado demasiado lejos.

¿A quién quería engañar? Tener a Iris en su dormitorio bajo cualquier circunstancia se consideraba llegar demasiado lejos. Joder. Cerró los ojos y trató de recordar la noche anterior. La reunión municipal había ido relativamente bien. Después, Iris lo había convencido para ir al bar. Estuvo a punto de soltar un quejido al recordar lo que había dicho sobre sus fantasías en la ducha. Y eso fue antes de emborracharse. ¿Qué cojones

hizo después de tomarse todos los chupitos que los amigos de Iris no paraban de pedir?

Surgieron en su mente fragmentos inconexos del resto de la noche. Iris sonriéndole mientras bebía; Iris participando en una competición de baile con un grupo de señoras mayores; Iris riéndose en el asiento trasero del Uber que los había llevado de vuelta a casa. Vale, los recuerdos eran, en esencia, un pase de diapositivas de Iris siendo irresistible.

Recordó haber pagado a una Kimmy muy perpleja al llegar a casa y luego… Joder, ¿le había preparado tortitas a Iris? Se estiró junto a él, y Archer notó el momento exacto en que se despertó. Todo su cuerpo se puso en tensión.

—Ay, no —murmuró contra la almohada, sin molestarse en levantar la cabeza.

—Sí. Ay, no.

—Mierda.

—Mierda al cuadrado.

—Archer, ¿qué hicimos anoche?

Iris seguía teniendo el brazo alrededor de su cuerpo, y su aroma a fresa seguía resultándole cálido e incitador. Dios, deseó que pudiera quedarse. Deseó darle la vuelta y hacerle todas las cosas que, al parecer, iba demasiado borracho para hacerle la noche anterior, gracias a Dios.

Pero no podía. No podían.

Olive iba progresando. Su terapeuta había dicho que el entorno estable que estaba proporcionándole en casa era de gran ayuda en su proceso de sanación. ¿Qué pasaría si se acostaba con Iris y la cosa se ponía rara, como sin duda ocurriría? ¿Qué sería de Olive? Perdería a otra persona cercana a ella. No podía hacerle eso solo para satisfacer su inapropiado deseo.

Se pasó una mano por la cara.

—Estoy bastante seguro de que no hicimos nada salvo comer tortitas a las tantas de la madrugada y quedarnos dormidos uno al lado del otro.

«Y puede que te lamiera el sudor del cuello», pensó.

Iris se giró, llevándose consigo su brazo y su calor.

—Vale —dijo, casi para sus adentros—. Vale, eso está bien.

—Mira, Iris…

—Por favor, no te disculpes. Te prometo que ha sido

igualmente culpa mía. De nuevo.

Se incorporó y se apoyó contra el cabecero con un quejido. Cuando Archer levantó la cabeza para mirarla, la vio desaliñada por el sueño. Se le había deshecho la trenza y tenía el pelo enredado alrededor de la cara. Se apreciaban marcas de la almohada sobre su mejilla. Estaba hecha un desastre y a la vez era sexi. Tan sexi, desastrosa y adorable que Archer deseó volver a arroparla en su cama y llevarle un vaso de agua y un ibuprofeno.

Y, por un segundo, se imaginó que Iris no era solo una aventura pasajera, sino alguien que se quedaba. Alguien que pudiera acompañarlos a su hija y a él. Alguien a quien poder cuidar.

Lo cual no era algo que hubiese deseado nunca ni para lo que tuviese tiempo en su vida. Pero su vida había cambiado. Tal vez ahora tuviera tiempo para ocuparse de una pareja. Tenía una casa y una hija, también tenía un horario de trabajo totalmente razonable, lo que quizá significara que pudiera desear también otras cosas. Tal vez la muerte definitiva de su antigua vida supusiese el nacimiento de una nueva.

Una en la que estuviera Iris.

Entonces se dio cuenta de que era la primera vez que pensaba en quedarse allí con Olive y la idea no le provocaba una espiral de decepción y pánico por sus objetivos frustrados.

—Las reuniones municipales no suelen acabar así —le dijo ella, interrumpiendo sus pensamientos—. Lo de anoche fue una anomalía. Lo achaco a la claustrofobia. El mes de abril suele ser una locura por aquí.

—Pues menos mal. No sé cómo sobreviviría este pueblo si todo el mundo bebiera tanto.

Iris le dedicó una sonrisa débil:

—Siento haberme colado en tu cama.

—No creo que fuera así como ocurrió.

—Oh, desde luego que sí.

Recordó su mano en la de Iris, ella tirando de él por el pasillo, conduciéndolo hacia su dormitorio. ¿Se besaron? ¿La tocó más allá de aquel momento descabellado en la cocina?

Por esa razón nunca bebía tequila.

—No te preocupes —prosiguió ella—. No me tomé ninguna libertad.

—¿Libertad? ¿Conmigo? —No pudo evitar sonreír. En aquel momento le parecía que podría tomarse cualquier cosa que quisiera—. Creí que no recordabas lo que había ocurrido.

—Ya me está viniendo a la cabeza.

Archer aguardó a que se explicara, pero solo añadió:

—Cuando bebo, me pongo cariñosa.

—Creo que eres la única persona sobre la tierra a la que le ocurre eso cuando va borracha.

—Es probable.

—¿Llevas mi camiseta?

—La mía se manchó de sirope —respondió ella con una sonrisa somnolienta.

No tenía sentido señalar que tenía una habitación llena de ropa al otro lado del pasillo. Era evidente que la noche anterior no pensaban con claridad. Además, su camiseta le quedaba tan bien que cada vez le costaba más mantener su determinación de no besarla. ¿Tanto le afectaría a Olive si lo hiciera? ¿Acaso tendría por qué enterarse? Los padres les ocultaban cosas a sus hijos a todas horas.

Iris bostezó exageradamente.

—Qué temprano te levantas.

—Ya lo sé. Antes solía acostarme a esta hora.

Iris adoptó un gesto de ternura cuando lo miró, y él siguió recostado sobre las almohadas. Su vida estaba del revés, pero cada vez se sentía menos angustiado al respecto.

—Iris.

—Dime.

—Anoche me lo pasé muy bien.

—Yo también —respondió ella, con una sonrisa que iluminó la habitación en penumbra.

Entonces se inclinó y lo besó con dulzura y suavidad en la mejilla. Archer tuvo que hacer un gran esfuerzo y recordar aquello de «quiero ser un buen padre y no joderle la vida a mi hija» para no tirar de ella y echársela encima.

Estaba justo ahí…

—¡Papá!

Al oír la voz de Olive frente a la puerta de su dormitorio, a Archer le vinieron tres pensamientos inmediatos: uno, ¡lo

había llamado papá! Dos, ¿estaría asustada/herida/enferma o una combinación de esas tres cosas? Tres, ¿qué demonios ocurriría si encontraba allí a Iris?

Iris, por su parte, se había quedado paralizada mientras se incorporaba después de besarlo, con los ojos como platos, aterrorizada, como si estuvieran a punto de ser descubiertos por los federales o algo por el estilo.

—¿Qué hacemos? —susurró.

—No lo sé —respondió él, también con un susurro.

—¿Papá? —repitió Olive.

—¡Ya voy! —gritó él.

—¿Dónde está Iris? —preguntó su hija a través de la puerta.

—Ay, Dios —murmuró Iris con cara de pánico—. ¡Lo sabe! ¡Lo sabe! ¿Qué hacemos? —susurró, se levantó de un brinco y empezó a buscar por la habitación un lugar donde esconderse.

Archer se levantó y la asió por los hombros.

—Cálmate. No sabe nada —le dijo.

Iris asintió, pero aun así parecía estar a punto de saltar por la ventana. Así que, al parecer, no estaba en el mismo lugar que él. Ella no se había despertado aquella mañana imaginando una vida en común con él. Desde luego que no.

Aquello no era más que un trabajo.

Él no era más que su jefe. Un jefe con el que flirteaba. Pero nada más.

Había permitido que aquella situación se le fuera de las manos y, por ello, había puesto en riesgo la estabilidad emocional de Olive.

—Tú quédate ahí —le susurró antes de abrir la puerta y asomar la cabeza—. ¿Qué sucede? —le preguntó a Olive.

—¿Iris está ahí contigo?

—Eh…

—¡Aquí está! —gritó Iris, sacando algo de su cómoda antes de acercarse a él y pasar por delante—. Estaba buscando este… Mmm… —Miró entonces lo que había agarrado—. Este desodorante para hombres. El de mujeres no me sirve. Ah, Olive, ¿qué haces levantada?

La niña los miró alternativamente, a él vestido solo con los pantalones de chándal y a Iris con una camiseta de manga corta. Archer contuvo la respiración.

—Tengo sed —declaró la niña. Por suerte, sus cinco años de edad no le habían proporcionado razones para pensar que pudiera ser raro que su padre y la niñera estuvieran en la misma habitación medio desnudos.

—Voy a buscarte agua —le dijo él, suspirando aliviado mientras la guiaba por el pasillo.

Miró por encima del hombro justo a tiempo de ver a Iris regresar con disimulo a su cuarto.

Su breve paseo de la vergüenza por el pasillo le hizo sentir mucho peor que el dolor de cabeza provocado por el tequila.

Archer no era el único habitante de Dream Harbor con resaca. A las nueve de la mañana, estaban todas las mesas llenas, y todos querían café y comida grasienta. Su nuevo cruasán relleno de huevos, longaniza y queso gruyer estaba siendo todo un éxito.

—Otro cruasán y dos de tortitas de suero de mantequilla —gritó Maribel al entrar en la cocina.

Archer había dejado en la carta algunas de sus opciones de tortitas con mejores críticas y la gente estaba pidiéndolas también.

Cyrus vertió cuatro porciones de masa sobre la plancha y Archer se puso a montar el cruasán. Pese al accidentado comienzo de la jornada, la cafetería marchaba bien. Maribel y Jess tomaban pedidos tan rápido como Cyrus y él podían cocinarlas y, por una vez, los clientes parecían relativamente satisfechos.

Solo lo habían hecho salir de la cocina en una ocasión, y fue para que el alcalde pudiera darle las gracias por su aportación en la reunión de la tarde anterior e informarle de que los vecinos estaban muy contentos de poder opinar acerca de lo que sucedía en su adorada cafetería.

Archer estaba cada vez más convencido de que, en realidad, a la gente le daban igual las tortitas y, en su lugar, se limitaban a torturarlo como si aquello fuese una especie de ritual de iniciación. Pero, si estaba superando la prueba, tanto mejor. Sobre todo si eso contribuía a reconsiderar el acuerdo de la custodia. Esa mañana, Olive lo había llamado «papá». Ahora sí que no pensaba renunciar a ella.

Al menos una parte de su vida iba mejor, porque, cuanto más pensaba en Iris aquel día, en lo agradable que había sido tenerla tumbada al lado, más confundido se sentía. Habían estado a punto de ser descubiertos, y la mirada de pánico de Iris bastaba para decirle que no estaba en absoluto interesada en tener algo serio con él.

Por suerte, el servicio de desayunos se fusionó directamente con el de comidas, así que no tuvo mucho tiempo para pensar.

—Dos sándwiches vegetales, una sopa de cebolla francesa y una ensalada de acompañamiento, chef.

—Un sándwich de beicon, lechuga y tomate en pan de masa madre, unas batatas fritas y un café caliente, chef.

—Una pila de tortitas con arándanos, un sándwich vegetal y una sopa de tomate con queso fundido.

Las comandas seguían entrando, por lo que Cyrus y Archer aceleraron el ritmo. El primero se encargaba de la plancha mientras que Archer montaba los sándwiches y las ensaladas, servía las sopas y se aseguraba de que los platos estuvieran presentables antes de sacarlos. Era diferente a sus anteriores cocinas, más pequeña y más íntima. Con tan pocos empleados, era necesario que se entendieran bien trabajando, y Archer hubo de admitir que resultaba agradable trabajar en una cocina con tan poco drama. Lograron sacar el trabajo adelante.

Al terminar la jornada, Archer estaba sudado y manchado de sopa y aliño de ensalada. Cyrus le dirigió una sonrisa.

—Otro día bueno, chef —comentó el anciano, mucho más alegre desde que Archer había empezado a aceptar sus sugerencias.

—Desde luego que sí, chef. —Archer se secó el sudor de la frente con el antebrazo.

Cyrus le sonrió radiante. Le encantaba que lo llamase chef. A todos los efectos, eso es lo que era. El hombre llevaba cuarenta años cocinando para la gente. Si eso no te convertía en chef, entonces Archer no sabía qué pensar.

—Buen trabajo hoy —les dijo a Maribel y a Jess, también a Holden, el nuevo camarero que habían contratado.

—Gracias, chef —contestó Jess, cogiendo su abrigo de camino a la puerta trasera.

—¡Que tengas buena noche! —gritó Maribel, siguiendo sus pasos.

Holden estaba charlando con la lavaplatos, Meg, y, viendo cómo se reía ella, Archer cruzó los dedos para no perder su cocina libre de dramas.

Para cuando la cocina estuvo limpia y él se marchó a casa, eran más de las cinco. Ignoró la emoción que le embargó ante la idea de volver a ver a Iris y llamó a su padre. Si alguien podía hacerle entrar en razón, ese era él.

Marcó el número y puso el altavoz.

—¡Hola, Arch!

—Hola, papá.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal el clima por ahí arriba?

Archer miró a través del parabrisas con el ceño fruncido. Por fin había dejado de llover, pero aquel día hacía tanto viento que seguía haciendo falta una chaqueta. Se preguntaba si el clima cálido llegaría alguna vez.

—No muy bien.

—Por aquí abajo se está de maravilla —repuso su padre con una carcajada—. Hoy he jugado dieciocho preciosos hoyos.

Archer se había criado a las afueras de Boston, pero su padre y su madrastra se habían jubilado en Carolina del Sur y nunca se cansaban de decirle a Archer el buen tiempo que hacía por allí.

—Qué bien, papá.

—¿Qué pasa? ¿No me llamas para oírme alardear del clima? —preguntó su padre carcajeándose.

—La verdad es que no.

—¿Qué ocurre entonces? ¿Cómo está Olive? He escogido una buena historia para la próxima vez.

Archer había empezado a hacer videollamadas entre su padre y Olive, y su padre había adquirido la costumbre de leerle historias para romper el hielo. Cuando Olive le preguntó si era su nuevo abuelo, Archer creyó que su padre iba a echarse a llorar. Mentiría si dijera que él no se emocionó también.

—Me alegro, papá. Olive está bien. Muy bien, de hecho.

—De acuerdo, ¿y cuál es el problema entonces?

—Es por… la niñera —admitió tras aclararse la garganta.

—¿No funciona?

—Bueno, ella lo hace genial. A Olive le encanta. Iris parece saber cómo sacarla de su ensimismamiento y siempre hace que se anime cuando está decaída.

—Pues suena de maravilla. ¿Cuál es el problema?

—Es que… hemos…

—Archie, por favor, no me digas que te has acostado con la niñera.

Le dolía un poco que su padre diera por hecho que pudiera hacer algo así, aunque no estaba del todo equivocado.

—En realidad no. O sea, no. No nos hemos acostado en ese sentido.

—Ve al grano, hijo.

Archer suspiró. Por eso lo había llamado, ¿no? La manera franca y directa que tenía su padre de abordar los problemas.

—Nos emborrachamos y dormimos en la misma cama, pero no pasó nada.

—Archer.

—Lo sé. Es una mierda, pero no puedo…

—¿No puedes qué? ¿Ser un caballero? ¿Comportarte como el hombre que yo eduqué?

—No es lo que piensas. No es eso. —Frustrado, Archer se pasó una mano por la cara. No era eso, seguro que no. Sabía que sus sentimientos no eran unidireccionales, pero eso no hacía que aquello fuese buena idea.

—Entonces, ¿qué es, Arch? Porque me hace mucha ilusión lo de la niña, pero ¿dejaste embarazada a una mujer y ahora no puedes quitarle las manos de encima a la niñera?

Joder, dicho así, lo hacía parecer un auténtico cabrón.

Su padre suavizó entonces el tono:

—Mira, sé que estás haciendo lo mejor para tu hija, y estoy orgulloso de ti por ello. Pero no creo que liarte con la niñera sea buena idea. Por muy mona que sea.

Decir que era mona era quedarse corto respecto a lo que sentía por Iris. Era preciosa, lista, graciosa y… Aquello no ayudaba.

—Tienes razón, papá. Desde luego.

—Desde luego que la tengo. ¿Acostarte con la niñera? Eso complicaría mucho las cosas. ¿Y luego qué?

¿Qué ocurriría después? Si se acostaba con Iris, ¿qué

querría ella que ocurriera? ¿Querría que fuese cosa de una sola vez?

¿O podría querer algo más? Le confundía tremendamente el hecho de que aquella idea no le diese miedo. Tener algo más con Iris podría ser fantástico. Ya vivían juntos. Su hija la adoraba. Tal vez tuviera sentido.

Bueno, para él lo tenía. Tal vez a Iris le horrorizara esa perspectiva.

Iris, que aseguraba no querer tener hijos y había aceptado aquel trabajo solo porque estaban a punto de desahuciarla, ¿y mientras, él se dedicaba a planear su boda o algo así?

No era propio de él.

Archer no soñaba con tener mujer y familia. Soñaba con convertirse en el mejor chef que pudiera ser, con perfeccionar sus habilidades, con ganar algún día una estrella Michelin. Y ahora se había embarullado todo y estaba perdiendo de vista lo que de verdad deseaba. O lo que siempre había deseado.

—Sí, no sé. Supongo que sería incómodo. Y no quiero tener que buscar a otra niñera para Olive.

—Pues ahí tienes tu respuesta.

—Claro. Gracias.

Ahí tenía su respuesta. Una respuesta perfectamente razonable y correcta.

Y no le gustaba nada.

Capítulo 22

Al día siguiente, Iris estaba en mitad de su clase, en la postura de savasana, tratando de olvidar que se había despertado en la cama de Archer, cuando empezó a vibrarle el teléfono.

—Deja caer los brazos a los costados —dijo con su voz serena de yogui mientras miraba la pantalla—. Siente el suelo bajo tu cuerpo.

Era del colegio de Olive. No podía ser buena señal. No te llaman del colegio para decirte que va todo de maravilla.

Cogió el teléfono y caminó de puntillas hacia la puerta del estudio de yoga. Llevaba casi un año impartiendo clases allí, uno de sus trabajos más duraderos, de hecho, y sabía dónde estaban las tablas del suelo que crujían al pisarlas. Las evitó mientras hablaba con suavidad a sus alumnos.

—Recibe los pensamientos según lleguen y deja que pasen como las nubes del cielo… —Salió al pasillo y se detuvo junto a la estatua dorada gigante de Buda.

—¿Diga?

—Hola, ¿hablo con la señorita Fraser?

—Sí, soy yo.

—Señorita Fraser, Olive está enferma. Tiene treinta y ocho de temperatura. Tendrá que venir a recogerla.

—Ah…, bueno… —Iris miró a través de la ventanilla ubicada en la puerta.

Su clase seguía tendida obedientemente en la oscuridad con los ojos cerrados. Por suerte, aquella estaba a punto de acabar, pero tenía que impartir otra más aquella mañana.

—¿Tengo que ir a buscarla ahora mismo?

La enfermera emitió un sonido que a Iris le pareció de lo

más moralista.

—Sí, señorita Fraser. A no ser que deba llamar a su padre.

—Habían puesto a Iris como contacto de emergencia en los formularios, dado que su trabajo consistía en encargarse de Olive, claro.

—No, no. No será necesario. Enseguida voy.

—Muy bien. Gracias.

Iris abrió la boca para despedirse, pero la mujer ya había colgado. Le dio por pensar que el trabajo de enfermera en un colegio estaría a la altura del de conductor de autobús escolar como uno de los más difíciles del mundo, así que decidió no ofenderse por lo abrupto de la conversación.

Miró la estatua de Buda y dijo:

—En fin, supongo que tengo que averiguar cómo cuidar de una niña enferma. Deséame suerte. —Volvió a entrar de puntillas en la clase y sacó a sus alumnos de aquel estado de relajación lo más rápido y suavemente que pudo—. Muy bien, vas volviendo poco a poco a la clase. Abre los ojos y sigue con tu vida. ¡Nos vemos la semana que viene!

Bueno, tal vez no fuera muy suavemente, pero tenía que largarse de allí. La enfermera del colegio parecía seria, y a Iris le preocupaba meterse en un lío si llegaba tarde. No sabía muy bien con quién se metería en dicho lío, pero prefería no tener que averiguarlo.

La mitad de su clase seguía desperezándose mientras ella salía apresurada de la sala. De camino al coche, le envió un mensaje a otra de las profesoras del estudio, Tara, para ver si podía ocuparse de su siguiente clase. Esta le respondió con un «¡Sin problema!», así que por lo menos se quitó eso de encima.

Marcó el número de Bex y la puso en altavoz mientras se montaba en el coche.

—Hola, ¿qué tal? ¿No deberías estar dando clase?

—Lo estaba —respondió Iris al tiempo que salía del pequeño aparcamiento situado detrás del estudio de yoga—, pero Olive se ha puesto enferma. Tengo que ir a buscarla al colegio.

—¿Y por qué me llamas?

—¡No lo sé! Pensé que podrías darme alguna idea sobre qué hacer con una niña enferma.

Bex resopló y dijo:

—¿Por qué narices pensabas eso?

—¡No sé! Porque ahora mismo me está entrando el pánico.

—Ponle *El precio justo* y que beba zumo. Eso es lo que hacía mi madre.

—Sí, claro. Tiene sentido. Gracias.

—¿Ya te estás arrepintiendo de haber aceptado el trabajo de niñera?

—Todavía no —le dijo cuando aparcaba delante del colegio —, pero pregúntamelo dentro de veinticuatro horas.

—Buena suerte.

—Gracias.

Tuvo que llamar al timbre y mostrarle su documento de identidad al vigilante antes de poder cruzar las puertas. Trató de no pensar en los motivos por los cuales existían tales medidas de seguridad en los colegios de primaria de los Estados Unidos. Cada crisis a su debido tiempo, y una niña enferma le parecía ligeramente más fácil de gestionar que el *lobby* de las armas.

Recorrió el colorido pasillo hacia la enfermería. Por lo menos, los colegios de primaria seguían conservando el mismo olor. Una combinación de mantequilla de cacahuete y ceras de colores. Un profesor seguido de una hilera de veinte niños sudados salió del gimnasio y se cruzó con ella. Iris saludó a la niña pequeña que iba la última de la fila y no paraba de quedarse atrás porque intentaba no pisar las grietas que había entre las baldosas del suelo. La niña le dedicó una sonrisa de dientes mellados.

La enfermera, como ya imaginaba, era una mujer mayor y exhausta que pareció aliviada de verla allí. Había otros tres niños sentados en sillas aguardando a que acudieran a buscarlos.

—¿Lista para largarnos de aquí, Olive?

La niña la miró con los ojos vidriosos, lo que no ayudó a calmar la preocupación que la reconcomía por dentro.

—Venga, chica. —Iris cogió la mochila de Olive y salieron.

—¡No puede volver hasta que haya pasado veinticuatro horas sin fiebre! —le gritó la enfermera mientras salía.

—¿Has oído, Olive? ¡Veinticuatro horas sin cole! Qué suertuda.

Olive se limitó a mirarla y a toser con gesto lastimero. Vaya por Dios. Era hora de llevársela a casa y acomodarla en el sofá. Eso era lo que querría ella si estuviera enferma. Estar en pijama delante de la tele con una taza de té. ¿Los niños bebían té? Debería buscarlo en Google. Iba a tener que buscar muchas cosas en Google.

A Archer empezó a sonarle el teléfono justo cuando comenzaba el turno de comidas.

—Chef, te están llamando.

—Ya lo oigo, Cyrus.

—Quizá debas responder.

Archer suspiró y se secó el sudor de la frente con el antebrazo.

—¿Y quién va a emplatar entonces esta comida?

—Puede que sea algo de tu hija —contestó Cyrus encogiéndose de hombros.

Joder, era verdad. ¿Cómo no se le había ocurrido? El teléfono dejó de sonar y, acto seguido, volvieron a llamar, entonces supo que a su hija le había ocurrido algo. Su hija, cuya existencia había olvidado por un instante. Era lo peor.

Caminó hasta el despacho, donde tenía colgado su abrigo, y sacó el móvil del bolsillo.

—¿Qué ocurre? —preguntó en cuanto vio el número de Iris y respondió a la llamada.

—Olive está enferma.

Notó el sudor que le resbalaba por la espalda y el miedo instalado en la boca del estómago como una piedra.

—¿Cómo que enferma? ¿Enferma de qué? ¿Se encuentra bien? —Con cada pregunta su ansiedad iba en aumento.

No sabía cómo cuidar de una hija enferma. Si apenas sabía cómo cuidarla estando sana.

—No lo sé. Me ha llamado la enfermera y he tenido que ir a buscarla al colegio; pensaba que sería mejor ponernos el pijama, descansar y beber zumo, pero es que está ardiendo, muy apática, y en internet pone que necesitamos paracetamol infantil, pero no tenemos de eso, y no sé qué hacer, y lo siento, porque sé que en eso consiste mi trabajo, pero…

—Iris, respira. —Por algún motivo, el pánico de ella le

obligó a calmarse. Debía haber por lo menos un adulto tranquilo en aquella situación. Aquello le parecía básico en el proceso de crianza de un hijo—. Seguro que no es nada —continuó—. Los niños se ponen enfermos a todas horas. —Eso era cierto, ¿verdad?

Los niños se ensuciaban y se llenaban de gérmenes. Estaba bastante seguro de que aquello era del todo normal, aunque sintiera como si en su mente se hubiera disparado una alarma de incendios.

—Supongo —respondió Iris con un hilo de voz, asustada, y a él volvió a invadirle la preocupación.

—Voy para casa. De camino compraré algo para bajar la fiebre, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, gracias. Lo siento muchísimo.

—Deja de disculparte. Es culpa mía. Debería tener en casa esa clase de cosas. Llegaré lo antes que pueda, ¿vale?

—Vale.

Nada más colgar el teléfono, volvió a la cocina. Holden, el nuevo, ya había ocupado el lugar de Cyrus en la plancha y este último estaba dedicándose a emplatar.

—No te preocupes, chef —dijo Jess, dándole una palmada en el brazo antes de cargar su bandeja de platos—. Nosotros nos encargamos. Ve a cuidar de Olive.

Estaba bien saber que alcanzaban a oír todo lo que decía en el despacho, pero ahora no tenía tiempo de pensar en eso. Se alegraba de poder marcharse y sabía que la cafetería estaría en buenas manos sin él. Al fin y al cabo, había existido durante años sin él. Y aquella idea le parecía muy liberadora.

—Gracias a todos. Nos vemos mañana.

Para cuando llegó a casa, cargado con latas de sopa, paracetamol infantil, espray salino para la nariz, piruletas de miel, un termómetro que al parecer se colocaba bajo la axila y otro para la boca porque no se fiaba de la temperatura de la axila, otro libro de colorear del Pumpkin Spice por si acaso la niña se aburría, un tarro de Vicks VapoRub y un jarabe para la tos con sabor a chicle, estaba hecho un manojo de nervios.

Sin embargo, ahora era padre, y si algo le había enseñado su asombroso padre era que los padres siempre mantenían la cabeza fría en momentos de crisis.

Abrió la puerta con cautela, por si acaso Olive se había

quedado dormida, pero Iris estaba allí para recibirlo antes incluso de haber cruzado el umbral.

—Ya has llegado —le dijo, y relajó el cuerpo, aliviada.

Y aquel alivio le provocó algo también a él, la idea de que ya había llegado y entonces todo iría mejor, porque sería capaz de ayudar. Olive lo necesitaba y Iris también, y no era lo mismo que en el trabajo. No era lo mismo que ser el jefe, que dirigir una cocina con mano firme, que asegurarse de que todo fuese como la seda. Allí, simplemente lo necesitaban a él.

—Ya he llegado. ¿Cómo está Olive?

Iris miró hacia el sofá, donde la carita de Olive apenas asomaba entre una montaña de mantas.

—Dice que tiene frío, pero está ardiendo y en internet hay muchas opiniones diferentes sobre lo que deberíamos hacer. —Iris había abandonado su habitual actitud despreocupada.

No había descaro en su mirada, ni una sonrisa esbozada en sus labios. Estaba preocupada. Preocupada por su hija. Aquello también le provocó algo, aunque en ese momento no tenía tiempo de pararse a explorar de qué se trataba.

En su lugar, le puso la mano debajo de la barbilla y le levantó la cara:

—Todo saldrá bien, ¿de acuerdo? Ya veremos cómo lo hacemos. Juntos.

—Juntos —repitió Iris, y se le borró ligeramente la arruga de preocupación que fruncía su entrecejo.

Y Archer supo que estaban hablando sobre la salud de Olive, pero deseó que aquel «juntos» pudiera hacer alusión a algo más.

Se aclaró la garganta al darse cuenta de que seguía sujetándole la cara. Apartó la mano y ambos salieron de su ensimismamiento.

—Bueno, venga. Lo primero es lo primero. —Se acercó al sofá y se sentó con cuidado en el borde.

Colocó el dorso de la mano sobre la frente de Olive. Estaba tan caliente que daba miedo. No era de extrañar que Iris hubiera entrado en pánico.

—Hola, Olive, voy a tomarte la temperatura, ¿vale?

—Me duelen los ojos —respondió su hija.

Archer miró a Iris, que estaba de pie allí al lado.

—¿Le duelen los ojos?

—No para de decir eso —le explicó ella encogiéndose de hombros—. Pensé que se refería a que le dolía la cabeza por detrás de los ojos.

—¿Te duele algo más, pequeña?

—Me pica el cuello.

—¿El cuello? ¿Quieres decir la garganta?

Olive se limitó a mirarlo con ojos vidriosos. Dios, ¿cómo iba a ayudar a una persona que ni siquiera sabía distinguir las partes del cuerpo?

—Vamos a tomarte la temperatura. —Sacó el termómetro para la axila y se lo puso bajo el brazo mientras Iris lavaba el termómetro oral.

Probaron con ambos, y ambos determinaron que Olive tenía fiebre.

—¡Treinta y nueve con ocho! Eso es mucho —murmuró Iris mientras contemplaban la pantallita digital del aparato.

—En Google dice que la temperatura alta es más frecuente en niños que en adultos —respondió él, mirando su teléfono —. Vamos a darle el paracetamol. También podemos ponerle una compresa fría en la frente. ¿Ha estado bebiendo? —preguntó mientras Iris iba corriendo a la cocina a mojar un trapo.

—Más o menos. No tenía ganas de nada.

—Oye, Olive —dijo Archer, sentándose otra vez junto a su hija—. Tienes que tomarte una medicina para encontrarte mejor. Y un poco de zumo, ¿vale? —Consiguió incorporarla lo suficiente para que se tomara los medicamentos y un poquito de zumo de naranja—. Pronto te encontrarás mejor, cariño —le aseguró, retirándole el cabello de la cara.

Parecía tan pequeña y triste que le dolía verla así. No lo soportaba. Y menos aún soportaba la idea de no poder hacer nada para curarla de inmediato.

Nunca imaginó que gran parte de la paternidad consistiera en sentirse impotente ante las dificultades de su hija.

—¿Te quedas conmigo? —preguntó Olive.

—Sí, claro que sí. —Recolocó algunos cojines y Olive se acurrucó con la cabeza apoyada en su regazo.

Archer empezó a dibujar círculos en su espalda, con la esperanza de poder al menos consolarla. Con la esperanza de

que aquello fuera suficiente.

Cuando levantó la cabeza, Iris estaba mirándolo con una sonrisa dibujada en los labios. La borró de inmediato, pero ya era demasiado tarde. Archer había visto su manera de mirarlo. No a él, sino a él y a su hija, como si sus sentimientos hacia ambos no fueran únicamente profesionales.

Y Archer deseó que así fuera.

Capítulo 23

—Gracias a Dios que existe la medicina moderna —dijo Iris, chocando su copa de vino contra la de Archer.

—Bien dicho.

Iris respiró aliviada antes de ocupar su asiento habitual frente a la isla de la cocina. El paracetamol le había bajado la fiebre a Olive y, tras una tarde de *El precio justo*, sopa de pollo y colorear calabazas —el alimento más parecido a las fresas que había logrado encontrar en su nuevo libro para colorear—, estaba bien untada en Vicks VapoRubs, con otra dosis de medicinas y durmiendo plácidamente en su cama. Iris apenas podía creer que hubieran sobrevivido los tres.

Aquel día había sido una niñera horrible y, si Archer no hubiera llegado cuando lo hizo, no sabía qué habría acabado haciendo. Resultó que tenía razón desde el principio. Los niños eran terroríficos y confusos, y ella no tenía ni idea de cómo cuidar de uno.

Lo cual era parte del motivo por el que debía dimitir.

Los demás motivos eran los sentimientos, igualmente terroríficos y confusos, que la habían invadido al ver a Archer retirarle el cabello de la frente a Olive y decirle que todo iría bien. Era muy buen padre, aunque aún no se lo creyera. Había regresado a casa y cuidado de esa niña pequeña pese a no saber él tampoco lo que estaba haciendo. Y eso le había provocado a Iris algo por dentro. Algo aterrador. Algo que distaba muchísimo de los sentimientos tórridos que había albergado hacia Archer desde que llegara.

Eso la hacía sentirse blanda y vulnerable.

Y no podía sentirse blanda y vulnerable con un hombre que tenía una hija. Una hija a la que ya había decidido que le

daba demasiado miedo cuidar, así que volvía a estar como al principio: era todo muy mala idea y tenía que largarse de allí cuanto antes.

Dio otro sorbo al vino para reunir el valor.

—Archer…

—Dime. —Iris se fijó en su rostro exhausto al levantar la mirada de su copa. Aquel día había estado a la altura, pero también estaba preocupado.

—Pues… que…

Quizá aquel fuese muy mal momento para dimitir. Sería un golpe bajo abandonarlo ahora. Tendría que buscarse otra niñera para Olive mientras esta estaba enferma.

Tal vez ella pudiera contener ese sentimiento de vulnerabilidad durante unas pocas semanas más.

—Pues que siento haber tenido que llamarte para que vinieras a casa. Me parece que he metido la pata.

—Iris, sé que no tienes mucha experiencia con niños.

—Bueno…, es que…

Archer levantó una mano para frenarla.

—Y te contraté de igual modo. Has sido justo lo que Olive necesita. Es más feliz ahora. Si hasta me dirige la palabra —le dijo con una leve carcajada—. ¿Has visto cómo me sujetaba la mano hoy mientras se quedaba dormida? —Su rostro se transformó mientras hablaba de ella. Ya no parecía exhausto. Si casi brillaba de felicidad.

Mierda, ahí estaba otra vez aquel sentimiento de vulnerabilidad.

—Ya me he dado cuenta. Hoy has hecho un gran trabajo con ella.

—Gracias. —Agrandó su sonrisa—. Estaba improvisando. Pero no podría haberlo hecho sin ti.

Iris resopló y dijo:

—Has tenido a tu padre, al pediatra y también la web sobre medicina. Creo que te habrías apañado bien sin mí. —De hecho, ella no había hecho nada salvo entrar en pánico y pedir refuerzos a la primera de cambio.

—Vale —respondió él encogiéndose de hombros—. Pues no habría querido hacerlo sin ti.

Ay, no, no, no. ¡Peligro, Iris!

Sonrió a pesar de todo, y creció aún más su vulnerabilidad.

—Estoy harto de tortitas —declaró Archer—. He pensado que esta noche podría preparar comida de verdad.

—Suena bien lo de «comida de verdad». —Iris se recostó y lo observó mientras cocinaba, maravillada por sus manos y por la destreza de sus movimientos.

Se dejó hipnotizar mientras troceaba el ajo y el perejil fresco. La cocina adquirió un aroma embriagador en cuanto el ajo tocó el aceite de oliva caliente de la sartén.

—¿Qué estás preparando? —le preguntó por encima del chisporroteo que inundaba la cocina.

—*Aglio e olio* —respondió él con un acento italiano que hizo que se le derritieran las bragas. Eso, desde luego, no ayudaba en nada.

—¿Me lo vas a traducir o voy a tener que adivinarlo?

—Es pasta con aceite de oliva y ajo. Bastante sencillo, la verdad.

—Todo suena mejor en italiano. —Iris suspiró con melancolía. Nunca había tenido dinero para viajar, pero tenía una lista de sitios que le encantaría visitar algún día. Italia figuraba entre los cinco primeros.

—Lo mismo digo —convino él con una sonrisa que intensificó su hoyuelo.

El agua para la pasta empezó a hervir y echó dentro un puñado de espaguetis y una cantidad generosa de sal.

—Pensaba que solo cocinabas comida francesa.

—El último restaurante en el que trabajé era francés, pero he trabajado en muchos lugares. Pasé un año en Italia.

—Debió de ser alucinante.

—Lo fue. Tienen el mejor marisco que he probado nunca.

—¿Sabes qué? —preguntó ella, recuperando su tono burlón porque sentía que no podía evitarlo—. En el Palacio de la Pasta de Northville buscan personal. Dado que tienes tanta experiencia con la comida italiana, seguro que estarían encantados de contratarte.

Archer la miró como si hubiera sugerido que comieran de la basura y no que trabajara para una popular cadena de restaurantes italianos.

—En ese sitio no sirven comida italiana.

Iris contuvo la risa, pero le costaba aguantarse.

—¿Estás seguro? Porque parecen creer que sí.

—Lo que sirven allí no sé ni cómo llamarlo —insistió él con gesto adusto.

—Pero reconoce que la gente se vuelve loca con esos colines que tienen —dijo ella riéndose.

—No tengo que reconocer nada. —Archer cogió una tacita y vertió parte del agua de la cocción en la sartén con el ajo y el aceite.

Iris lo observó con interés. Iba a acusarlo de ser un esnob con la comida, pero olía todo de maravilla, y tenía tan buena pinta que le resultaba absurdo meterse con él. Escurrió los espaguetis y los echó también en la sartén, donde los napó con la salsa de aceite y ajo. A Iris le rugió el estómago del hambre que tenía.

Archer sacó dos cuencos blancos del armario y colocó un nido perfecto de pasta en cada uno, después espolvoreó un poco de perejil fresco y queso parmesano sobre cada ración. A Iris le dieron ganas de meterse dentro de aquel nido y quedarse allí a vivir para siempre.

—Qué buena pinta —comentó, casi con un gemido.

¡Maldito Archer y sus dotes culinarias! Una cosa era resistirse a sus adorables aptitudes como padre, pero servirle un cuenco de carbohidratos con queso era otra historia bien distinta.

—*Buon appetito*.

—Joder, tío. Déjate de rollos y dame ya la comida.

Archer sonrió con arrogancia y deslizó el cuenco sobre la isla.

Como era de esperar, la comida estaba sublime. Una cosa de locos. Tan buena que, hacía una hora, Iris estaba ensayando su discurso de renuncia y ahora se planteaba declarar su amor eterno hacia aquel hombre y su comida. Era algo preocupante.

Pero estaba desbordada y agotada después del día tan estresante y, entre la comida, el vino y el hoyuelo de Archer, le sobrevino una alegría relajante que hacía mucho tiempo que no sentía. Quizá desde aquellos días en la cocina de Josie, viendo a su vecina cocinar mientras ella le hablaba de cualquier tema, desde el último novio de su madre hasta la bicicleta que quería por su cumpleaños.

¿Era por eso por lo que la gente quería tener pareja? ¿Por

aquella sensación, al final de un día duro, de haber sobrevivido a algo juntos? Había de admitir que era agradable. Siempre había tenido a su madre, a su tía y a su prima. Coleccionaba amigos como coleccionaba nuevos trabajos. Pero tal vez tener pareja fuese diferente.

Estar allí sentada, riéndose y bebiendo con Archer. Relajarse después de pasar el día cuidando de una niña enferma… era algo que tal vez pudiese llegar a desear.

Algún día.

No aquel día.

Porque aquel día Archer seguía siendo su jefe. Y aquel día ella no deseaba hacer daño a Olive. Además, seguía sin estar convencida de desear algún día aquel tipo de responsabilidad a jornada completa.

No había estado tan preocupada desde aquella vez, con nueve años, en la que Bex salió volando por encima del manillar de su bici y se estampó de cara contra la acera. Iris jamás había corrido a casa tan rápido, con el rostro bañado en lágrimas durante todo el trayecto, gritando para que su madre acudiera a ayudarla.

—Lo de hoy ha sido muy difícil —comentó ella, apartando su plato vacío.

—Sí, pero lo hemos logrado.

Se hallaban en sus lugares habituales, Iris sentada en su taburete a un lado de la isla y Archer de pie al otro lado, apoyado contra la encimera a su espalda. Como de costumbre, tenía los brazos cruzados.

Deseó que estuviera más cerca. No debía desearlo, pero así era. Deseó que se inclinase sobre la isla como la última vez, la vez que se metió su dedo en la boca. Deseó que hiciera más cosas como esa.

No debía. Pero así era.

—Debería irme a dormir.

—Vale. —Archer estaba observándola, estudiándola con intensidad, como si supiera lo que deseaba y él también lo deseara. Pero no se movió. Se quedó quieto, moviendo solo los ojos para verla bajarse del taburete.

—Gracias por la cena.

—No hay de qué. —Su voz sonó profunda y grave, y resonó por todo su cuerpo.

Era evidente que la deseaba tanto como ella a él, pero, aun así, no se movió.

Estaba protegiéndose. Protegiendo a Olive.

Un rollo de una noche con la niñera no los beneficiaría en nada. Y al final tampoco la beneficiaría a ella.

«Sé fuerte, Iris», pensó.

—Buenas noches, Archer.

Él apretó el músculo de la mejilla.

—Buenas noches, Iris.

Se mantuvo firme, pero Iris notó el calor de su mirada mientras regresaba hacia su dormitorio.

Olive se quedó en casa enferma al día siguiente, por supuesto. Obviamente necesitaba más tiempo para descansar, y Iris no pensaba incumplir la norma de las veinticuatro horas sin fiebre y enfadar a la enfermera del colegio. Pero había convencido a Archer de que podía ir a trabajar aquel día y ella se encargaría de cuidar a la niña. Ahora que estaba armada con un sinfín de antipiréticos de venta sin receta y ya conocía los nombres que daba Olive a los diversos síntomas («dolor de ojos» significaba dolor de cabeza y que estaba subiéndole la fiebre, «picor de cuello» hacía referencia a escozor de garganta), ya se sentía algo más segura que el día anterior.

Eso y que Archer le había asegurado en múltiples ocasiones antes de marcharse aquel día a las intempestivas cinco de la mañana que se encontraba a tan solo una llamada de teléfono, que podría llamarlo a cualquier hora y volvería a casa sin importar cuál fuese la situación en la cafetería.

Había de admitir que eso hacía que se sintiera mejor.

—¿Cómo te encuentras de momento esta mañana?

Olive estaba acurrucada en el sofá con su fiel narval de peluche y una taza llena de zumo de naranja. Resultó que el truco para que se lo bebiera era ponerle hielo y una pajita.

—Mejor —respondió la niña antes de dar un sorbo al zumo —. ¿Puedo ir al cole?

Iris se dejó caer en el sofá junto a ella.

—No —dijo—. Hoy no.

—¿Por qué?

—Porque sigues enferma.

—Pero no me siento enferma. —Olive estaba pálida y presentaba unas pronunciadas ojeras oscuras.

—Sigues enferma, no hay duda. Lo siento.

Olive frunció los labios.

—Pero es día de biblioteca y no podré sacar nuevos libros.

Iris contempló la pila de libros sin leer que se amontonaban en la mesita de centro.

—Tienes un montón de libros.

—Pero quiero otros nuevos.

—Si te llevara al colegio, te enviarían de vuelta a casa. Son las normas, chica. No querrás enfermar a todos tus amigos, ¿a que no?

Olive se encogió de hombros como si en realidad le diese igual enfermar a sus amigos, porque solo quería sacar libros nuevos.

—Te propongo una cosa —le dijo Iris, haciendo lo posible por evitar una crisis por su parte o por parte de la niña—. En cuanto estés mejor, te llevaré a la biblioteca pública y podrás sacar tantos libros como desees.

A Olive se le iluminó el rostro con esa promesa.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Puedo sacar ciento cincuenta? —Últimamente, ciento cincuenta era su número favorito.

—¿Puedes cargar con ciento cincuenta?

Olive lo meditó durante un minuto antes de declarar:

—Probablemente.

—Me gusta tu seguridad —respondió Iris con una sonrisa —. Ahora, bébete el zumo.

Se pusieron cómodas para pasar el día e invirtieron la mañana en ver sin parar los programas favoritos de Olive, hasta que se quedó dormida con la cabeza sobre el regazo de Iris. Tenía la cara templada, pero no caliente, lo cual le resultó alentador. Le retiró un mechón de pelo oscuro de la cara. Lo tenía húmedo por el sudor, pero, por algún motivo, eso no le resultó tan asqueroso como se lo habría resultado en otra época. En aquel momento, se alegraba de que Olive se encontrase mejor y estuviese durmiendo, pese a que ahora ella tenía que ir al baño y estaba atrapada hasta que Olive se

despertara, porque no tenía ninguna intención de despertarla.

Antes de que se quedara dormida, habían estado viendo su último concurso de cocina favorito. Iris estuvo viendo a tres chefs que inventaban recetas descabelladas basadas en ingredientes sorpresa. Intentó concentrarse en el programa, pero su cerebro insistía en hacerla pensar en Archer y en lo mucho que le gustaba verlo cocinar. En que sus cortes precisos contrastaban con su cabello revuelto y su barba incipiente. En lo guapo que se ponía cuando se preocupaba por Olive.

Vale, Iris seguía negándose a reconocer que tuviera traumas infantiles, pero sería una mentirosa redomada si dijera que no le provocaba algo intenso ver a Archer cuidar de su hija. Objetivamente, era algo sexi. Estaba bastante segura de que debía de tratarse de algo evolutivo. Como si su cerebro de cavernícola le dijese: «Oh, un hombre que sabe cuidar de su retoño. Qué atractivo».

Puaj. A punto estuvo de soltar un quejido ante su propia estupidez, pero la niña durmiente que tenía en el regazo le hizo guardar silencio. Hablando de necesidades evolutivas, estaba claro que aquella criaturita de ojos grandes estaba diseñada para atraerla.

Nunca había sido de las que se quedaban embobadas mirando a los bebés de la gente —estaba bastante segura de que eran todos iguales—, ni se ofrecía voluntaria para cuidar a los hijos de sus amigas, pero reconocía que con aquella, con Olive, a quien ya conocía enteramente como persona, había empezado a encariñarse.

Era todo muy confuso.

Había ido allí a trabajar. En un primer momento, había aceptado el empleo porque le daba pena que Archer se hallase en esa situación y porque necesitaba un lugar habitable para vivir. Tenía que recordar eso. Archer iba progresando como padre a pasos agigantados, así que seguramente no fuese tan grave si ella se marchaba.

Olive se agitó sobre su regazo y un hilo de baba le cayó a Iris sobre la pierna. Vale, eso seguía siendo asqueroso.

La niña giró la cabeza y abrió esos enormes ojos que decían «por favor, no me comas, soy adorable». La sonrisita que le dirigió, como si se alegrara de verla allí, le provocó un

peligroso vuelco en el corazón.

—Hola, Iris.

—Hola, chica. ¿Has dormido bien?

—No he dormido.

—Vale, perdona. Fallo mío. Tenías los ojos cerrados y roncabas así… —Iris hizo su mejor y más ruidosa imitación de un ronquido y Olive se desternilló de risa.

—No es verdad.

—Claro que sí.

—Iris.

—Dime.

—¿Pronto serás mi madre?

El vuelco del corazón se volvió aún más peligroso. Una extraña combinación de pánico y felicidad recorrió su cuerpo e hizo que se sintiera mareada.

—Soy tu niñera, ¿recuerdas?

Olive se incorporó y la miró sentada en el sofá.

—Sí, pero eres como una madre.

Iris frunció el ceño. ¿Cómo explicar aquello?

—Cuido de ti cuando tu padre está trabajando, cielo, pero no soy una madre.

—Pero podrías serlo.

—Bueno…, verás…

—Porque Addison, del cole, dijo que su padre volvió a casarse y ahora tiene dos madres y un padre, y yo ya ni siquiera tengo una madre, y no es justo. Así que, si te casaras con mi nuevo padre, entonces tendría una madre y un padre y eso sí sería justo.

Ay, Dios.

—Verás, las familias no son cuestión de números.

Olive frunció el ceño.

—Lo que quiero decir es que… —prosiguió Iris— no se trata solo de cuántos tengas de cada cosa, sino más bien de que haya gente que te quiere. Y, siempre que tengas gente que te quiere, tendrás una familia. Y tienes un padre y una abuela, y esos nuevos abuelos que tanto te quieren, y eso es increíble.

—¿Y tú? Tú también eres de mi familia, ¿verdad?

¡Esos ojos! Iris tragó saliva para aliviar el nudo que, inexplicablemente, se le había formado en la garganta.

—Así es.

¿Qué iba a decirle? ¿Que era una simple empleada? ¿Que su padre le pagaba para que cuidara de ella? Ninguna de esas cosas le parecía correcta. Ni siquiera estaba segura de que siguieran siendo ciertas. O no del todo. Claro que le importaba aquella personita.

—Así es. Yo también me preocupo por ti, Olive.

La niña suavizó ligeramente su ceño fruncido.

—Pero no soy tu madre. Y no voy a casarme con tu padre.

El ceño fruncido reapareció.

—Pero podrías.

—No, Olive. Ni hablar. —Tenía que ponerle freno a aquello cuanto antes.

Cierto, Archer la atraía, pero no tenía intención de casarse con él ni probablemente con nadie; además, aquella conversación le traía demasiados recuerdos de todos esos hombres con los que había salido su madre, y la esperanza que albergaba la pequeña Iris de que alguno de ellos fuese a quedarse. Sin embargo, ella no iba a quedarse, y era necesario que Olive lo entendiera. No quería darle falsas esperanzas a aquella niña pequeña, como le había sucedido a ella en tantas ocasiones.

—Pero mi profe dice «nunca digas nunca».

Iris le pellizcó el puente de la nariz. ¿Se le habría pasado ya la fiebre? Porque aquella niña tenía que volver al colegio lo antes posible.

—Mira, Olive, sé que echas de menos a tu madre, pero yo no puedo ser tu nueva madre. Lo siento. —Ya estaba. Lo mejor era arrancar la tirita de golpe.

Mierda. Lágrimas.

¿Arrancar la tirita de golpe? Los niños no soportaban eso. Si justo la semana anterior le había quitado una tirita a Olive con demasiada rapidez y la niña se había puesto a gritar y a llorar como loca hasta que acabó por sobornarla con una piruleta.

—Ven aquí. —La estrechó entre sus brazos y emitió imprecisos sonidos de consuelo contra su pelo hasta que se quedaron las dos un poco más tranquilas.

¿Casarse con su padre? ¿Convertirse en su nueva madre? Dios santo. La situación avanzaba a un ritmo trepidante, y Iris

temía que, si seguía mirando los enormes ojos de la niña por más tiempo, fuese a acabar por rendirse.

Y, cuanto más tiempo la estrechaba entre sus brazos, más le parecía que tal vez no fuese la peor idea del mundo.

Lo cual era una locura.

Iris no quería tener hijos. No quería ser niñera. No debía estar allí abrazando a aquella niña sudada y pegajosa; no obstante, allí estaba, sudada y pegajosa, y sin querer estar en ninguna otra parte.

Antes pensaba que el problema era Archer, la innegable atracción que sentía por él, su sentimiento de vulnerabilidad cuando lo pillaba mirando a Olive, como si la niña le provocase terror y alegría al mismo tiempo. Pero ¿y si el problema era la niña? ¿Y si Iris se enamoraba de Olive?

¿Cómo iba a marcharse entonces?

¿Cómo explicar a esos ojazos que no solo no iba a ser su madre, sino que además tampoco iba a cuidarla todos los días?

Había cometido varios errores graves. Era evidente que no había sopesado bien aquello. Y ahora estaba atrapada. Literalmente. Olive se le había enganchado como si fuera un koala algo mojado.

Iris sonrió contra su pelo.

—Venga, he comprado polos. Te ayudarán con el picor de cuello —Se puso en pie con Olive todavía agarrada—. ¿De qué sabor lo quieres?

—Quiero uno azul.

—Azul no es un sabor —trató de explicarle mientras caminaban hacia la cocina.

—Azul es el mejor sabor —le dijo Olive mientras la sentaba en un taburete y sacaba un polo del congelador.

Se rio a pesar de todo:

—De acuerdo. Aquí tienes un polo con sabor azul. Sabe igual que la recóndita planta azul de los polos que crece en la selva tropical.

—Gracias —le dijo Olive con una sonrisa antes de dar un lametón al polo—. Te quiero, Iris —agregó, chupando inocentemente su polo azul, sin darse cuenta de que, con sus palabras, estaba desgarrándola por dentro—. Y me encantan los polos azules —canturreó, balanceando alegremente los

pies por debajo del taburete.

—Me alegra que te gusten —respondió Iris, ignorando el resto.

Aquello no era más que un empleo. Un trabajo como todos los demás que había tenido y dejado. Y, con el tiempo, también dejaría aquel.

Pero todavía no.

Capítulo 24

No había nadie en casa cuando Archer regresó del trabajo el miércoles siguiente. Olive se había recuperado bastante y había vuelto al colegio aquella semana, y él se preguntaba dónde se habrían metido las dos. A veces, Iris la llevaba a la librería o a la piscina para enseñarle a nadar, pero solía mandarle un mensaje para informarle de dónde estarían.

Dejó sus cosas junto a la puerta, dirigió sus pasos hacia la cocina y oyó la risa, ya familiar, de Olive procedente del jardín de atrás. Seguía provocándole un vuelco en el pecho cada vez que la oía.

Cuando salió al jardín, Olive se levantó del suelo dando un brinco.

—¡Sorpresa! —gritó, lanzándose a sus brazos.

—¡Hala! ¿Y esto qué es? —preguntó él.

—¡Un pícnic! —Olive se zafó de sus brazos con la misma rapidez con que se había lanzado a ellos y lo condujo hacia la manta situada en mitad del césped.

Tras un mes de lluvias, el sol por fin los había honrado con su presencia y la hierba lucía un verde intenso bajo los rayos vespertinos. Todo olía a fresco y a nuevo. Quien fuera que hubiera alquilado la casa anteriormente había sembrado plantas perennes y ahora el jardín estaba lleno de flores, primero narcisos y ahora tulipanes. Incluso tenían un macizo de iris junto a la cerca.

La hermosa Iris de carne y hueso le sonrió desde el suelo.

—Bienvenido a casa —le dijo.

Y era cierto. Se sentía como en casa cuando estaba allí con ellas. Curioso pensamiento viniendo del hombre que, no hacía ni dos meses, se quedaba plantado delante de la puerta

infundiéndose ánimos antes de poder entrar.

—¡Iris ha dicho que hacía un día perfecto para preparar un pícnic porque era el primer día cálido de la primavera, y además ha encontrado fresas en el mercado y hemos preparado tarta de fresa!

—Hala —respondió Archer con una carcajada, tratando de asimilar toda la información que Olive acababa de ofrecerle mientras saltaba alrededor de la manta.

—Sí. Hoy hemos cocinado para ti, chef —intervino Iris guiñándole un ojo.

Menos mal que Olive estaba allí, porque a Archer le sobrevino el deseo intenso de recostar a la niñera sobre la manta y besarla por todo el cuerpo. Ella le sonrió con suficiencia, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Pues tiene todo muy buena pinta. —No pudo evitar desviar la mirada de las delicias del pícnic y fijarse en las largas piernas y sugerentes curvas de Iris.

En su rostro advirtió un rubor igualmente delicioso. No solía verla vestida con algo que no fuera el pijama o su uniforme de trabajo, compuesto por *leggings* de yoga y top de tirantes.

Pero aquel precioso y soleado día de mayo, Iris lucía un vestido azul marino con estampado de fresas y lunares blancos. Unos delicados tirantes le acariciaban los hombros y llevaba el pelo recogido en un moño en lo alto de la cabeza, dejando al descubierto la larga curva de su cuello. Los mechones rubio rojizo reflejaban la luz del sol.

Estaba para comérsela.

Pero su hija estaba allí, ansiosa por mostrarle todo lo que había preparado, y Archer agradeció contar con esa distracción, pues ya no se creía capaz de tomar decisiones sensatas y meditadas cuando Iris Fraser andaba cerca. Probablemente nunca hubiera sido capaz.

—¿Vas a decirme cómo lo has hecho? —preguntó, cogiendo uno de los platos de tarta de fresa. Era blanco y pequeñito, cubierto de diminutas flores azules. Se preguntó de dónde habrían salido.

—Iris ha dicho que no te lo dijera.

—Ah, vaya, ¿y eso por qué?

Iris puso los ojos en blanco y respondió:

—Porque vas a ponerte en plan chef y a subestimar nuestros esfuerzos.

—¡Jamás haría tal cosa! Y además tiene muy buena pinta.

Había muchas formas de preparar tarta de fresa, pero habían seguido la receta tradicional de Nueva Inglaterra: bizcochos intercalados con capas de nata montada y fresas jugosas. Partió su porción con el tenedor y obtuvo el bocado perfecto, la misma proporción de bizcocho, fruta y nata.

Abrió mucho los ojos para generar un efecto más dramático.

—Liv, está riquísimo. —Había cogido la costumbre acortarle el nombre y le gustaba. Era como si fueran una familia de verdad.

—¿De verdad? —preguntó su hija, radiante.

—Desde luego. Qué gran trabajo.

—Bueno, Iris me ha ayudado con el horno.

—He cumplido con mi deber como pinche —dijo Iris con una sonrisa.

—Entonces, ¿de verdad no vas a contarme tu secreto? —le preguntó Archer a Olive.

Su hija miró a Iris y esta se encogió de hombros.

—Supongo que puedes contárselo —dijo—. Ya tiene demasiadas recetas secretas en su vida.

—Gracias por apiadarte de mí —respondió Archer con una carcajada.

Olive se inclinó hacia él y le dijo en voz baja:

—Hemos usado premezcla para los bizcochos y la nata montada es de bote.

Archer se inclinó también y susurró:

—Pues sabe mejor que mi tarta de fresa.

—¿En serio?

—Sí. —Le dio un beso a Olive en la nariz—. Buen trabajo, chef.

No creía que a Olive le resultara posible sonreír más aún, pero lo logró. Y, cuando miró a Iris, vio que ella también le sonreía. Era esa sonrisa plácida que solo ponía cuando creía que él no la veía. Su sonrisa favorita. Esa que no era ni juguetona ni traviesa. Esa que creía, o esperaba, que mostraba sus verdaderos sentimientos.

Apartó enseguida la mirada.

—Hala, Olive —dijo—. Ahora me muero por probarla.

Y, con eso, devoraron todos sus porciones de tarta, acompañándolas de limonada rosa servida en delicadas tacitas de té. Archer elogió el vestido de Olive y la idea del pícnic sorpresa, y ella le contó qué tal le había ido el día, mientras Iris intervenía para agregar detalles pertinentes, y el sol calentaba la tierra bajo sus pies, las flores se abrían, los pájaros cantaban y Archer volvió a sentir que su vida estaba del revés.

Porque aquello le gustaba de verdad.

Le gustaba llegar a casa temprano. Le gustaba hablar con Olive. Le gustaba hacer un pícnic al sol. Le gustaba muchísimo más que devanarse los sesos para alcanzar un objetivo laboral imposible. Aquel día, aquella vida, le parecía un logro muy diferente. La clase de logro que solo requería de su presencia, no de su perfección.

Y le gustaba mucho tener a Iris sentada al lado. Le gustaba que acercara su cuerpo al de él cuando el sol iba poniéndose y empezaba a refrescar. Deseaba estrecharla entre sus brazos. Deseaba que juntos acostaran a Olive y después hablaran acerca de cómo les había ido el día.

El hombre que antes solo pensaba en sus metas, en ser el mejor, en la perfección, en sí mismo, ahora solo deseaba celebrar un pícnic bajo el sol vespertino con sus chicas favoritas.

Eso sí que era una sorpresa.

—Bueno, ahora vamos a practicar metiendo la cara debajo del agua —dijo Iris, señalando la piscina.

Archer había salido de trabajar temprano para llegar a la Asociación a tiempo de ver parte de la clase de natación de Olive con Iris.

Las chicas, sin embargo, aún no habían reparado en su presencia. Eran las dos únicas personas en la piscina, y la voz de Iris rebotaba en el cavernoso espacio.

Olive la miró como si se hubiese vuelto loca:

—No quiero hacerlo.

—Créeme, es importante.

—No es verdad. Puedo nadar con la cabeza fuera del agua,

así, mira. —La niña empezó a nadar como un perrito por la zona menos profunda, con la cabeza levantada por encima del agua, y Archer tuvo que contener una carcajada.

—Muy bien, pero ¿y qué pasa si quieres saltar al agua?

—Pues tú me sujetas.

La confianza ciega que Olive depositaba en ella le provocó un vuelco en el corazón.

—¿Y si quieres saltar tú sola?

—No quiero —aseguró Olive sacudiendo la cabeza.

—Creo que por lo menos deberías intentar… —Iris dejó la frase a medias al levantar la mirada y ver a Archer junto a la puerta.

—Hola —dijo él, y alzó la mano tímidamente—. Espero que no os importe que haya venido. He salido un poco antes para poder llegar a tiempo de ver parte de la clase.

Salía antes del trabajo. Aquella declaración, viniendo de él, era todo un hito y, a juzgar por el gesto de Iris, ella opinaba lo mismo. Pero todo había ido encajando en el transcurso de las últimas semanas. Estaba implicado al máximo con Olive. Aquello era lo correcto y ahora por fin lo sabía. Deseaba ser padre. Deseaba tener aquella vida.

—Claro que no importa —respondió Iris, mirándolo aún con esa expresión de ligera sorpresa.

Olive salió del agua por las escaleras para ir a saludarlo.

—Hola, Liv.

Su hija lo abrazó a la altura de las piernas, empapándole por completo los pantalones con su cuerpecillo mojado.

—¿Has venido a verme nadar? —le preguntó.

Lo miró desde abajo con un gesto tan adorable que Archer hubo de reconocer que Iris tenía razón cuando decía que se ponía blando y se derretía cuando miraba a su hija. Llegado aquel punto, seguramente se habría convertido en un charco humano.

—Sí, enséñame lo que has aprendido —le pidió, desenganchándole los brazos de sus rodillas.

—Vale. Pero Iris tiene que agarrarme —explicó Olive, regresó hacia la piscina y colocó los dedos de los pies junto al borde.

Iris se acercó, sacando el cuerpo del agua en el extremo menos profundo, donde el agua le llegaba hasta la cintura, y

Archer temió tener que excusarse durante el resto de la clase. Estaba preciosa. Claro que sí. Como siempre. Pero ahora llevaba un traje de baño, y el cuerpo de él se negaba a ignorar que no debía fijarse en eso.

Reparó en sus brazos desnudos, en la curva de su pecho bajo ese funcional bañador que resultaba tan sexi, simplemente porque la que lo llevaba era ella. Se quedó contemplando la vista hasta que Iris se aclaró la garganta y él devolvió la atención a Olive. Claro. No era el momento ni el lugar para aquello. Trató de ajustarse los pantalones con discreción, pero Iris lo vio y esbozó una sonrisa cómplice con esos labios carnosos.

Lo miró meneando la cabeza y después se fijó en Olive:

—Venga, Olive. Una…, dos…, tres…

La niña saltó y Iris la cogió al vuelo, sin permitir que metiera la cabeza debajo del agua. Archer contuvo la respiración cuando su hija aterrizó en la piscina, pero él también confiaba en Iris. Ciegamente. Sabía que, con ella, Olive no correría peligro.

—¿Lo has visto? —gritó Olive mientras regresaba nadando al estilo perrito hacia las escaleras.

—Sí. ¡Ha sido fantástico!

—Voy a hacerlo otra vez.

Saltó una y otra vez, y en todo momento Iris la sujetaba y Archer aplaudía, y creyó entonces que Olive se recuperaría, que tal vez hubieran logrado reparar su corazoncito herido.

—Oye, Liv, creo que estás preparada para meter la cabeza debajo del agua —le dijo, acuclillándose junto al borde de la piscina.

—Me parece que no —respondió ella arrugando la nariz.

—Puedes hacerlo —le dijo Iris—. Y yo estaré aquí. Te sacaré del agua si me necesitas.

—Y yo os sacaré a las dos si me necesitáis —agregó Archer, al captar la sonrisa que Iris trató de ocultar.

Olive los miró alternativamente y Archer percibió el cambio, el momento exacto en que su hija se dio cuenta de que tal vez pudiera confiar en ellos también.

—Vale —dijo lentamente—. Pero tienes que quedarte justo aquí. —Señaló el borde de la piscina.

—No me moveré, aunque des un salto gigante y me

salpiques entero —le aseguró Archer.

—Buena idea —comentó Iris—. Vamos a ver si puedes salpicar a tu padre.

A Olive se le iluminó la cara con aquella idea tan traviesa.

Prescindió de la cuenta atrás y se lanzó al agua antes de que Archer pudiera apartarse, empapándolo por completo.

Olive emergió del agua con una sonrisa triunfal.

—¿Te he mojado?

—Vaya que sí —respondió él, sacudiéndose el agua del pelo.

—¡Viva! Voy a hacerlo otra vez.

—Maravilloso —murmuró Archer con ironía, pero Iris lo miró a los ojos con una enorme sonrisa similar a la de Olive, y solo aquello ya compensó el hecho de acabar con la ropa empapada.

Cuando terminó la clase, las chicas se cambiaron y se reunieron con él en el vestíbulo.

—Me alegro mucho de haber venido —anunció, dándole un empujoncito en el hombro a Iris mientras caminaban hacia el coche—. Eres una profesora estupenda.

—Bueno, me has dado una motivación estupenda —respondió ella riéndose.

—¿Vendrás la próxima vez, papá? —le preguntó Olive, cogiéndolo de la mano cuando entraban en el aparcamiento.

«Papá».

Le había dado la mano.

Quería que fuera a su próxima clase.

¿Cómo iba a decirle que no?

Por no mencionar que sería idiota dejar pasar la oportunidad de volver a ver a Iris en traje de baño.

Capítulo 25

—¿Qué tortitas hay en la carta esta noche, chef? —preguntó Iris.

Entraba en la cocina tras acostar a Olive, y leerle un cuento extra, y atrapar y liberar a la araña que vivía en el rincón de su dormitorio, y llevarle un vaso de agua. Era todo un ritual. A veces Olive insistía en que lo hiciera ella; otras que lo hiciera Archer, y, en ocasiones, le gustaba que lo hicieran los dos juntos, algo que a Iris le resultaba incómodamente íntimo y doméstico. Habían comenzado con el ritual para irse a dormir hacía más de una hora, y no estaba del todo convencida de que Olive fuese a quedarse en la cama.

Archer se hallaba en su lugar habitual detrás de la isla de la cocina, con la ropa que solía ponerse después del trabajo: una camiseta ajustada de manga corta y unos pantalones de chándal grises que a ella la volvían loca. Pero, en lugar de cocinando, estaba leyendo las notas que había tomado en la reunión municipal dos semanas atrás.

—Estaba intentando decidir qué probar a continuación —explicó con el ceño fruncido—. Aunque la mitad de estas ideas son solo cosas nuevas que la gente quiere ver en la carta. —La miró mientras se sentaba en su taburete—. Dímelo claramente. ¿Este pueblo está empeñado en sacarme de quicio? ¿De verdad existe una receta original para las tortitas, o se trata de una especie de broma para echarme del pueblo?

—Con esta gente, cuesta saberlo —respondió ella, y se encogió de hombros—. Probablemente sea un poco de ambas cosas.

Se le acentuó entonces el ceño fruncido.

—No me malinterpretes —continuó Iris—. Sé que en alguna

parte existe una receta de tortitas que a todos les encanta, pero también es probable que quieran vacilarte un poco —agregó con una sonrisa.

—Maravilloso —murmuró él.

—Esta noche estás gruñón, ¿no?

Se preguntó si la creciente frustración sexual que iba acumulándose en su interior sería también el motivo de su mal humor. A juzgar por cómo la miraba, Iris pensó que quizá llevara razón. Se le veían los ojos oscuros y un ligero rubor se había asomado a sus mejillas. Desviaba la mirada distraídamente hacia su hombro, que había quedado al descubierto al deslizarse la enorme camiseta que llevaba puesta.

Iris recordó lo que había dicho acerca de eso. Acerca de desear arañarle la piel con los dientes. Desde luego, ella también lo deseaba.

Siendo realista, si hubiera conocido a Archer en cualquier otra circunstancia, estaba convencida de que ya se habrían acostado juntos y habrían seguido con sus vidas. Estaban luchando contra su naturaleza al tratar de evitar lo inevitable todo ese tiempo, y, francamente, Iris no sabía si podía seguir haciéndolo.

Quizá estuviera haciendo una montaña de un grano de arena. No tenían por qué convertirse en pareja oficial y pasear su relación por delante de todo el pueblo y de la abogada que llevaba la custodia. Lo que ocurriera en esa cocina se quedaría en esa cocina.

Nadie tenía por qué enterarse.

Menos aún Olive.

Tontear con Archer no tenía por qué ser algo tan serio.

Se bajó del taburete y se acercó hasta su lado de la isla, lo cual, claro, fue una idea terrible; sin embargo, Iris ya no pensaba con el cerebro. Pensaba con los genitales. Sus genitales encendidos, que exigían estar más cerca de él.

—Voy a ser tu pinche —le dijo con una sonrisa arrogante—. Enséñame lo que tengo que hacer.

Archer se quedó mirándola como si fuese muy consciente de qué estaba haciendo, y también muy consciente de que era mala idea. Pero no le dijo que no.

—¿Quieres que te enseñe a preparar tortitas? —le

preguntó, con el cuerpo pegado al suyo, cálido y firme.

Siempre se duchaba después del trabajo; olía a jabón y al detergente para la ropa que utilizaba y que dejaba todas sus camisetas muy suaves. Probablemente iba a quedarse con la que utilizó para dormir cuando se emborracharon.

—Sí, chef —respondió, y a Archer se le encendió la mirada de placer.

—De acuerdo, Iris. Te enseñaré.

Ninguno de los dos se movió. Se quedaron frente a frente, a la espera de ver quién era el primero en apartarse. Aquella noche estaban los dos sobrios. Cualquier cosa que sucediera sería porque ambos así lo decidieran. Archer estiró el brazo y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, rozándole la mejilla con los nudillos, y Iris cerró los ojos.

Gracias a Dios.

—Este pelo me vuelve loco —dijo él.

—¿Porque supone una violación del código de sanidad llevarlo suelto mientras cocino? —preguntó, abrió los ojos y vio que estaba mirándola con deseo.

—No, Iris —respondió Archer, que sacudía la cabeza—. No es por eso.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó ella con un hilo de voz.

Archer volvió a menear la cabeza como si no fuese a responder; en cambio, en su lugar, cerró los ojos y dijo:

—Porque quiero verlo extendido sobre mi almohada; quiero enrollármelo en el puño. Joder, Iris. Te deseo tanto que ya no sé qué hacer.

Iris le rodeó el cuello con los brazos, apretando el cuerpo contra el suyo. Él emitió un leve gemido.

—Ríndete —susurró ella.

Archer continuaba con los ojos cerrados. Había apretado el músculo de la mandíbula y ella contuvo la respiración.

Entonces Archer le colocó las manos en la cintura, hundió los dedos en su carne y la levantó para subirla a la isla. Iris dejó escapar un grito de sorpresa que quedó ahogado cuando él devoró su boca, ávido y ardiente. Besaba igual que lo hacía todo en la cocina: con perfección y una dedicación absoluta.

El beso se volvió más íntimo, Archer deslizó la lengua sobre la suya y le enredó los dedos en el pelo. Lo único que ella pudo hacer fue aferrarse. Le rodeó la cintura con las piernas,

acercándolo más, mientras recorría con las manos los músculos de su espalda.

Tenía que quitarle la camiseta.

Se la agarró desde abajo y tiró hacia arriba, separándose solo el tiempo justo para quitársela por la cabeza y lanzarla a un lado. Deslizó las manos por los músculos firmes y el vello suave que se combinaban a la perfección para dar forma a Archer. Dios, qué bueno estaba. Iris se derretía. Despedía mucho calor. ¿Sería posible tener un orgasmo solo con un beso? Con un beso de Archer Baer, tal vez lo fuera. Porque nunca antes la habían besado de aquella forma, como si fuese a ser su última comida. O la primera, después de pasar años sin probar bocado.

Era absorbente, apasionado y apremiante. No era un simple beso. Era un abordaje, la liberación de toda la tensión que había ido creciendo entre ellos durante semanas.

—Iris —murmuró él, apartándose para apoyar la frente contra la suya.

—No lo digas.

—Esto es mala idea.

Era mala idea, sí. Ella sabía que era mala idea, pero en aquel momento preciso le costaba mucho recordar por qué lo era.

¿Porque era su jefe? Eso la excitaba más.

¿Por Olive? Siempre y cuando ella nunca se enterase, siempre y cuando Iris no hiciera ninguna promesa que no pudiera cumplir, todo iría bien. Podría besar a Archer por las noches y cuidar de Olive durante el día, sin problema. No tenía por qué ser complicado. Podría ser solo eso: dos personas que se besan como si sus vidas dependieran de ello.

¿Por esa zona sensible y vulnerable de su corazón que se encendía cada vez que veía a Olive y a Archer juntos? Eso podía ignorarse con facilidad.

Sobre todo ahora, cuando Archer tenía los dedos enredados en su pelo y el cuerpo medio desnudo apretado contra el suyo. Iris podría ignorar sin problema esa zona sensible y vulnerable.

Volvió a besarlo, mordisqueándole el labio inferior.

—Lo sé, pero vamos a seguir de todos modos.

Su risa le hizo cosquillas en la cara.

—¿Qué ocurrirá cuando esto salga mal?

—¿Cuando salga mal el qué? ¿Estos simples besos que nos estamos dando? Porque a mí me parece que está saliendo bastante bien.

Archer se apartó un poco más y estudió su rostro:

—¿Estos simples besos?

—Unos simples besos sin importancia entre dos amigos —respondió ella con una sonrisa—. Nada del otro mundo.

Nada de nada. Solo eran dos adultos que sentían la necesidad de enrollarse porque, de lo contrario, iban a explotar, nada más. No tenía por qué convertirse en otra cosa.

—Nada del otro mundo —repitió Archer cuando volvió a tirar de él.

—Exacto. —Iris sonrió contra su boca y él deslizó las manos hacia su culo y la acercó más hasta quedar acomodado entre sus muslos.

Ella ignoró el leve tono de decepción en su voz, y aquella mirada que parecía decir que quizá no quisiera que aquello fuesen solo unos simples besos entre amigos. Metió todas esas cosas en la misma cajita donde había almacenado los sentimientos de vulnerabilidad hacia él, y la escondió detrás del bazo, donde no tuviera que pensar en ella.

Archer debía de haberla escondido también, porque estaba besándola de nuevo, con ahínco y entusiasmo, recorriéndole el cuerpo con las manos.

—Joder, Iris —murmuró contra sus labios—. Eres tan… Esto es… —Siguió iniciando frases e interrumpiéndolas con más besos, sin terminar nunca de expresar un pensamiento, aunque dejando bastante claro lo que pensaba de todas formas—. ¿Me permites tocarte? —Tenía la mano colocada sobre la cara interna de su muslo, tan cerca del dobladillo de sus *shorts* que Iris pensó que explotaría si no la tocaba.

—Sí, chef —ronroneó en el hueco de su oreja, y sonrió al oír su gemido de respuesta.

—Tienes que dejar de hacer eso —le dijo él—. O al final voy a tener un accidente.

La risa de Iris se vio súbitamente interrumpida al notar que Archer le deslizaba los dedos por debajo de las bragas. No perdió el tiempo. Le encontró el clítoris, lo presionó con el pulgar y ella perdió por un instante el sentido de la realidad.

—Joder, Archer —susurró.

Entonces, fue él quien sonrió con arrogancia:

—¿Así?

—Sí, así… —A Iris se le entrecortó la voz—. Y más… —Movió un poco las caderas, de un lado a otro.

Archer de inmediato captó la indirecta y empezó a mover el pulgar de izquierda a derecha, ejerciendo un poco más de presión y, joder, ¡qué maravilla! Aquel hombre no se andaba con tonterías.

El gemido que se le escapó de los labios sonó demasiado potente para lo pronto que era, habida cuenta de que estaban en mitad de la cocina y había una niña durmiendo —con suerte, así era— al final del pasillo. Dios, aquello era muy mala idea, pero el placer se extendía por sus extremidades, ardiente e irrefrenable, ¡y no podían parar!

Archer le cubrió la boca con la suya, sofocando sus gemidos y suspiros, y siguió moviendo la mano, más deprisa, con más fuerza, hasta que Iris perdió toda razón y quedó casi sin aire; fue entonces cuando dejó de importarle que aquello fuera, objetivamente, una idea terrible.

—Quiero que te corras, Iris —le ordenó él con la voz rasgada y la frente apoyada contra la suya.

Iris gimoteó, notaba como el placer aumentaba a gran velocidad, descontrolado, imparable, tanto que, si Archer no hubiera vuelto a besarla, habría gritado con tanta fuerza como para despertar a los vecinos.

—Lo sabía —murmuró, apartándose, jadeante y temblorosa.

—¿Qué es lo que sabías? —le preguntó él; la acariciaba aún con los dedos, despacio y con más calma ahora, haciéndola temblar con cada roce.

—Sabía que esas manos eran capaces de toda clase de cosas.

Archer agrandó la sonrisa y volvió a presionar con el pulgar, provocándole una segunda oleada de placer que le recorrió todo el cuerpo. Iris dejó escapar un grito ahogado y se llevó una mano a la boca, con las piernas temblorosas sobre la encimera.

Cuando Archer apartó la mano y se lamió los dedos, con un gemido casi tan intenso como el suyo, Iris estuvo a punto de

derretirse allí mismo.

—Ha sido mala idea —le dijo él, contemplando su cuerpo laxo sobre la isla de la cocina.

Ella lo sabía; aun así, le molestaba oírlo cuando acababa de tener un orgasmo de lo más asombroso.

—¿De verdad?

—Sí —insistió él con la voz ahogada—. Ahora que te he saboreado, quiero más.

—Ah —respondió Iris, notando que el calor le inundaba todo el cuerpo.

Archer sacudió la cabeza y dio un paso atrás; de inmediato, ella extrañó su calor entre los muslos.

—Pero ha sido demasiado arriesgado —agregó él—. Olive podría haber salido en cualquier momento.

—Es como ser adolescente, pero al revés. —Archer pareció confundido, así que se explicó—: Como preocuparte de que tus padres te vayan a pillar enrollándote en el sofá, pero ahora nos preocupa que nos pille tu hija.

Además, si Olive la pillaba besando a su padre en la cocina, probablemente después le costaría más justificar su argumento de «no pensamos casarnos».

—Claro. —Archer resopló con pesar—. Y no creo que pueda permitirme duplicar sus sesiones de terapia si nos pilla.

—Claro —convino Iris, bajándose de la encimera pese al temblor de las piernas. Archer la estabilizó colocándole una mano en el codo—. Perdona, no debería haber…

—No te disculpes. —Las palabras de él sonaron severas, tajantes.

—Pero ¿y tú? —Iris señaló la parte delantera de su pantalón de chándal; lucía un aspecto mucho más obsceno que de costumbre debido a la prominente erección que escondía debajo. Muy prominente.

«¡No mires, Iris!», se dijo.

—Más material para la ducha, supongo —respondió él con una sonrisa traviesa.

Iris puso los ojos como platos.

—Buenas noches, Iris —le dijo, y le dio un último beso tórrido en los labios antes de darse la vuelta y alejarse por el pasillo.

Cuando le vio entrar en el cuarto de baño y no en su

dormitorio, Iris tuvo que apoyarse contra la encimera. Volvían a temblarle las piernas.

Por algún motivo, aquel intenso orgasmo sobre la encimera de la cocina no había sido suficiente, y pensar ahora en Archer metido en la ducha, pensando en ella…

Le resultaba demasiado.

«Hora de irse a la cama, Iris».

«Y veremos si consigues dormir».

Capítulo 26

—¿Estás bien, chef? —La pregunta de Cyrus sacó a Archer de su ensoñación. Una ensoñación nada apropiada para el trabajo.

—Sí, claro —respondió tras aclararse la garganta.

—¿En serio? —insistió Cyrus con una sonrisa engreída—. Porque acabas de cubrir ese plato de tortitas con el aliño de la ensalada.

Archer contempló el desastre que tenía delante.

—Mierda. —Tiró a la basura el desayuno echado a perder —. ¿Me traes otra tanda?

—Sí, chef —contestó Cyrus con una carcajada—. ¿Qué es lo que te tiene tan distraído?

No era un qué, era un quién. Habían pasado dos días desde el incidente en la encimera de la cocina y Archer no había parado de pensar en Iris. En su boca, en su calor, en sus sonidos. Dios, sus sonidos, esos gritos ahogados, esos gemidos se reproducían en bucle en su cabeza. Una obscena banda sonora que acompañaba su día. Apenas había hablado con ella desde entonces, utilizando a Olive como barrera entre ellos durante el día y prescindiendo de su habitual preparación de tortitas nocturnas por si acaso ella salía a buscarlo. No sabía qué haría en caso de que eso ocurriera.

Deseaba a Iris en demasiados sentidos.

—Nada —murmuró; no tenía ninguna intención de explicárselo a su cocinero.

—Ah —dijo Cyrus con un gesto cómplice al tiempo que vertía más masa sobre la plancha—. Se trata de una mujer.

—No se trata de… No es eso.

El anciano se rio:

—Ya, seguro. Acabas de echar a perder tres platos esta mañana porque estás pensando en el tiempo.

—Prepara las malditas tortitas, chef.

—Sí, chef —respondió Cyrus, y sacudió la cabeza con otra risotada.

—Oye, chef, el alcalde está en la mesa tres. Desea hablar contigo —dijo Jess al atravesar derrapando las puertas batientes en la cocina.

—Más despacio —le gruñó Archer al pasar junto a ella.

Jess le hizo el saludo militar a modo de broma.

—¡Cyrus, las tortitas! —gritó mientras salía de la cocina; sabía que estaba pagando su mal humor con sus empleados, pero era incapaz de contenerse.

Y ahora el alcalde quería hablar con él. Si el tipo se atrevía a hacer alguna observación más sobre su última versión de las sagradas tortitas, era posible que perdiera el control por completo.

Deseaba a Iris. Mucho. Y en muchos más sentidos de los que debería. No sabía qué hacer al respecto, y eso estaba volviendo a sacar a relucir su actitud de imbécil.

Respiró hondo antes de detenerse frente a la mesa del alcalde:

—Buenos días, alcalde. ¿Va todo bien?

El alcalde Kelly le sonrió.

—Hola, Archer —dijo Hazel desde el otro lado de la mesa —. ¿Cómo se encuentra Olive?

—Qué hay, Hazel. Mucho mejor, gracias.

—Nos encantan las nuevas tortitas, Archie —declaró el alcalde, y a él no le pareció tan mal el apodo cuando iba acompañado de un cumplido.

—Estupendo.

—Y la pizarra con los platos especiales me parece una gran idea.

Archer miró la pizarra donde había escrito el especial de aquel día, las «Tortitas de arándanos de Noah». Lo había hecho por impulso al recordar que había sido Noah quien propuso esas tortitas en la reunión municipal.

—Me alegra que le guste, señor.

El alcalde ignoró su cortesía con un gesto de la mano:

—Por favor, llámame Pete. El caso es que estoy convencido

de que al pueblo va a encantarle esta nueva idea.

Archer empezó a notar el miedo en el estómago. ¿Nueva idea?

—A la gente le gustará ver su nombre en la pizarra, además de probar todas las tortitas nuevas.

¿Esa era su nueva idea? ¿Preparar las sugerencias de todo el mundo y luego poner su nombre a las tortitas?

La verdad es que no era la peor idea del mundo. Tal vez así la gente dejaría de protestar con el asunto de la maldita receta original.

—¿Sabes? —prosiguió Pete—. He soñado que esta cafetería era en realidad un establecimiento de tortitas.

—¿Has soñado con la cafetería?

—Sueña con toda clase de cosas —contestó Hazel con una carcajada.

—Y suelo ser muy certero —añadió Pete, y se encogió de hombros.

Archer miró alternativamente a padre e hija y trató de adivinar si hablaban en serio. Resultaba imposible de saber, así que se limitó a asentir:

—Lo tendré en cuenta.

—Estupendo —zanjó Pete con una sonrisa—. ¿Y qué tal van las cosas con Iris?

Archer notó el calor en la cara. ¿Sería posible que el alcalde supiera lo que le había hecho a su niñera sobre la encimera de la cocina?

—¿Se las apaña como niñera de Olive? —matizó el alcalde al ver que Archer se quedaba callado como un idiota.

—Ah…, pues… sí. Claro. Es una niñera fantástica.

—Me alegra oírlo. Qué bien que te estés adaptando a la vida en Dream Harbor.

Archer asintió como un tonto. Adaptarse. A la vida. En Dream Harbor. Eso era lo que estaba haciendo, sí. Adaptarse y desear que Iris se adaptase con él.

—Claro. —Se aclaró de nuevo la garganta y Hazel le dedicó una leve sonrisa que indicaba que sabía en qué estaba pensando, lo cual resultaba muy alarmante—. Debería regresar a la cocina.

—¡Por supuesto! Hay que dar de desayunar a una multitud hambrienta.

—Luego nos vemos.

—¡Adiós, Archer! —gritó Hazel mientras él se daba la vuelta y atravesaba el abarrotado comedor en dirección a la cocina.

Tenía que hacer algo respecto a Iris, y cuanto antes. Ya ni siquiera se reconocía. Estaba tan distraído pensando en ella que echaba a perder las comandas y fantaseaba con cosas que nunca antes había deseado.

Pero lo que no sabía era si debería apartarla de su lado o acercarla más aún.

Iris se encontraba dando una clase de aquaeróbic, convencida de estar ejecutando bien los movimientos, proyectando la voz correctamente para dar las instrucciones y engañando a todo el mundo para que no supieran que estaba pensando en las manos y en los labios de Archer, además de en lo que esas manos y esos labios podían hacerle.

—¿Iris?

Su nombre resonó en la estancia de la piscina. La lista de reproducción había terminado.

Salió de su ensimismamiento y vio a media docena de mujeres mirándola fijamente. Bueno, vale, era posible que estuviera más distraída de lo que creía.

—Perdón, señoras. Vamos a serenarnos un poco.

—Ni hablar —intervino Marissa—. ¿Qué es lo que te tiene tan ausente, Iris?

Ay, no. Aquellas mujeres percibían el drama. Les encantaba el drama. Y, a lo largo de los años, había adoptado la desafortunada costumbre de contárselo todo a sus adoradas alumnas; sin embargo, aquello no era una simple aventura. Aquel drama se debía a Archer.

Y, por un millón de preocupantes razones, le parecía diferente.

—No es nada, en serio. —Hundió los hombros y sacó los pies del agua, utilizando las manos para mantenerse a flote.

—Mmm… Ya, seguro —dijo Carol mientras se acercaba nadando—. Y por eso hace diez minutos que has dejado de decirnos lo que teníamos que hacer y hemos estado chapoteando como peces hasta que se han terminado las

canciones.

A Iris se le sonrojaron las mejillas.

—Bueno, la cuestión es esta —empezó a decirles, y todas se arremolinaron en torno a ella—: ¿Alguna vez habéis conocido a alguien que os haya hecho replantearos todo lo que pensabais que queríais?

Las mujeres pusieron los ojos como platos.

—Guau —comentó Janet con un silbido—. Le ha dado fuerte.

—No es verdad. No me ha dado fuerte.

—Iris. —Estelle enarcó las cejas.

—Bueno, vale, puede que sí me haya dado un poco fuerte. Pero la cuestión es que me hace… desear cosas que nunca pensé que querría, y ahora estoy confundida.

—¿Qué clase de cosas? ¿Que te aten o algo así? —preguntó Marissa.

—¡No! —exclamó Iris salpicándola—. No me refiero a cosas sexuales, sino a cosas de la vida. Ya me conocéis, señoras. Sabéis que suelo cansarme rápido de los hombres.

—Pero ¿con este quieres quedarte más tiempo? —probó Janet.

—No lo sé. Es complicado. Hay otros factores… —Si explicaba que el hombre tenía una hija, sabrían de inmediato de quién estaba hablando (y, aunque probablemente ya lo supieran, no le apetecía admitirlo aún)—. Creo que lo que pasa es que tenemos que acostarnos juntos, y así podré dejar de sentirme tan rara.

—¿Todavía no os habéis acostado? —La sorpresa en la voz de Marissa bastó para ilustrar cómo eran la mayoría de las relaciones de Iris. Apasionadas, pero fugaces.

—Bueno, digamos que sabe usar bien las manos. —Iris sonrió y después se sumergió bajo el agua, pero el ruido de las risas y los gritos de sus alumnas la siguió hasta el fondo.

Quizá llevaba razón. Quizá tendría que acostarse con Archer y quitarse de encima toda esa frustración sexual acumulada, y así podría pensar con claridad. Entonces, recordaría que no deseaba tener una relación seria, ni una hija ni nada a largo plazo.

Lo que había entre ellos podía ser solo una cuestión meramente física sin que Olive sufriera daño alguno.

Ahora solo tenía que convencer de ello a Archer.

Capítulo 27

Una semana después del incidente de la cocina, estaban sentados juntos en el sofá viendo una película. Olive no se sentaba entre ellos. Olive ni siquiera se encontraba en casa. Se había ido a dormir a casa de su abuela. Así que habían decidido aprovechar que tenían la tele para ellos solos y ver una película. Y allí estaban, en la acogedora oscuridad del salón, sin niña en casa y con uno de los asientos del sofá vacío entre ambos, y Archer no tenía ni idea del argumento de la película.

Llevaba los últimos cuarenta y cinco minutos mirando la pantalla, pero, si le hubieran preguntado, no habría sabido decir de qué iba. Lo que sí habría sabido decir era que Iris vestía un top de tirantes y unos *leggings* de yoga, y que llevaba el pelo recogido en un moño descuidado en lo alto de la cabeza, también que olía a vainilla y que había emitido suaves suspiros de felicidad mientras degustaba la cena que él le había preparado, y que cada vez que se reía de algo de la película a él le daba un vuelco el corazón. Y que estaba volviéndose loco por estar tan cerca de ella y no poder tocarla.

Era ridículo.

Era un hombre adulto, la casa era suya, y, si quería algo, debería poder tenerlo. ¿O no? El hecho de que fuera padre no significaba que tuviera que practicar el celibato. Y Olive ni siquiera estaba allí. No tenía por qué afectarle en absoluto. No tenía por qué ser complicado.

—Iris.

—Dime. —Se volvió para mirarlo con una sonrisa traviesa.

Era casi como si ella supiera con exactitud lo que había

estado cociéndose en su cabeza durante toda la noche. En realidad, durante toda la semana.

—Quiero besarte.

—Pues hazlo —respondió Iris agrandando la sonrisa.

Antes de que hubiera terminado de hablar, Archer salvó la distancia entre ellos y la sentó en su regazo. Ella se colocó a horcajadas sobre él y le pasó las manos por el pelo, tirando un poco de las puntas. Él le sonrió.

—Le puse aliño de ensalada a las tortitas por tu culpa.

—¿Cómo? —se rio ella.

Entonces la besó en los labios y absorbió aquel delicioso sonido.

—No puedo dejar de pensar en ti, Iris —murmuró contra su boca, y notó que ella sonreía—. Está convirtiéndose en un problema.

—Para mí también —le confesó ella—. Básicamente me quedé en blanco en mitad de una clase. —Le mordisqueó el labio inferior y él emitió un gemido.

—¿Y qué vamos a hacer al respecto? —preguntó.

Iris se acomodó mejor sobre su regazo y presionó el culo contra su miembro.

—Se me ocurren algunas ideas —dijo.

—¿Y cuando las cosas se compliquen?

—No se complicarán —le prometió, restregándose contra él hasta hacerlo gemir—. Y, si se complican, te prometo que protegeremos a Olive.

Archer suspiró aliviado al oír aquello. Protegerían a Olive. Juntos. Lo que hubiera entre ellos no tenía por qué perjudicar a su hija.

—Bien, de acuerdo. —Hundió los dedos en sus caderas y ella se meció hacia delante—. Pero tienes que dejar de hacer eso, de lo contrario la cosa acabará muy rápido.

Iris se rio y él notó su aliento cálido en la cara.

—Quiero que sea rápido. No quiero seguir esperando.

—Joder, Iris —murmuró.

—Esta vez —matizó ella, quitándose ya los *leggings* de yoga, tan rápido que Archer apenas tuvo tiempo de registrar sus piernas desnudas, su trasero desnudo—. La próxima vez podemos ir despacio.

«La próxima vez». Sus pensamientos se aferraron a esa

pequeña promesa.

—Por favor, Archer.

El ruego desesperado de Iris lo trajo de vuelta a la realidad. Estaba medio desnuda sobre su regazo, con las mejillas sonrosadas, pidiéndole que hiciera aquello en lo que no había podido dejar de pensar desde que se trasladó a vivir con ellos.

—Sí. —Sí a su ruego, sí a todo.

Entonces, notó cómo sus manos le bajaban el pantalón de chándal y le agarraban el pene con tal determinación que estuvo a punto de reírse, pero se le ahogó la risa en la garganta. Iris lo acarició una, dos, tres veces, antes de incorporarse sobre las rodillas y colocarse la punta entre las piernas.

Le sostuvo la mirada. La de ella se veía cargada de deseo.

—Tomo la píldora —le dijo, y él asintió—. ¿Todo bien, Archer?

Supo lo que le estaba preguntando.

—Sí, todo bien. Me he hecho pruebas.

—Yo también.

La besó con desesperación mientras ella se dejaba caer lentamente, y ambos emitieron un gemido ahogado cuando quedó sentada sobre su miembro. Joder, qué bien. No iba a durar mucho. Aunque Iris ya había empezado a moverse y a gemir como si tampoco ella fuese a durar mucho.

Movía las caderas con vehemencia, y Archer deseó que no llevara puesto aquel top de tirantes, deseó haber tenido la oportunidad de saborearla, de ver su cuerpo, pero ella movía y movía las caderas sin parar, y las palabras «la próxima vez» se repetían en su cabeza.

La apretó de las caderas y la besó mientras lo cabalgaba.

—Estoy a punto —gimió Iris—. Me voy a correr.

Archer apretó los dientes. Él también estaba a punto.

Iris movió de nuevo las caderas, le clavó las uñas en los hombros y de sus labios escapó un gemido gutural. Archer no había tenido tiempo de prestar atención, de asimilar todo aquello, Iris sentada en su regazo, suspirando y gimiendo. Fue todo demasiado rápido, demasiado breve, pero no podía parar. No podía impedir que Iris se meciera contra él, ni el placer que comenzaba a recorrerle todo el cuerpo.

—Córrete conmigo, Archer —le dijo, y así lo hizo.

La embistió con fuerza y notó que ella tensaba los músculos a su alrededor. Por suerte, la casa estaba vacía, porque ninguno de los dos fue discreto. Fue un momento tórrido, escandaloso, frenético, semanas de tensión que por fin culminaban. Pero no era suficiente.

—Joder —dijo Iris, apoyando la frente sobre la de él mientras iba aquietando sus movimientos.

—Sí —convino él con una carcajada—. Ha sido... —Alucinante, excitante. Insuficiente para saciar su sed de ella.

—Sí. —Iris sonrió—. Lo ha sido.

El placer apenas se había apagado cuando a Archer le sobrevino el miedo a que, ahora que Iris se había corrido, ya no hubiera una próxima vez. Ahora que se había aliviado la tensión, no necesitaría una próxima vez.

Y a él no debería importarle. Los rollos de una noche no eran algo nuevo en su vida. Los rollos de una noche eran perfectos para el antiguo Archer. En el pasado, casi siempre habían servido para quitarse de la cabeza a una compañera de trabajo atractiva y así poder concentrarse en lo único que de verdad le importaba: su trabajo.

Sin embargo, ya no quería eso. Con Iris no. Su trabajo ya no era lo más importante en su vida. De hecho, en aquel momento se situaba en un lejano tercer puesto de la clasificación. La tensión se había aliviado, pero seguía deseándola. La deseaba en su vida. Punto. Con o sin sexo, deseaba tener a Iris Fraser cerca de él.

Joder. Era él quien iba a complicar las cosas. Eran sus sentimientos los que iban a acabar perjudicados.

Por algún motivo, no lo había visto venir.

Iris se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla.

—Voy a limpiarme.

—Sí, claro. —Archer iba recuperando el sentido poco a poco, se daba cuenta de lo que acababan de hacer y de lo mucho que le había afectado.

—Pero no me importaría tener compañía después —agregó ella—. Ya sabes dónde encontrarme.

—Sí, desde luego. —Ni siquiera sabía si Iris lo había oído; ya se encontraba en mitad del pasillo cuando respondió.

¿Qué coño acababa de pasar?

Después de limpiarse con un papel de cocina, se recostó en

el sofá y trató de reconstruir la última media hora. ¿No debería acaso sentirse aliviado, satisfecho por haber logrado al fin lo que hacía semanas que deseaba?

Pero no era suficiente. No se trataba solo de correrse.

Al menos, para él. Ya no. En cambio, Iris se había ido nada más terminar, de modo que tal vez para ella solo fuese una cuestión de sexo y nada más.

Le había dicho que no pensaba tener hijos. Y, en el hipotético caso de llegar a estar juntos en modo alguno, eso incluiría tener una niña de manera automática. ¿Dónde los dejaba aquello?

Apoyó la cabeza sobre los cojines. Se había creído capaz de compartimentar sus sentimientos hacia ella. Se había creído capaz de gestionar el hecho de tenerla viviendo en su casa. Se había creído capaz de controlarlo todo, como acostumbraba hacer; sin embargo, aquello no estaba saliendo como había imaginado.

Y ahora podía elegir.

Podría dejarlo correr. Ya se habían quitado de encima lo del sexo prohibido y podría olvidarlo. Seguir con su vida. Probablemente incluso debería buscar otra niñera. Y los niños eran resilientes. Olive se recuperaría. Contaba con él. Y Archer se enorgullecía de ello. Se enorgullecía de que pudiera contar con él. Juntos, superarían la marcha de Iris.

O…

Podría aceptar el ofrecimiento de Iris y hacerle compañía más tarde.

No tardó más de tres segundos en decantarse por la opción número dos. No sabía qué deseaba Iris a largo plazo, pero, si existía una ínfima posibilidad de que lo deseara a él, tendría que aprovecharla.

Iris se puso debajo del chorro caliente de la ducha y trató de no dejarse llevar por el pánico. Muy bien, por fin se había acostado con su jefe. Y había sido alucinante. Después, había salido literalmente huyendo, al tiempo que lo invitaba a compartir más tarde otro rato de diversión con ella.

Dios, pero ¿qué le pasaba? Estaba hecha un lío. ¿Se sentiría Archer tan confundido como ella? Tal vez no debería haberse

marchado tan deprisa al terminar, pero había sido todo tan rápido, tan salvaje y excitante que, al acabar, ¡no había sabido dónde meterse!

Probablemente él pensara que lo estaba utilizando para correrse, porque en parte así era, aunque también deseaba algo más, y lo cierto era que le gustaba. Le gustaba de verdad, era un sentimiento que había ido creciendo en su interior durante todo ese tiempo, pero de pronto le había explotado en la cara y se había visto invadida por el pánico.

Hacía muchísimo tiempo que a Iris no le gustaba un hombre y quería estar cerca de él incluso con la ropa puesta. Lo cierto era que no sabía qué hacer con esa emoción.

«Vale, respira, Iris —se dijo—. Lo primero que tienes que hacer es salir de la ducha, porque llevas aquí metida un buen rato y a Archer va a empezar a parecerle raro».

Cerró el grifo, salió de la ducha y se dio cuenta entonces de que no se le había ocurrido llevarse un cambio de ropa, ni siquiera la ropa que se había quitado en el salón. Llevaba el top y el sujetador deportivo, pero absolutamente nada en la parte de abajo. Perfecto.

No se molestó en volver a ponerse el top y, en su lugar, se envolvió con una toalla y rezó para poder llegar a su dormitorio sin que la pillara.

Abrió la puerta y, al salir, se topó directamente contra el torso de Archer.

—Ay.

—Perdona. —La sujetó por los brazos para que no perdiera el equilibrio—. Me estaba empezando a preocupar. Pensaba que igual te habías golpeado la cabeza o algo así.

—No —se rio ella—. Estaba… pensando.

—Sí, yo también. —La miraba fijamente a los ojos, los suyos oscuros y serios en mitad del pasillo en penumbra.

Iris era muy consciente de su falta de ropa. Notaba un cosquilleo en la piel por debajo de la toalla, todas sus terminaciones nerviosas en alerta.

—¿Y en qué pensabas? —le preguntó.

Archer desvió la mirada hacia la piel desnuda que asomaba por encima de la toalla, después se fijó de nuevo en su rostro.

—Pensaba que no ha sido suficiente.

—¿De verdad? —respondió con un susurro que le dio un

poco de vergüenza. Sin embargo, Archer aún no le había soltado los brazos, y su cercanía hacía que le diera vueltas la cabeza.

—¿Esa ha sido tu manera de poner fin a lo que hay entre nosotros? ¿Echar un polvo rapidito para poder seguir con nuestras vidas? Porque, si es así…

—No —respondió ella sin pararse a pensar—. No, no es eso lo que deseo.

Archer esbozó una sonrisa de alivio. Se acercó más, hasta que Iris notó la pared a su espalda.

—¿Y qué es lo que deseas?

—No estoy segura.

Él frunció el ceño y volvió a apartarse; sin embargo, Iris le rodeó el cuello con los brazos y lo acercó de nuevo a ella.

—Iris, si quieres que paremos, pararemos. No era mi intención presionarte para hacer esto.

Ella se puso de puntillas y le dio un beso casto en los labios.

—Deseo esto. Deseo esta atracción física que hay entre nosotros. Mucho. Créeme.

Archer dejó escapar una leve carcajada, aunque claramente estaba esperando a que continuara.

—Pero… respecto a lo demás, no lo sé… No quiero haceros daño a Olive ni a ti. No puedo prometerte nada, así que, si tú quieres que paremos, pararemos. —Le sostuvo la mirada y, en aquel momento, deseó poder hacerle una promesa, pero seguía sin estar segura de ello. Seguía sin saber si aquella sería una vida que podría llegar a desear.

—Gracias por ser sincera conmigo —le dijo él, rozándole la boca con la suya mientras hablaba—. Me parece bien tener algo que sea solo físico. —Había bajado la boca hasta su cuello y empezó a lamerle las gotas de agua que le perlaban la piel.

—¿Estás seguro? —le preguntó ella con un hilo de voz.

—Muy seguro.

Archer deslizó los dedos por el borde superior de la toalla. Enarcó una ceja en un gesto inquisitivo y Iris asintió, satisfecha de poder dejar atrás aquella conversación y adentrarse en terreno conocido.

Archer dio un pequeño tirón y la toalla cayó al suelo, quedó hecha un ovillo a sus pies. Dejó escapar un gemido y

deslizó las manos por la curva de su cintura hasta posarlas en sus caderas. Estaba comiéndosela con los ojos.

—Lo de antes ha sido demasiado rápido. —La cogió en brazos y ella soltó un gritito de sorpresa—. Esta vez, pienso saborearte entera.

Iris se aferró a sus hombros, sin saber si sobreviviría a lo que fuera que tuviera en mente, aunque muy excitada con la idea de descubrirlo.

Capítulo 28

Archer la tumbó sobre su cama, olvidada ya la toalla.

—Llevo semanas imaginándote así.

—Espero estar a la altura de tus fantasías —respondió Iris con una sonrisa.

—Las superas con creces, de hecho. —Archer se quitó la camiseta, se tumbó sobre su cuerpo y le dio un tórrido beso en los labios—. Has estado tentándome, Iris. Como una especie de sirena.

—Pero ¿las sirenas no guían a los marineros hacia la muerte? —preguntó ella con la nariz arrugada.

Archer había deslizado la boca hasta su cuello y estaba succionando y mordisqueando su delicada piel.

—Algo así —murmuró.

—Pues yo no me meto en el mar, así que tendrás que pensar en otra criatura mitológica.

—¿No te metes en el mar? —le preguntó él, y levantó la cabeza.

—No.

—Si te criaste en un pueblo costero.

—Claro, así que sé todas las criaturas siniestras que habitan en las profundidades. Muchas gracias, pero no.

Archer le borró el fruncido de los labios con un beso.

—Vale, pues no eres una sirena.

Iris se retorció bajo su cuerpo y le rodeó las caderas con las piernas, haciéndole gemir.

—No soy una sirena —convino—. Solo una humana sexi.

Archer se rio y ella se dejó absorber por aquel delicioso sonido. Le encantaba cuando se reía. Le encantaba que se divirtiera con ella, que en aquel momento no estuviera

estresado por el trabajo ni por su hija. Las cosas entre ellos podían ser sencillas. Ella le hacía sonreír y él la hacía correrse, y todos tan amigos. La cosa más normal del mundo. Pan comido para ella.

Pero entonces recordó lo mucho que se había asustado y estresado cuando Olive se puso enferma, y que Archer acudió al rescate de ambas. Se había ocupado de todo, manteniendo bajo control las emociones de todos hasta que la crisis quedó atrás.

Tal vez Archer fuera diferente.

Tal vez, con él, ella pudiera desear cosas diferentes.

—Sí que eres sexi —confirmó él, dándole besos por la mandíbula hasta llegar a la oreja—. Y amable y divertida y juguetona y entregada.

—¿Entregada? —Eso no se lo habían dicho nunca.

—Sí, a tus alumnas y a Olive. A tus amigas. A este pueblo.

Iba dándole besos por el cuello a la vez que enumeraba todas las cosas a las que Iris había entregado su vida, y, por un instante, le dio por pensar que tal vez no hubiera pasado la mayor parte de su vida adulta a la deriva, que tal vez hubiera hecho cosas importantes para los demás.

Notó una emoción incómoda que le subía por la garganta. Ay, no… Tragó saliva, pero las lágrimas ya habían empezado a resbalarle por el rostro. Mierda. Nunca lloraba. A no ser que estuviera viendo uno de esos malditos anuncios que echaban durante las Olimpiadas, o que se encontrara con un viejo veterano de guerra en casi cualquier situación.

¿Y ahora se ponía a llorar mientras mantenía relaciones sexuales?

Su lenguaje corporal debió de cambiar, a pesar de sus esfuerzos, porque Archer volvió a alzar la cabeza. Desorbitó la mirada al ver su cara surcada de lágrimas.

—No pasa nada —se excusó ella sorbiéndose la nariz, tratando por todos los medios de frotarse la cara—. Es que he tenido un día muy largo y muy raro.

Archer la miró con dulzura y su boca adoptó un gesto dulce cuando dijo:

—Yo también.

Le dio un beso en la punta de la nariz y se levantó de la cama, dejándola desnuda, llorosa y vulnerable, y ella estuvo a

punto de levantarse también y retirarse a su habitación, porque ¿quién quiere acostarse con una persona que está llorando? Nadie con quien ella deseara acostarse, francamente.

Sin embargo, Archer cogió una camiseta de manga corta del cajón y se la tendió.

—Puedes dormir con esto —le dijo, como si no tuviera intención de enviarla de vuelta a su dormitorio, como si se diera por hecho que ella iba a dormir allí con él, aunque no tuvieran relaciones sexuales.

La camiseta era tan suave y olía tan bien, y la sonrisa de Archer también era tan suave y él olía tan bien que Iris cedió. Se rindió a la tentación de dormir allí, de permitir que aquello fuera algo más que sexo, al menos por el momento, de dejar que ese lugar vulnerable de su corazón creciera un poco más.

Porque había sido un día muy largo y muy raro. Unos meses muy largos y muy raros. Y acostarse con Archer no había resuelto nada de ello. Menuda sorpresa.

—Gracias. —Aceptó la camiseta y se la puso por la cabeza.

Archer dobló las sábanas y se metió por su lado de la cama. Iris se metió a continuación y él la rodeó de inmediato con los brazos, haciendo la cucharita con la espalda de ella pegada al torso de él.

—¿Quieres hablar de ello? —le preguntó, y su aliento le hizo cosquillas en el vello de la nuca.

Iris deslizó los dedos sobre los músculos compactos de sus antebrazos, donde la rodeaba suavemente a la altura de la cintura.

—En realidad no es nada. Es que… me ha gustado que dijeras eso de mí. Normalmente me considero bastante voluble. Lo de «entregada» es algo nuevo para mí.

Archer pegó los labios a su cuello, con suavidad. Fue apenas una caricia; aun así, notó su efecto hasta los dedos de los pies.

—Creo que eres increíble, Iris. Aunque me esfuerzo por no pensarlo.

—¿De verdad? —le preguntó ella riéndose.

—Desde luego. —Archer tenía la mano extendida sobre su vientre y acariciaba distraídamente con el pulgar la parte

inferior de su pecho. Iris se obligó a concentrarse en sus palabras—. Acostarse con la niñera es una gran metedura de pata, pero colarte a lo bestia por la niñera me parece que es una metedura de pata aún mayor.

—¿Estás colado a lo bestia por mí? —La pregunta le pareció demasiado inocente para la situación, con aquel pulgar que empezaba a subir y ya casi le acariciaba el pezón, y con el pene erecto de Archer contra su culo todavía desnudo.

—Ni te lo imaginas.

—Puede que yo también esté colada por ti —admitió.

Sintió la sonrisa de Archer en su nuca.

—¿De verdad?

—Claro que sí —respondió con un resoplido—. Me das de comer comida con la que antes solo soñaba. Cuidas de tu hija de un modo que me provoca un cosquilleo en la tripa. Y cuando te miro los antebrazos mientras troceas ingredientes… En fin, me dan ganas de chupártelos.

Archer dejó escapar una carcajada de sorpresa y la estrechó con más fuerza contra sí.

—¿Crees que estoy haciendo un buen trabajo con Olive? —preguntó, y ella alcanzó a oír las dudas en su voz, el miedo a que tal vez no estuviera haciendo un buen trabajo.

—Que estés aquí con ella es asombroso. Que hagas el esfuerzo, que lo intentes, que la quieras… es perfecto, Archer. Créeme.

Se alegraba de no estar mirándolo, porque se le escaparon unas lágrimas más, aunque Archer debió de notarlo de igual modo y la abrazó con más fuerza.

—Esto puede ser lo que tú quieras, Iris —le dijo—. Pero que sepas que estoy contigo también. Si quieres que esté.

—Ya me habías conquistado con esos antebrazos —respondió ella con un suspiro—, no hacía falta que, además, te pusieras cariñoso.

Él volvió a posar la boca en su cuello:

—No puedo fiarme solo de mi físico arrollador.

—No te prometo nada —le dijo ella, con la respiración entrecortada, cuando Archer empezó a succionar la delicada piel del cuello donde se unía con el hombro.

—No te pido que lo hagas. —Deslizó la mano hacia arriba,

hasta cogerle el pecho a través de la camiseta—. ¿Esto te parece bien?

—Mmm —murmuró Iris, dejando que su cuerpo tomara el mando.

Los movimientos de Archer eran ahora lentos y lánguidos, acariciando con las manos su piel, saboreándola como había dicho que haría. Deslizó una mano sobre la camiseta y, al hacerlo, rozó la curva de su pecho y acarició el pezón. Iris contuvo la respiración y él se rio en su oreja y volvió a hacerlo.

Seguía con su otro brazo alrededor de su cintura, apretándole el vientre, sujetándola con fuerza contra su cuerpo. Iris estaba ansiosa, excitada, y sus caricias le parecían demasiado pausadas, demasiado ligeras.

—Archer —susurró—. Haz algo.

Él volvió a reírse, y su risa le acarició la piel:

—Ya estoy haciendo algo, Iris. Por fin estoy tocando este cuerpo tan dulce que tienes, y esta vez no pienso precipitarme.

Ella gimió a modo de frustración, retorciéndose contra él, y sintió el peso duro de su erección contra las nalgas.

—Iris —murmuró él, conteniendo un gemido, y deslizó la mano entre sus piernas.

Ella levantó la de arriba por encima de la de él y la colocó sobre su muslo. Los dedos de Archer encontraron sus pliegues húmedos y anhelantes, pero, en lugar de presionarle directamente el clítoris como había hecho la primera noche, esta vez empleó caricias suaves que ella apenas alcanzaba a sentir, pasadas ligeras que la volvían loca de frustración.

—Archer —le dijo, casi con un rugido—. Por favor.

—¿Siempre te gusta rápido y salvaje? —le preguntó él, aún atormentándola, aún deslizando los dedos por donde más lo deseaba, aunque sin llegar nunca a ejercer la presión suficiente.

—Por lo general sí.

—¿Nunca nadie se ha tomado su tiempo contigo?

—Nunca he querido que lo hicieran —confesó ella.

—¿Quieres que yo lo haga? —susurró él, utilizando la otra mano para envolverle el pecho y apretarle el pezón con dos dedos.

El placer le recorrió todo el cuerpo, ardiente e inesperado. ¿Qué era lo que quería? Aprisionada contra el cuerpo de Archer, sintiendo cómo la torturaba con sus manos, lenta y suavemente, ¿deseaba que se tomara su tiempo? ¿Deseaba que la saborease? ¿No sería eso peligroso? El sexo en su vida siempre había servido para alcanzar un único objetivo: correrse y pasar a otra cosa.

Pero aquello le parecía diferente. Aquello era como sumergirse más aún en lo que fuera que hubiera entre ellos dos. ¿Era eso lo que quería?

—Sí —respondió. Y, solo porque le gustaba tomarle el pelo, aun cuando se sentía vulnerable y expuesta en sus brazos, agregó—: Sí, chef.

Archer soltó un gemido y apretó las caderas contra ella, haciéndole pensar que tal vez estuviera replanteándose la idea de tomarse su tiempo, aunque solo fuera por un segundo.

—Joder, Iris. ¿Cómo voy a poder trabajar si cada vez que oigo «Sí, chef» se me pone dura?

La carcajada de Iris se vio interrumpida por su gemido cuando Archer, por fin, apretó más con los dedos y empezó a moverlos en círculos apretados.

—Así —le pidió ella mientras él movía la mano entre sus piernas.

Iris echó la cabeza hacia atrás, apoyándola sobre su pecho, y se entregó a las caricias de Archer, al placer que poco a poco iba proporcionándole. La llevó hasta el borde del orgasmo y después paró, pasando de caricias intensas a suaves, para después volver a acelerar el ritmo, hasta que Iris empezó a gimotear y a retorcerse entre sus brazos. Volvió la cabeza, tratando de alcanzar su boca, y allí estaba, besándola, lamiéndola, mordiéndola para exprimir al máximo su placer. Se sentía pesada y lenta, caliente y lánguida, lo deseaba todo al mismo tiempo. Se dejó hacer. El tiempo pareció apaciguarse. Solo alcanzaba a sentir el cuerpo duro de Archer contra su espalda, su boca cálida y suave sobre la de ella, sus manos, esas que tantas noches había admirado, trabajando sin cesar. Se olvidó de correrse. Se olvidó de por qué aquello era mala idea. Se olvidó de todo salvo del hecho de que tenía su cuerpo pegado al de él.

Para cuando Archer se bajó los pantalones del chándal y la

penetró desde atrás, estaba tan excitada que a punto estuvo de correrse solo con sentir que la llenaba.

—Iris —gruñó él contra su cabello, y ella no pudo más que gimotear.

Sus embestidas no eran profundas desde aquel ángulo, pero alcanzaba un punto intenso y perfecto en su interior, seguía también acariciándole el clítoris con los dedos, y Iris no aguantó más.

El placer la envolvió y, de sus labios, emergió un gemido grave y profundo. Se estremeció de pies a cabeza, rodeada aún por los brazos de Archer. Fuegos artificiales, estrellas, terremotos, ninguna de las descripciones habituales habría servido para abarcar lo que sintió mientras Archer seguía embistiendo su cuerpo. No era nada salvo terminaciones nerviosas, y cada una de ellas estaba en llamas.

—No puedo más —jadeó, agarrándose a su antebrazo.

No podía seguir así. Era demasiado. Jamás, en toda su vida de rollos de una noche y polvos rápidos en festivales, el sexo le había resultado tan intenso. Fue como si hubiera pasado toda su vida sexual jugando en ligas inferiores y ahora hubiera ascendido a primera división. Y no sabía si estaba preparada para algo así.

Archer se detuvo, deslizando la mano entre sus piernas.

—Vale, cariño. Ya paro —le susurró al oído—. Lo has hecho muy bien.

El calor le recorrió el cuerpo ya de por sí sobrecalentado. Y ahí estaban otra vez esas malditas lágrimas. ¿Qué le pasaba aquel día?

Archer seguía dentro de ella, y de pronto le pareció de vital importancia que él se sintiera aunque fuera la mitad de bien de lo que se sentía ella en esos momentos. Empujó hacia atrás, metiéndose el pene más adentro, y lo oyó gemir:

—Iris, has dicho que no podías más. Puedo hacérmelo yo si…

—No. —Apretó los músculos en torno a él, provocándole otro gemido ahogado—. He dicho que yo no puedo más. Ahora te toca a ti. Quiero que te corras, Archer. Por favor.

Parecía desesperada y medio ida; tal vez fuera así. Quizá al fin había perdido la cabeza, pero el cuerpo seguía vibrándole después de todo lo que le había hecho, y deseaba que él

también lo sintiera. Deseaba que se sintiera bien.

—No voy a tardar mucho —le dijo, embistiéndola de nuevo.

De inmediato, el placer empezó a aumentar de nuevo con cada empellón y, a medida que la respiración de él se aceleraba, también lo hacía la suya. Notaba sus latidos contra la espalda; cuando se corrió, jadeando y gimiendo contra su cabello, ella volvió a correrse también, y fue rápido, intenso y perfecto.

Se quedaron allí tendidos, fusionados, con las extremidades enredadas, y Iris sintió hasta la última gota de su sangre recorriendo sus venas, hasta el último latido de su corazón. Al final, Archer se salió y ella se tumbó bocarriba, sudada y pegajosa, y sin poder dejar de sonreír. Él la besó en el hombro que asomaba por encima de su camiseta. Ni siquiera se la había quitado.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Mmm —murmuró ella—. ¿Y tú?

La estaba mirando, apoyado en un codo, y alcanzó a ver en su expresión algo cálido, tierno y peligroso. Recordó entonces todos los motivos por los que aquello era una mala idea. Iba a hacerles daño a él y a esa niña pequeña.

—Muy bien —respondió Archer con una sonrisa suave, esa sonrisa que despertaba aquel lugar vulnerable dentro de su corazón, y Iris supo que estaba metida en un buen lío—. ¿Quieres darte otra ducha?

Agradeció inmensamente que le hubiera ofrecido algo práctico en lo que centrarse en lugar de dar vueltas al torbellino de sentimientos desbocados que le bullía por dentro.

—Sí, desde luego.

Iris se levantó y dejó que Archer le sacara la camiseta por encima de la cabeza, le dejó meterse en la ducha con ella, le dejó enjabonarle el pelo y frotarle el cuero cabelludo con esos dedos mágicos. Le dejó ayudarla a salir y envolverla en una mullida toalla, y acompañarla de vuelta a la cama. Dejó que la arropara y la envolviera nuevamente con su cuerpo.

Pero no se permitió a sí misma pensar en nada de eso.

En lo que significaba.

En por qué le gustaba tanto.

En qué haría a continuación.

A la mañana siguiente, un sol brillante de primavera entraba por las ventanas y Iris seguía en la cama de Archer. En esa ocasión estaba allí a propósito.

Roncaba ligeramente, con el cabello revuelto sobre su almohada. A Archer le dio un vuelco el corazón al verla. Le gustaba aquella chica. Le gustaba mucho. Y lo de la noche anterior había sido increíble.

Pero había sido sincera con él. No estaba segura de querer algo más allá de lo meramente físico. Así que tendría que conformarse con eso por el momento.

Iris continuaba desnuda después de la noche anterior, su cuerpo suave y cálido junto a él. No resultaría muy difícil mantener su relación a un nivel estrictamente físico. De hecho, debería ser ideal. Ignoró la voz de su cabeza que aseguraba que era cualquier cosa menos ideal. Esa voz tenía que callarse. Iris no era una estrella Michelin, no era un puesto de cocinero jefe, no era una cocina inmaculada. Archer no podía proponerse aquel objetivo y alcanzarlo. Lo único que podía hacer era permanecer junto a ella y confiar en que lo eligiera.

Pero, mientras tanto…

La besó y ella se agitó en sueños.

—Iris —susurró—. Despierta.

La vio fruncir el ceño, una leve arruga entre sus cejas, pero no abrió los ojos.

—¿Por qué? ¿No tienes el día libre?

—Así es. Pero necesito tu consentimiento antes de comerte el coño.

Su ceño fruncido se transformó en una sonrisa lenta.

—Vale, ya estoy despierta. Te doy mi consentimiento. —Seguía con los ojos cerrados, pero Archer se conformaría con eso.

Fue bajando por su cuerpo, besando y lamiendo por el camino los puntos de interés, como no había podido hacerlo la noche anterior. Por la mañana estaba preciosa, tan flexible y maleable. Rodeó su pezón con la lengua, succionó al metérselo en la boca y el gemido ahogado de Iris se la puso

dura de inmediato. Siguió bajando por su vientre, recorriendo con las manos las curvas de sus caderas.

Le separó las piernas y ella obedeció, enredando la mano en su pelo. Él murmuró a modo de aprobación.

Archer había viajado por todo el mundo, había trabajado en algunas de las mejores cocinas, con los mejores chefs, así que había tenido la oportunidad de probar lo mejor de lo mejor; sin embargo, nada sabía tan delicioso como Iris.

Iris levantó las caderas mientras él lamía y succionaba, clavándole los dedos en la cabeza. Le gustaba tanto que no podía dejar de restregarse contra el colchón. Su sabor, sus gemidos y suspiros, sus manos en su cabeza… Archer iba a correrse así. Iba a correrse mientras le comía el coño, rodeándole el clítoris con la lengua, con sus piernas temblorosas apoyadas sobre sus hombros. Lo tenía rodeado y él aspiró su aroma, pensando que podría morirse así, pensando que no le importaría morir así; y, cuando sintió que Iris se acercaba al clímax, cuando lo cogió del pelo con fuerza y empezó a mover las caderas contra su lengua, él siguió restregándose con más fuerza contra la cama y notó el placer que le recorría la columna.

—¡Archer! —gritó Iris al correrse y aquello bastó para hacerle explotar.

Se corrió sobre las sábanas, demasiado feliz y satisfecho como para sentirse avergonzado por ello. Para cuando se incorporó sobre la cama, ella tenía los ojos abiertos y le sonreía.

—Tú sí que sabes despertar a una mujer.

—¿Mejor que con la alarma?

—¿Quieres que te devuelva el favor? —preguntó ella riéndose.

—Eh… No. Me he…

—¿Te has corrido haciéndome eso? —preguntó, con los ojos como platos.

—Sí —confesó; sentía el rubor en las mejillas, pero le sostuvo la mirada.

—¿Tanto te ha gustado?

—Por supuesto. —Se abstuvo de decirle que se había convertido en su nueva comida favorita, aunque, a juzgar por su sonrisa, pensó que tal vez no le importase. Sonrió, se

agachó para besarla en el cuello y ella soltó un grito.

—¡Archer! —exclamó, con una risa nerviosa, y a él le encantó también cómo sonaba su nombre así.

Se incorporó, pasándose una mano por el pelo, y disfrutó de aquella estampa, de verla tendida en su cama, desnuda y sonrojada por los orgasmos, risueña, y se imaginó que la vida fuese así todas las mañanas.

Deseó que fuese así todas las mañanas.

Al principio le había preocupado tomarse días libres, pero Gladys había insistido en que librara un día a la semana para poder estar con su familia. «Equilibrio entre la vida y el trabajo», lo había llamado; ahora, por fin lo entendía. Era eso lo que deseaba. No necesitaba pasarse cada día de su vida en una cocina. No tenía por qué estar esforzándose a todas horas.

Podría estar en casa, cocinando para la gente a la que amaba.

«Amar». Aquel verbo lo sacudió por dentro.

—¿Te apetecen unas tortitas? —preguntó; se negaba a hacer caso a su voz interior.

No podía amarla aún. Eso la espantaría, sin duda. Aunque fuese cierto.

Iris puso los ojos en blanco y respondió:

—Archer, si tengo que comerme una tortita más, acabaré convirtiéndome en una.

—Entendido —le dijo riéndose—. ¿Y una tortilla?

—Una tortilla estaría genial —contestó ella con una sonrisa.

Después de haberse duchado, de haber cambiado las sábanas y de que ella ocupara su lugar habitual frente a la isla de la cocina mientras Archer cocinaba, él seguía teniendo la sensación de que deseaba hacer aquello a diario.

—¿A qué hora tenemos que ir a recoger a Olive? —quiso saber Iris mientras él batía los huevos.

—Alrededor de mediodía.

Olive, cierto. ¿Qué iban a hacer en relación con ella?

—No creo que debamos decírselo. Me refiero a lo nuestro…, a esto que tenemos —dijo Iris, yendo al grano, y, claro, tenía todo el sentido del mundo.

¿Por qué iban a decirle a una niña de cinco años que

estaban tonteando, pero que probablemente solo fuese algo físico? Resultaría extraño. Sin embargo, una parte de él deseaba que tuvieran algo que contarle.

—Desde luego. No queremos que piense que…

Que piense que te vas a quedar.

Que estamos saliendo. Que vas a ser algo más que su niñera.

Iris soltó una carcajada y dijo:

—No queremos que piense que voy a ser su nueva mamá solo porque tú y yo estemos…

«Su nueva mamá».

—Sí, claro, eso sería excesivo, porque solo somos…

Desapareció entonces la expresión juguetona que Iris había lucido aquella mañana en su cama.

—Archer.

—No lo digas, Iris.

—Sabes que no deberíamos hacer esto.

—¡¿Hacer qué?! ¡Pero si no hemos hecho nada todavía!

—He intentado ser sincera contigo. Te dije que…

Archer rodeó la isla antes de que pudiera terminar la frase y se situó entre sus rodillas abiertas:

—Me lo dijiste y ya te oí. Es solo físico, ya lo sé. Y no se lo diremos a Olive. De acuerdo, Iris.

Tenía razón, claro. Olive no podía enterarse de aquello, tampoco nadie más. ¿Kaori y el juzgado de familia le permitirían quedarse con su hija si lo pillaban tonteando con la niñera? ¿Cuestionarían el entorno en el que la estaba educando? Sinceramente, no lo sabía, pero no podía correr el riesgo. Ahora no. Ahora que sabía que deseaba quedarse con Olive para siempre.

—No quiero hacerte daño —le dijo Iris con el ceño fruncido.

—No vas a hacerme daño —respondió, obligándose a reírse —. Sé muy bien lo que es esto, ¿vale? A quien tenemos que proteger es a Olive. Tenías razón. No se lo diremos, y la vida seguirá con normalidad.

—¿Cómo? ¿Con algún polvo ocasional?

Archer esbozó una sonrisa de suficiencia que sabía que era falsa, aunque tal vez ella no se diese cuenta:

—La verdad es que el desplazamiento sería mínimo. No hay

más que atravesar el pasillo. Como ligue, es insuperable.

Iris seguía estudiándolo, de modo que Archer se obligó a agrandar la sonrisa:

—Es el plan perfecto.

Iris suspiró y él aprovechó la oportunidad para besarla, con dulzura y suavidad, hasta que notó que ella relajaba el cuerpo contra el suyo.

—Vale, siempre y cuando a ti te parezca bien.

—Más que bien —mintió, regresando a su lugar al otro lado de la isla—. ¿La tortilla la quieres de champiñones o de pimientos?

—De los dos.

—Hecho.

Champiñones, pimientos y su corazón entero. Podía quedarse con todo.

Capítulo 29

Había pasado casi una semana desde el SEXO. Cada vez que Iris pensaba en ello, aparecía en su cabeza con grandes letras mayúsculas. El SEXO había sido increíble, de cinco estrellas, muy recomendable, pero no habían vuelto a hacerlo desde entonces. Y no tenía claro por qué. Tampoco tenía claro si quería hacerlo o no. O si Archer querría volver a hacerlo. O si habría mentido al asegurarle que le parecía bien mantener una relación que fuese meramente física. O si ella misma deseaba que la relación fuese solo física.

¡O si estaba volviéndose completamente loca!

De modo que había estado evitándolo en la medida de lo humanamente posible, aun viviendo en su casa. Lo cual resultaba de lo más complicado. El lunes se chocó de cara con su torso desnudo cuando él salía del cuarto de baño, justo mientras ella corría por el pasillo hacia su dormitorio. Archer la había sujetado de los brazos para que no perdiera el equilibrio y ella se había quedado allí de pie, paralizada como un ciervo frente a los faros de un coche.

—Buenos días, Iris —le había dicho con la voz somnolienta.

Ella se había excusado diciendo que tenía que ir a ver a Olive, una mentira descarada, habida cuenta de que Olive seguía profundamente dormida, antes de huir de nuevo.

El martes había logrado evitarlo hasta que llegó a casa del trabajo; entonces, se vio obligada a contemplarlo en toda su gloria, con el pelo revuelto y la chaquetilla de chef. Se había mostrado educado, le había preguntado qué tal le había ido el día y eso fue todo. No intentó nada. No le pidió nada. Y ella casi deseó que lo hubiera hecho, deseó que lo hubiera decidido él.

El miércoles fue una auténtica pesadilla. Sin querer, se había asomado a la habitación de Olive y había encontrado a Archer acurrucado en la cama junto a su hija, leyéndole su cuento favorito antes de dormir, con voces incluidas. Aquello había estado a punto de desarmarla, verlos a los dos juntos, con las cabezas muy cerca. Fue demasiado. Se alegraba mucho por él, por ellos, por lo lejos que habían llegado. Archer y Olive eran por fin una familia. ¿Y por qué eso le hacía daño? ¿Por qué deseaba verse a sí misma allí con ellos? Tenía el cerebro completamente cortocircuitado, y en su mente se reproducía en bucle aquella nueva versión de lo que podría ser su vida.

El jueves había logrado escapar en cuanto regresó Archer y fue a refugiarse a casa de Kira hasta que Olive ya se hubiera ido a dormir. Aunque no le pasó desapercibida la decepción que la invadió al volver por la noche y encontrarse la cocina vacía. Deseaba verlo allí, preparando una nueva tanda de tortitas. Deseaba sentarse y bromear con él. Deseaba hablar de la última sesión de terapia de Olive y de todos los progresos que había hecho.

Deseaba formar parte de su vida. Una parte auténtica. No solo porque la tuviera contratada o se acostara con ella ocasionalmente. Resultaba todo muy preocupante.

Y allí estaban ahora, el viernes, comiendo en la cafetería porque Olive solo tenía clase hasta mediodía y le apetecía ver a su padre. Y a Iris le daba un poco de miedo pensar en lo que ocurriría cuando Archer saliera de la cocina. ¿Saldría ella corriendo? ¿Le pediría matrimonio? ¿Se subiría encima de la mesa y gritaría a los cuatro vientos su nuevo e inesperado amor por él?

—¡Iris! Tierra llamando a Iris. —Bex agitó una mano frente a su cara, librándola por un momento de su progresivo descenso hacia la locura.

—Perdona, ¿qué decías?

—Olive te estaba hablando.

Olive se retorció junto a ella en el asiento.

—Perdona, chica. Me había quedado dormida con los ojos abiertos.

Olive arrugó la nariz como si no se creyese esa excusa ni por un segundo. Iris se alegraba de que la pequeña detectora

de mentiras no pudiera saber que estaba teniendo pensamientos totalmente inapropiados con su padre.

—¿Qué decías?

Olive dejó escapar el largo y sufrido suspiro de una niña de cinco años rodeada de adultos incompetentes:

—He dicho que cuándo vamos a empezar con nuestro jardín.

—Pronto. —Iris estiró el brazo y abrió la cajita de ceras de colores que venía con la carta para niños.

Olive las cogió y empezó a colorear, pero Iris vio que seguía con el ceño fruncido. Había descubierto que «pronto» y «quizá» eran las palabras menos predilectas de la niña. No le gustaba que le diesen largas.

—¡Estábamos esperando a que pasase la amenaza de las heladas! Pero pronto lo sembraremos. Te lo prometo, ¿vale?

Olive asintió y siguió coloreando.

—¿Y cuándo vas a enseñarme a bucear? —preguntó a continuación.

—Primero tienes que terminar de aprender a nadar.

Las clases de natación de Olive se habían convertido enseguida en su momento favorito de la semana. Tras solo unas pocas clases, Olive había pasado de chapotear en el agua con bastante torpeza a ser capaz de flotar bocarriba y bocabajo y a nadar como un perrito. A Iris le sorprendió el orgullo que sintió al ver la barriguita de Olive asomar por encima del agua, con la cabeza echada hacia atrás y los brazos y las piernas estirados como una estrella de mar. Lo había conseguido. ¡Había hecho el muerto! Todavía ahora experimentaba cierta emoción al recordarlo.

Pero Olive no estaba satisfecha con la promesa de un jardín y de aprender a bucear. Quería algo más.

—¿Podemos ver *Narnia* esta noche? —preguntó.

—Quizá.

—Iriiiiis… —Alargó la segunda mitad de su nombre con un tono quejumbroso.

Bex puso cara de horror y Iris se limitó a menear la cabeza.

—¿A qué vienen tantas exigencias hoy? —preguntó, retirándole el pelo de la cara.

Olive apoyó la cabeza en la mesa, pegando la mejilla a la carta infantil sobre la que acababa de garabatear.

—Quiero hacerlo todo.

—Ya lo sé. Tenemos tiempo de sobra, cielo —le aseguró Iris.

Pero ¿acaso era cierto? Ya estaban en mayo. Si se ceñía a su plan original, presentaría su dimisión en junio. ¿Sería posible que Olive hubiera percibido que tenía planeado marcharse antes de tiempo? ¿Sabría que Iris iba a decepcionarla?

—Pero ¿y si no es cierto?

—Claro que lo es.

Un mes y medio era mucho tiempo. Incluso aunque se marchara a finales de junio, aún les quedaba tiempo de sobra para hacer todo lo que Olive deseaba. Salvo que siguiera añadiendo cosas a la lista. O salvo que Iris decidiera dejar de comportarse como una cobarde y se enfrentara a sus recién descubiertos sentimientos.

Olive frunció el ceño.

«Uf», articuló Bex con la boca desde el otro lado de la mesa.

«Uf», efectivamente. La niña había hecho muchos planes y Iris había hecho muchas promesas; la cuestión era que deseaba cumplirlas. Deseaba sembrar un jardín con Olive, enseñarle a bucear, ver *Narnia* y hacer los millones de cosas que habían hablado. Lo cual no hacía sino complicar más aún sus sentimientos.

Pero en ese momento entró en el comedor Archer desde la cocina, cargado con una bandeja llena de comida. En cuanto la vio, se le dibujó una sonrisa en la cara. Iris no pudo evitar corresponder, notando de inmediato un cosquilleo por dentro.

—No me fastidies —murmuró Bex.

Iris le dio una patada por debajo de la mesa. No era el momento más indicado para contarle a su prima lo unidos que estaban su jefe y ella, pero, al parecer, las miradas que Archer le dedicaba no eran imaginaciones suyas. Resultaban de lo más evidente.

—Mira, ahí está tu padre. —Iris le dio un empujoncito a Olive con el codo y la niña alzó la cabeza.

—¡Yupi! —Olive lo llamó con la mano, como si Archer no fuese a encontrarlas en su mesa habitual—. ¡Papá! ¡Aquí!

Al oír a Olive gritando «Papá» en mitad del comedor, a Archer se le agrandó la sonrisa y a Iris le dio un vuelco el corazón viendo la cara de bobo que se le ponía al mirar a su

hija.

—Hola, señoritas —dijo depositando los platos sobre la mesa, miró a Iris a los ojos y le sostuvo la mirada un segundo más de lo normal.

Ella notó que se le encendía la cara.

—Vamos a ver, tenemos aquí un Especial de Olive. —Dejó el plato con tortitas de fresa y nata montada delante de su hija.

Iris empezó a cortar las tortitas en trozos pequeños para Olive.

—Un Especial de Noah. —Dejó las tortitas con arándanos delante de ella—. Y, para Bex, las tortitas «Más parecidas a las originales que he podido encontrar» —anunció depositando el último plato en la mesa con una reverencia.

Poner a las tortitas el nombre de la persona que las había sugerido había resultado ser un gran éxito. Por supuesto, en aquel pueblo les encantaba la idea de tener platos en la carta que llevaran su nombre. Casi hasta se habían olvidado de las tortitas originales. Casi. Iris sabía de buena tinta que Archer seguía tratando de averiguar la receta, aunque no había tenido el valor suficiente de aventurarse a la cocina las últimas noches para reunirse con él.

—Hola, pequeña —le dijo Archer a Olive revolviéndole el pelo—. ¿Qué tal el colegio?

—Bien —respondió su hija encogiéndose de hombros, con la boca llena de tortitas.

—¿Solo bien? —Apareció entre sus cejas aquel ceño fruncido de preocupación.

Ese gesto que indicaba que era capaz de presentarse en ese colegio y hacer lo que fuera necesario con tal de asegurarse de que su hija pasara un buen día.

Olive se tragó las tortitas y se bebió la mitad de la leche con chocolate.

—¿Puede venir Iris al desayuno del Día de la Madre? —preguntó en cuanto tuvo la boca vacía, y en ese momento a Iris le entraron ganas de meterle más tortitas.

Claro, Olive había esperado a que Archer estuviera allí para soltar la bomba. Iris lo miró a los ojos por encima de la cabeza de su hija. Aquella niña esperaba demasiadas cosas de ella. Lo quería todo. Quería que Iris formara parte de su

familia, y ella aún no sabía si era capaz de prometerle eso. Si tenía lo que había que tener. Notó aflorar el pánico en su estómago.

—Voy a… lavarme las manos antes de comer —anunció Bex, se levantó de la mesa y salió disparada hacia el cuarto de baño.

Iris quiso seguirla, pero Olive se había quedado mirándola con aquellos ojos grandes y oscuros.

Abrió la boca con la esperanza de que le salieran las palabras cuando empezara a hablar, pero la respuesta de Archer la libró de tener que decir nada.

Este se aclaró la garganta, apartó la mirada de ella y centró su atención en Olive:

—Los desayunos del Día de la Madre no forman parte del trabajo de Iris, Liv. Pero puedo ir yo. O la abuela Paula, si lo prefieres.

Olive frunció el ceño, y la sensación de que Iris la había decepcionado fue mucho más intensa de lo que le habría gustado admitir.

—Será divertido, ¿vale? —prosiguió Archer, pasando un dedo por la nata montada de Olive antes de dejarle un pegotito en la punta de la nariz.

La niña se rio y trató de estirar la lengua para alcanzar a lamérsela.

Bex regresó entonces del cuarto de baño y miró alternativamente a Iris y a Archer.

—¿Voy a lavármelas otra vez? —preguntó.

—Mi padre va a venir al *brunch* del Día de la Madre —le informó Olive.

—Qué bien —contestó Bex, dejando escapar un sutil suspiro de alivio.

Iris deseó poder sentirse igual, pero el pánico se había transformado en otra cosa. Algo parecido al arrepentimiento. O al anhelo.

Trató de volver a captar la atención de Archer, pero él seguía centrado en Olive.

—Disfruta de la comida y sé buena con Iris, ¿vale?

—Vale. —Olive pasó un dedo por su nata montada y estiró la mano hacia la nariz de Archer.

Él se agachó para que pudiera manchársela de nata. Sonrió

y apareció entonces aquel hoyuelo en la mejilla:
—Gracias, Liv.
Olive sonrió.
—Luego nos vemos —dijo, y Iris quiso que la mirase, pero, cuando lo hizo, se arrepintió al instante. Escrito en la cara llevaba todo lo que deseaba.
Deseaba a Iris. Y a su hija. Deseaba una familia.
—Te veo en casa, Iris —agregó, y lo único que pudo hacer ella fue agitar débilmente la mano a modo de despedida.
En cuanto se marchó, Bex se inclinó sobre la mesa.
—Tenemos que hablar —susurró—. ¿Qué demon…? ¿Qué está pasando aquí?
—¿Ibas a decir «demonios»? —preguntó Olive.
—Eh… No, qué va.
—Mi padre dice que puedo decir demonios siempre y cuando no lo diga en la iglesia ni en el cole. Ni delante de la abuela —explicó Olive, que seguía removiendo la nata montada con el dedo.
—Me parece razonable —respondió Bex antes de probar sus tortitas—. Siguen sin parecerse a las originales.
—Lo sé —admitió Iris—, pero lo está intentando.
—¿Ha probado con Bisquick?
—Se ofende bastante si le sugieres que use una premezcla.
Bex enarcó una ceja y dijo:
—Qué exigente. ¿Estás segura de querer meterte en esto?
—¿En qué? —preguntó Olive; escuchaba atentamente la conversación.
Iris le lanzó una mirada a Bex como diciendo «¡Cierra el pico delante de la niña!». O, al menos, esperaba transmitirle ese mensaje.
—Nada. Estaba pensando en abrir una cafetería para hacerle la competencia y preparar mis propias tortitas, pero no creo que lo haga.
Olive se quedó mirándola.
Iris trató de sonreír.
La niña frunció el ceño como si la hubiera decepcionado.
—Anda, si están allí Hazel y Noah —dijo Iris señalando a Hazel mientras la saludaba con la mano—. ¿Por qué no vas a saludar?
—Vale. —Olive se levantó del banco lentamente, como si

supiera que solo estaba intentando librarse de ella, pero, en cuanto se reunió con Hazel y Noah, empezó a reírse y a bailar alrededor de su mesa.

—En serio, Iris. ¿Qué demonios está pasando?

Iris mantenía la mirada clavada en Olive para asegurarse de que la niña no salía corriendo. Llevaba un tiempo sin intentar escaparse de casa; sin embargo, Iris no descartaba que viese un conejito o algo en la calle y fuese a seguirlo.

—Puede que nos hayamos acostado.

—¡¿Cómo?!

—Bex —susurró Iris—. ¡Baja la voz!

—Perdona. ¡¿Cómo?! —repitió su prima, a medio camino entre el grito y el susurro.

—Nos acostamos y fue alucinante. Absolutamente increíble, y ahora no sé qué hacer.

—Haz lo que haces siempre.

—¿A qué viene eso?

Su prima se recostó en el asiento frente a ella y se cruzó de brazos. Eran totalmente diferentes. Al parecer, Bex se asemejaba a su padre, alta, fuerte, de indomable melena rubia rizada y voz atronadora. Iris se parecía al suyo, y ninguna de ellas había heredado los rasgos de sus madres.

—Eres la reina de los rollos de una noche, Iris. ¿Cuándo fue la última vez que saliste con un tío?

—Cuando tenía dieciséis años —admitió ella con un suspiro.

—Exacto.

—Pero tiene una hija, Bex. Esto es serio.

—Una hija a la que ya quieres y cuidas durante el día.

Iris miró hacia Olive, quien en aquellos instantes estaba recitando una especie de poema o canción para Hazel y Noah. Al empezar a trabajar para Archer, recordaba que Olive se había mostrado muy distante, solitaria y taciturna. Había hecho muchos progresos.

Y tal vez ella también.

Al principio le horrorizaban los niños, estaba convencida de que jamás querría tener un hijo. Ahora, tal vez, se imaginaba una vida con Olive.

—Mira, Iris, es como cualquier otra relación. Puede que funcione o puede que no, pero, a juzgar por cómo os mirabais

el uno al otro, creo que merece la pena intentarlo.
—Pero ¿y si no funciona?
—Pues no funciona.
—¿Y qué pasa con Olive? Bex, ya sabes cómo estaba la situación cuando éramos pequeñas. Sabes que los hombres entraban y salían de la vida de mi madre, y de mi vida también. Siempre me hacía ilusiones y siempre acababan yéndose. No quiero hacerle eso a Olive.
—Iris Lyn Fraser, estás como una cabra.
—Gracias. La verdad es que me siento como una cabra. Me lo estás confirmando.
—No te pareces en nada a esos tíos —le aseguró Bex con una sonrisa—. Mira, quiero mucho a tu madre, pero, en lo que respecta a los hombres, ha tomado malas decisiones. Muchas y muy malas.
—Pero esos hombres no eran malos. Eran amables y divertidos. Me caían bien. Pero luego mi madre… se cansaba de ellos.
—A ver, estoy confundida. ¿Te da miedo parecerte a tu madre o a los hombres a los que llevaba a casa?
—¿A ambos?
—Iris.
—¡Ayúdame! No sé qué hacer.
—Creo que sí lo sabes. Creo que sabes exactamente qué hacer, pero te da demasiado miedo admitirlo.
Iris frunció el ceño. Por esa razón no le contaba cosas a Bex. Su prima la conocía excesivamente bien. Y en aquellos momentos no le apetecía que se lo restregase por la cara. Ya se sentía bastante mal.
Por suerte para ella, Olive regresaba ya hacia su mesa.
—¡Ya estoy aquí!
—¡Qué bien! —Iris le dirigió a Bex una sonrisa arrogante y su prima le devolvió el gesto sacándole la lengua—. ¿Cómo están Hazel y Noah?
—Bien. Les he enseñado mi nuevo baile.
—Seguro que les ha encantado.
—Pues sí. Se van de viaje a una isla y me van a traer un recuerdo.
—Hala, qué suertuda.
Olive le sonrió, justo antes de rebañar el resto de nata

montada de su plato y pringarle la nariz.

—¡Te pillé! ¡Ahora estás igual que papá y yo! —gritó la niña con alegría.

Y, por alguna absurda razón, a Iris aquella situación le dio ganas de llorar.

Capítulo 30

—Hola, papá.

—Hola, Arch. ¿Cómo estás?

Archer suspiró.

—Estoy bien. —Se apoyó contra el cabecero de la cama.

Olive acababa de concluir su charla semanal con su padre y Iris se la había llevado a la cama. Cuando la había cogido en brazos y la niña había empezado a reírse y a chillar alegremente, a él le había dado un vuelco el estómago.

Tenía mucho sentido que estuvieran los tres juntos. ¿Por qué Iris no se daba cuenta?

Llevaba una semana volviéndose loco. Había tratado de concederle espacio. No quería presionarla para hacer algo que no deseara, pero ahora ya no tenía ni idea de lo que se le pasaba por la cabeza. Apenas le hablaba si no era para contarle los aspectos más básicos acerca de Olive, y eso lo volvía loco.

—Salta a la vista que no estás bien, así que será mejor que me digas qué está pasando.

—La historia con Iris se ha… intensificado.

—¿«Intensificado»? —repitió su padre con una ceja levantada—. ¿En qué sentido?

¿En qué sentido? En el sentido de que se habían acostado juntos y eso había alterado por completo su química cerebral, y ahora se había quedado a la deriva en un limbo tortuoso y caminaba de puntillas por su propia casa.

—Creo que, sin quererlo, me he enamorado de ella.

La expresión de sorpresa de su padre a través de la pantalla del portátil habría resultado cómica si Archer no se hubiera sentido destrozado por dentro.

—¿Te has enamorado de ella?

—Sí.

Sí. Estaba enamorado de Iris.

Nunca en toda su vida había estado enamorado de nadie; en cambio, allí estaba, enamorado de la mujer a la que había contratado para cuidar de su hija, la mujer que, al parecer, era alérgica a las relaciones largas y a la idea de la maternidad, y él no sabía qué hacer al respecto.

Su padre se recostó en la silla de escritorio y se meció levemente de un lado al otro. Archer lo había desconcertado. Su padre no vacilaba. Tenía una opinión respecto a todo. Nunca se mordía la lengua. Y en ese momento lo miraba como si no tuviera idea de qué decir o de cómo gestionar la situación.

No resultaba en absoluto tranquilizador.

La cara de su madrastra apareció en pantalla.

—Siento interrumpir —dijo—, pero no he podido evitar oír tu problema, Archie.

Probablemente porque estaba sentada en la misma habitación que su padre, trabajando en su último diseño de punto de cruz. Archer había recibido tantos cojines con versículos de la Biblia bordados que ya no sabía qué hacer con ellos. En esos momentos los tenía todos almacenados en el armario del pasillo.

—¿Qué siente Iris al respecto? —preguntó Cathi, eclipsando con su cara la de su padre.

—Pues… No sé…

—Ahí lo tienes —zanjó Cathi con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir con eso? —le espetó él.

—Que tienes que hablar con ella, Archie. Hablar de verdad. Descubrir qué es lo que desea.

Ese era el problema. Había hablado con Iris y ella le había dicho lo que deseaba. Deseaba que la suya fuese una relación meramente física. Se había mostrado franca al respecto desde el principio. Era él quien deseaba algo más, quien albergaba la esperanza de que cambiara de opinión.

Era un idiota.

—Gracias, Cathi. Tienes razón.

—Bien —respondió su madrastra con una sonrisa—. Me alegra haber podido ayudarte. —Y, habiendo cumplido con su

misión, desapareció de la pantalla.

Volvió a ver la cara de su padre, que lucía un pronunciado ceño fruncido.

—¿Qué pasa, papá? ¿Por qué me miras así?

—Perdona —dijo su padre sacudiendo la cabeza—. Es que… nunca antes habías hablado así de nadie. Eso es bueno, Arch. Me alegro por ti.

—Bueno —repuso Archer con un resoplido—, pues no te hagas demasiadas ilusiones. No creo que queramos las mismas cosas.

—La gente cambia de opinión a todas horas acerca de lo que quiere.

—Puede ser.

—De un modo u otro, estoy orgulloso de ti.

—¿Orgulloso de mí por enamorarme de una mujer que no me desea? Pues, hombre, gracias, papá.

—Hablo en serio —le dijo su padre riéndose—. Antes solo te importaba el trabajo, Arch. Y, si bien estoy orgulloso de ti por perseguir ese sueño, me alegra ver que también persigues otras cosas. Aunque la cosa con esa chica no salga bien, es buena señal que lo estés intentando.

A él no le parecía buena señal. Le parecía todo una mierda, pero no tuvo tiempo de explicarle eso a su padre antes de que Olive volviera a entrar corriendo en su dormitorio, recién bañada y con su pijama nuevo.

—¡Tengo que enseñarle al abuelo mis perezosos! —exclamó, subiéndose de nuevo a la cama para sentársele en el regazo.

Archer recolocó el portátil para hacerle sitio.

—Anda, si está aquí otra vez mi pequeña Livie.

—¡Mira! ¡Perezosos! —Olive se tiró de la camiseta del pijama para mostrar sus perezosos.

—¡Hala, qué bonitos! Tiene mucho estilo.

—Aparta, Jim, que yo también quiero verle el pijama. —Cathi regresó, echando a su padre a un lado de un codazo, y Archer no pudo por menos que reírse.

A sus padres les hacía mucha ilusión tener una nieta. Su madre había enviado múltiples postales desde Chile y Olive las había pegado todas en su tablón. Así que, entre sus tres padres y la madre de Cate, a Olive no le faltaban los abuelos

complacientes, por lo cual Archer se sentía muy agradecido.

Jamás podría haberlo hecho solo.

Alzó la mirada y encontró a Iris en el umbral, con expresión soñadora mientras veía a Olive hablar con sus nuevos abuelos.

Lo cierto era que no lo había hecho solo.

Iris lo pilló mirándola y le dedicó una sonrisa tímida.

—Perdón. Le he dicho que ahora te tocaba a ti hablar con tu padre, pero estaba decidida a presumir de pijama —explicó en voz baja.

Archer se desembarazó de Olive y del portátil y dejó a su hija terminando de hablar mientras iba a reunirse con Iris en la puerta.

—No pasa nada —dijo—. Está emocionada.

—Sí. —Iris los miraba alternativamente a Olive y a él—. Siento haber estado tan rara esta semana.

—Ha sido una situación rara —admitió él, y se encogió de hombros.

—No quiero que pienses que me arrepiento, porque no es así.

A Archer se le aceleró el corazón, pero mantuvo un gesto impávido.

—Yo tampoco.

—A lo mejor podríamos salir luego a algún sitio, tú y yo solos. Puedo llamar a Kimmy para que haga de canguro.

—Claro —respondió Archer con una sonrisa—. Nos vemos en la cocina a las nueve.

—Allí estaré —le aseguró ella, devolviéndole la sonrisa.

—Hola, mamá.

—Hola, florecilla. Dichosos los oídos.

—Lo sé, lo siento. —Quería mucho a su madre, pero a ninguna de las dos se le daba bien sacar tiempo para ponerse al día.

Iris dejó la cabeza colgando por un lado de su cama, hasta que el cabello rozó la alfombra, con el teléfono pegado a la oreja. Eran las ocho en punto. Faltaba una hora para su «cita» con Archer y se notaba nerviosa y rara.

—¿Sucede algo? —le preguntó su madre.

—Nada en especial.

—Mmm…, vale. ¿Y qué hay de nuevo? ¿Qué tal con el nuevo trabajo?

—Va bien.

Su madre se rio, y aquel sonido le resultó familiar y tranquilizador. Tenía una risa bonita.

—Así que me llamas para decirme que estás bien y que tu trabajo va bien también.

Iris suspiró; por alguna razón, su madre aún conservaba la intuición, incluso en la distancia.

—Mamá, ¿tú querías ser madre?

—¡Pues claro que sí!

—Qué poco has tardado en contestar. Dime la verdad. Cuando descubriste que estabas embarazada, ¿te alegraste? ¿O te entró miedo? ¿Siempre soñaste con ser madre o fue un accidente?

—Iris, cielo, ¿a qué viene todo esto? ¿Estás embarazada?

Iris empezó a toser y casi se atraganta con su saliva. Se dio la vuelta y volvió a apoyar la cabeza en el colchón.

—Dios, no —respondió cuando recuperó el aliento—. Es que… últimamente he estado pensando mucho en ello.

—Ah.

—No voy a juzgarte ni nada. Solo me preguntaba qué pensaste en su momento. Sé que me quieres, y, de niña, siempre me sentí querida.

Percibió el suspiro de su madre a través del teléfono.

—Pues qué alivio. A mí me encantó ser tu madre.

—Ya lo sé.

—Pero, siendo sincera… —Su madre hizo una pausa tan larga que Iris se apartó el teléfono de la oreja para ver si se había cortado, pero entonces empezó a hablar de nuevo—: No estaba casada, obviamente, y no tenía intención de casarme con tu padre. No tenía… madera de padre. Así que sí, me entró miedo, por supuesto.

—Lo entiendo.

—Tu tía me llevó a la clínica. Dijo que me ayudaría con lo que fuera que decidiera, y yo hice lo mismo por ella dos meses más tarde… Pero, al final, decidí que quería tenerte. Aun así, seguía aterrorizada.

—¿Estabas aterrorizada?

—¡Pues claro! Como todas las madres. Y, si te dicen que no, mienten. La maternidad es algo aterrador y complicado, no apto para cualquiera. Pero jamás me arrepentí de mi decisión, ni por un segundo, aun cuando te negabas a dormir entre las dos y las cuatro de la madrugada durante los primeros cuatro meses de vida.

Iris dejó escapar una carcajada:

—Lo siento.

—Te perdono. ¿He respondido a tu pregunta? ¿Te he ayudado?

—La verdad es que sí. Gracias.

—Me alegro. —Percibió la sonrisa de su madre a través del teléfono.

—Una pregunta más.

—¡Guau, Iris! ¿Estás escribiendo un libro sobre mí?

—Aún no —respondió Iris, tajante. Desde luego, tenía material de sobra para llenar varios tomos—. Pero ¿has estado enamorada alguna vez?

Esta vez su madre no vaciló y a ella no le sorprendió su respuesta:

—Muchas veces.

—Pero nunca te has quedado con ninguno de esos hombres.

Su madre dejó escapar un largo suspiro antes de responder:

—El hecho de que los amara no significa que soportara vivir con ellos.

Se le cayó el alma a los pies. ¿Sería así ella también? ¿Se cansaría de su relación con Archer y les haría daño a Olive y a él? No soportaba la idea de darle esperanzas a Olive respecto a ser una familia y después decepcionarla. Cuando era niña, le había sucedido eso mismo con demasiada frecuencia.

—Hay quienes no estamos hechos para la monogamia, cielo —le dijo su madre—. Lo siento si eso te afectó cuando eras pequeña, pero las madres también somos personas, ¿sabes? Lo hice lo mejor que pude.

—Ya lo sé, mamá. Lo hiciste genial.

Y era cierto. Su infancia había estado plagada de risas, bailes en la cocina y cenas con su tía y con su prima. Fue una época maravillosa y divertida, y su madre lo hizo lo mejor que pudo.

Tal vez Iris lograra hacerlo lo mejor posible, aunque no fuera perfecto. Tal vez fuese suficiente para la gente a la que quería.

—Vaya, pues me alegro —se rio su madre—, porque no podemos retroceder en el tiempo y volver a hacerlo.

—No, y además no querría.

—Te quiero, Iris.

—Yo también te quiero, mamá.

Se despidieron y Iris prometió llamarla más a menudo, como hacía siempre, y su madre se lo prometió también, después dejó otra vez la cabeza colgando por el lado de la cama. No sabía si se sentía mejor o peor respecto de su capacidad para comprometerse en una relación auténtica.

Pero sí que sabía una cosa, una cosa que, por algún motivo, había conseguido olvidar. Tal vez no tuviera un padre, pero siempre había tenido una familia que la quería. Su madre, su tía y su prima: una comunidad solo de mujeres. Iris sí que sabía formar parte de una familia.

Así que, si decidía que quería tener algo más con Archer, si decidía que deseaba unirse a su familia, podría hacerlo. Aunque siguiese estando un poquito aterrorizada.

Capítulo 31

—¿Esto es una cita, entonces? —preguntó Iris, sentada en su taburete, cuando Archer se reunió con ella en la cocina.

Estaba preciosa, como de costumbre, pero de una forma más sutil esa noche, no tanto como si quisiera distraerlo, sino más bien como si simplemente viviera allí. Como si se sintiera cómoda en su cocina, vestida con unos vaqueros y una sudadera, con el cabello todavía húmedo después de ducharse. Presentaba un aspecto relajado, sereno, como si aquel fuera su sitio. Archer sacudió la cabeza, negándose a pensar en lo mucho que deseaba aquello. De manera permanente. No como si fuera la niñera de su hija, sino su novia.

Pero cada cosa a su tiempo.

—¿Quieres que sea una cita, Iris? —le preguntó, apoyándose sobre la isla, solo un poco, lo justo para acercarse más a ella, para oler su champú y ver el rubor que teñía sus mejillas.

Iris alzó entonces la vista, le sostuvo la mirada y su boca esbozó una sonrisa:

—Tal vez.

—¿Tal vez?

—Sí. —Su sonrisa se volvió más procaz—. Tal vez quiera que sea una cita. Tal vez quiera salir contigo.

A Archer le dieron ganas de gritar lo feliz que le hacía aquello, pero en su lugar se decantó por un «Me vale» de lo más relajado.

—¿Te vale un tal vez? —preguntó Iris riéndose.

—Por ahora.

—Bueno —dijo ella bajándose del taburete—, pues conozco

el sitio perfecto para tener tal vez una cita. —Le cogió la mano y él se dejó guiar hacia la calle.

Terminaron en la heladería frente a la que había pasado muchas veces, aunque nunca había entrado. Tendrían que llevar allí a Olive, pensó, y estuvo a punto de reírse al darse cuenta de que últimamente la tenía siempre en la cabeza.

Mientras hacían cola, Iris iba examinando la larga lista de sabores colgada detrás del mostrador.

—¿Qué me recomiendas? —le preguntó, inclinándose para susurrarle al oído y ver el escalofrío que recorrió su cuerpo al hacerlo. Cómo deseaba estar cerca de ella.

—A mí me gusta mezclar. Mi combinación favorita es una bola de tarta de queso y fresas y una bola de Muerte por Chocolate. En un cucurucho de gofre.

—Guau.

Iris se volvió y lo miró con arrogancia:

—No te vayas a creer que eres el único *gourmet* fanfarrón de por aquí.

—Supongo que no —convino él riéndose—. Te lo tenías bien callado.

—No quería intimidarte —respondió ella encogiéndose de hombros.

—Ah, ¿era por eso?

—Sí. No puedo arriesgarme a lastimar ese ego que tienes. —Se rio con un brillo en la mirada mientras le tomaba el pelo.

Les tocó el turno y Archer le pidió dos cucuruchos de gofre con tarta de queso y fresas y Muerte por Chocolate al joven de detrás del mostrador, que estaba entretenido mirando a Iris. Al principio, Archer no supo si el tipo lo había oído, tan distraído como estaba, aunque no era de extrañar. Resultaba imposible no quedarse mirándola.

Iris le sonrió y Archer creyó que el pobre chaval iba a morirse allí mismo.

—Hola, Carter —le dijo—. ¿Qué tal va la nueva cadera de tu abuelo?

La pregunta acerca de su abuelo pareció sacar a Carter de su ensimismamiento.

—Va bien. Pero mi abuela ha dicho que a lo mejor le pone una almohada en la cara mientras duerme y así acaba con el

sufrimiento de ambos.

Iris echó la cabeza hacia atrás, se carcajeó y el cabello le resbaló por la espalda como un torrente salvaje.

—¡Qué mujer tan macabra! —comentó cuando hubo recuperado el aliento.

—Sí —dijo Carter con otra sonrisa tímida mientras les servía los helados.

—¿Conoces a todos los ancianos de este pueblo? —le preguntó Archer mientras esperaban.

—Más o menos.

—Sabrás que eso es admirable, ¿verdad?

—¿Ah, sí? Bueno, he vivido aquí toda mi vida. Sería raro que no los conociera.

En realidad, Archer no tenía una respuesta para eso, pero sabía que no era únicamente porque hubiera vivido allí toda su vida. Era porque Iris se preocupaba por la gente. Les prestaba atención. Y por esa razón la gente siempre quería estar cerca de ella.

Por esa razón él quería estar cerca de ella.

Por eso y porque había probado su sabor y deseaba más y más.

Pero, por ahora, se conformaría con la fresa y el chocolate.

—¿Quieres que demos un paseo mientras nos lo comemos? —le preguntó Iris mientras cogían los cucuruchos.

—Claro.

Emergieron a la noche cálida. El pueblo olía a flores de magnolio y a aire salado. Se dejó guiar por Iris, disfrutando de su compañía.

—No es Olive la única que me preocupa —dijo ella después de un rato—. Me refiero a que no es la única razón por la que dudo. Acerca de nosotros.

—Vale. ¿Y quieres contarme las demás razones?

Iris dio otro mordisco a su cucurucho de helado.

—No suelo hacer esta clase de cosas.

—¿Pasear por las calles de noche mientras comes demasiado helado?

Ella se rio suavemente y desvió la mirada un instante hacia sus ojos:

—No, eso lo hago a menudo. Salir con gente, eso es lo que no hago. Bueno, salir con una persona durante un largo

periodo de tiempo.

—Sí, ya lo había deducido.

—¿De verdad?

—Iris, si después de acostarnos juntos por primera vez poco menos que intentaste darte a la fuga.

Ella se rio con más fuerza esta vez:

—¿«Darme a la fuga»?

—Esa fue la impresión que me dio —respondió él con una carcajada.

—Pues lo siento —se disculpó ella con una mueca de arrepentimiento.

—No digo que no me lo pasara bien.

Iris le sonrió con suficiencia y meneó la cabeza.

—Mira, Iris, para mí esto también es territorio desconocido. Me refiero a todo. A Olive, a la cafetería, a ti. —Trató de aliviar el nudo que se le había formado en la garganta, porque se negaba a permitir que la conversación se le fuera de las manos—. Antes, yo tampoco solía tener relaciones. No disponía de tiempo. Así que tal vez podamos tomárnoslo con calma, ver cómo va.

—¿«Ver cómo va»?

—Sí, vemos cómo va. Lo vamos viendo juntos sobre la marcha.

—¿Y qué pasa con el lío de la custodia?

—Tengo permitido salir con gente, Iris. Solo tengo que proporcionarle a Olive un hogar estable. Si decidimos tomarnos esto en serio y seguir adelante, ya nos enfrentaremos entonces a los abogados y a los metomentodos del pueblo. Pero que nosotros salgamos juntos no va a hacer daño a Olive.

No parecía muy convencida; quizá él tampoco hubiera estado muy seguro de ello al principio. No creía que fuera buena idea tener una aventura con la niñera. Pero aquello no era una aventura. Ahora conocía a Iris en profundidad. Sabía que no le haría daño a Olive.

Iris lo miró por el rabillo del ojo mientras caminaban y él aguantó la respiración mientras esperaba a que respondiera. ¿Habría hablado de más, la habría presionado ya sin darse cuenta?

—¿Y qué me dices del hecho de que sigas siendo mi jefe?

—preguntó entonces.

—¿Vas a denunciarme a recursos humanos, Iris? —bromeó, dándole un codazo cariñoso, pero ella lo miró con seriedad—. ¿Quieres dejar de ser la niñera de Olive? —Tenía derecho a decir que no, por supuesto; aun así, abrigaba la esperanza de que se quedara.

Iris emitió un sonido gutural mientras lo reflexionaba.

—Bueno, si el objetivo es alterar la vida de Olive lo menos posible, entonces probablemente debería seguir siendo su niñera.

—¿Estás segura? No quiero que te sientas incómoda con este asunto.

—Ya lo sé. Así que vamos a tomárnoslo con calma y a ver cómo va, como tú has dicho.

Su sonrisa reticente le hizo suspirar de alivio:

—Vale, bien.

—Pero seguiremos sin decírselo a Olive —le pidió ella, frunciendo el ceño con preocupación, y fue entonces cuando Archer vio su amor por Olive.

Aquello no hizo sino reforzar su fe en ella. No deseaba decepcionar a su hija. Y él tampoco quería. Quería ser capaz de decírselo a Olive y a los abogados cuando toda aquella historia fuese más sólida. Pero entendía que Iris necesitara más tiempo.

—De acuerdo.

—Y esa niña es como una investigadora en miniatura, así que tenemos que ser discretos.

—Desde luego —convino Archer riéndose.

Habían llegado al final de una calle sin salida y, ante ellos, se extendía el puerto. Iris se subió a una de las enormes rocas que separaban una pequeña playa de la calle residencial por la que acababan de salir. Se sentó allí y él la imitó.

Las olas rompían con suavidad en la orilla y la luna aparecía suspendida justo por encima del agua.

—Este es uno de mis lugares favoritos —confesó ella, apoyando la cabeza en su hombro.

—Es un buen lugar. —Cualquier lugar en el que Iris apoyara la cabeza en él era un buen lugar.

—¿Sabías que ahora Olive quiere un conejo? Ha dejado atrás los perritos.

—Me lo ha mencionado varios cientos de veces, sí.

Iris se rio y a él aquel sonido le llegó hasta los dedos de los pies.

—Entonces, ¿vas a comprarle uno?

—¿Un conejo? Ni hablar.

—Ya veremos. Yo digo que al final te convence.

—Lo último que necesitamos en esta casa es una mascota —comentó Archer sacudiendo la cabeza.

—Si bate esas larguísimas pestañas el tiempo suficiente, le comprarás uno. Harías cualquier cosa por ella, Arch.

«Arch». El tono burlón había desaparecido de su voz, siendo sustituido por una ternura que le hizo sentir que el corazón no le cabía en el pecho. La abreviación de su nombre, algo que la gente hacía a todas horas, le pareció el gesto más dulce del mundo viniendo de sus labios. Dios, lo tenía bien pillado.

—Haría muchas cosas —respondió él tras aclararse la garganta—, pero pongo el límite en los conejos.

Iris alzó la cabeza y se volvió hacia él sentada sobre su roca, caliente aún por el sol. Estaba preciosa bajo la luz de la luna, como un personaje salido de uno de los cuentos de hadas de Olive.

Archer se echó hacia delante y le rozó los labios con los suyos.

—Me alegro mucho de haberme mudado aquí —dijo, porque era cierto, mucho más cierto de lo que habría podido imaginar.

¿Cómo era posible que hacía solo unos pocos meses hubiera estado buscando la manera de largarse?

Percibió la sonrisa de Iris contra sus labios.

—Yo también. —Lo besó, enredando las manos en su pelo, y él la atrajo hacia sí; lo deseaba todo de ella, pero se conformaría con sus suspiros y sus jadeos, y con el tacto de sus curvas bajo los dedos a la luz de la luna.

Más tarde, cuando volvieron a entrar en casa, Iris susurró: «Qué cita tan agradable», con sus dedos aún entrelazados. Y el hecho de que reconociera que, en efecto, había sido una cita le pareció a Archer una victoria.

—Sí que lo ha sido. Te acompaño a tu habitación.

—¿Me acompañas a mi habitación? —repitió ella riéndose

nerviosa.

—Tengo que asegurarme de que llegas a casa sana y salva —le dijo él con una sonrisa de suficiencia.

Recorrieron el pasillo sin hacer ruido y, al pasar frente al dormitorio de Olive, se asomaron para asegurarse de que estuviera profundamente dormida bajo una montaña de animales de peluche. Se detuvieron frente a la habitación de Iris, ella alzó la mirada y él quiso llevársela a su cuarto y besarla por todas partes, pero también quiso demostrarle que quería más que eso.

Agachó la cabeza, ella se puso de puntillas y posó sus labios suaves y cálidos en los suyos. El beso fue lento y dulce, con sabor a fresas y a chocolate. Iris suspiró y acercó su cuerpo al de él, atormentándolo con cada curva de su anatomía. Y Archer deseó estrecharla contra él, pero se apartó y apoyó la frente en la suya:

—Buenas noches, Iris.

—¿Cómo que buenas noches? —le preguntó ella, con las mejillas sonrojadas y los ojos muy abiertos.

—¿Te gustaría tener otra cita conmigo mañana por la noche? —respondió él a su vez con una sonrisa.

Iris se quedó mirándolo durante unos segundos y él pensó que tal vez hubiera tentado demasiado a la suerte, pero entonces la vio decir que sí con la cabeza.

—Genial. Pues a las nueve en la cocina. Nos vemos entonces. —Le dio otro beso casto en los labios antes de dejarla estupefacta en mitad del pasillo.

Capítulo 32

Archer estaba cortejándola.

O algo por el estilo.

Habían tenido «citas» todas las noches de la semana. Citas en las que Archer había cocinado para ella —toda clase de platos asombrosos— y, en ocasiones, Kimmy se había quedado cuidando de Olive y ella le había enseñado algunos de sus lugares favoritos de Dream Harbor. Habían hablado de todo lo habido y por haber, de su infancia, de lo que pensaban de sus padres, de Olive, de cómo creían que irían sus vidas, de que quizá eso estuviera cambiando. También se habían besado, Dios santo, cómo se habían besado; besos lentos, dulces y deliciosos. Besos que hacían que le temblasen las piernas, le diese vueltas la cabeza y le fuese imposible pensar.

Y resultaba increíblemente agradable.

Le estaba costando mucho recordar qué era lo que le preocupaba de aquella situación. ¿Qué tenía de malo dejar que un chef de inmenso talento te cocinara cosas ricas y después te besara hasta hacer que te olvidaras de tu propio nombre? Lo cierto era que le parecía una magnífica idea.

En aquel momento, se hallaba aprisionada contra la pared de al lado de su dormitorio, con la boca de Archer en el cuello, y solo sabía que su nombre era Iris porque él no paraba de murmurarlo contra su piel.

—Llevamos ya una semana saliendo —le dijo ella, con la voz ahogada y distante.

—Lo sé —contestó Archer, arañándole la garganta con los dientes.

—Creo que deberíamos acostarnos. Otra vez, quiero decir.

Archer se apartó lo suficiente para permitirle ver su cara bajo la luz tenue del pasillo.

—¿Ah, sí?

—Sí, ¿tú no? Ha pasado una semana entera.

Él se rio de su manera de enfatizar la palabra «semana», como si hubiera pasado una eternidad, pero, a juzgar por cómo la besaba, parecía que hubiera pasado un siglo desde la última vez que se acostaron. No sabía cuánto tiempo más podría aguantar.

—Si volvemos a acostarnos, ¿te va a entrar el pánico y me vas a decir que lo nuestro es solo físico? —le preguntó él, acariciándole la mejilla con la punta de la nariz hasta que volvió a besarla en los labios, provocándole suaves suspiros.

—No creo que pueda seguir diciendo eso —admitió, y notó que los labios de Archer sonreían.

¿Cómo iba a decir que aquello era solo físico cuando era evidente que aquel hombre le gustaba? Aún no tenía del todo claro cómo había sucedido. Entre las tortitas, la pasta, los besos y las charlas, tal vez se hubiera enamorado de él.

Aquella idea le provocó un potente escalofrío por todo el cuerpo.

Nunca antes le había sucedido eso.

—Bien —respondió él—. Porque no puedo seguir fingiendo que me parece bien.

La miró a los ojos; entonces Iris lo vio, vio que tal vez él se hubiera enamorado también de ella, y no pudo evitar sonreír de oreja a oreja.

—Entonces… —le dijo ella, deslizándole los dedos por el pelo—. ¿Quieres quedarte a dormir?

La sonrisa de Archer siguió a la suya, mostrándole el hoyuelo de la mejilla:

—Ya sabes que sí.

El escalofrío se hizo más fuerte.

—Pero… —Miró hacia el dormitorio de Olive.

—No haremos ruido —le prometió Iris, recorriendo su torso con las manos. Se le había olvidado que Olive estaba durmiendo en casa de su abuela la última vez que habían hecho aquello—. Además, tenemos las campanillas por si acaso se levanta sonámbula. Y ya sabes que, cuando se duerme, no hay nada que la despierte. Y…

Archer la interrumpió con un beso tórrido, presionando su espalda contra la pared, y ella gimió aliviada. Si tenía que pasar otra noche sola, tal vez no sobreviviera. Desde luego su vibrador no lo haría.

—Me has convencido —murmuró él, y apoyó la frente contra la suya.

—Me alegro. —Lo besó y él correspondió.

Se separaron el tiempo suficiente de cruzar la puerta de su dormitorio y cerrarla a sus espaldas antes de volver a besarse. Iris no se cansaba de aquello. No se cansaba de él. Archer había roto todas las normas que tenía respecto a los hombres. Su convicción de que solo necesitaba a un hombre para el sexo.

Sus labios le resultaban ya familiares, el roce de su lengua contra la suya, sus manos agarrando su cuerpo, su manera de moverse, su manera de gemir mientras ella enredaba las manos en su pelo. Le resultaba todo familiar. Y nunca antes había experimentado algo así. Sus relaciones habían sido fugaces y apasionadas durante unos pocos fines de semana, como mucho. Pero nunca así. Nunca había sentido aquella mezcla de deseo, anhelo, comodidad y amistad.

Nunca se había sentido como en casa, en familia.

Era una sensación agradable, cómoda; aun así, Iris seguía queriendo arrancarle los pantalones.

Si eso no era amor, entonces ya no sabía qué pensar.

Pero no le dijo a Archer nada de aquello, porque en ese instante estaba intentando quitarle los mencionados pantalones y él estaba intentando que fuera más despacio.

—Iris —masculló—. Espera. —Le cogió las manos y ella resopló decepcionada.

—Podemos ir con calma —le dijo—. Te lo prometo. Pero quítate la ropa.

Archer se quedó mirándola con fuego en los ojos y una leve sonrisa de suficiencia.

—Por favor, chef —ronroneó ella.

Archer la soltó de inmediato y se sacó la camiseta por la cabeza. A continuación se deshizo de los pantalones y Iris se quedó con un Archer casi desnudo en su dormitorio.

Intentó acercarla nuevamente hacia sí, pero ella le apartó la mano con un manotazo.

—No, no, no —le reprendió—. Vamos a ir con calma, ¿recuerdas? —Le dedicó una sonrisa perversa mientras examinaba su cuerpo con detenimiento.

Y menudo cuerpo. Fuerte y duro, no como si se pasase el día en el gimnasio, aunque sí daba la impresión de poder sacarla en brazos de un edificio en llamas si fuera necesario.

Iris recorrió su pecho con una uña y lo vio estremecerse.

—¿Qué estás haciendo, Iris?

—Saborearte.

Archer dejó escapar un quejido, aunque, a juzgar por la presión que ejercía su polla contra los bóxer que llevaba puestos, Iris no creía que estuviese muy a disgusto. Rodeó su cuerpo, deslizando consigo la uña, fue recorriendo las ondulaciones de sus músculos, rebasó su hombro y llegó hasta su espalda. Trazó una línea recta sobre su columna y volvió a notar que se estremecía. Enganchó con el dedo la cinturilla de sus calzoncillos y se los bajó lo justo para apreciar la curva de su culo. Y fue entonces cuando vio el tatuaje.

—¡Lo sabía!

—¿El qué? —preguntó él, mirando por encima del hombro.

Iris le bajó más aún los calzoncillos.

—Un tatuaje.

—¿No te habías fijado antes? —le preguntó Archer con una sonrisa arrogante.

—Antes no había podido verte bien el culo. Pero, ahora que estoy aquí… —Terminó de bajarle los bóxer por las piernas y Archer se los quitó de una patada.

—¿Qué es?

—Una rama de olivo.

—¿Tienes una rama de olivo tatuada en el culo?

—No la tengo en el culo. La tengo encima del culo.

—Por poco. —Iris recorrió con el dedo el tallo y las hojas que decoraban la parte superior de su nalga—. ¿Y por qué una rama de olivo?

Archer se encogió de hombros y ella vio la manera en que flexionaba los músculos.

—Me marchaba a Italia. Supongo que me pareció ocurrente.

—¿Así que te lo hiciste antes de marcharte?

—Sí.

—¿Lo tenías cuando te acostaste con Cate?

—Sí.

—¿Y luego ella le puso de nombre Olive a vuestra hija?

—Puede ser. Lo cierto es que no lo sé. Podría ser una coincidencia. ¿Te parece raro?

—¿Que la mujer con la que te acostabas bautizara a la hija que no sabías que tenías inspirándose en el tatuaje que llevas en el culo? Qué va. No es raro para nada.

Archer se rio.

Iris apoyó la frente contra los músculos calientes de su espalda, sin dejar de dibujar formas sobre su cuerpo.

—En cierto modo, es bonito que quisiera que formaras parte del nombre de Olive.

Percibió el suspiro de Archer.

—¿Crees que me habría contado lo de Olive? —preguntó él con voz queda y triste.

Iris le rodeó el cuerpo con los brazos, pegó la mejilla a su espalda y lo estrechó con fuerza.

—No lo sé —respondió.

Archer dejó escapar otro largo suspiro:

—Puede que no me lo dijera porque pensaba que sería un mal padre.

—Si hubiera pensado eso, no habría puesto tu nombre en el certificado de nacimiento —le dijo abrazándolo con más fuerza.

—Supongo que no.

Iris trató de recordar cosas sobre Cate, aquella mujer a la que apenas conocía, pero a quien había visto por el pueblo en innumerables ocasiones. Era amable, hasta donde ella sabía, cercana con los vecinos y de sonrisa fácil. Jamás había oído un solo comentario negativo acerca de ella.

—Probablemente intentase hacer lo que creía mejor para todos —respondió, intentando imaginar cómo debía de haber sido Archer por aquel entonces. Un hombre decidido y motivado. Centrado en sus metas. Cate habría querido que las alcanzara.

—Ojalá me lo hubiera dicho. Ojalá… —Otro estremecedor suspiro recorrió su cuerpo—. Ojalá no me hubiera perdido tantas cosas.

Iris deslizó las manos sobre sus firmes pectorales.

—Ya lo sé —dijo.

Se quedaron callados unos instantes. Ella encontró su corazón y dejó la mano allí, sintiendo sus enérgicos latidos.

—El hecho de que Cate pensara que estaba tomando la decisión correcta no significa que la estuviera tomando. Eres un buen padre, Archer. Y un buen chef.

Archer le levantó la mano y le dio un beso en la palma, dándole las gracias con un susurro.

—Menos mal que no te tatuaste una espátula —dijo ella, bromeando de nuevo a fin de sacarlo de su tristeza—. Habría sido un nombre mucho más raro.

Archer dejó escapar una carcajada de sorpresa, se dio la vuelta y la estrechó de nuevo contra su cuerpo.

—O unas varillas —comentó él, provocándole una risita nerviosa a Iris.

—Aunque Cuchillos habría sido un nombre alucinante —sugirió ella.

—Lo tendré en cuenta para el siguiente —murmuró Archer dándole besos en el cuello.

El siguiente. El siguiente hijo que pensaba tener con… ¿Con quién exactamente? ¿Con ella? ¿Con Iris Lyn Fraser? ¿Acababa de pedirle que engendrara a su bebé y le pusiera un nombre increíble como Cuchillos?

¿Era lo que deseaba ella en esos momentos? ¿El hecho de haber permitido que Olive se colara en su vida la hacía estar abierta a la posibilidad de tener descendencia algún día?

¿Sería posible que un útero diese un salto mortal? Porque quizá fuera eso lo que estaba haciendo el suyo, aunque no quedaba claro si era a causa de la emoción o del pánico. Pero aquel no era el mejor momento para desenmarañar ese enredo emocional.

En su lugar, se dejó distraer por el cuerpo, la boca y las manos de Archer mientras este iba quitándole la ropa, hasta quedar los dos desnudos en mitad de su habitación.

—No había estado aquí desde que te mudaste —le dijo él, empujándola suavemente hacia la cama y borrando de su mente cualquier idea acerca de hijos, bebés y maternidad—. Ha quedado bonita.

Iris no había hecho gran cosa. Había añadido la colcha con diferentes tonalidades de morado que Bex le había regalado el

año anterior por Navidad, unas pocas láminas enmarcadas de artistas de la zona y, sobre la cómoda, la lamparita de noche que encontró en uno de los rastrillos de Dream Harbor. Las cosas habituales de un dormitorio, pero todo eso quedaba en un segundo lugar ahora mismo, porque Archer estaba tendiéndose sobre ella, aprisionándola con su peso contra el colchón. La besó en los labios, flanqueándole el rostro con los bíceps.

—Estoy enamorado de ti, Iris —le dijo entre besos, como si fuera normal, como si se lo dijeran el uno al otro todos los días, como si oírselo decir en voz alta no la hubiese dejado sin respiración—. Sé que es rápido y que tal vez no sea lo que quieras. Pero así es. Te quiero. Me gusta todo de ti.

La besó y la besó, grabando a fuego las palabras sobre su piel con cada beso, mordisco y lametón.

—Al principio era solo físico. Estabas muy buena. No debería haberte contratado, Iris. Supe que iba a ser un problema desde el primer día, cuando apareciste con aquel top de tirantes. —Fue bajando por su cuerpo, sin dejar de besarla y de hablar—. Pero después te vi a ti de verdad. Cuando estabas contenta y juguetona, cuando estabas preocupada, cuando estabas asustada y cuando me necesitabas, cuando no me necesitabas, cuando juegas con Olive, cuando me besas. Es todo el conjunto, Iris.

Ella aún no había pronunciado una sola palabra y, a juzgar por cómo la miraba, pensó que tal vez estuviera rompiéndole ya el corazón.

—No tienes por qué decirme lo mismo —le dijo él, apoyando la cabeza sobre su vientre—. No tienes por qué sentir lo mismo. Es que… nunca antes me había sucedido esto y deseaba decirlo.

Iris deslizó los dedos por las ondulaciones suaves de su cabello, incapaz aún de hablar, pero queriendo que supiera que estaba allí. Archer volvió a moverse, se metió su pezón en la boca y succionó hasta hacerla gimotear y agarrarle el pelo con más fuerza.

Y, por fin, colisionaron todos sus sentimientos hacia aquel hombre: la diversión y el miedo, la comodidad y el deseo, la amistad. Y fue terrorífico, pero a su vez le pareció perfecto.

—Yo también te quiero —susurró.

Archer la miró a los ojos, manteniendo su pezón entre los labios. Se lo lamió una vez más antes de soltarlo.

—¿De verdad?

—Estoy bastante segura.

Él suspiró contra su piel húmeda y ella se estremeció.

—Me vale.

Volvió a subir por su cuerpo y ella separó las piernas. La penetró lentamente hasta llenarla. Ambos dejaron escapar un suspiro. Archer empezó a moverse despacio, de forma deliberada, tomándose su tiempo, y a ella le gustaba, le gustaba la sensación de verse aprisionada, de verse rodeada por él, protegida.

Para cuando sus embestidas se volvieron torpes y rápidas, ella estaba tan cerca de correrse que le dolía.

—¿Qué necesitas, cariño? —le susurró Archer contra la sien.

—¿Puedes ponerte debajo?

Archer se giró con ella entre los brazos, sin separarse, se tumbó boca arriba y ella quedó sentada encima.

—¿Mejor así?

Iris jadeó, meciéndose hacia delante ahora que el ángulo era perfecto.

—Mucho mejor.

Se echó hacia delante y él volvió a meterse su pezón en la boca mientras se movía, frotando el clítoris contra su pubis, dejándose llenar y dilatar por el grueso de su polla. No tardó mucho. El orgasmo la envolvió, lento, intenso y tortuoso, extendiéndose por su cuerpo hasta hacerla explotar. Archer la mantuvo apretada por el culo, sin que su boca abandonara el pezón en ningún momento, amplificando su placer hasta dejarla temblando, llorosa. Él le tapó la boca con la mano, un recordatorio nada sutil de que no debían hacer ruido. Ella volvió a gimotear contra sus dedos.

Cuando por fin se calmó, Archer le sonrió:

—Otra vez.

—No puedo —le aseguró ella meneando la cabeza.

—Sí que puedes. Dame otro, cariño.

Vale, era posible que sí que amara a aquel hombre.

Tres orgasmos más tarde, Archer por fin se dejó llevar y se corrió dentro de ella, sin dejar de mirarla a la cara. Cuando

hubieron terminado, Iris se derrumbó encima de él y no desenredaron sus cuerpos hasta por la mañana, cuando Archer volvió a hurtadillas a su dormitorio.

Porque, sin importar qué estuvieran haciendo, seguía siendo demasiado pronto para contárselo a Olive.

Capítulo 33

—¡Iris!

—¿Qué? —Ella abrió un ojo y se encontró con el rostro de Olive sorprendentemente pegado al suyo.

—¡Es el día de las fresas!

Iris soltó un quejido. El Día de la Fresa. El último festival de Dream Harbor. ¿Cómo era posible que se le hubiera olvidado? El pueblo llevaba semanas enardecido con preparativos con temática de fresas. Todos los comercios de la calle principal estaban engalanados con banderines de fresas y mostraban en sus escaparates carteles del Festival de la Fresa. Iris suspiró, procurando reprimir su estupor; aquel pueblo se volvía loco con cualquier festival de temporada.

—¡Iris! —Unas manitas le sacudieron los hombros—. Iris, dijiste que vendrías con papá y conmigo, ¿te acuerdas? Lo dijiste. ¡Iris! ¿Te acuerdas?

Iris sacó una mano de debajo de las mantas y se la puso a Olive en la cara.

—¿Dónde está el botón de apagado?

Olive se rio.

—¿Liv? —Archer asomó la cabeza por la puerta. Iris se encogió más aún bajo las mantas—. Te he dicho que dejaras en paz a Iris. Es su día libre. Perdona, Iris.

Iris bajó las mantas y se encontró al padre y a la hija mirándola, Archer con preocupación y Olive con una impaciencia incontenible.

—¡Pero dijo que vendría con nosotros al Festival de la Fresa!

Por desgracia, era cierto. Pero eso había sido semanas atrás. Le había hecho la promesa antes de contagiarse del virus que

Olive debía de haber traído del colegio. La pequeña portadora llevaba bien toda la semana, en cambio Iris estaba agotada y mareada.

Se frotó la cara y se incorporó lentamente para dejar que se le pasaran las náuseas.

—Tiene razón. Dije que os acompañaría.

—¡Yupi! —Olive empezó a dar palmas y a bailar por la habitación.

Archer la cogió en brazos y la niña chilló.

—Vale, pero al menos vamos a dejar que Iris se prepare tranquilamente.

—¡Pero las fresas!

—Estarán allí todo el día, te lo prometo. —Archer la dejó en el pasillo y luego volvió a asomarse a la habitación de Iris—: ¿Te encuentras bien? Puedo ir yo solo con ella, si prefieres quedarte.

Habría preferido quedarse, pero lo había prometido, y, teniendo en cuenta sus recién descubiertos sentimientos hacia aquel maldito hombre y su maldita hija, no quería decepcionarlos.

—Estoy bien. Es que esta semana me encuentro un poco rara. No es nada grave. —Se obligó a sonreír—. Me visto y enseguida estoy.

—Te prepararé el desayuno.

Iris no pudo evitar esbozar una sonrisa auténtica. La necesidad que tenía aquel hombre de darle de comer era una de las cosas que más le gustaban de él.

—De acuerdo.

—¿Huevos con beicon?

Salvo que, en aquellos momentos, lo de la comida era un tema complicado. Se le revolvió el estómago.

—Mejor un té y una tostada.

—¿Solo quieres eso? —le preguntó él con el ceño fruncido.

—La verdad es que sí. Gracias.

Seguía observándola desde el umbral con aquella mirada tan intensa.

—Te prometo que estoy bien.

—Vale. —Sonrió él al fin—. Me alegra que vayas a venir con nosotros.

—A mí también. —Y lo decía en serio, pese a que aún tenía

la leve sensación de que estaba a punto de vomitar.

Aquella sería su primera salida los tres juntos desde que Archer y ella habían empezado a acostarse, desde que se dijeran «te quiero». La cosa había ido bien las últimas dos semanas. El sexo era increíble, pero lo más importante era que, cada vez que susurraba que la quería, con el cuerpo pegado al suyo y el aliento cálido y acelerado en su oído, a ella le parecía auténtico y apropiado. Cuando se lo decía ella a él, era sincera.

Pero, cuando estaban con Olive, debían mantener la distancia. Nada de besos, nada de caricias, y resultaba más difícil de lo que había imaginado. En especial con una niña que estaba siempre atenta, observando. Había empezado a darle la impresión de que estaban mintiéndole, y a Iris no le gustaba aquella sensación. No quería mentir a aquella niña que confiaba en ella. Por no mencionar que le costaba mucho mantener las manos lejos de Archer. Deseaba abrazarlo cuando regresaba a casa del trabajo. Deseaba darle la mano y retirarle el pelo de la cara. Deseaba sentir que eran una pareja de verdad y no que ella era la niñera que se acostaba con su jefe. Resultó que aquella fantasía iba volviéndose mucho menos erótica conforme se prolongaba en el tiempo. Y, si bien habían acordado que saldrían juntos y, además, ella seguiría siendo la niñera de Olive, el plan iba pareciéndole cada vez peor conforme pasaban los días.

De manera que aquella visita al primer Festival de la Fresa Strawberry Fields Forever suponía para ella algo muy importante. Casi como una especie de prueba para ver si podían ser una familia. Una familia de verdad, en público.

Si el día iba bien, tal vez se lo contaran a Olive.

La idea le revolvió de nuevo el estómago; por suerte, Archer ya se había marchado cuando se inclinó hacia un lado de la cama y vomitó en la papelera.

Como a cualquier vecino de Dream Harbor, a Iris le encantaban los festivales. Era algo que estaba escrito en el ADN del pueblo. A aquellos vecinos les encantaba tener un motivo para reunirse. De forma que, pese a que aquel fuese el primer año del Festival de la Fresa Strawberry Fields Forever,

estaba abarrotado de gente.

Logan Anders acogía el evento en su granja, y sus campos estaban llenos de puestos de artesanía, de comida y un sinfín de dulces con sabor a fresa, muchos más de los que Iris hubiera imaginado. A su lado, Olive vibraba de emoción, y tenía que admitir que, después de comerse una simple tostada para desayunar, se encontraba mucho mejor.

Brillaba el sol y el aire era cálido. Un perfecto día de junio. Todo parecía nuevo, fresco y colmado de esperanzas. Iris tenía los ojos cerrados y la cara levantada hacia el sol como una flor sedienta cuando los chillidos de Olive interrumpieron sus plácidos pensamientos primaverales.

—¡Crías de animales! —gritó la niña—. ¡Iris! ¡Crías de animales!

Iris bajó la cabeza, vio que Olive le tiraba de la mano y se le llenó el corazón de cariño. Llevaba los piececillos enfundados en unas botas de lluvia embarradas y ya se había puesto las horquillas para el pelo en forma de fresa que Archer le había comprado en el puesto de artesanía de Bernadette; estaba monísima. Miró a Iris emocionada con sus enormes ojos marrones:

—¿Podemos ir a verlos?

—Claro que sí.

—Vamos. —Olive empezó a tirar de ella hacia el redil de los animales—. ¡Vamos, papá! —le gritó a Archer, que se hallaba comprándoles una limonada de fresa gigante para compartir del puesto de Jeanie.

—Ahora os alcanzo, pero ni se te ocurra esconderte crías de conejo en los bolsillos.

Olive se rio, pero Iris pensó que tendría que revisarle los bolsillos del peto antes de pasar a la siguiente atracción. No se fiaba de que no intentase sacar un conejito escondido. Hacía unos días la había pillado en el jardín con zanahorias y una caja de zapatos, tratando de armar una especie de trampa.

Atravesaron el campo, esquivando los barrizales y los surcos de la hierba para llegar hasta los rediles de los animales. Había docenas de niños correteando alrededor de las cercas para poder echar un vistazo a las crías de cabra y de cerdo. Iris distinguió algunos rostros familiares entre la

multitud.

—Mira, Olive, han venido Ivy y Cece. —Señaló a las dos niñas que se reían junto a un par de crías de cabra que mordisqueaban el alambre de la cerca.

Olive corrió hacia ellas sin parar de gritar que tenía unas horquillas nuevas en forma de fresa y que le encantaban las crías de cabra. Para cuando Iris la alcanzó, las tres niñas estaban dando saltos, mientras Hazel y Noah las miraban un tanto extenuados.

—Creo que nos hemos pasado dándoles dulces de fresa —comentó Hazel.

—Qué va —repuso Noah con una sonrisa—. Se lo están pasando bien sin más.

Iris le dedicó una sonrisa desconcertada, todavía sin aliento después de haber atravesado el campo corriendo, incapaz de aportar algo más.

—Tío Noah —Cece tiró del brazo de Noah—, ¿nos das más monedas para la comida de las cabras?

—Me habéis arruinado, niñas —respondió él, se metió las manos en los bolsillos y las sacó vacías.

—Olive, pregúntale a tu madre si tiene dinero —le susurró Ivy a Olive.

Iris observó horrorizada cómo el rostro de Olive pasaba de la alegría a la tristeza en un abrir y cerrar de ojos.

—No es mi madre —respondió, y a Iris se le rompió el corazón.

—Ah… —Ivy miró confundida a Iris, entornando los ojos—. ¿Tu tía entonces?

—No. Es mi niñera, nada más.

«Mi niñera, nada más».

—Vale —continuó Ivy, sin ser para nada consciente de que aquella conversación estaba desgarrando a Iris y desanimando profundamente a Olive—. Pues pregúntale a tu niñera si tiene monedas.

Mierda. Lo cierto era que no tenía monedas. ¿Quién llevaba los bolsillos llenos de calderilla? ¿Las madres hacían eso?

—Lo siento, chica. No he traído ninguna.

El gesto de decepción de Olive le partió el corazón. Eso era justo lo que más miedo le daba. Aquella niña esperaba muchas cosas de ella y estaba destinada a decepcionarla.

—¡Yo tengo algunas más! —anunció Hazel, que sacudió su bolsito hasta que cayeron varias monedas de veinticinco centavos y las niñas chillaron emocionadas.

Gracias al cielo.

Iris dejó escapar un suspiro de alivio:

—Gracias, Hazel.

—No hay de qué. Una vez, cometimos el error de llevarlas al zoo sin tener monedas de veinticinco centavos y fue una auténtica pesadilla.

Noah le pasó el brazo por encima del hombro a Hazel.

—Te agradezco que permitas que las niñas se queden con nosotros —le dijo.

—No pasa nada —respondió ella con una sonrisa—. Son una pesadilla, pero las quiero.

Noah sonrió y le dio un beso en la punta de la nariz. Algún día serían buenos padres, pensó Iris, divertidos y cariñosos. Se imaginó que su casa estaría llena de libros y de fiestas de baile, y que habría un padre que haría cualquier cosa por sus hijos y una madre que los adoraría.

¿Podría ella construir algo así con Archer y Olive?

—¿Sabías que aquí tienen conejitos? —le dijo Cece a Olive mientras las crías de cabra terminaban de lamer lo que quedaba de comida de sus palmas pegajosas.

—¡Ya lo sé! —Olive se volvió hacia Iris, olvidado ya su error de no llevar monedas—: Iris, ¿podemos ir a ver a los conejitos?

—¡Vamos! —exclamó Cece tirando de Olive, seguida de Ivy, sin esperar la respuesta de ninguno de los adultos.

—Bueno —rio Noah—. Supongo que será mejor que las sigamos.

—No creo que tengamos elección —convino Iris, siguiendo a Olive con la mirada por entre la multitud de críos.

Las niñas llegaron hasta la madriguera de los conejos, frente a la que estaba situada Kira.

—Hola, señoritas.

—Hola, Kira, ¿puedo coger en brazos un conejito? Tendré mucho cuidado —prometió Olive.

—Vaya, viene hoy pisando fuerte, señorita Olive —comentó Kira entre risas.

—Pisaré flojito, pero quiero coger en brazos un conejito —

insistió Olive—. Por favor.

—No hay problema, pequeña —le dijo Kira, volviendo a reírse—, pero tienes que sentarte y quedarte muy quieta para no asustarlos, ¿de acuerdo?

Olive se sentó en la bala de heno que había al lado y asintió con solemnidad. Ivy y Cece la imitaron. Iris sonrió.

—Al menos tienen que estarse calladas unos minutos —susurró Hazel, y ella se rio.

—Bueno, este se llama Cookie. —Kira le puso en brazos a Olive un conejito color caramelo envuelto en una mantita de bebé.

La niña estaba radiante de emoción, pero se quedó totalmente quieta y callada, contemplando al animal que tenía en los brazos.

Kira le puso en brazos a Cece un conejito blanco y negro llamado Alexander y otro gris llamado Stormy a Ivy.

—Esto es lo más mono que he visto en todo el día —comentó Iris, y Kira sonrió.

—¿A que sí?

—¿Así que ahora tenéis conejitos?

—Empezamos solo con una pareja —explicó Kira encogiéndose de hombros.

—Es lo que suele pasar con los conejitos —comentó Noah con una carcajada, haciendo que Hazel pusiera los ojos en blanco.

—¡A que son una monada! —dijo Kira con una sonrisa soñadora.

—¿Y qué opinan de ellos Bennett y los perros? —preguntó Iris.

—Los protegen mucho. Los perros montan guardia todo el día, y he pillado a Ben en varias ocasiones yendo a ver cómo estaban en mitad de la noche.

Iris se rio y Olive la mandó callar.

—Lo vas a asustar —susurró.

—Perdona —respondió ella.

—Si tienes mucho cuidado, puedes acariciarle la cabecita así. —Kira le hizo una demostración.

Olive la imitó, acariciando la cabeza del conejo con tal cuidado y amor que a Iris le entraron unas inexplicables ganas de llorar.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Kira; la miraba preocupada.

Al parecer, no eran solo ganas. Tuvo que secarse los ojos.

—Ha sido un día muy raro.

Kira seguía mirándola con el ceño fruncido cuando Archer las encontró.

—Dios, qué monada —dijo al ver a Olive con el conejito.

—Una monada muy peligrosa —convino Iris.

—No vamos a llevarnos un conejo.

—Claro. No vamos a llevarnos un conejo.

Se miraron a los ojos y empezaron a reírse. Kira se quedó observándolos. Por suerte, Hazel y Noah estaban demasiado ocupados sacando fotos a las niñas como para darse cuenta.

—Pero ¿qué…? —empezó a preguntar Kira.

—¿Puedo coger un conejito en brazos yo también? —preguntó un niño pecoso con la boca manchada de fresas tirándole del delantal a Kira, lo que impidió que esta preguntara lo que fuese que iba a preguntar, y que Iris desde luego no tenía intención de responder.

¿Qué le iba a decir? «Ah, sí, Kira, se me había olvidado decirte que me he enamorado de este hombre y de su hija y estamos aquí fingiendo ser una familia, y no sé si la cosa funciona o no, pero no puedo mirar a Olive sin que me entren ganas de llorar, y no puedo mirar a Archer sin que me entren ganas de lanzarme a su cuello. Así que…, sí…, eso es lo que está pasando».

Kira la miró nuevamente con la ceja levantada, como si le hubiera leído el pensamiento, antes de volverse hacia la madriguera para sacar al siguiente conejito en busca de un achuchón.

Iris aprovechó la oportunidad para distraerse de sus sentimientos y fijarse en la magnitud del festival. Desde luego, no era tan grande como, por ejemplo, el Festival de Otoño, o incluso el de verano, pero suponía un gran espectáculo para ser el primer año. Había varios puestos que vendían pastel de fresa. Reparó en que la pastelería de Annie tenía en venta múltiples variedades de *cookies* y *cupcakes* con sabor a fresa. El Pumpkin Spice Café también había montado un puesto y servía limonadas y *smoothies* de fresa. Estaban también las crías de animales de granja, una carpa de

manualidades y un castillo hinchable para los niños. Y más artesanos de los que Iris alcanzaba a imaginar. Nada mal para ser el primer año. Incluso vio a Logan organizando viajes en tractor, actividad generalmente reservada para el otoño. Debía de haberle convencido Jeanie.

—¿Y cómo la alejamos ahora de los conejitos? —le preguntó Archer tras pasarse un buen rato allí de pie, bebiendo limonada y viendo a Olive achuchar a Cookie.

Ivy y Cece se habían aburrido y habían convencido a Noah y a Hazel para que las llevaran al castillo hinchable, pero Olive no había querido renunciar aún a su conejito.

—He visto que hay un espectáculo de marionetas que empieza a mediodía. A lo mejor podemos persuadirla con eso.

Miraron ambos a Olive con escepticismo. El rostro de la niña era la viva imagen del amor profundo e incondicional hacia su conejito. Estaban bien fastidiados.

Archer se inclinó hacia ella y le tocó el hombro con el suyo, cálido y firme.

—¿Seguro que estás bien? —le preguntó.

—Sí —respondió ella, apretándose ligeramente contra él, solo un instante.

Archer le rozó la mano y enganchó el meñique con el suyo. Una caricia secreta solo entre ellos dos.

O era secreta hasta que Olive alzó la cabeza y se fijó en sus manos unidas. Agrandó la sonrisa. Llevada por el pánico, Iris le soltó el meñique a Archer. Tal vez no estuviera preparada para aquello. Tal vez no fuera el momento. Solo acordarse de la decepción de Olive por la falta de monedas le había hecho replantearse por completo aquel experimento. ¿Hasta dónde llegaría su decepción si pensaba que Iris iba a ser su nueva mamá y después la cosa no funcionaba?

—¡Kira! —gritó Olive—. ¡Ya he terminado con mi conejito! —Devolvió a Cookie a Kira, corrió hacia donde estaban Archer y ella, mirándoles las manos, y frunció el ceño decepcionada al ver que habían vuelto a separarse.

—¿Y qué hacemos ahora? —le preguntó Archer, y Iris supo que estaba tratando de evitar lo inevitable.

—Papá, ¿le estabas dando la mano a Iris?

—Eh… —Archer se pasó una mano por el pelo—. Solo quería asegurarme de que no se perdía.

—¿De verdad? —preguntó Olive con la nariz arrugada.

—Sí. Hay mucha gente aquí. No debemos separarnos. —Cogió a Olive por las axilas y se la subió a hombros.

La niña chilló de alegría mientras se elevaba.

—¡Las botas! —exclamó Iris, viendo horrorizada cómo las botas embarradas de Olive le manchaban la camisa a Archer.

Pero, cuando alzó la mirada, vio que padre y hija le sonreían con hoyuelos idénticos; entonces, dejaron de importarle las botas, dejó de importarle la camisa, dejaron de importarle sus propias dudas. Tal vez sí fuese el momento. Tal vez sí estuviese preparada.

—Papá, vuelve a darle la mano a Iris para que no se pierda —ordenó Olive.

Archer la miró con gesto claramente inquisitivo, de modo que Iris asintió con la cabeza y le estrechó la mano, y así se alejaron hacia el espectáculo de marionetas. Juntos. Como una familia.

Capítulo 34

Iris contemplaba el espectáculo de marionetas desde la parte de atrás del público, junto con el resto de los padres. Los niños estaban todos sentados en balas de heno alineadas frente al improvisado escenario. Olive había logrado hacerse con un asiento en primera fila al lado de una de sus amigas del colegio, pero, desde el fondo, Iris aún alcanzaba a verle las trenzas.

Estaba empleando el tiempo en aclarar sus ideas, apoyada contra el tronco a la sombra de un árbol, mientras Archer iba a buscarles otro pastel de fresas para probar.

Aquello no estaba tan mal, pensaba, escudriñando con la mirada a los demás padres, que vigilaban a sus hijos mientras estos disfrutaban de una versión algo siniestra de *Caperucita Roja* interpretada por unas marionetas que, sin duda, le provocarían pesadillas. Pero podía hacerlo. Podía salir con Archer en serio. Podía estar más presente en la vida de Olive. Cierto, se le había olvidado llevar monedas, pero habían llegado justo a tiempo al espectáculo de títeres.

Se cruzó con la mirada de Isabel desde el otro extremo de la multitud y esta le transmitió con gestos lo mucho que le horrorizaba el espectáculo. Iris se rio y asintió para darle la razón.

Estaba orgullosa de sí misma, comportándose como una madre cualquiera rodeada de otros padres. Le gustaba Olive. Su padre la volvía loca. Y no pasaba nada. Estaba todo bien. Era más que capaz de hacerlo. Era…

Un momento.

El espectáculo había concluido con la grotesca muerte del lobo y todos los niños se habían puesto en pie, ahora los

padres se hallaban en su ángulo de visión y ya no alcanzaba a ver a Olive. ¿Dónde se había metido la niña?

Iba poniéndose cada vez más nerviosa conforme se abría paso entre la multitud hacia el lugar donde Olive había estado sentada hasta hacía solo unos instantes. ¡Si estaba justo allí! Pero ahora la bala de heno estaba vacía, su amiga había desaparecido, el público iba dispersándose y Iris no la encontraba. ¿Dónde estaba?

—Mierda, mierda, mierda —maldecía mientras rodeaba el escenario. Olive no estaba.

¡Había PERDIDO a Olive!

—No, no, no, no… —Aquello era imposible.

Todo iba muy bien hasta ese momento. Iba genial. Lo tenía todo controlado. ¿Acaso no se le daba bien? ¿Acaso no había establecido un vínculo con Olive? ¿No había descubierto lo que le gustaba comer y lo que le hacía reír? ¿Acaso no había logrado entenderla?

Aquello no podía estar pasando.

—¿Iris? —Archer estaba de pie junto a ella, con las manos llenas de pasteles con sabor a fresa y el ceño fruncido mientras la miraba. Mientras la miraba y se preguntaba dónde demonios se había metido su hija.

Su hija, a la que ella había perdido.

Ay, Dios.

Le entraron ganas de vomitar.

—Iris, ¿qué está pasando? ¿Dónde está Olive? —La voz severa de Archer le llegó a través del pánico.

—Pues… estaba… estaba justo aquí, y ahora…

—¿Y ahora? —Archer alzó la voz, igualando su pánico al de ella.

—Y ahora… No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Es que…

—La madre que me parió —exclamó Archer, dejó caer todos los dulces y atravesó el campo a grandes zancadas, girando la cabeza de un lado a otro mientras buscaba—. ¡Olive! —gritó—. Olive, ¿dónde estás?

Iris corrió tras él, invadida por el pánico, el horror y unas intensas náuseas. Había perdido a Olive. Lo había fastidiado todo. Y pensar que se había creído capaz de gestionar aquello.

¿Se había creído capaz de tener una hija? ¿Se había creído capaz de jugar a qué? ¿A ser una madre de verdad con una hija humana de verdad?

Había estado poco cualificada desde el principio y ahora lo había echado todo a perder. ¿Y si Olive estaba en peligro? ¿Y si había sido secuestrada? ¿Y si estaba herida, o se había caído, o se había roto un hueso, o se había ido hacia la carretera?

Y si…

Y si…

Y si…

Se detuvo junto al cubo de basura más cercano para expulsar el contenido de su estómago a medida que en su cabeza se reproducían hipótesis horribles, una detrás de otra. Jamás había conocido un terror tan agudo como aquel. Jamás una preocupación tan incapacitante.

Aquello no era un juego. Aquello no era una aventura.

Se trataba de Archer y de su hija, y los había decepcionado a ambos terrible e irremediablemente…

Sacudía todo el cuerpo con violentos temblores cuando Kira apareció junto a ella y la rodeó con el brazo para estabilizarla.

—No pasa nada —le dijo—. La están buscando todos, Iris. No tardarán en encontrarla. —Le dio un beso en la sien y ella se aferró a su amiga.

—Pero ¿y si no la encuentran? ¿Y si…?

—Calla —le ordenó Kira, haciéndose cargo—. La encontrarán. Lleva desaparecida solo un minuto, Iris, y el pueblo entero está aquí. La encontrarán y no pasará nada. Todo irá bien. —Lo dijo con tal certeza que Iris se vio obligada a creerla, pero mantuvo su mano apretada mientras atravesaban el festival gritando el nombre de Olive.

Cuando apareció el tractor de Logan con Olive sentada a su lado, sonriendo de oreja a oreja, Iris no supo si le dieron ganas de abrazarla o de estrangularla.

Corrió hacia el tractor, dejando atrás a Kira. Sin embargo, Archer se le adelantó, levantó a Olive de su asiento y empezó a regañarla, a gritarle y abrazarla al mismo tiempo.

—No vuelvas a hacer eso —le dijo él, apartándose para mirarla a los ojos—. Nunca más, ¿me oyes?

Olive asintió, ya sin su sonrisa. Rodeó el rostro de Archer con sus manitas.

—Lo siento, papá —se disculpó—. Solo quería recoger fresas del campo.

Archer alzó la cabeza para mirar a Logan.

—La he encontrado deambulando por la parte trasera de la granja, feliz como una lombriz, recolectando fresas del jardín privado de mi abuelo. —Logan mostraba una sonrisa divertida, pero saltaba a la vista que Archer aún no se encontraba en ese punto.

—Gracias, tío. Te lo agradezco. Siento que se nos haya escapado.

No se les había escapado. Se le había escapado solo a ella. Había sido culpa suya, y no pudo hacer más que permanecer al margen, envuelta en una nube de alivio y arrepentimiento. No pudo más que quedarse mirando mientras Archer cogía en brazos a su hija, la cubría de besos y le decía una y otra vez que nunca volviera a marcharse así, que le había dado un buen susto y que la quería. Y el deseo de formar parte de aquel abrazo fue tan intenso y doloroso que Iris tuvo ganas de hacerse un ovillo en el suelo.

Sin embargo, fue otra certeza muy diferente la que la obligó a sentarse. Una certeza que la golpeó con tal intensidad que dejó su mundo del revés. Iris no tenía un virus estomacal. Claro que no. Olive ni siquiera había estado enferma. Y un virus estomacal no te daba ganas de vomitar solo por las mañanas. Tampoco hacía que te dolieran las tetas, ni te ponía sensible a todas horas. Y, desde luego, un virus estomacal no hacía que no te bajara la regla.

Iris era idiota.

Y, además, estaba embarazada.

Estaba embarazada y acababa de demostrarse a sí misma, al pueblo entero y, lo más importante, a Archer que no estaba en absoluto capacitada para ser madre.

Tras un trayecto de vuelta a casa increíblemente tenso, seguido de una tensa cena y de varias regañinas, Olive se fue a la cama, aunque Archer sabía que probablemente él pasaría la noche frente a su habitación. La noche y tal vez el resto de

su vida.

Archer nunca había pasado tanto miedo como aquel día. La idea de que Olive hubiera desaparecido todavía le provocaba escalofríos de terror. Para ser alguien a quien conocía desde hacía escasos meses, le había dejado una huella profunda y ya se sentía incapaz de imaginar su vida sin ella.

Y lo mismo podía decirse de otra de las personas de su casa. Alguien que no había pronunciado más de dos palabras desde que regresaran a casa, desde que se disculpara una y otra vez, con el rostro bañado de lágrimas. Iris se había retirado a su cuarto cuando llegaron a casa y él no había vuelto a verla desde entonces.

Archer llamó con suavidad a su puerta.

—Adelante.

—Iris, quería… —Dejó la frase a medias al fijarse en la escena—. ¿Qué estás haciendo?

—Las maletas. —Iris no levantó la mirada y siguió sacando ropa de los cajones de su cómoda y tirándola sobre la cama.

—¿Las maletas? ¿Por qué?

Ella no se detuvo. La pila de ropa de la cama seguía creciendo. ¿Qué estaba pasando? Le invadió el pecho un pánico similar al que había experimentado cuando Olive se había perdido. Fatalidad inminente.

—Iris, mírame. ¿Por qué estás haciendo las maletas?

Iris se detuvo y alzó la vista para mirarlo. Le brillaban los ojos por las lágrimas. El pánico aumentó.

—Presento mi renuncia.

Joder, no.

—¿De qué estás hablando? No vas a renunciar.

Iris resopló y tiró un jersey sobre el montón de ropa.

—Claro que sí. Renuncio.

Un terror afilado le desgarró las entrañas.

—No —insistió él, de nuevo como si fuera un niño pequeño. Pero Iris no podía renunciar—. Olive te necesita.

«Yo te necesito», pensó.

Iris dejó escapar un ruido a medio camino entre una carcajada y un sollozo.

—La he perdido, Archer. ¿Sabes lo que podría haberle ocurrido hoy? ¿Sabes lo mal que podría haber acabado todo? ¡Y ha sido por mi culpa! No estaba prestándole la atención

suficiente.

Había empezado a llorar, con sonoros sollozos e hipidos, y Archer no podía soportarlo. Se acercó, estirando un brazo para tocarla, pero ella retrocedió y mantuvo la distancia, y él tampoco pudo soportar aquello.

—Iris, escúchame, no ha sido culpa tuya. A veces hace esto, ¿recuerdas? Se escapa. Lo ha hecho muchas veces. En mi propia casa. No es culpa tuya.

—Sí que lo es. Y además te hará quedar mal a ti, Archer. ¿Qué pensarán los del juzgado? He puesto en peligro la custodia. Lo he estropeado todo. —Iris sacudió la cabeza, agitando su salvaje cabellera sobre los hombros.

Estaba pálida y presentaba unas pronunciadas ojeras. ¿Qué era lo que le pasaba? ¿Qué se le había escapado?

¿Cómo había podido fastidiarlo todo de aquella manera?

Se acercó de nuevo y, esta vez, Iris dejó que la tocara, dejó que le retirase el pelo de la cara mojada, dejó que le levantara la barbilla para verse obligada a mirarlo.

—Lo siento, Iris. Lo lamento si hoy te he dado la impresión de que te estaba echando la culpa. Estaba asustado. Siento no haberme dado cuenta de que estabas enferma. A lo mejor necesitas un poco de tiempo libre.

—No estoy enferma —susurró ella.

—Vale, vale, cariño, sea lo que sea lo solucionaremos. El juzgado se dará cuenta de lo bien que hemos cuidado de Olive. Está mejorando gracias a ti. No tienes por qué marcharte. Solo ha sido un mal día.

Iris esbozó entonces una sonrisa triste antes de hablar:

—No, Archer. No ha sido solo un mal día. Jamás debería haber aceptado este trabajo, y ambos lo sabemos. No estoy cualificada para trabajar como niñera.

—A la mierda con las cualificaciones. Olive te quiere. Yo te quiero. Y, además, ya no quiero que sigas siendo su niñera, Iris. Quiero estar contigo. Quiero que vivas aquí de verdad. Quiero que mi dormitorio sea nuestro dormitorio. Quiero que formes parte de la vida de Olive. De mi vida. ¿De acuerdo? Estás despedida.

Había empezado a llorar de nuevo y él le secó las lágrimas de las mejillas y apoyó la frente en la suya.

—Por favor, cariño, no llores.

—No puedo…

—Consúltalo con la almohada, ¿vale? —la interrumpió. No soportaba escuchar qué era lo que no podía hacer—. No tomes ninguna decisión hoy. Han pasado demasiadas cosas.

Ella asintió y movió la cabeza ligeramente contra la suya.

—Vale —susurró, y aquella palabra le provocó tal alivio por todo el cuerpo que a punto estuvo de caerse al suelo.

—Vale —repitió él, dándole un beso en la cabeza antes de apartarse—. Hablaremos mañana. Duerme un poco.

Deseaba quedarse. Deseaba rodearla con su cuerpo y llevársela a la cama, mantenerla allí, pero estaba claro que ella no quería. Tenía los brazos alrededor de su cintura y una mirada triste y oscura. Le concedería espacio para pensar. Por la mañana se daría cuenta de que había sido solo un mal día, de que no era culpa suya, de que al final todo había salido bien.

Se daría cuenta de que aquel era su lugar.

—Buenas noches, Iris.

—Buenas noches, Archer.

Cometió el error de dormir en su propia habitación en lugar de montar guardia en el pasillo, pero al día siguiente no era Olive la que había desaparecido. Era Iris.

Había dejado sobre la encimera de la cocina tres cosas que Archer encontró a las cinco de la mañana. Una nota para él, una nota para Olive y una caja de premezcla para tortitas Bisquick.

—Pero ¿dónde está? —preguntó Olive por enésima vez.

Archer tenía ganas de gritar.

—En casa de su prima —respondió con calma, por enésima vez.

—¿Yo tengo primas? —preguntó Olive arrugando la nariz.

—No.

—¿Y por qué está Iris en casa de su prima? ¿Va a volver?

—Porque necesita un descanso, y no lo sé.

—¿Un descanso de qué?

«De nosotros».

—Un descanso de su trabajo como niñera.

Olive frunció el ceño. Volvió a mirar la nota que había

dejado Iris. Era más un garabato que una nota. Un monigote que la representaba a ella y otro que representaba a Olive aparecían dados la mano en el dibujo, con un arcoíris por encima. Había escrito:

Querida Olive: Me ha encantado ser tu niñera, pero mi prima necesita mi ayuda durante un tiempo. Cuida bien de tu padre. Te quiero mucho. Iris.

Siendo sincero, era mejor que la nota que le había dejado a él, que consistía simplemente en «Lo siento mucho por todo». Debajo había escrito el nombre y el número de otra niñera y le sugería que probara con Bisquick. Y eso era todo. Nada de «Te quiero mucho», ninguna explicación ni la promesa de regresar. ¿Estaba renunciando a ser su niñera o rompiendo con él? Ambas cosas, aparentemente.

Miró con odio la caja de premezcla para tortitas.

—¿Tú también quieres un descanso de mí? —preguntó Olive y, después de todo lo sucedido el día anterior y aquella mañana, a él se le partió oficialmente el corazón.

—No, Livie. Nunca voy a querer descansar de ser tu padre.

Hacía solo unos meses, esa idea le habría hecho entrar en pánico, pero ahora le parecía correcta. Olive sería suya para siempre. Y así era como quería que fuera.

—Vale, me alegro —le dijo ella con una sonrisa.

—Y tu madre, aunque ya no esté aquí, siempre será tu madre. Siempre.

—Vale, me alegro también de eso.

—Claro que sí. A lo mejor podemos terminar juntos el jardín que habías empezado con Iris, y plantamos algo especial para tu madre. Algo que atraiga a los colibrís, quizá.

—¡Sí! ¡Y también podríamos tener un conejito!

—No tientes a la suerte, hija.

—¿Puedo por lo menos desayunar una Pop-Tart? —preguntó Olive frunciendo los labios.

Archer suspiró, pensando en lo mucho que Iris había influido en sus vidas. Había estado allí con Olive desde el principio. Y ahora se habían quedado los dos solos.

—Claro.

—¡Yupi! —Olive empezó a dar palmas, animada de

inmediato con la promesa de desayunar un dulce ultraprocesado—. Y no te preocupes, papá. Creo que Iris va a volver.

A Archer se le formó un nudo en la garganta, porque no quería hacerle más daño a su hija del que ya le habían hecho en su corta vida.

—No lo sé, Liv. Puede que no.

—Pero puede que sí.

—Pero podría no volver nunca.

—Nunca digas nunca, papá.

Entonces la miró; tenía el mismo rostro ovalado y los ojos oscuros de Cate, pero la boca, la sonrisa y el hoyuelo eran cosa de él. Pensó en todos los años que tenían por delante, en todas las cosas que aún tendría que solucionar y aprender. Habría cumpleaños, vacaciones, rodillas raspadas, huesos rotos, desengaños, dolores de dientes, problemas en el colegio y problemas con las amigas. Le parecía demasiado, pero, viendo el gesto esperanzado de su hija, no quiso ser él quien se lo arrebatara.

—De acuerdo, Olive. No diré nunca.

Olive sonrió y dio un mordisco a su Pop-Tart. A él le parecía todo demasiado real y demasiado arduo, aunque pensó que tal vez fuese capaz de hacerlo. Aunque tuviera que hacerlo solo.

Capítulo 35

—¿Qué ocurre? —masculló Iris, saliendo de debajo de su pila de mantas.

Había puesto el aire acondicionado de Bex a máxima potencia para poder regodearse a gusto en sus desgracias. Era muy difícil regodearse cuando hacía calor. Y, desde luego, tenía muchas desgracias en las que regodearse.

Por no mencionar que seguía con náuseas y más cansada de lo que había estado en toda su vida.

—He pedido refuerzos. —Bex se dejó caer junto a ella en el sofá.

Kira se sentó en el suelo a su lado e Isabel se sentó con cautela en el viejo sillón que Bex había heredado de su abuela.

—¿Para qué?

—Ah, bueno, pues lo típico, para ayudarte a decidir qué demonios hacer con esto de enamorarte de Archer, extrañar a Olive y quedarte embarazada sin buscarlo —explicó Bex, que le daba fuertes palmadas en la pierna.

—No quiero hablar de ello.

Kira y Bex se miraron preocupadas.

—Iris…

—No puedo hablar de ello. —Ya notaba las lágrimas en la garganta.

No podía hablar de aquello sin perder la compostura. Y no deseaba hacerlo. Deseaba pasar página, como hacía siempre. Deseaba poder dejar aquel trabajo como había dejado el resto de los trabajos que había tenido.

Pero, claro, no era solo un trabajo. Eran Archer y Olive, y el miedo paralizante a haberles arruinado la vida a los tres y

no saber cómo solucionarlo.

Además, estaba embarazada. Un inmenso y concreto recordatorio de que, en efecto, tenía que encontrarle solución a aquello. Y cuanto antes.

—Vale, esto es lo que vamos a hacer. Abordemos cada problema por separado —planteó Kira—. ¿Prefieres empezar por alguno en concreto?

Iris sacudió la cabeza, dejando que el cabello le cayera alrededor de la cara. Lo tenía sucio y enredado. Estaba hecha un desastre. Hacía dos semanas que había renunciado y abandonado la casa de Archer, y no había hecho gran cosa salvo llorar en el sofá de Bex y comer cereales azucarados. Era lo único que toleraba sin vomitar.

—Pues hablemos del embarazo —empezó Kira; la observaba con atención para ver si se venía abajo solo con el hecho de mencionarlo.

Iris asintió con la cabeza y tragó saliva para aliviar el nudo de emoción que se le formaba en la garganta cada vez que pensaba que estaba embarazada de Archer.

—Ni siquiera sé cómo ocurrió —explicó, como si entender eso fuese a solucionar el problema—. Tomo la píldora.

Bex resopló.

—¿A qué viene eso? —le espetó Iris.

—Nunca has sido muy de fiar cuando te tomas la píldora, Iris. Solo es eficaz si la tomas con regularidad, y aun así…

—¡Ahora va a resultar que tú eres perfecta, Bex!

—¡Solo lo digo!

Isabel silbó para captar la atención de ambas:

—Esto no nos lleva a ninguna parte. Da igual que haya sido una inmaculada concepción. ¿Tú quieres seguir adelante con el embarazo, Iris? Porque tienes opciones.

Las tres se quedaron mirándola. Tenía opciones, gracias a Dios. No estaba obligada a tener el bebé si no quería.

Pero ¿y si quisiera?

Eso era lo que realmente le daba miedo. ¿Y si deseaba tenerlo? Entonces, ¿qué?

—¿Qué haríais vosotras? —les preguntó en voz baja, sabiendo que solo ella podría tomar esa decisión, aunque deseaba saber qué harían sus amigas en esa misma situación.

—Bueno, ya sabes que yo soy madre perruna de por vida —

dijo Kira—, pero no tengo planeado tener hijos humanos. No creo que los tenga nunca.

—Yo antes decía lo mismo —contestó Iris.

—Se te permite cambiar de opinión —dijo Kira—. O no.

—Creo que yo lo tendría —intervino Bex, sorprendiéndolas a todas. En todas sus relaciones con hombres y mujeres, nunca había mencionado que deseara tener hijos.

—¿En serio? —le preguntó Iris, irguiéndose en el sofá.

—Sí, aun cuando Archer no estuviera implicado, podrías hacerlo sola, Iris. Nuestras madres lo hicieron. —Bex se encogió de hombros—. Creo que serías una buena madre. Y creo que yo también lo sería. Y te ayudaría.

A Iris volvieron a caerle las lágrimas por las mejillas y se las secó enseguida.

—Gracias, Bex.

—Lo de Jane fue una sorpresa —contó Isabel—. Todavía no estábamos preparados para tener hijos y me planteé no seguir adelante con el embarazo.

—¿De verdad? —Iris se volvió hacia Isabel, sorprendida de nuevo por las decisiones de sus amigas.

—Pues claro. Estábamos sin blanca. A mí todavía me quedaba un año de universidad. Objetivamente no era un buen momento para tener un bebé, pero…

—¿Pero? —Iris estaba sentada al borde de su asiento.

—Pero no sé —respondió Isabel con una sonrisa—. Sí que deseaba ser madre. Y quería a Marc, así que decidimos tenerlo.

Iris suspiró.

—Y fue duro de cojones.

—Ah.

—Iris, siempre va a ser duro, y te va a dar miedo, y te equivocarás. A todas horas.

—Joder, Iz, qué consuelo —comentó Bex con una carcajada.

—¡Es cierto! Cometerás muchos errores y siempre te preguntarás si estás haciendo lo correcto. Eso forma parte del trabajo.

—¿Errores como que se te pierda el niño? —preguntó Iris, a quien el pánico de aquel día aún le corría por las venas cada vez que pensaba en ello.

—Sí, eso mismo. ¿No te he contado la vez que Jane se perdió en el Target, tuvieron que llamarla por megafonía y me sentí la peor madre del mundo?

—Qué va, nunca lo habías mencionado.

—Pues para que veas. Todos los padres tienen montones de historias sobre los errores que han cometido, pero lo único que puedes hacer es quererlos, Iris. Nada más. Ya sea con Olive o con este embarazo, si decides seguir adelante, será lo mismo.

—Sí, Iris —convino Kira—. No parabas de decir que Archer ha sido muy generoso por venir a cuidar de su hija y ayudarla en todo, y eso es genial, de verdad, ¡pero también es genial cuando lo haces tú! ¿Por qué a él le dan una medalla de oro por cuidar de su hija y a ti no? Estuviste a su lado cuando la pequeña te necesitaba, y el hecho de que cometieras un error no invalida todo lo anterior.

Kira estaba en racha y Iris no pudo evitar sonreír a pesar de las lágrimas.

—Gracias, chicas.

Aún no sabía lo que iba a hacer, pero se sentía tan arropada por sus mejores amigas que sabía que, fuera cual fuera su decisión, todo iría bien y ellas la apoyarían.

—¿Y qué pasa con Archer? —quiso saber Kira, pasando al siguiente punto de la lista.

—No sé —admitió Iris, y era cierto.

No sabía qué pasaba con Archer. Lo echaba tanto de menos que le dolía y, en ocasiones, fantaseaba con regresar, con decirle lo del bebé, con coger en brazos a Olive. En ocasiones lo deseaba con tanta fuerza que le costaba respirar. Pero ¿y si Archer no deseaba eso? ¿Y si con una hija sorpresa ya era suficiente para él? ¿Y si no podía perdonarla por marcharse, por romperle el corazón a Olive? Eso era justo lo que ella se sentía incapaz de perdonarse a sí misma: decepcionar a Olive. Se había marchado sin ni siquiera despedirse de una niña que ya había perdido a su madre. ¿Quién era capaz de algo así?

Si ella fuera Archer, no se perdonaría.

—Bueno, ¿tú deseas estar con él? —le preguntó Bex.

—No es tan sencillo.

—¿Por qué no?

—Puede que él no desee estar conmigo —explicó Iris—.

Puede que no quiera que siga jugando con las emociones de Olive.

—Estoy segura de que a Olive no le pasa nada —comentó Isabel—. La vi en el otro día tomándose una limonada en el Pumpkin Spice Café y contándole a todo aquel que quisiera escucharla que su padre le había comprado un conejito.

Iris dejó escapar una carcajada tan inesperada que se tapó la boca con la mano:

—¿Le ha comprado un conejo?

—Eso parece, sí —respondió Isabel, riéndose también.

El dolor que le producía estar lejos de ellos era afilado, como una cuchilla en el corazón. Debería haber estado con ellos. Debería haber ayudado a elegir el conejito. Seguramente le habrían puesto un nombre absurdo. Debería haber estado allí para ponerle nombre.

Sacudió la cabeza, tratando de sacarse ese anhelo de los pulmones.

—Los echo de menos —admitió.

Kira le acarició el brazo, después le estrechó cariñosamente la mano.

—Entonces, tal vez deberías llamarlo.

—No puedo.

—Iris.

—Es que… primero tengo que decidir qué hacer con el embarazo. Tengo que decidir qué voy a decir. —¿Acaso no era lo correcto? Debía saber qué pretendía pedirle a Archer antes de decir nada en absoluto.

—Vale, me parece lógico —convino Kira, que le apretó de nuevo la mano—. Pero no esperes demasiado. No te tortures por un error.

—De acuerdo, no lo haré.

—¡Ahora ponte en pie y a la ducha! —ordenó Bex, dándole una palmada en la espalda.

—Vale, vale, lo pillo. —Iris la apartó de un manotazo y salió de debajo de sus mantas—. Ya me levanto.

—¡Te dejo infusión de jengibre en la cocina! —gritó Isabel desde dentro—. ¡Te ayudará con las náuseas!

—Y llámame si necesitas cualquier cosa —agregó Kira, después le dio un abrazo y un beso en la mejilla—. Depende de ti, cariño. Haz lo que quieras hacer.

—Gracias —susurró Iris, llorosa otra vez.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. —Abrazó de nuevo a Kira y a Isabel cuando se marchaban y después se encerró en el cuarto de baño cuando Bex empezó a practicar con la trompeta.

Tal vez el agua de la ducha consiguiera ahogar el ruido.

Había que tomar decisiones más pronto que tarde, por más de un motivo.

Capítulo 36

Pocos días más tarde, sin saber cómo, Iris se encontraba en la reunión mensual del club de lectura de Dream Harbor. A decir verdad, sí que sabía cómo había llegado hasta allí. Isabel había ido a casa y la había levantado del sofá insistiendo en que tenía que salir así que allí estaba, escuchando a Linda y a Kaori debatir sobre el atractivo del «tropo del padre soltero».

El tropo del padre soltero.

Que alguien acabase con su vida, por favor.

—Perdona —articuló Isabel con la boca desde el otro lado del círculo.

Al parecer, no había tenido tiempo de leerse el libro de aquel mes y no sabía que lo protagonizaba un padre soltero y sexi.

—No sé, yo sigo sin ver el atractivo —opinó Linda, que se arrellanó en su asiento.

Estaban sentadas en sillas desparejadas en su rincón habitual de la librería Cinnamon Bun. No era domingo, de modo que no había rollos de canela aquel día, aunque Iris juraría que el establecimiento olía a azúcar y canela y se moría de ganas de poder comerse uno en aquel momento.

—Los niños no son sexis. No los necesito cuando leo una novela romántica —prosiguió Linda.

—Estoy de acuerdo —convino Nancy con gesto afirmativo, y Iris pensó que, si ella fuera una maestra de jardín de infancia jubilada, probablemente tampoco querría ver niños en las novelas románticas.

—Sí, pero la yuxtaposición de un hombre fuerte y masculino que acuna a un bebé en sus brazos me provoca

algo —argumentó Kaori.

Isabel y Jacob casi ronronearon al unísono, después prorrumpieron en carcajadas.

Y ahora Iris tenía en su cabeza la imagen de Archer con un bebé en brazos, cosa que no ayudaba en absoluto. Ya le costaba verlo abrazar a Olive, pero ¿cómo sería verlo meciendo a un bebé? Al bebé de ambos.

Vale, puede que sí que entendiera el atractivo.

—¿Tú qué opinas, Iris? —preguntó Jeanie, volviéndose hacia ella, y el grupo entero la imitó.

Iris no le había contado a nadie más lo del embarazo, pero, si había alguien capaz de adivinarlo, era sin duda aquel grupo. Sintió sus miradas clavadas en ella.

—Pues… Eh… No he leído el libro.

—No pasa nada —respondió Jeanie con una sonrisa—. Me preguntaba en general si a ti te gustan los niños en las novelas románticas.

—Personalmente no creo que haga falta un epílogo con bebé para tener un final feliz —intervino Isabel en un encomiable intento por salvarla.

—Sin embargo, eso no es lo mismo que el tropo del padre soltero, ¿no crees? —preguntó Jeanie, volviendo a mirar a Isabel, y Iris respiró aliviada.

—Cierto —convino Isabel—. El epílogo con bebé implica que una pareja solo puede ser feliz si tiene un bebé, mientras que el tropo del padre soltero versa más acerca de un héroe que nutre.

—A no ser que agreguemos a la historia el fetiche de dar de mamar —dijo Jacob con una sonrisa.

—Ay, Dios, ¡ese fetiche implica demasiado semen para mi gusto! —exclamó Kaori a voz en grito, y Hazel levantó la cabeza desde detrás del mostrador.

—Chicas, por favor, bajad la voz —susurró con los ojos como platos—. ¡Aquí hay niños!

—¿Y cómo crees que han llegado hasta aquí, Hazel? —preguntó Jacob, enarcando las cejas de forma sugerente—. Semen —susurró de forma teatral, y el club de lectura al completo estalló en carcajadas.

Iris supo entonces que el peligro había pasado. La reunión había perdido oficialmente el rumbo. Pero, cuando se recostó

en el gastado sillón y se sacó del bolso otra galletita salada, vio que Nancy y Linda la miraban con sonrisas cómplices.

Notó el pánico en el pecho. Aún no había tomado una decisión. No le había contado nada a Archer. No podía permitir que el pueblo entero estuviera al tanto de su situación.

Pero Nancy se llevó un dedo a los labios y asintió sutilmente, prometiéndole con ese gesto que guardaría su secreto.

—Gracias —articuló ella con la boca, y la mujer le sonrió a modo de respuesta.

Su secreto estaba a salvo un día más, pero ¿a quién quería engañar? ¡Ir por ahí con un paquete de galletitas saladas era un indicio muy revelador! El pueblo entero se percataría de su embarazo en un abrir y cerrar de ojos, entonces ¿qué? Archer no podía enterarse de la noticia por alguien que no fuera ella, eso era cierto.

Lo que pasaba era que…

Sus pensamientos se vieron interrumpidos en seco cuando vio una cabeza familiar que pasaba frente a los libros del escaparate. Olive. Y Archer iba con ella. ¡Estaban a punto de entrar en la librería!

Iris se escabulló de su asiento y se escondió detrás de la estantería más cercana antes de que entraran en la tienda.

—¡Olive! —El club de lectura interrumpió su conversación sobre fluidos corporales para saludar a Olive cuando entró en la tienda.

Iris sacó un libro de la estantería tras la que estaba escondida para poder ver a través del hueco. Olive llevaba una bolsa de regalo en una mano y una galleta gigante en la otra. Tenía el pelo recogido en unas coletas torcidas, pero las gomas del pelo hacían juego con los pantalones cortos y el top que vestía. Estaba adorable.

Y para Iris fue como una patada en el estómago.

Archer le había recogido el pelo. Había escogido aquella ropa. Le había comprado a Olive esa galleta. Y ella se lo había perdido todo. Pensó que estaba a punto de ahogarse por aquella sensación de nostalgia, y eso fue antes de cometer el error de levantar la mirada.

Archer.

No podía respirar. Iba a morirse allí mismo, en la sección de autoayuda. Qué ironía.

Seguía igual de guapo que siempre. Llevaba el pelo revuelto, pero estaba recién afeitado. Una ceñida camiseta blanca de manga corta se ajustaba a sus bíceps, y del brazo le colgaba una bolsa de tela llena de flores silvestres. Debían de haber estado en el mercado de productores. Seguramente Archer tendría el día libre. Serían las vacaciones de verano. Tantos momentos de su vida que ella estaba perdiéndose. Y se los perdía porque estaba escondida, porque era una cobarde. Le daba miedo querer a aquel hombre y a su niña pequeña. Aunque era evidente que ellos la querían. Aunque su madre nunca hubiera rehuido el amor, incluso aunque no fuese duradero.

—¡Te hemos traído un regalo! —dijo Olive, estirándose frente al mostrador para pasarle la bolsa de regalo a Hazel.

—¿Un regalo?

—¡Un regalo de boda! Mi padre dijo que Noah y tú os casasteis cuando os fuisteis de viaje, y dijo que, cuando la gente se casa, se les hace un regalo. ¡Y eso hemos hecho!

Hazel salió de detrás del mostrador para darle un abrazo a Olive y Iris sintió en los brazos el anhelo de abrazar a la pequeña.

—Muchas gracias. ¡Qué detalle!

—Íbamos a traértelo más tarde, pero Olive quería dártelo ahora —explicó Archer, con aquella voz grave tan familiar.

Era la primera vez que la oía desde hacía semanas, y se alojó en su corazón y no quiso que se marchara nunca. Deseaba oírla a diario. Había sido una idiota.

—¡Y mi padre dice que puedo comprarme un nuevo libro! —exclamó Olive, y salió corriendo entre los pasillos.

—¡Solo uno! —gritó su padre.

—A ver si tienes suerte con eso —le dijo Hazel con una carcajada.

Le dedicó una sonrisa arrepentida, después se dio la vuelta y vio que el club de lectura al completo se había quedado mirándolo. Iris contuvo la respiración, rezando para que no dijeran nada sobre su presencia allí.

—Ah… Hola a todo el mundo.

—Hola, Archer —respondió el grupo al unísono.

—Eh… Vale, bueno… —dijo, perplejo, y señaló en dirección a donde había desaparecido Olive, como si tuviera intención de seguirla, pero Kaori lo detuvo con una pregunta:

—¿Qué tal con la nueva niñera?

Ay, Dios, ¿habría salida de emergencia en aquella tienda para poder largarse de inmediato?

Iris le vio tragar saliva, vio su nuez subir y bajar por encima del cuello de su camiseta y recordó lo bien que olían sus camisetas, el tacto suave de la tela contra su piel.

—La nueva niñera está bien, gracias.

«Bien».

De acuerdo.

Estaba bien que la nueva niñera estuviera bien.

Pero ¿y él? ¿Estaría también bien?

—Qué pena que la cosa con Iris no funcionara —continuó Kaori, y Iris se planteó asesinarla luego.

—Sí, una pena —respondió Archer con una mueca de incomodidad.

Abrió la boca como si fuese a añadir algo más y ella deseó que así lo hiciera, aunque solo fuera por oír su voz durante un minuto más. Se volvió entonces hacia el pasillo de los libros infantiles, pero luego se detuvo y volvió a darse la vuelta. El club de lectura aguardaba impaciente.

—¿La habéis visto últimamente? —preguntó—. A Iris, me refiero. ¿Está…? —Sacudió la cabeza como si estuviese diciendo una tontería—. ¿Está bien?

Hubo que reconocer que ninguna de las integrantes del club de lectura miró hacia la estantería tras la que se ocultaba. Aun así, le daba miedo lo que pudieran estar a punto de decir.

—Deberías preguntárselo tú mismo —sugirió Isabel.

¡Traidora!

—Sí, dale un toque —agregó Nancy—. O escríbele, o lo que sea que hagáis ahora los jóvenes.

—¿Los jóvenes? —se rio Jacob—. ¡Mándale un mensaje, Arch! Seguro que se alegra de saber de ti.

Con gesto dubitativo, Archer pareció estar planteándose el consejo del club de lectura.

—Sí, tal vez —dijo antes de irse en busca de Olive.

«Tal vez».

¿Por qué iba a escribirle? Era ella quien se había marchado. Era ella la que había jugado con las emociones de su hija. Con las emociones de todos, a decir verdad.

Era ella la que tenía que arreglarlo.

Porque hubo un pensamiento que no se le fue de la cabeza en todo el tiempo que Archer y Olive pasaron en la tienda, eligiendo libros y charlando con todos, mientras ella los observaba como una cobarde desde detrás de la estantería, una palabra que resonaba alta y clara en su corazón.

«Míos».

Eran suyos.

Archer.

Olive.

Y el bebé que, al parecer, en aquellos momentos tenía el tamaño de un osito de gominola. Eran suyos. Y los deseaba. A todos.

Ahora ya solo le quedaba confiar en que Archer deseara lo mismo.

Capítulo 37

Archer estaba en la cocina cuando llamaron a la puerta.

—¡Yo abro! —gritó Olive, bajándose de un salto del sofá donde se encontraba viendo su programa favorito de después del colegio.

Era un concurso de repostería infantil y, si el concursante número tres volvía a quemar otra vez la salsa de caramelo, a Archer le iba a dar un derrame.

—Abrimos juntos —dijo, limpiándose las manos en el trapo de cocina mientras seguía a su hija hacia la puerta.

El comité de bienvenida del vecindario había comenzado a espaciar sus visitas de forma considerable, lo cual interpretaba como una señal de su incipiente confianza en él, aunque no le sorprendería que fuese una de las señoras con algo recién horneado la que estuviese llamando a su puerta.

Era una típica noche de martes. Había llegado a casa después del trabajo y le había dado el relevo al nuevo canguro, Will, que no vivía allí, antes de ir a preparar la cena para Olive y para él. La cafetería no era el único lugar donde había empezado a experimentar con nuevas recetas. Aunque ya tenía todo un repertorio de tortitas con el nombre de los vecinos del pueblo, en casa había tenido que llegar a muchos acuerdos. Una comida que a Olive le gustara y que, además, estuviese rica. Esa noche iba a preparar su plato favorito: *nuggets* de pollo caseros.

Luego, como cualquier otra noche de entre semana, cenarían juntos y ella le contaría hasta el último detalle de su día, y él haría todo lo posible por escucharla. Después, un baño lleno de espuma y patitos de goma, un exceso de cuentos antes de irse a dormir; con un poco de suerte, unas

pocas horas de tranquilidad para él solo.

Esas horas eran las más difíciles. Las horas en las que le asediaban los recuerdos de Iris después de haberlos mantenido a raya durante todo el día. Habían pasado semanas desde que se marchara, y Archer había perdido toda esperanza de que fuese a volver. Iris había tomado su decisión. No quería aquella vida y él no podía obligarla a quererla.

El hecho de que él hubiese cambiado de opinión acerca de cómo quería que fuese su vida no implicaba que ella hiciera lo mismo.

—¡A lo mejor vienen a hacer Truco o Trato! —exclamó Olive, dando saltitos de un pie al otro.

—Liv, si estamos en julio.

Su hija se encogió de hombros como si el mes careciera de importancia y él se rio. Era imposible permanecer triste demasiado tiempo con aquella niña cerca.

Abrió la puerta, haciendo sonar las campanillas que seguía teniendo allí colgadas, pese a que hacía semanas que Olive no volvía a levantarse sonámbula, y esperando encontrarse al otro lado a algún vecino, o a un político pidiendo el voto, o incluso a unos niños haciendo Truco o Trato; cualquier cosa habría tenido más sentido para su cerebro desprevenido que la persona que se encontró en el umbral.

—¡Iris! —chilló Olive, y se lanzó hacia ella.

—Hola, chica —dijo Iris, aupándola y dejando que la niña le rodeara la cintura con las piernas. La abrazó con fuerza y apretó la cara contra la mejilla de Olive—. Te echaba de menos.

Su confesión fue apenas un susurro, pero Archer alcanzó a oírla y se quedó paralizado frente a la puerta, porque no sabía qué hacer. No sabía qué significaba aquello.

—¡Yo también te echaba de menos! Pero sabía que ibas a volver. Se lo dije a papá. ¡Le dije que ibas a volver y aquí estás! —Olive había empezado a acariciarle el pelo a Iris y se retorcía entre sus brazos—. ¡¿Sabes qué?!

—¿Qué? —preguntó Iris, con los ojos vidriosos, y Archer seguía sin saber qué estaba pasando.

¿Había vuelto? ¿O se trataba de una especie de visita? ¿Se sentiría culpable por abandonar a Olive?

¿Le importaba haberlo abandonado a él?

—¡Tengo un conejito!

—¡Guau, un conejito!

—Sí. Lo he llamado Sir Reginald Saltington.

Iris dejó escapar una carcajada ahogada:

—Caramba, menudo nombre. Has mejorado.

—Gracias. Lo llamo Reggie.

—Es un buen nombre.

Iris aún no había levantado la mirada, no había apartado los ojos de Olive, y Archer seguía junto a la puerta, esperando, deseando abrazarla.

—¿Quieres venir a verlo? —preguntó Olive, y por fin Iris alzó la cabeza.

Sus miradas se encontraron por encima de la cabeza de su hija. Y a él se le reavivó de nuevo el corazón.

—Eh…, pues… primero tengo que hablar con tu padre.

—Ah. —Olive se desinfló en sus brazos.

—Pero luego me encantaría conocerlo. Y a lo mejor podemos tomar una taza de té o algo.

—Los conejos no toman té —respondió Olive riéndose.

—Eso no puede ser verdad —le dijo Iris con el ceño fruncido.

—¡Que no toman té! —insistió Olive, encantada de corregir a una adulta—. Solo beben agua.

—Mmm. Bueno, si tú lo dices. Igual deberías ir a ver cómo está.

—¡Buena idea! —Olive se soltó de los brazos de Iris y volvió a entrar corriendo en casa, dejando a Archer sin barrera de protección, sin nada entre él y la mujer que lo había abandonado.

—Hola —dijo ella, su voz todavía un susurro rasgado.

—Hola.

—¿Puedo pasar?

Deseó decirle que no. Deseó decirle que solo podría pasar si prometía quedarse, si prometía no volver a hacerle daño, si prometía…

—Sí, por supuesto. —Se hizo a un lado y guio a Iris hasta la cocina. Supuso que sería mejor mantener aquella conversación, fuera cual fuera, en su lugar habitual, con una encimera de por medio—. ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? —repitió ella, extrañada, enarcando una ceja.

Archer dejó escapar un largo suspiro y apoyó las manos sobre la encimera frente a él.

—¿Qué quieres que diga, Iris? ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no has respondido a mis mensajes? ¿Dónde demonios has estado? ¿Por qué te marchaste?

Iris hizo una mueca de dolor y a él se le partió de nuevo el corazón.

—Estoy embarazada.

A Archer se le congeló el cerebro, al igual que las palabras en la lengua, y fue como si la tierra hubiese dejado de girar en seco.

—¿Estás…?

—Estoy embarazada y lo siento, me entró miedo, pero lo he estado pensando y quiero tenerlo, y es tuyo, por cierto, claro que es tuyo, y quería decírtelo, pero sé que ya tienes a Olive y sé que os he hecho daño y lo siento mucho, pero me entró mucho miedo y no…

Archer se plantó frente a ella y le rodeó la cara con las manos antes de que pudiera terminar, antes de que pudiera decir nada más. Apoyó la frente en la suya.

—¿Vas a tener un hijo mío?

Una lágrima le resbaló por la mejilla a Iris.

—Sí.

—Iris… —A Archer le salió su nombre rasgado, grave, arrancado de la garganta.

—No tienes por qué implicarte si no quieres, pero… quería que lo supieras.

—Joder, Iris. Claro que quiero implicarme.

—¿De verdad?

—Sí. —Más que nada en el mundo. Eso era lo que quería: a Iris, una familia, su bebé. Más que nada.

—¿Sigues queriéndome? —le preguntó ella.

Él resopló con incredulidad. ¿Cómo iba a dejar de quererla?

—Pues claro.

Sintió su sonrisa más que verla, el movimiento de sus mejillas al elevarse bajo las palmas de sus manos.

—¿Sigues queriéndome tú a mí? —le preguntó.

Iris le puso las manos en los brazos y apretó.

—Sí. Te quiero y siento haberme marchado.

—No pasa nada.
—Sí que pasa. Pero prometo no volver a hacerlo.
—Bien. —Se apartó, retiró las manos de su rostro y las deslizó por sus costados hasta palpar el ligero abultamiento de su vientre—. Vas a tener un hijo mío —repitió, para asegurarse de que fuese real.
—Un hijo nuestro —le corrigió ella con una sonrisa, colocando una mano sobre la suya.
—Nuestro hijo.
—Entonces, ¿no estás asustado? —le preguntó Iris, buscando su mirada.
—Claro que lo estoy. Si apenas logro hacerme con una niña de cinco años. Imagínate lo que va a ser un recién nacido.
Iba a volver a poner su vida del revés, pero esta vez no pensaba resistirse. Esta vez lo deseaba, aunque fuera una locura. Deseaba vivir esa locura con Iris.
Ella se rio, aún con lágrimas en los ojos.
—Pero estoy feliz —agregó él—. Y estoy feliz de que hayas vuelto. Es cojonudo.
—Papá, no digas esa palabra. —Olive volvió a entrar en la habitación con Reggie en brazos. El conejito color caramelo colgaba de sus bracitos con cara de aburrimiento.
—Perdón.
Olive miró alternativamente sus caras y después reparó en el vientre de Iris, donde tenían las manos apoyadas.
—¿A Iris le duele la tripa?
—Eh… No…
Probablemente sería imposible ocultarle eso a Olive, pero Archer no sabía cómo deseaba gestionarlo Iris. La miró a los ojos y vio crecer su sonrisa traviesa.
—Oye, Olive —le dijo Iris a su hija, volviéndose hacia ella —. ¿Qué te parece si vuelvo a mudarme aquí y tu padre y yo nos besamos más a menudo y dentro de unos meses tenemos todos un nuevo bebé?
Olive arrugó la naricilla mientras lo reflexionaba, y Archer se mordió los labios para no sonreír, a pesar de que el corazón le latía desbocado en el pecho, porque todo lo que deseaba parecía depender de la aprobación de una niña pequeña.
—Quiero que vuelvas a mudarte aquí —dijo Olive—. Y lo

de los besos es asqueroso, pero, si quieres… —Se encogió de hombros ante aquel misterio de los adultos—. ¿Y puedo ponerle yo el nombre al bebé?

—No —respondieron Iris y él al unísono.

Olive frunció el ceño.

—Pero puedes ayudar a cambiar los pañales si quieres —le dijo Iris, y Olive gritó asqueada.

—¡Puaj! Ni hablar.

—Vale, de acuerdo —zanjó Iris con una sonrisa—. Papá puede cambiarle los pañales y tú te encargarás de achucharlo y de…

—¡Y de enseñarle canciones nuevas!

—Claro —respondió Iris riéndose—. Canciones nuevas.

—¡Y bailes!

—Sí, desde luego. El bebé necesitará mucha formación musical.

Archer estaba aguantándose la risa, pero Olive parecía radiante.

—¡Yupi! Vale, entonces podemos tener un bebé.

—Me alegra contar con tu aprobación, porque ya lo llevo en la tripa.

—¿Y cómo ha llegado hasta ahí? —preguntó Olive, frunciendo el ceño de nuevo.

—Pues… —Iris lo miró con terror y él notó que la risa le subía por la garganta.

—¿Cómo saldrá? ¡Está ahí atrapado!

Olive parecía realmente preocupada por el bienestar del bebé.

—Ay, madre —murmuró Iris.

—Liv, ¿por qué no vas a acostar a Reggie y hablamos luego sobre todo esto?

Olive lo miró con los ojos entornados, sabiendo de buena tinta que estaba intentando ganar tiempo, pero Reggie le pesaba cada vez más y empezaba a resbalársele por los brazos.

—Vale —capituló al final—. ¡Pero sigo queriendo saber cómo vamos a sacar a ese bebé de ahí dentro! —exclamó mientras abandonaba la estancia.

Cuando Archer se volvió hacia Iris, esta tenía los ojos como platos y una sonrisa dibujada en los labios.

—Ostras —dijo—. No me había parado a pensar en eso.

—Ya se nos ocurrirá algo que decirle —respondió él carcajeándose.

—Probablemente debamos ser sinceros, ¿verdad?

—Probablemente debamos buscarlo en Google —sugirió Archer, y ella estalló en carcajadas.

—¡Qué mal se nos da esto! —dijo sin parar de reírse.

—Ya mejoraremos —le prometió él—. Juntos.

—Sí —convino ella con voz dulce y cariñosa. Archer volvió a situarse entre sus piernas y dejó que le rodeara el cuello con los brazos—. Me alegro mucho de que me hayas dejado volver.

—Eso nunca estuvo en duda, cariño. Este es tu sitio, con nosotros. —Se echó hacia delante y la besó en los labios.

Y, aunque hiciera solo unas pocas semanas desde que no la besaba, se dio cuenta de lo mucho que extrañaba aquello.

Ella le devolvió el beso, enredando las manos en su pelo.

—Os he echado muchísimo de menos a los dos —dijo, abandonando sus labios para hacerle esa confesión.

—Nosotros a ti también —admitió él con una sonrisa.

Volvió a besarla, una y otra vez, rememorando todos sus recovecos con los labios, con la lengua y con los dientes. Habría seguido, deseaba seguir, pero Olive tardaría solo unos minutos en regresar y seguir con sus preguntas.

Se apartó y sonrió al ver las mejillas sonrosadas de Iris y sus labios hinchados.

—Luego —prometió—. Te deseo en mi cama.

—Bueno —le dijo ella con una sonrisa—, técnicamente ahora es nuestra cama.

Archer se rio y sintió que iba a explotarle el corazón. Nuestra cama. Nuestro bebé. Nuestra familia. Aquello le parecía demasiado. Era todo lo que deseaba.

—Qué suerte que te hayas perdido la parte de los vómitos —agregó Iris.

—Ay, Dios. Soy un imbécil. ¿Cómo te encuentras? ¿Debería hacer cosas como frotarte los pies o darte de comer cosas que se te antojen con el embarazo?

Iris lo miraba como si no pudiera quererlo más, y se dio cuenta de que haría cualquier cosa por que mantuviera esa mirada.

—Creo que no necesito nada de eso por el momento —contestó—. Tengo los pies bien y lo único que he estado comiendo es una cantidad ingente de cereales azucarados.

—Si se te antojan dulces, la repostería se me da bien.

—Ya lo sé —respondió ella con una sonrisa.

—Y tendríamos que buscarte una de esas almohadas para el embarazo.

Sin dejar de sonreír, Iris volvió a pasarle los dedos por el pelo.

—Claro, ¿por qué no?

—Lo que quieras, Iris. No tienes más que decirlo.

Era tan agradable sentir sus dedos que dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Ella se echó hacia delante y le besó la mandíbula hasta llegar al cuello, haciéndole gemir.

—Vale, Archer. Somos un equipo. Yo también quiero ayudaros a Olive y a ti. —Le lamió el cuello en el lugar donde le palpitaba el pulso y él se estremeció.

—Luego, cariño —murmuró, y la risa susurrante de Iris le acarició la piel húmeda.

—Luego —convino ella, y Archer levantó la cabeza para volver a mirarla a los ojos—. Pero hablo en serio. No tienes que convencerme para que me quede. He venido para quedarme. Te lo prometo.

Archer volvió a apretar la frente contra la suya, anhelando su cercanía:

—Vale, lo sé, pero llevas dentro a nuestro bebé, y mi trabajo es hacer que te encuentres lo más cómoda posible. Así que tienes que dejarme. —Le dio un beso más en los labios sonrientes justo cuando Olive volvía a entrar corriendo en la habitación.

—¿Ya os estáis besando? —preguntó, subiéndose al taburete situado junto a Iris.

—Sí. Es superasqueroso, ¿a que sí? —le dijo Iris, acercándola hacia sí para darle un beso en la frente.

Olive sonrió.

—Superasqueroso —dijo.

—Bueno, señoritas, tengo unos *nuggets* de pollo que preparar —anunció Archer, retirándose a su lado de la encimera.

—¿Noche de *nuggets*? He escogido el momento perfecto

para volver —dijo Iris, y Olive asintió con decisión.

Se quedaron sentadas una al lado de la otra, viéndole moverse por la cocina, mientras Olive iba poniendo a Iris al día de todo lo que se había perdido en las semanas que había estado ausente. Iris comentaba, se reía, suspiraba o se quejaba en los momentos adecuados. Aplaudió cuando Olive le cantó su última canción y exigió una venganza cuando la niña le contó que, en el colegio, habían robado su cera de color arcoíris favorita.

Y, mientras rebozaba el pollo en su mezcla secreta de pan rallado, lo freía y troceaba las verduras para que Olive las mojara en ingentes cantidades de salsa ranchera (otro acuerdo al que había llegado), Archer se detuvo a observar cómo la mujer a la que amaba le profesaba amor a su hija, y apenas pudo creerse que fuese la misma persona que había llegado allí hacía solo unos meses. Aquel tipo deseaba volver a su antigua vida lo antes posible. Deseaba volver a las jornadas de trabajo extenuantes, a aquel apartamento diminuto y a las relaciones tóxicas. Archer no sentía ahora ni un ápice de arrepentimiento por el trabajo que había perdido o el apartamento al que había renunciado.

Viendo cómo Iris acercaba su melena rubia al cabello castaño de su hija, no pudo evitar sentir pena por su antiguo yo. Aquel tipo que no deseaba otra cosa que matarse a trabajar, pasar innumerables horas buscando la perfección en las cocinas de todo el mundo, lugares que, poco a poco, iban arrebatándole la alegría y la diversión de cocinar.

Cuando lo único que tenía que hacer era perfeccionar su receta de *nuggets* de pollo y ofrecérsela a las personas que más quería en el mundo.

—¿Ya están listos? —preguntó Olive.

—Listos.

Llevó sus platos al comedor y las chicas lo siguieron. Sus chicas.

Olive se lanzó sobre el pollo sin esperar, pero Iris lo miró a los ojos desde el otro lado de la mesa. Estaba radiante.

—Creo que eres el mejor chef del mundo, papá —declaró Olive mientras masticaba.

—Estoy de acuerdo —convino Iris con una sonrisa—. *Nuggets* y tortitas. ¿Qué más necesitamos?

Archer le devolvió la sonrisa. Aquella cena con aquellas personas. Eso era lo que él necesitaba. Y nada más.

Capítulo 38

Iris se hallaba de pie frente a la cafetería, contemplando el nuevo letrero. Seguía cubierto con una lona blanca, esperando la gran inauguración. Habían pintado el edificio de un rojo brillante y tenía banderines de fresa colgados del tejado. Estaba todo precioso, pero, salvo por la nueva fachada, Archer se había mostrado muy reacio a revelar los demás cambios secretos. Contra todo pronóstico, hasta Olive había guardado el secreto. Iris había vuelto a trasladarse a casa de Archer, a casa de ambos, como se repetía a sí misma constantemente, hacía una semana, y juraría que la niña no había hecho otra cosa que hablar con ella desde su regreso.

No es que le importara. Le encantaba que la pusiera al día de todo lo que se había perdido. Seguía nerviosa por los grandes cambios que se avecinaban, pero, entre las atenciones de Olive durante el día y las atenciones de Archer durante la noche, se sentía más querida de lo que se había sentido en mucho tiempo. Eso hacía que estuviera menos aterrorizada, sobre todo desde que Archer le dijo que él también estaba asustado, aunque prometió que lo abordarían juntos.

Pero, a pesar de haber estado colmándola de amor y atenciones entre los dos, ambos habían conseguido no soltar ni una palabra acerca de los secretos de la reforma en la cafetería. De manera que ahora Iris se encontraba en la acera junto a los demás vecinos de Dream Harbor que iban arremolinándose, a la espera de la inauguración, igual de intrigada que ellos.

—¡Qué hay! —dijo Kira, pasándole un brazo por los hombros—. Cuánto boato para una cafetería.

—Ya te digo —contestó ella riéndose.

—Este pueblo… —Kira meneó la cabeza, pero su sonrisa delataba lo mucho que le gustaba aquel extravagante lugar.

—Pero si te encanta. Y es esta clase de entusiasmo lo que te ayudará cuando arregles el granero para celebrar eventos.

—¡Lo sé! —Kira vibraba de emoción—. ¡Se me había olvidado decírtelo! Ya tengo reservado mi primer evento.

—¿Ah, sí? ¿De quién se trata?

Kira se acercó más a ella y le susurró al oído:

—Cierto granjero y cierta propietaria del café se casan en Navidades, ¡y lo celebran en nuestro granero!

—¿En serio? —Iris se volvió para mirar a su amiga y Kira sonrió:

—Sí.

—Es increíble.

—¡Lo sé! Va a ser el acontecimiento social de la temporada. —Frunció entonces el ceño—. Ahora solo me quedan un millón de cosas por hacer antes de que llegue el día.

—Qué atrevido por parte de Jeanie reservar un recinto sin tejado —comentó Iris dándole una palmadita en el hombro a su amiga.

—¡Shhh! —Kira contempló nerviosa a la multitud que las rodeaba—. Es un secreto, y ya sabes lo mucho que le gusta hablar a esta gente.

—Desde luego que sí.

La noticia de que había vuelto a mudarse con Archer y de que andaba por ahí comiendo una sospechosa cantidad de galletitas saladas ya había circulado por todo el pueblo. Se pasó la mano por el bajo vientre, aunque apenas se le notaba aún. Que hablasen lo que quisieran. Ya se lo contaría a todos cuando estuviera preparada.

—¿Cómo te encuentras? —le susurró Kira.

—Mucho mejor últimamente.

—Me alegro.

—¡Por fin te encuentro! —Bennett se abrió paso entre la multitud hasta llegar junto a Kira—. Menuda afluencia de público para la reapertura de una cafetería —comentó antes de darle un beso a Kira en la cara.

—En este pueblo les encantan las tortitas —contestó Iris con una carcajada.

Divisó a Archer entre el gentío, lo cual no resultó difícil,

teniendo en cuenta que llevaba a Olive subida a hombros. Gladys se encontraba a su lado frente a la nueva cafetería.

—¡Hola a todos! —gritó la dueña por encima del murmullo general—. ¡Hola!

Un agudo silbido acalló todos los ruidos.

Gladys se aclaró la garganta antes de hablar.

—Gracias, Mindy —le dijo a la teniente de alcalde con un gesto afirmativo—. Y gracias a todos por venir a la reapertura de nuestra adorada cafetería. Como sabéis, los últimos meses hemos tenido con nosotros a un nuevo chef y, gracias a su duro trabajo y a las útiles y constructivas valoraciones de nuestra comunidad, hemos reformado el local y esperamos que os encante. —Le hizo un gesto a Olive para que tirase de la cuerda que soltaba la lona situada sobre el nuevo letrero.

LA CASA DE LAS TORTITAS DE FRESA

¿«Casa de las Tortitas»? Iris estuvo a punto de carcajearse. Archer la miró con una sonrisa dibujada en la cara. Aquel hombre, aquel chef de reconocido prestigio internacional, se había convertido en el orgulloso cocinero de un establecimiento especializado en tortitas.

—¡El nombre lo he elegido yo! —exclamó Olive subida a sus hombros, y la multitud aplaudió.

—¡Qué gran nombre, Olive! —gritó Tammy; estaba de pie junto a Kaori y el resto del club de lectura.

—Gracias —repuso Olive con una amplia sonrisa.

—Esperamos que os guste la nueva carta —agregó Archer —. Está bien surtida con vuestras sugerencias de tortitas, así como algunos de los platos que añadimos esta primavera y que a todos os gustaron. Y os sugiero que probéis la «Tortita Original». Creo que os resultará muy familiar.

—¿Podemos entrar y comer ya? —preguntó Jacob, del brazo de Darius.

—Desde luego. Pasad.

Iris siguió a la multitud hasta reunirse con Archer y Olive en la puerta.

—La Casa de las Tortitas de Fresa, ¿eh? —comentó con una sonrisa.

—Tenía sentido —respondió Archer encogiéndose de

hombros. Se inclinó y le dio un beso en la mejilla, mientras Olive le acariciaba la coronilla, haciéndola reír de nuevo—. Mi padre anda por aquí —agregó, mirando a su alrededor.

—¡Allí está! —gritó Olive desde lo alto.

Jim, el padre de Archer, y Cathi, su madrastra, se abrieron paso entre la muchedumbre para llegar hasta ellos.

—¡Abuelo! —exclamó Olive, bajándose de los hombros de su padre—. Estás aquí, en la vida real —dijo, encantada de verlo fuera de la pantalla de un ordenador.

—Claro que sí. —Jim se agachó y le dio un gran abrazo.

—Hola, Cathi —dijo Archer, abrazando a su madrastra antes de presentársela a Iris.

—¡Iris! —Cathi le dio un fuerte abrazo—. Nos alegramos mucho de conocerte por fin, y estamos encantados con la noticia —susurró, en voz tan alta que Iris temió que fuese a enterarse media cafetería.

—Gracias. Yo también me alegro de conoceros por fin.

Cathi se apartó con lágrimas en los ojos, mientras Jim se incorporaba y le dedicaba a Iris la misma sonrisa con hoyuelo que tenía su hijo.

—Nos alegramos mucho por vosotros.

—Gracias, papá —respondió Archer.

—¡Y ahora además eres un orgulloso chef de tortitas! —Jim estaba radiante.

Iris supo entonces que ese era precisamente el motivo por el que Archer era tan buen padre. Había tenido un buen ejemplo. Un padre que lo quería ya fuera un cocinero con estrella Michelin o se dedicara a preparar tortitas en una cafetería de pueblo.

Iris lo quiso de inmediato.

—Sí, un orgulloso chef de tortitas. ¿Entramos? —Archer les hizo un gesto para que entraran antes que él.

La cafetería, o la Casa de las Tortitas, estaba llena hasta los topes. El personal corría de una mesa a otra y los clientes se mostraban encantados pidiendo los platos que llevaban su nombre. Archer condujo a Jim, Cathi, Iris y Olive hasta una mesa con un cartel de reservado.

—Doy por hecho que esta es tu mejor mesa —bromeó su padre, dándole una palmada en la espalda.

—Por supuesto. Para mi familia, solo lo mejor —contestó

Archer.

A Iris aquella palabra le caló hasta los huesos. «Su familia». Ahora ella formaba parte de su familia y él de la suya.

Archer le dio un beso en la mejilla mientras esperaba a que Olive se sentara en el banco.

—Voy un momento a ver cómo van en la cocina y enseguida vuelvo —anunció, dejando solas a Iris y a Olive con sus padres.

Iris ya había hablado antes con ellos —creyó que Cathi iba a atravesar la pantalla para abrazarla cuando les anunciaron el embarazo—, pero aquella era la primera vez que estaban todos juntos en persona.

—Bueno, Iris —dijo Cathi—, ¿cómo te encuentras?

—Pues, de momento, muy bien.

—Archer dijo que al principio fue difícil.

Iris hizo una mueca de dolor. Había sido difícil por varias razones, algunas de las cuales habían sido culpa suya.

El padre de Archer estiró el brazo por encima de la mesa y le dio una palmada en la mano.

—Todo irá bien. Os tenéis el uno al otro —dijo. Le apretó la mano con cariño y ella notó que le acudían lágrimas a los ojos. Al parecer, ahora lloraba por todo.

Jim le dedicó una sonrisa más y a continuación se volvió hacia su nieta:

—Bueno, Livie, ¿qué está bueno aquí? —preguntó abriendo la carta, momento que Iris agradeció para poder recomponerse.

Cathi le dedicó una sonrisa amable y abrió también su carta.

—«El Noah» —leyó—. «Una pila de tortitas con arándanos y nata montada».

—«El Jeanie: tortitas de especias y calabaza con auténtico sirope de arce». Ese suena bien —comentó Jim.

—¡Mirad este! —exclamó Cathi cuando siguió leyendo la lista—: «El Andy: tortitas de limón y semillas de amapola servidas con *crème fraîche*».

Archer regresó a la mesa y se sentó en el banco junto a Iris.

—Tienen todas muy buena pinta —dijo ella mientras los padres de Archer seguían asombrándose con los platos de la carta.

A su otro lado, Olive garabateaba sobre la carta infantil.

—Claro que sí —respondió Archer con una sonrisa engreída, mostrándole el hoyuelo de la mejilla—. Llevo tiempo intentando decirles a todos que soy un chef muy bueno.

Iris puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿No tienes que ayudar a dar de comer a toda esta gente? —le preguntó, contemplando el comedor abarrotado.

—Pues sí…, en algún momento. Pero la cocina es una maquinaria bien engrasada. Se las apañarán sin mí durante unos minutos.

—¿Qué nos recomiendas, Arch? —preguntó Jim, dejando la carta.

—¿Y si os traigo una selección de mis platos favoritos?

—¿Los favoritos del chef? ¡Suena estupendo! —exclamó Cathi—. Estamos muy orgullosos de ti, Arch.

Y Iris tuvo que contener la sonrisa. Aquella pareja adoraba a Archer, cosa que no era de extrañar. A ella le sucedía lo mismo.

—Gracias, Cathi. Enseguida vuelvo.

Mientras esperaban, Cathi y Jim le preguntaron a Iris qué cosas podían hacer en Dream Harbor durante su visita. A Jim le sugirió que fuese de pesca con Noah, puesto que le encantaba pescar; para Cathi, un masaje en el *spa* y una salida por el centro del pueblo para ir de compras y comer en todos sus establecimientos favoritos. Olive agregó que tenían que probar las *cookies* de Annie y declaró que quería llevarlos a la librería.

—Claro que sí, Livie. Lo que tú quieras —le dijo Jim con una carcajada, y Iris se abstuvo de advertirle que aquella era una frase muy peligrosa.

Archer reapareció en su mesa con una bandeja de comida.

—Para papá, el Jeanie —anunció.

—¿Cómo sabías que me había fijado en ese?

—Te conozco bastante bien, papá —contestó Archer riéndose.

—Para Cathi, el Alcalde Pete: tortitas de sueños con doble de chocolate.

—¡Dios mío, qué buena pinta!

—Bueno, el alcalde las vio en uno de sus sueños, así que ¿quién soy yo para negarme? —dijo él—. Y el especial Perdido en la Casa de las Fresas. —Colocó un plato delante de Olive. Se trataba de una alta montaña de tortitas con fresas y nata montada. La niña aplaudió alegremente—. Y, para Iris, el Original —concluyó, poniéndole un último plato delante.

—¿El Original?

—Sí.

—Mmm… Ya veremos.

Archer se sentó a su lado y la observó mientras troceaba las tortitas y añadía el sirope. Se tomó su tiempo, dejando que el sirope goteara lentamente de la diminuta jarrita metálica en la que lo había servido.

—¡Pruébalas de una vez! —le dijo Archer con un quejido de impaciencia.

Iris sonrió con arrogancia y se acercó un trozo de tortita a la boca.

—No sé por qué tienes tanto interés en que te diga que estas no se parecen a las originales… —Masticó y puso los ojos como platos.

De pronto, volvía a tener diez años y estaba sentada en esa misma cafetería con su madre y con su prima las mañanas de domingo; luego, después del baile de fin de curso, cuando entró con sus amigas a cenar ahí, y también el día posterior al funeral de Josie, cuando quiso probar algo familiar y reconfortante.

Era la tortita de cafetería perfecta.

—¿Cómo lo has…?

—Premezcla Bisquick —admitió Archer con una amplia sonrisa—, con un toque de vainilla y cocinada con demasiada mantequilla.

—¿Has usado premezcla?

—He usado premezcla.

—¡Dios mío, Archer! —exclamó ella, riéndose—. ¡Podrías haberme hecho caso desde el principio!

Archer se arrellanó en el asiento y la observó con una expresión que combinaba el amor, el orgullo y la felicidad.

—Lo sé. Me comporté como un imbécil arrogante que creía saberlo todo.

Iris se metió más tortitas en la boca.

—Desde luego —confirmó entre bocados.

—Menos mal que me ayudaste con las catas durante todas esas semanas.

—Menos mal. —Lo miró a los ojos y recordó las otras cosas que habían hecho durante esas catas.

—Papá, ¿puedo ir a sentarme con Ivy y Cece en su mesa? —intervino Olive.

Archer centró la atención en su hija.

—Pero te vas directa a su mesa. Ni se te ocurra salir de la cafetería, o no vivirás para cumplir los seis años.

—¡Que sí, lo pillo!

—¿Y si la llevamos nosotros? —sugirió Cathi—. Nos encantaría conocer a sus amigas.

—Vale, si no os importa.

—Claro que no —aseguró Jim—. Hemos venido para pasar tiempo con nuestra nieta. Y contigo, pero tú estás ocupado, así que te veremos luego. Las tortitas estaban deliciosas.

—Gracias, papá.

Olive se alejó corriendo seguida de sus nuevos abuelos y Archer volvió a mirar a Iris.

—Eres un buen padre.

—Lo intento.

—Y un buen chef.

—Lo sé. —Volvió a su rostro aquella sonrisa arrogante y ella se acercó y se la borró de los labios con un beso.

Él le devolvió el beso, lenta y deliciosamente, hasta hacer que le diera vueltas la cabeza.

—Ojalá no tuvieras que ayudar en la cocina —fantaseó Iris cuando por fin él se apartó, sin desenredar los dedos de su cabello.

—Lo sé.

—Pero te veré en casa.

Le vio sonreír al decir aquello.

—Sí, te veré en casa.

—Te quiero, Archer.

—¿Más que a las tortitas? —le preguntó él, fijándose en su plato vacío.

—No tientes a tu suerte —respondió, dándole una palmada en el hombro a modo de consuelo.

Lo oyó reírse mientras volvía a entrar en la cocina.

Epílogo

Siete meses más tarde

Archer Baer acababa de ser padre. Otra vez. Y, otra vez, de la manera más inesperada.

Había esperado tener tiempo para dejar a Olive en casa de su abuela y llegar con antelación de sobra al hospital para que Iris se instalara en su habitación. Había esperado poder poner su lista de reproducción para el parto y asegurarse de que Iris tuviera sus calcetines calentitos y un montón de hielo picado. Había esperado seguir a rajatabla todas las indicaciones que había aprendido durante las clases de preparación al parto.

Esta vez, Archer tenía un plan.

Esta vez, estaba presente.

Esta vez, tenía el control.

Pero había vuelto a salirle el tiro por la culata. Su hijo tenía otros planes.

A Iris se le adelantó el parto dos semanas, justo cuando estaba en mitad de una clase de aeróbic para la tercera edad, para regocijo de todas sus alumnas. Fueron Janet y Carol quienes la llevaron al hospital mientras él atravesaba el pueblo a toda velocidad desde la Casa de las Tortitas. Tuvieron que llamar a Hazel, su contacto de emergencia, para que fuera a recoger a Olive al colegio y llevársela después a su casa, puesto que la llegada de los padres de Archer no estaba prevista hasta dos semanas después.

Debido a la intensa granizada que había empezado a caer y a inundar la calle principal, apenas había logrado llegar a

tiempo al hospital. Para cuando accedió al paritorio, mandó callar a Carol y a Janet y le apretó la mano a Iris, el bebé ya estaba asomando la cabeza.

Y, a partir de ahí, había sido todo cosa de ella.

De su hermosa y fortísima Iris, que había traído al mundo al bebé entre gritos de furia que lo dejaron muerto de miedo.

Lo miró ahora con el pelo sudado y retirado de la frente. El bebé, su hijo, dormía sobre su pecho.

—Ha sido intenso —dijo con la voz ronca y cansada.

—Siento haber estado a punto de perdérmelo.

—Ha sucedido muy deprisa —lo disculpó ella—. Todo el mundo dice que el primer bebé nunca nace tan rápido.

—Lo has hecho muy bien, cariño —le dijo él, inclinándose para darle un beso en la frente—. Eres increíble.

Iris murmuró suavemente a modo de agradecimiento.

—Deberías tomarlo en brazos —sugirió.

—Es tan… pequeño.

—Ya lo sé. Pero las enfermeras lo han envuelto como un burrito. Así es más fácil de sujetar.

Archer estiró las manos y cogió en brazos aquel pequeño fardo que era su segundo hijo. El niño lo miró sin ver con sus enormes ojos.

—Hola, pequeñajo —susurró, porque susurrar era lo único que podía hacer habida cuenta del nudo que se le había formado en la garganta.

El bebé sacó una manita de debajo de la manta y la agitó de forma errática frente a su cara. Archer le acarició el dorso con un dedo y el niño se calmó.

—Ay, no —murmuró Iris desde la cama.

—¿Qué pasa? —le preguntó él, mirándola preocupado—. ¿Quieres que venga la enfermera?

—No —respondió ella con el ceño fruncido—. Es que en el club de lectura tenían razón.

—¿El club de lectura?

—Sí. Estás muy sexi con un bebé en brazos.

—¿Cómo dices?

—Da igual —respondió Iris con un gesto de la mano—. Creo que deberíamos ponerle nombre antes de que llegue Olive.

Archer se rio, pensando en cómo reaccionaría Olive a su

nuevo hermano. Dos hijos. Tenía dos hijos a los que cuidar, dos hijos a los que querer, dos hijos por los que preocuparse. Alzó la cabeza y vio que Iris seguía mirándolo con una sonrisa cansada.

Dos hijos y una compañera con quien compartirlo todo.

—¿Qué te parece Owen? —sugirió.

—Yo seguía pensando en Cuchillos, pero Owen me parece bien.

—¿A ti qué te parece, Owen? —preguntó él mirando al bebé, que se limitó a parpadear—. Me parece tan buena respuesta como cualquier otra.

Iris soltó una risita. Estaba cansada, preciosa, perfecta.

La enfermera asomó la cabeza por la puerta y anunció:

—Tenemos aquí a una hermana mayor muy emocionada.

Olive entró corriendo en la habitación y fue directa a por su hermano.

—Déjame verlo —susurró, porque ella también lo notaba.

También comprendía que era un ser demasiado pequeño para hablarle a un volumen normal. Al menos de momento.

—Mantendré a raya al resto de las visitas por ahora —les dijo la enfermera—. Pero no sé cuánto tiempo podré contenerlos.

Iris se rio, pero Archer agradeció tener aquel momento de intimidad con Olive, con el pequeño Owen y con ella.

Se sentó en el borde de la cama y Olive se situó a su lado.

—Olive, te presento a Owen.

—Es muy pequeño —susurró su hija.

—Ya crecerá.

Olive le pasó el dedo por el dorso de la mano y a él sus manitas le parecieron muy grandes en comparación. De nuevo se le formó aquel nudo en la garganta, y tal vez se le escapara alguna que otra lágrima, porque Iris le acarició la mano y dijo:

—No pasa nada, Papá Oso.

Y tal vez entonces se le escaparan más lágrimas.

—Me gusta —declaró Olive.

—Me alegro. A nosotros también nos gusta.

—Iris —dijo su hija, volviéndose para mirarla.

—Dime.

—¿Owen te llamará mamá?

Iris miró a Archer antes de responder:

—Sí, así es.

Olive se quedó pensando y ellos la dejaron. Ya lo habían hablado, Iris y él, durante los últimos meses, mientras aguardaban la llegada del bebé. Oficialmente, Olive ahora era suya, ya habían firmado todo el papeleo de la custodia permanente. Pero habían decidido dejar que ella tomara la iniciativa en su relación con Iris. No deseaban borrar a Cate de su vida, pero sí querían que supiera que formaba parte de la familia igual que el recién nacido.

—¿Puedo llamarte mamá yo también? —preguntó pasado un rato.

—Por supuesto. Os quiero a los dos. También eres mía, Olive.

Olive se arrastró sobre la cama para acurrucarse junto a Iris. Y, con su hijo en brazos y sus chicas abrazadas, Archer no creyó que pudiera ser más feliz.

Entonces, Olive lo miró con una sonrisa y preguntó:

—¿Qué hay de cena, papá?

Archer estaba deseando llevarse a su familia a casa para cocinarles algo. Le acudió a la mente un torrente de imágenes: desayunos los días de colegio y cenas familiares, fiestas y *brunch* los domingos, cocinando para sus hijos, para su familia. Una vida entera demostrándole a su familia que la quería.

—¿Y si la preparas conmigo, Liv?

—¿Como si fuera tu pinche? —le preguntó ella, con el gesto iluminado.

Le había enseñado esa palabra la semana anterior y a ella le había encantado.

—Sí, como si fueras mi pinche.

—Vale —respondió su hija—. Tú y yo cocinaremos para mami y para Owen.

Desde luego, Archer no fue el único con lágrimas en los ojos cuando Olive llamó «mami» a Iris por primera vez, pero dejó que brotaran con libertad. Eran lágrimas de felicidad.

—Me encanta la idea.

Olive sonrió, pletórica.

Y aquella sonrisa valió más que cualquier crítica con cinco estrellas. Archer era el mejor chef del mundo a ojos de su

hija, y eso le bastaba.

Eso lo era todo para él.

Agradecimientos

¡Este ha sido difícil! No suelo incluir niños en mis novelas románticas por muchas razones (además del hecho de que interrumpen las escenas de sexo). Aunque tengo hijos, no creo que sean necesarios para tener un final feliz. La maternidad es complicada, engorrosa y maravillosa, pero no todo el mundo está preparado, así que ha sido muy difícil tratar de plasmar todo eso sin que se resintiera la historia romántica principal. Digo todo esto para daros las gracias por estar ahí, por seguir acompañándome. Confío en que haya sido satisfactorio y en que os hayáis enamorado de esta pequeña familia tanto como me pasó a mí.

Gracias a Charlotte, a Jennie y a todo el equipo de One More Chapter y de HarperCollins. Gracias a Chloe, Christina, Emma y a todos los que han trabajado en este libro. Y a Kelley McMorris por otra preciosa cubierta. Gracias al equipo de Harper360 por asegurarse de que estos libros lleguen a las tiendas en los Estados Unidos. Para mí, como escritora, ha sido un sueño hecho realidad entrar en las librerías y ver mis libros en las estanterías. No deja de sorprenderme.

Gracias a la comunidad del libro en BookTok y Bookstagram. Vuestro apoyo a Dream Harbor es parte del motivo por el que esta serie ha tenido tanto éxito. Os estoy inmensamente agradecida por utilizar las redes sociales para elogiar mis libros, porque yo no sabría cómo hacerlo. ¡Sois increíbles!

He dedicado este libro a mis hijos porque, sin duda, me he inspirado mucho en ellos para escribir la historia. Es cierto que mi hija es sonámbula y sí que tenemos campanillas de Navidad en la puerta, por si acaso (aunque nunca ha llegado

más lejos de nuestro dormitorio). Mi hijo toca la trompeta (no en mitad de la noche, pero sí al final de un largo día, y, aunque suena de maravilla, digamos que a veces se agradece un poco de silencio). A ninguno de ellos se le da bien explicar los síntomas físicos, así que cuando se ponen enfermos es todo un misterio. En general, me agotan y los quiero con locura. La maternidad es una cosa objetivamente dificilísima. Pero no la cambiaría por nada.

Gracias a mis dos chefs de ficción favoritos por inspirarme para crear a Archer: Carmy, de *The Bear,* y Gabriel, de *Emily en París.* Digamos que mi protagonista es una mezcla de ambos y, a decir verdad, esta historia es lo que me gustaría para Carmy. Quiero que se relaje, que se reconcilie con Claire y que se permita ser feliz. Así que, si alguien de *The Bear* está leyendo esto, que me dé un toque y vemos si podemos idear algo.

Un cariñoso saludo a mi hermano Steve, que de pequeño se perdió en un Festival del Tulipán después de un espectáculo de marionetas. No os preocupéis, al final lo encontramos.

Gracias a mi madre por prepararnos tortitas todos los domingos (usando premezcla) y por demostrarnos su amor a través de la comida. Gracias a mi suegra por darme su receta de tortitas desde cero para poder hacerlas cuando quiero preparar algo elaborado. Y al resto de mi familia por todo vuestro apoyo.

Por último, gracias a mi marido, siempre, en especial por ser tan buen padre. Nuestra pequeña familia tiene suerte de que seas su papá oso. Ah, y gracias por darme la idea de que las tortitas llevaran el nombre de los vecinos del pueblo. Fue buenísima.

Y a los lectores, ¡muchísimas gracias por leer estos libros! Ahora, debería ponerme con la historia de Annie y Mac (¡ya queda menos!).

Café con aroma a calabaza

Gilmore, Laurie

9788410641495

272

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cuando Jeanie recibe el encargo de su querida tía Dot de llevar el Pumpkin Spice Café en el pequeño pueblo de Dream Harbor,

decide aprovechar la oportunidad para empezar una nueva vida lejos de su estresante trabajo de oficina.

Todos en el pueblo parecen conquistados por el buen humor de Jeanie y sus increíbles cafés de especialidad; todos excepto Logan, un granjero cascarrabias que odia los chismes y prefiere estar solo. Pero la simpatía de Jeanie y el misterio que se cierne sobre el Pumpkin Spice Café obligarán a Logan a pasar mucho tiempo con la extravagante chica de ciudad. ¿Podrá resistirse a ella y a su increíble *pumpkin-spiced latte*?

«Te da el mismo nivel de endorfinas que un sorbo de *pumpkin-spiced latte*». *PEOPLE*

Los lectores se han enamorado de *Café con aroma a calabaza*:

«Maravillosa historia con lágrimas, risas, misterio, dudas y felicidad».

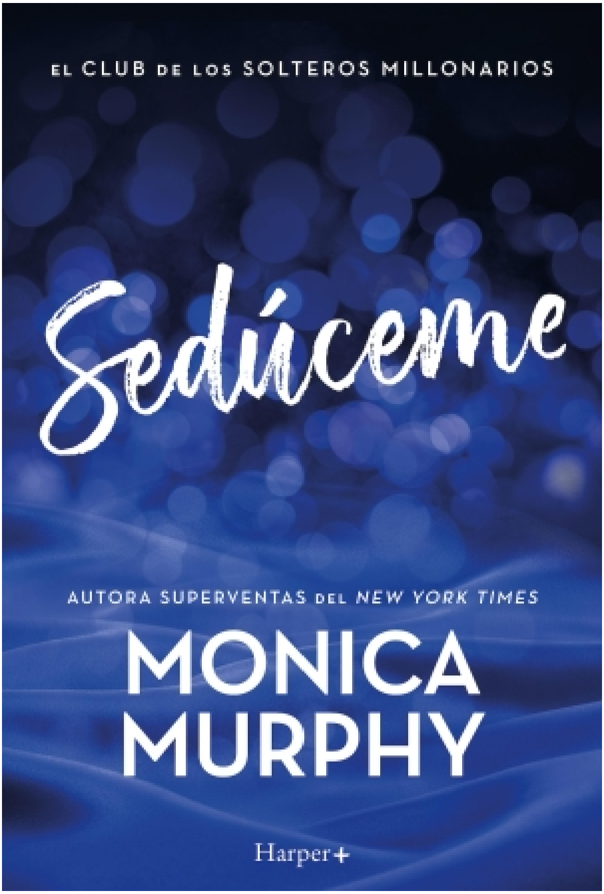
«Una comedia romántica encantadora en un pequeño pueblo, donde saltan chispas…, y muy *spicy*».

«¡Tiene todo lo que me gusta! Un *cosy romance* en un pueblo pequeño, buenas vibraciones, un café de especialidad y una historia perfectamente tejida entre el chico cascarrabias y la chica optimista».

«Un libro precioso, perfecto para leer con una taza enorme de café especiado con canela y un jersey calentito».

«ME ENCANTÓ. Las vibraciones del pueblo son geniales, el elenco de personajes que rodean a Jeanie y Logan es increíble y la historia muy conmovedora».

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Sedúceme

Murphy, Monica
9788410640504
208

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Encontrará este multimillonario a su media naranja en la mujer que siempre ha estado ahí?

El inteligente y seductor Matthew DeLuca es todo lo que Bryn James busca en un hombre. También es su jefe, el viticultor más joven y atractivo del valle de Napa, y solo la ve como su tímida ayudante. Sin embargo, eso está a punto de cambiar. Bryn, con su nueva actitud y un cambio de imagen, está decidida a llamar la atención de Matt.

Él siempre ha pensado que Bryn es sexi de manera natural, pero no puede negar que la transformación de su seria asistente es asombrosa y va a hacer que le resulte muy difícil mantenerse alejado de ella. Cuando una cosa lleva a la otra y de repente Matt desnuda a Bryn, se enfrentará al mayor riesgo de su carrera…, además de su corazón.

¿Conseguirá convencerla, y convencerse a sí mismo, de que podría ser algo más que una aventura de oficina sin compromiso?

Monica Murphy, autora superventas del *New York Times*, continúa su electrizante serie *El Club de los Solteros Millonarios* con un explosivo romance que se niega a quedarse solo en la oficina…

Títulos de la serie **El club de los solteros millonarios:**

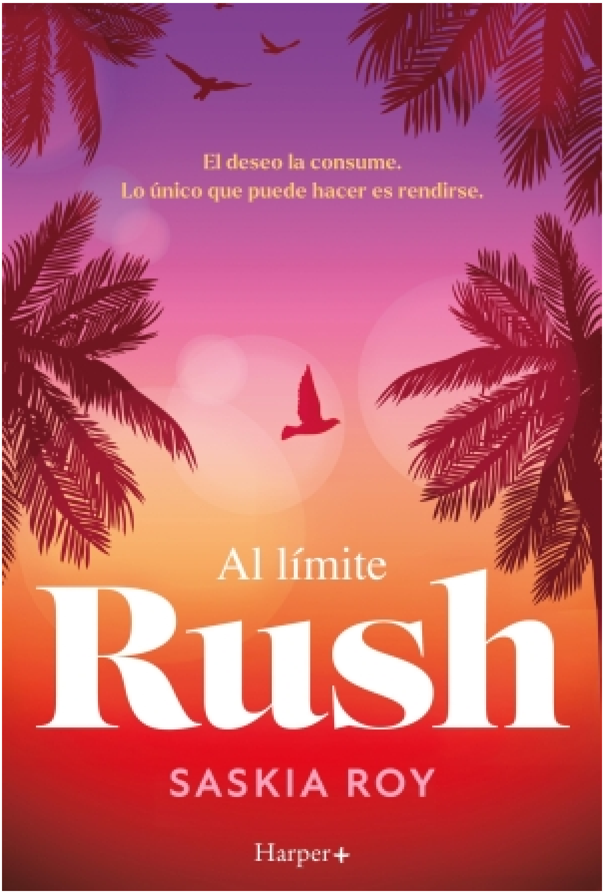
Deséame

Elígeme

Sedúceme

Ámame

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Al límite. Rush

Roy, Saskia
9788410641471
272

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Lena Aden llegó a Los Ángeles para triunfar como escritora. Cinco años después, sigue persiguiendo su sueño y preguntándose si ha

llegado el momento de volver a empezar.

Nico Laurent es campeón mundial de Fórmula 1 y el soltero más deseado del mundo. Está acostumbrado a conseguir siempre a la mujer que quiere, y ahora ha decidido que quiere a Lena.

Tras su primera noche juntos, Lena no puede quitarse a Nico de la cabeza. Organiza un segundo encuentro y, de repente, se ve arrastrada a un mundo embriagador de coches rápidos, fiestas y dinero. Lena nunca había sido tan temeraria... y le gusta.

Está claro que la pasión entre Lena y Nico es innegable. Y tan candente que alguien se va a quemar...

Los lectores han dicho:

«Devoré este libro en dos días... Es apasionante».

«Me encanta cómo esta historia celebra las relaciones que elevan emocionalmente a las mujeres».

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Adiós a la inflamación

Moñino, Sandra

9788410021242

288

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿SIENTES TU VIENTRE HINCHADO? ¿PESADEZ EN TU CUERPO? ¿TE NOTAS DE MAL HUMOR, ESTRESADO O MÁS

CANSADO DE LO NORMAL? ¿SABÍAS QUE DETRÁS DE ELLO PODRÍA ESCONDERSE UN PROBLEMA DE INFLAMACIÓN?

Aumento de peso, problemas en la piel, dolores de cabeza o patologías como la diabetes, el hipotiroidismo, la esclerosis múltiple, el cáncer o la depresión podrían deberse a una inflamación crónica.

En este libro descubrirás que una dieta adecuada, hábitos saludables y una buena gestión de las emociones son primordiales para desinflamarte y recuperar tu salud.

La nutricionista Sandra Moñino, una de las mayores expertas en inflamación, nos da todas las claves y trucos para identificarla, prevenirla y combatirla. Además, te ofrece un completo menú antiinflamatorio con recetas ricas, fáciles, saciantes y muy saludables.

UN MANUAL IMPRESCINDIBLE QUE MEJORARÁ TODOS LOS ASPECTOS DE TU SALUD Y CAMBIARÁ TU VIDA.

Incluye gratis RETO 3 DÍAS antinflamatorio.

«Descubrir el significado de la inflamación ha sido un antes y un después.

Gracias a ello he conseguido en mis pacientes mucho más de lo que nunca me hubiera imaginado. Revertir enfermedades crónicas, conseguir reducir su medicación, eliminar síntomas de patologías, mejorar su calidad de vida, pérdidas de peso a largo plazo que parecían imposibles y un largo etcétera. Es increíble lo que se puede lograr al llevar una alimentación antiinflamatoria.

Ojalá puedas leer este libro con detenimiento y abrir la mente hacia este cambio, porque te aseguro que la nutrición es la medicina del futuro.

¡Desinflámate conmigo!».

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Empieza por ti

Bernal, Lorena

9788410643833

208

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El secreto de la felicidad está más cerca de lo que imaginas.

La verdad es que lo único que necesitamos se encuentra en nuestro interior. Solo hemos de desbloquearlo. Con valiosos consejos y ejercicios prácticos, Lorena Bernal te guía a lo largo de este viaje de transformación hacia el amor propio, la paz y la alegría.

Con *Empieza por ti* aprenderás a aceptarte, a confiar en tu intuición y a alcanzar la paz y los objetivos que mereces. Este libro es un tesoro cargado de herramientas diseñadas para ayudarte a:

- Recuperar tu poder.

Abrazar tus talentos y tus puntos fuertes.

- Cultivar el amor propio.

Impulsar tu belleza interior y tu valía.

- Conectar con tu yo superior.

Aprovechar tu intuición y tu sabiduría espiritual.

- Construir relaciones significativas.

Alimentar el amor y la compasión en tu vida.

Construir una vida plena y llena de amor es algo que empieza contigo…

y comienza aquí mismo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)